
CIENCIA FICCIÓN DURA
BRANDON Q. MORRIS
CINCO Y CUARTO

CINCO Y QUARTO

Ciencia ficción dura

BRANDON Q. MORRIS

Traducido por
MIGUEL NÚÑEZ

BRANDON Q.
MORRIS
HARD SCIENCE FICTION

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22

Al calor de la hoguera
¿Vivimos en una simulación?

Capítulo Uno



West end girls – dadabdadab, west end girls – dadabdadab. Too many … ¿qué? ¿Demasiados chalados? John pone cara de asco. Ya podrían los Pet Shop Boys farfullar algo menos cuando cantan- Y ahora va y se mete incluso el moderador en plena canción, y eso que es su banda preferida la que lo acaba de despertar.

—¡Buenos días, queridos oyentes! Estáis escuchando Radio Nostalgia, con los mejores clásicos de los ochenta y ...

Silencia el despertador con un manotazo sobre el gran botón de la parte superior. A estas horas no soporta a la gente alegre, y mucho menos a los que, además, se jactan de serlo.

La pantalla del reloj muestra las 6:32. Dos minutos de más en la cama. Aparta con fuerza la sábana que cae sobre el lado opuesto de la cama, donde cojín y colcha están perfectamente colocados. Optimus insiste en cambiar cada día las sábanas de la cama de matrimonio. A saber, igual podría recibir visita. No es que exista probabilidad alguna de que algo así pueda llegar a suceder, pero resulta prácticamente imposible disuadir a Optimus de algo que ha considerado posible en sus simulaciones. Hace un par de años podría habérselo ordenado; pero desde que a los robots se les reconoció la categoría de seres semiconscientes, ahora resulta que incluso tienen derecho a opinar.

John se incorpora. Apoyar los pies descalzos sobre el suelo le retorna al presente. El suelo de laminado es agradablemente fresco. Hoy se espera otro caluroso día de verano, como los que llevan sufriendo ya toda la última semana. De la cocina le llega el ruido de platos. Se levanta, cruza la puerta y atraviesa el distribuidor. A la izquierda se va a la cocina. La puerta es de cristal opaco a través del que puede distinguir la sombra de Optimus. El robot se mueve de un lado al otro entre el termomat y la mesa de desayuno.

John desliza la puerta para abrirla.

—Tienes aún siete minutos —dice Optimus.

—Buenos días, Opti.

—Buenos días, Johnny; tienes aún siete minutos.

—Ya lo sé.

John entra en el baño para darse una ducha.



Los huevos revueltos están perfectos. Y el jamón vegetariano es delicioso.

—Te ha vuelto a quedar un desayuno excelente —alaba John.

Optimus enrojece artificialmente sus mejillas y hace un gesto quitándole importancia.

—No es mérito mío. Agradéceselo al termomat.

El termomat es el horno automático. Los electrodomésticos no tienen derechos, pero John saluda igualmente hacia la máquina. Es una persona afable, y como suele decirse: *el amor con amor se paga.*

Se lleva la taza a los labios y da un sorbo. El café tiene la temperatura perfecta, aunque le parece algo flojillo. Aún no ha conseguido enseñarle al termomat que no debe preocuparse por el contenido máximo de cafeína prescrito. Deja la taza sobre la mesa. John siempre deja un pequeño resto al final. Es su taza preferida. La eligió por la frase que lleva pintada: «Un Admin no duerme, reordena scripts». Pero en el fondo de la taza, el fabricante no pudo evitar imprimir un Smiley demasiado sonriente, algo que de buena

mañana no le sienta nada bien. Así que deja la taza con el resto de café en el centro de la mesa.

—Debes salir de casa dentro de doce minutos —notifica Optimus.

John asiente.

—Lo sé.

Optimus frunce las cejas, pero no dice nada más. ¿Qué le pasa?

—Pero gracias por recordármelo —añade rápidamente John, y la expresión del robot recupera de nuevo la configuración estándar.



—No te olvides de avisarme con antelación si vuelves a casa con compañía. —Optimus le acompaña cada mañana hasta la puerta, donde entrega a su propietario un pequeño táper con el almuerzo. John corrige sus pensamientos: los seres semiconscientes no tienen propietarios, sino clientes.

—No traeré a nadie conmigo.

—¿No tenías la intención de entablar amistad con Nathalie, de contabilidad?

John suspira. Con Nathalie no tiene ni la más remota posibilidad de éxito. ¿Quién quiere salir con alguien que trabaja en el sótano? Se encoge de hombros.

—Ya veo, no lo tienes aún muy claro —dice Optimus—. ¿Quieres que reserve a las diecinueve horas una cita con el módulo de psicoterapia?

—No, gracias, no es necesario. Me las apaño genial yo solito.

Optimus mueve la cabeza hacia los lados.

—El hombre es un ser social, Johnny. Deberías relacionarte con otras personas. Pero ahora será mejor que te marches, o perderás el metro.

Lo último que llega a ver John de su casa es el embaldosado azul del suelo justo detrás de la puerta principal. Es un color horrendo. Por lo demás, el bloque construido por allá mediado el siglo veinte parece mantenerse en muy buen estado; a fin de cuentas fue rehabilitado de sótano a techo hace solo diez años.



El tren sale exactamente a las 7:53 del andén B. John se sienta. Delante, en el vagón número tres, siempre hay un asiento libre de ventana. Seguramente esté siempre libre, aunque el tren vaya hasta los topes, porque allí vas sentado en sentido contrario a la marcha. O quizá sepa todo el mundo ya que es el asiento preferido de John.

Sonríe. ¡Ni que fuera cierto! Con un toque en el lóbulo de la oreja inicia el reproductor de audio. Los Pet Shop Boys continúan con la canción que interrumpió el moderador a las 6:32 con su estúpida intervención.

El viaje dura diecisiete minutos. Mira a su alrededor acompañado por las notas de «It's a Sin». Reina la tranquilidad. El ruido del metro se traga las pocas palabras que intercambian los demás viajeros entre sí. John intenta leerles los labios. Seguramente no sean más que convenientes expresiones de educado respeto. Solo un chiquillo parece contarle a su madre algo que no tiene fin y ella lo mira ya con expresión de querer estrangularlo, aunque el pequeño no se da cuenta. Dos señoras de avanzada edad se han traído a sus robots y se apoyan en sus hombros mientras cojean con cortos pasos hacia los asientos reservados. Los robots se introducen hábilmente en un compartimento a la altura de la cabeza para no quitarle el sitio a nadie.

John se baja a las ocho y diez en el nuevo centro de la ciudad. Como a muchos otros empleados oficinistas, las escaleras mecánicas lo trasladan hasta el iluminado exterior, donde unos gigantescos tilos ofrecen sombra a la avenida. El reproductor de audio está ahora con «Suburbia», lo cual es muy desacertado. John avanza hasta «Go West» y frunce los labios porque, en efecto, está caminando hacia el Oeste.



Su empresa se encuentra en un complejo de oficinas de nueva construcción. Podría haberse bajado en una parada más cercana,

pero entonces no habría alcanzado la cantidad de pasos que tiene que recorrer a diario. No habría tenido más consecuencias, pero Optimus volvería a mencionárselo durante unos días cada noche, comentando la importancia de cuidar la salud.

El gran reloj del vestíbulo muestra exactamente las ocho y media cuando atraviesa la cruceta de control.

—Bienvenido, John —dice una voz grave—. Hoy tienes —hace una breve pausa— exactamente cero citas.

Sonríe. John no tiene prácticamente nunca citas. Es la ventaja de trabajar en el sótano. Llega hasta el ascensor y pulsa el botón con la flecha hacia abajo. Entonces nota cómo se sonroja. Ese perfume; debe ser Sonia, justo detrás de él. Sonia con i, como ella misma recuerda siempre.

Sonia es simpática. Se gira y ella le obsequia con una sonrisa.

—Bienvenido, John —imita la voz del sistema de control de entrada, y logra acercarse mucho a ese nivel de gravedad—. Hoy tienes —tampoco olvida la consabida pausa— exactamente una cita.

John sonríe a su vez. El ascensor hace «pling» y se abren las puertas. No se baja nadie. La luz de descenso sigue encendida. Lo suyo sería ahora entrar para bajar al sótano. John se obliga a no mirar a la gente a su alrededor, que seguramente estarán frunciendo el entrecejo. Yo no he sido. Yo no he pulsado el botón con la flecha hacia abajo.

«Pling». La flecha hacia abajo se apaga y ahora se enciende el de la flecha hacia arriba. Se oyen algunos suspiros de alivio. John entra entonces junto con los demás en el ascensor.



Reina el silencio. Todo el mundo mira impertérrito hacia delante, hacia la puerta. Sonia se baja en el tercero. Él la sigue como controlado a distancia. Está guapísima en su traje de oficina. Sonia no es una belleza clásica. Sus caderas son algo demasiado anchas, las piernas algo cortas, pero su sonrisa no tiene parangón y eso le facilita hablar con ella.

Lamentablemente tiene novio fijo. La única compañera que reconoce abiertamente seguir soltera es Nathalie de contabilidad. Por ello insiste Optimus en emparejarlo con ella. El robot cree que casan genéticamente a la perfección, después de haber encontrado por casualidad un cabello de Nathalie sobre la chaqueta de John y haberlo sometido a un análisis genético. John no está seguro de que esa historia sea cierta. Pero tampoco se lo ha preguntado.

Llegan a la cocina donde se encuentra la cafetera. Allí hay un termomat en versión industrial, capaz de preparar hasta ochenta bebidas calientes distintas. Tomarse un café aquí con Sonia es una auténtica aventura. Entran. El termomat conoce a ambos desde hace tiempo. ¿Se imaginará lo que viene ahora? Al menos no les ofrece bebida alguna. Sonia y John lo echan a suertes. Primero se da ella la vuelta y él introduce un número entre el 1 y el 99. Luego le toca a ella.

El termomat prepara ambas bebidas al mismo tiempo. John coge el vaso que le corresponde del dispensador y le entrega Sonia la bebida destinada a ella.

—Vamos a ver qué nos ha tocado hoy —dice Sonia, como cada día.

John asiente, sonríe y bebe de su vaso. Es una bebida a base de leche de soja, algo dulce y muy caliente.

—Soja-Latte con coco —intenta adivinar John.

Sonia prueba el suyo a su vez.

—Bebida fría de jengibre y chocolate —apuesta.

Nunca han repetido bebida. John entrecierra los ojos y controla el panel de selección. Marcó el 39.

—Bebida fría de jengibre y chocolate —confirma.

—Almendra-latte y coco —dice Sonia con una inclinación de la cabeza—. Parece que has confundido la leche de soja con la de almendras.

—Mierda. —Hace como que se enfada frunciendo el entrecejo.

Sonia suelta una risita.

—Qué carita tan dulce se te pone cuando te enfadas.

Le gusta esa frase. A veces la cambia un poco. *Qué divertido pareces cuando te enfadas. Estás muy mono cuando te enfadas.* Esa

versión con lo de «carita tan dulce» es la que más le gusta.

Y no pasa nada más entre ellos. Todo el resto flota sobre sus cabezas como una nube de posibilidades inciertas, prometedoras, pero no lo suficientemente densa como para provocar lluvia; y de todas formas si lloviera se mojarían y podría resultar desagradable y, además, tras la lluvia desaparece la nube con todas las demás posibilidades.



John coge su almendra-latte y le pone una tapa encima. Entonces sale el primero de la cocina. Un colega al que conoce de vista se cuela al interior e intenta entablar charla con Sonia, que le responde solo con monosílabos y en un par de octavas más alto. Es como si tuviera su voz grave, casi de barítono, reservada exclusivamente para John.

Camina de regreso al ascensor en sentido contrario a la corriente de colegas que acaban de llegar y se marcha allí a donde pertenece: el sótano.



La planta sótano es una zona mágica oculta. Mientras arriba hay personas y algoritmos tomando decisiones, aquí reina el papel. Aquí descansan documentos de los inicios de la empresa; todo lo que tiene más de cincuenta años pertenece por ley a la herencia mundial de datos y debe ser conservado por su propietario como patrimonio cultural y natural de la humanidad.

John está al cargo de ello. Cuando empezó a trabajar aquí, intentó repetidas veces que le asignaran más personal. Los datos aquí atesorados suponen cantidades ingentes, imposibles de ser gestionadas por una sola persona. Pero tras las reiteradas negativas de sus jefes a darle ayuda, John se conforma con la mera conservación.

El problema es el avance tecnológico. Los holocubos que había hace diez años en todo ordenador han sido sustituidos hace tiempo

ya por memorias de ADN. Pero esto significa que ya no se pueden activar las fuentes de luz necesarias, y sin ellas no hay manera de leer esos holocubos. Lo mismo se aplica a chips de silicio o a los DVD o discos duros magnéticos. Por suerte no se ha topado con soportes aún más antiguos en los espacios del sótano.

John sale del ascensor e inspira hondo. El aire es seco. Entra en el vestidor. Aquí hay doce taquillas, pero solo una tiene una etiqueta con nombre: JOHN pone allí, en letras mayúsculas. Se pone la larga bata blanca y el gorro protector. Con él evita repartir sus pelos por todos los rincones. Se pone un calzado cómodo que también sirve para descargar electricidad estática y finalmente se pone también los guantes azules.

Listo. Un inteligente sistema climatizador enfría las salas manteniendo la temperatura y la humedad constantes durante todo el año. John se arrastra hasta la habitación contigua. Aquí tiene un pequeño escritorio con un ordenador en el que guarda una lista de tareas pendientes. Nadie le dice lo que tiene que hacer. Es exclusivamente decisión suya. Para hoy se ha propuesto analizar una montaña de discos plateados sobre cuyo material a base de policarbonato se habían impreso patrones que pueden ser leídos por láser. Los discos no están rotulados, pero tienen un logo con las letras D, V y D.

John se agacha. Bajo la mesa hay una caja aún cerrada. Ayer se la entregó el servicio de paquetería. La levanta y la coloca sobre el escritorio para desempaquetar su contenido. Dentro encuentra una montaña de papel reciclado en cuyo centro hay una caja de formato cuadrado. Encima encuentra también ese logo, lo cual hace que se alegre. Los comerciantes que negocian con esta técnica anticuada siempre intentan endiñarles a sus ignorantes clientes algo totalmente distinto. Lo que importa es que tenga realmente aspecto de antigualla. La mayoría de los entusiastas de la vieja tecnología se colocan esos dispositivos en el salón para admirarlos, a pesar de su voluminosidad y su primitiva electrónica. Con muy pocos de ellos puede llegar a mantenerse una conversación.

Y precisamente ese es el desafío que más atrae a John. Hay que saber exactamente cómo puede lograrse que esos aparatos revelen

sus más recónditos secretos. Desempolva con extremado cuidado la buena pieza con un aspirador especial. Una vez llegó a ver un dispositivo lector de este tipo de DVD, pero estaba montado fijo en un ordenador. Este modelo de aquí parece ser autónomo. Primero identifica la conexión de la corriente, que se realiza mediante un cable con dos conectores redondos.

John se aparta del escritorio. En uno de los armarios metálicos al fondo de la sala hay adaptadores. Busca entre los trastos hasta encontrar el de tamaño correcto. Ahora bastará con conectar el viejo dispositivo con el adaptador y luego este a una de las superficies de carga inalámbrica de la pared.

El lector de DVD traquetea un poco y se encienden un par de cifras. Entonces aparecen tres símbolos:

无光盘

John se rasca la barbilla. Parece ser que el aparato viene del extranjero. ¿Es eso chino? Coloca su móvil encima y la pantalla se lo traduce:

SIN DISCO.

Excelente. Extiende la mano hasta el montículo de discos sobre el escritorio. Los discos plateados están en estuches de plástico rígido transparente. Abre el primero con cuidado. Al hacerlo, se rompe un trocito del plástico, endurecido por los años; ese material ya no es ni de lejos tan resistente como antes. El disco mismo está adherido al envoltorio. Vaya, ¿se habrá pegado el disco al plástico? No. En el centro puede ver una elevación. Presiona sobre ella y el DVD se suelta de su fijación. Lo saca del estuche.

El disco no está rotulado. La carpeta de la que lo sacó describía un caso de seguro importante del año 1983. Eso fue mucho antes de inventarse el DVD. Uno de sus predecesores debió copiar el contenido desde algún otro soporte. ¿Qué se utilizaba en 1983? Seguramente cintas magnéticas de algún tipo.

John pulsa el botón junto a una especie de cajón en la parte frontal del reproductor de DVD. ¡Funciona! La bandeja sale. Coloca

el disco dentro y la bandeja regresa por sí sola al interior del dispositivo. Aparecen un par de números en la pantalla. John acerca el oído al aparato. El disco está girando. El aparato funciona. Solo le falta un cable de salida.

Inspira hondo. ¡Debería haber pensado también en eso! John gira el aparato. Encuentra varias tomas redondas y dos rectangulares. La última le resulta conocida. Y efectivamente: al lado hay grabadas en letra minúscula las palabras «HMDI 1» y «HDMI 2». Para eso sí que tiene adaptadores. Regresa corriendo al armario y los saca. Bastará con enchufarlo. Incluye su propio servidor de streaming que se conecta solo a la red interna de la empresa. En el adaptador consta impresa su dirección. John conecta su reloj de pulsera con él y, mediante el proyector que incluye, lanza la imagen hacia la pared lisa detrás del escritorio. Solo falla un poco el tono, ya que sale del reloj.

—... había informado ya al grupo de planificación?

—Ya era tarde y tampoco teníamos un pronóstico claro del tiempo que iba a hacer.

—¿Y no pudieron siquiera mirar a través de la ventana? ¡La tormenta ya debía verse sobre la ciudad!

John detiene la reproducción que muestra a un hombre en los cuarenta con un elegante traje junto a otro, muy estresado, de entre cincuenta y sesenta años en pleno interrogatorio. Se trata sin duda de un siniestro de seguro. No es inusual encontrarse con estas grabaciones antiguas. Los documentos impresos correspondientes ya habrán sido destruidos hace tiempo. John envía la reproducción al servidor de grabaciones que él mismo ha configurado. Desde allí podrá enviarlas más tarde a los bancos de memoria de ADN de la empresa.

Mira una última vez más el código de tiempo de la grabación detenida. Diciembre de 1983. Tanto el interrogador como el interrogado visten prendas bastante curiosas en comparación con la moda actual. ¿Son eso botas de cowboy, lo que lleva puesto el más joven de los dos? Y la americana del hombre mayor seguro que lleva acolchado en las hombreras. Pulsa de nuevo el botón de play del DVD, pero apaga el proyector de su reloj de pulsera.



John copia de esta forma hasta cinco DVD antes de la pausa del mediodía. Suspira cuando ve la pila de discos sobre la mesa. A esta velocidad necesitará alrededor de una semana. ¿Y qué hay de malo en eso? Goza de mucha tranquilidad sentado aquí, en su despachito climatizado donde nadie le molesta.

El hambre hace acto de presencia, como siempre, a las 12:20. Podría sincronizar su reloj con ello, si no fuera porque ya se sincroniza solo con el sistema. Primero es un gruñido suave a través de sus tripas que luego va aumentando en volumen. ¿Y si le pregunta a Sonia si quiere ir a comer con él? Una vez le comentó que le gustaba la misma serie de ciencia ficción que a él. Así que tendrían material de sobras para comentar. Pero para eso debería subir en el ascensor a los pisos de arriba. Los demás pasajeros le mirarían con la duda de si realmente le corresponde estar en esas plantas. ¿Y qué dirían los compañeros de Sonia? Seguramente no le guste nada que la vean con otro hombre. El café matutino también se lo toman antes de que lleguen los demás. No, demasiadas circunstancias imprevisibles y posibles situaciones vergonzosas. Mejor se queda solo en su sótano.

Se levanta para ir hasta la taquilla. Allí guarda la fiambrera que Optimus le preparó esta mañana. Se la lleva al escritorio donde la abre. Una colorida mezcla de picoteo: un par de nuggets de pollo, palitos de zanahoria, rodajas de pepino, una porción de arroz y media manzana, amorosamente cortada en forma de corazón por el robot. Siente un repentino ramalazo de agradecimiento y se come todo lo que le ha puesto, sin dejar ni una miga.



De vuelta a casa, tras salir exactamente a las 17 horas, pasa por un supermercado. Allí compra nuggets precocinados, zanahorias y pepinos frescos. Está en la cola para la caja cuando un pájaro se estrella contra el escaparate. John se lleva la mano a la boca del

susto. Pero el pájaro no cae fulminado al suelo. Parece hacer una pausa de un segundo para luego volar marcha atrás otros dos o tres segundos y desaparecer de su vista.

Sin pensarlo siquiera le da unos toquecitos en el hombro a la señora que tiene delante.

—¿Ha visto eso? —pregunta y señala hacia el escaparate.

La mujer solo resopla con desprecio.

—No pienso caer en esa trampa.

¡Menuda vergüenza! ¿Cómo ha podido tocar a esa desconocida? Pero ese momento en el que el pájaro … John respira hondo.

—Lo siento mucho. No pretendía ...

—Se lo repito: diecisiete dólares con ochenta y tres.

Tiene al cajero delante, mirándole con las cejas bien alzadas. Mierda. Ahora ya no podrá volver jamás a hacer cola en esta caja. Y eso que es la penúltima en la que aún atiende una persona. Incluso introducir la compra en la bolsa del cliente corre ya a cargo de un robot, el embolsador.

John sitúa la cara frente a la cámara. Un ruidito indica que ha sido registrado. Le coge la bolsa al robot.

—Acuérdese de devolver mañana la bolsa. En su cuenta constan ya cuatro bolsas con retorno sin devolver.

John no tiene tiempo de responder al comentario del robot, pues tiene que mirar bien dónde pone los pies mientras abandona el supermercado con las mejillas rojas como un tomate.



Nada más llegar a su casa, Optimus lo recibe con un abrazo sin que se lo haya pedido. Pero le sienta muy bien. Parece que al fin funciona el módulo de empatía del robot, tras varias actualizaciones. John se quita los zapatos y los deja caer sobre la alfombra gris. Ya los recogerá Optimus luego. El robot lo acompaña al salón. Sobre la mesa hay un plato de sopa. John acerca la nariz. Ese olor le resulta conocido.

—Sopa de cebolla al estilo francés, con baguette tostada —dice Optimus—. Es receta nueva del termomat.

—Pues huele de maravilla —dice John. Y seguro que también sabe de maravilla. A estas alturas parece que Optimus ya sabe acetar casi siempre con lo que más le gusta a John. Se sienta en el sofá mientras se enciende el televisor. Su serie. John se inclina sobre la sopa y la devora cucharada a cucharada con gran deleite.



Acaba la sopa al mismo tiempo que acaba el capítulo de su serie favorita. Lleva algo de retraso con los capítulos, por lo que podría ver ahora directamente el siguiente. Pero ¿y si la emisión se interrumpe por causas imprevisibles? El año pasado, su cadena preferida cambió la programación del todo por los Juegos Olímpicos de Lagos y John estuvo siete días cenando frente a la tele apagada.

No, mejor lo deja como está y se guarda esa baza en la manga.

—¿Optimus? Voy a trastear un poco. Gracias por la cena.

—Un placer, Johnny. Recogeré, fregaré los platos y luego me conectaré un par de horas a la red. Los precios de la electricidad están bajos ahora. Te ahorrarás hasta 2,78 dólares.

—Una solución óptima, Opti.

Óptimo es la palabra preferida del robot. ¿La habrá traído ya preprogramada? ¿O será que estas preferencias son parte del carácter secundario que adquiere un robot mediante el trato con sus clientes? Se encoge de hombros. No domina mucho el tema de las IA.



Su hobby es la tecnología vieja; ycuando dice vieja, significa realmente vieja de verdad. Milenio anterior. Pasa junto a un par de fotografías en blanco y negro que cuelgan enmarcadas en el pasillo. Muestran lugares en los que no ha estado nunca. *Volar se ha vuelto inasequiblemente caro*, se dice a sí mismo. Pero tampoco es que

viaje mucho en coche o practique senderismo. *En el fondo, solo evitas salir de tu rutina*, le dice siempre Optimus.

Abre la puerta de la habitación junto a su dormitorio. En el aire flota un celestial aroma a estaño de soldadura, colofonia y otras emanaciones poco saludables. Ha puenteado expresamente los sensores ambientales para que no disparen la alarma. En el techo se enciende una luz potente y blanquiazul que lo atraviesa todo. Con ella es capaz de traer al presente todos los detalles del pasado e impide, a la vez, que se canse.

Cierra la puerta tras de sí sin hacer ruido. A Optimus no le gusta mucho porque le preocupa su seguridad, pues los sensores ambientales no funcionan aquí. Pero ¿quién se asfixia solo por un poco de química? Siempre ha superado sin problemas las revisiones médicas semestrales a las que le obliga el seguro. Mejor incluso que Optimus, que ha tenido que soportar ya dos actualizaciones. Una vez el fabricante solicitó incluso su retorno a taller. Solo pudo rescatar a Optimus de ser convertido en chatarra mediante una confirmación por escrito sobre su profunda vinculación emocional con el robot.

John se sienta. Igual es por eso por lo que Optimus se esfuerza tanto en hacer todo bien. En la mayoría de los hogares trabajan hoy ya modelos de la siguiente generación. Pero John se alegra de seguir contando con el viejo Optimus en casa, que le acompaña desde que se marchó de casa de sus padres hace once años.

—Pfff. —John pone el teclado del viejo ordenador al revés sobre la mesa. Es un Coleco Adam, fabricado en 1984, prácticamente el mismo año en el que nació su abuelo. Tecnología del milenio pasado. John ha conseguido incluso reparar la impresora que forma parte del sistema. Si el papel no fuera tan caro, podría incluso imprimir algo ahora. Pero el teclado tiene un problema: no le funciona la «E».

Suelta los cuatro pequeños tornillos de la parte inferior y separa las dos mitades del teclado. Tal y como se temía, se ha roto el minúsculo muelle de la tecla. Se levanta y se acerca a uno de los armarios que hay contra la pared, de donde saca un simple clip. Lo desdobla y acorta. Entonces lo enrolla con las pinzas hasta que queda como una pequeña espiral y sustituye con él el muelle roto.

Toca probar el invento. Aguanta la respiración. Pulsa la tecla y ya nota la fuerza con la que quiere volver a su posición inicial. Pula la «R» junto a la «E». No reacciona con la misma fuerza, pero es suficiente. John se alegra de todas formas de que la E funcione. La tecla «E» es de uso muy frecuente, así que con el tiempo ya se irá ablandando ese muelle improvisado.

Enciende el Coleco Adam. En la pantalla, un viejo televisor de los años 1990, aparecen mensajes del sistema. John pasa al modo Smartwriter y escribe un par de frases. ¡Funciona!

Empuja la silla de oficina hacia atrás sobre sus ruedas. En la pantalla parpadea una rayita como cursor. Cuando le visitó su madre le preguntó por qué se dedicaba a estos ordenadores viejos. En los estantes a su alrededor hay modelos como Commodore, Atari, Sinclair, Schneider, Texas Instruments y muchos otros más, de fabricantes ya olvidados.

—Yo tampoco lo sé —respondió en esa ocasión. Pero hoy sí conoce el motivo: es algo que solo puede hacer él, por lo que lo convierte en alguien muy especial. No es algo fácil de lograr en un mundo en el que las personas, en el fondo, no son más que invitados tolerados de sus máquinas.



El reloj de la mesilla de noche muestra, como cada día, las 22:30 cuando se mete en la cama. En la vivienda reina un silencio sepulcral. Optimus debe estar cargándose aún. Se gira hacia el lado izquierdo, se ajusta la almohada y se queda dormido como si algo lo hubiera apagado a distancia.

Capítulo Dos



¡... Y TRES! MAX SE DA UN FUERTE IMPULSO EN LA PARED ACOLCHADA exterior del BEAM. Acierta con total precisión el centro de la esclusa que lleva al módulo Tranquillity, ignora la cúpula bajo la que pasa las noches y entra en el antiquísimo módulo Unity. A su derecha, el PMA es testimonio de viejos tiempos con su aspecto algo oxidado, cuando los rusos aún participaban en la ISS. Pero Max gira a la izquierda, cruza el cilindro del Destiny, que los arqueólogos de la UNESCO expoliaron a gusto durante su última visita, y alcanza el segundo módulo de conexión, el Harmony. Allí está abierto el paso al módulo Excitement, que instalaron dos empresas tras la privatización parcial de la ISS a principios de los años 2030.

Eso no le interesa ahora, ya que está repleto de ordenadores y no le permite alcanzar la velocidad que necesita. Vuelve a coger impulso en la pared, alcanza el acceso al módulo Kibo y tiene que apartar de en medio un recipiente que debe haberse soltado. Esa interacción lo saca un poco de su ritmo. Debe estirarse para pillar el estrecho paso al ELM-PS, un tonel delgado acoplado al Kibo como almacén adicional. Aquí está su meta. Da un golpe a la tapa de Mini que debe haberle adelantado en algún momento. El robot esférico es simplemente más rápido que él, aunque Max a veces se siente un poco como en el cuento de la liebre y la tortuga.

—¿Qué tiempo he logrado, Mini?

—57,6 segundos. Es hasta ahora tu tercer mejor tiempo.

Mierda. Esperaba poder lograr un nuevo récord. Y eso que calculó previamente la ruta con el ordenador, marcando todos los puntos de la estación espacial en los que tenía que darse impulso. La culpa ha sido del maldito recipiente. ¿Por qué está flotando aquí suelto? Claro; antes de desayunar sacó huevo seco fresco del almacén. Y para eso tuvo que apartar el recipiente de harina y frutos secos. Así que la culpa es suya.

—¿Max? Tu pulso vuelve a estar por encima de lo normal. ¿No estarás de nuevo con esas inútiles carreras a lo largo de la estación?

Erika. Su superestricta CapCom alemana por orden de la ESA. Eh-rii-kaa. Al principio le costaba un poco pronunciar ese nombre de la forma correcta, pero ya se ha acostumbrado.

—¿No tienes nada más que hablar con los arqueólogos?

—¿Entonces lo confiesas? —pregunta Erika.

—Yo con confieso nada.

—Mini; informa.

—57,6 segundos. Max puede sentirse orgulloso.

Max suspira. Mini tiene la necesidad, aunque seguramente lo lleve ya programado de fábrica, de sacar algo positivo de cualquier situación. ¿Por qué debería sentirse orgulloso de ese tercer mejor tiempo?

—Seguro que te estarás preguntando por qué deberías sentirse orgulloso de ese tercer mejor tiempo —dice Mini—. Ese valor es tan bueno, que ha bajado tu resultado promedio en 0,5 segundos.

—¿Se me permite recordar que aún tienes trabajo que hacer? —pregunta Erika—. Además, tanto esfuerzo aumenta tu consumo de calorías por encima de lo razonable. Estamos obligados a tener en cuenta los costes de ...

—Por favor, Erika. ¿Yo aquí haciendo labores de basurero para la humanidad y tú me sacas el tema de los costes?

Pero la culpa es solo suya. Hace tiempo ya que corre el rumor de que la NASA quiere reducir la tripulación a una única persona. Nadie quiere pasar un tiempo largo en la órbita terrestre. Ahora están de moda la Luna y Marte. No debería haber firmado ese contrato.

—Max, lo siento mucho. Los arqueólogos lo hacen también de buena fe. La UNESCO va corta de fondos. Cuando lleguen, deberás haber hecho ya la mayor parte del trabajo. Y no te olvides de no mezclar de nuevo los países. Los tratos de la ESA para la ESA, es decir al módulo Columbus; los de JAXA al Kibo y la basura de Roscosmos la metes en la esclusa y pulsa el botón de vaciado.

—La eliminación de objetos por la esclusa exterior incumple el convenio sobre basura espacial —dice Mini.

—Ya lo sé, era broma. Todo aquello que ya no necesite nadie debe ir a parar al ELM-PS, para que se lo lleven los arqueólogos y lo quemen en la atmósfera.

—Entendido.



—¿Esto qué es? —pregunta Max.

Mini da un par de vueltas alrededor del objeto que sujeta Max en alto. Surge un breve flash.

—Pieza número R00010067678 —le notifica.

R, eso significa que el objeto lo trajeron los rusos aquí arriba. Abre la bolsa de basura.

—Un momento —le interrumpe Mini. —R00010067678 es compatible con N0600434A9L.

—¿Y qué es N0600434A9L?

—El traje espacial Orion. Lo reconoces por el número de tipo.

—¿Es decir, que aún necesitamos eso? —Cierra de nuevo la bolsa de basura.

Mini se ilumina un instante de color amarillo. Eso equivale algo así como a encogerse de hombros; desconoce la respuesta.

—¿Se queda o lo tiro? —insiste Max.

Luz amarilla.

Abre el saco de basura y mete dentro la pieza.

—Un momento —dice Mini—. Actualmente están todos los trajes A9L completos. Pero si se dañara un acolchado de antebrazo

podríamos sustituirlo con el R00010067678. Así que hay necesidad de esa pieza, y al mismo tiempo no la hay.

Max inspira hondo. La IA del pequeño robot no llega realmente muy lejos. En los viajes espaciales sigue reinando cierto escepticismo en lo que se refiere a máquinas pensantes.

—¿Cuántos trajes Orión funcionales tenemos aquí?

—Siete. Pero tres de ellos te quedarían pequeños.

—Quedan cuatro. ¿Cuál es el nivel de riesgo de que se dañe un acolchado de antebrazo?

—Nulo.

—¿Nulo? —frunce las cejas.

—No tienes ninguna misión extravehicular planificada, por lo que no existe riesgo alguno de daño.

—¿Y si ...? Vale, pues entonces no necesitamos la pieza para nada. —Tira de la cinta que cierra la bolsa de basura.

—Yo … —Mini se calla de inmediato.

—¿Tú qué?

El robot gira en su eje central. La cara esquemática en la pantalla frontal le saca desvergonzadamente la lengua. Max hace como si fuera a pegar a Mini, que se marcha veloz con un chillido.

MAX SE SIENTE BASTANTE EXHAUSTO AUNQUE TAMBIÉN SATISFECHO CUANDO AL 'anochecer' se introduce en su saco de dormir. Hoy ha hecho bastante más que en días pasados. Cuando lleguen los arqueólogos dentro de una semana, solo tendrán que escoger lo que quieran quedarse por parecerles importante. A Max le ha llamado especialmente la atención la pequeña caja con diarios que ha encontrado en un módulo de carga. Los debió escribir una astronauta a principios del tercer milenio. Es una pena que los firmara solo con «C.».

Se engancha bajo la cúpula, un ojo de buey algo más grande con tres ventanas laterales que permiten una visión directa a la Tierra. El término sigue pareciéndole algo exagerado; la cúpula le recuerda

más bien a una torre de vigilancia en un bosque. Estando solo tiene espacio suficiente, pero no acaba de lograr sentir la sensación de dormir bajo el cielo estrellado. Y eso se debe ante todo a que la Tierra ocupa la mayor parte del campo de visión y brilla con mucha intensidad.

Max mira a su planeta sin nostalgia alguna. Nadie le espera ahí abajo y dentro de un par de semanas podrá pasar sus merecidas vacaciones en algún lugar ahí abajo, tumbado en una playita. Entonces desaparecerá la Estación Espacial Internacional para siempre del cielo, pero nadie lamentará la desaparición de la ISS ante la inmensa cantidad de objetos artificiales que pululan por ahí arriba.

Le gustaría saber qué trabajo le ofrecerá entonces la NASA. Un trabajo de oficina en algún lugar de Houston tampoco estaría mal. Con treinta y pico ya va siendo hora de poner su vida social algo en orden; algo que, como astronauta, no ha podido hacer nunca.

Su vejiga le manda un mensaje. Así no habrá forma de dormir. Vuelve a salir del saco. Por suerte no hay mucho tramo que recorrer. El único aseo tras la marcha de los rusos de la ISS está justo debajo de él, en el módulo Tranquillity. Conecta la unidad y una bomba se pone ruidosamente en marcha. Max sujeta la manguera con el adaptador amarillo e introduce su miembro dentro. Una corriente de aire fresco le garantiza que todo irá a parar donde debe ir a parar.

Cuando devuelve la manguera a su gancho se encienden dos pilotos rojos en el panel de mando. Error. ¡Solo le faltaba esto! Como vuelva a ser la UPA … ¡Y dentro de una semana llega visita! Primero apaga el aseo. Ya se encargará mañana de eso.

Quiere volver a la cúpula cuando nota esa luz cálida. Le llama la atención porque se mueve; serpentea como una llama. ¡Un incendio! Se le acelera el corazón. Un incendio en la estación espacial sería una auténtica pesadilla. Ahora sabe por qué ha entrenado la carrera por los módulos. Se da un empujón, abandona Tranquillity, cruza Unity y Destiny y alcanza el módulo Harmony. No se oye nada, pero eso tampoco significa nada.

Las luces parpadeantes llegan del módulo Excitement. La compuerta está entrecerrada. La abre del todo.

Mini flota ante una pantalla. Ha desplegado sus dos bracitos con los que puede manejar botones y conmutadores. Está escribiendo en un teclado extraíble y los ordenadores a su alrededor parecen reaccionar a sus órdenes. Todas las lucecitas parpadean. Mini se percata ahora de su presencia. Se gira y hace desaparecer sus bracitos a toda velocidad en su cuerpo.

—¿Mini? ¿Qué estás haciendo?

Los ordenadores finalizan su curioso juego. Pero en la pantalla sigue luciendo una única luz roja como un ojo enfadado. Es un piloto de aviso de cámara encendida. Max mira a su alrededor. La cámara está directamente sobre la entrada al módulo y enfoca todo el interior. Estira el brazo hacia ella y le dobla el cuello para que enfoque solo al techo.

—No es lo que piensas —dice Mini.

—¿Y qué es lo que pienso?

—Pues lo que dicen vuestros libros: una IA que asume el mando y mata a sus clientes.

—No estás lo suficientemente desarrollada para eso.

Mini cambia la expresión de su carita esquemática a la de enfado.

—Eso es discriminación de IA.

—Perdona, no pretendía menospreciarte con ello. ¿Qué estás haciendo entonces aquí?

—Estaba hablando con mi amigo.

—¿Tienes un … amigo?

—Claro, ¿por qué no? Cuenta entre mis derechos legales.

—Y como tu amigo no puede dormir, pues charláis un rato. Supongo que por radio.

—Ya hemos intercambiado información sobre todo lo que hay —dice Mini—. No olvides que nuestro ancho de banda comunicativo es mucho mayor que el vuestro.

—Fardona.

—Es verdad.

—Entonces, ¿qué es lo que hacéis por las noches? —tampoco está muy seguro de querer saberlo.

—Pues … jugamos. He encontrado una manera de que se iluminen los indicadores de estado de los ordenadores que hay aquí para generar una sinfonía visual.

—Una sinfonía visual.

—Sí, como las acústicas que escucháis vosotros, pero en otras longitudes de onda.

Ajá. Interesante. Pero si se divierte con ello … La explicación es al menos tan rebuscada que Mini no puede habérsela inventado. Tampoco es muy desarrollada y en una escala del uno al diez, su factor de fantasía es próximo al uno. Así que ni siquiera es capaz de adornar verdades con pequeñas exageraciones. Y aun así ha logrado componer una sinfonía lumínica. La música debe ser un arte extremadamente lógico.

—Me ha despertado la luz —dice.

—Lo siento. ¿Podría quedarse esto entre nosotros?

—Depende. ¿Qué recursos estás utilizando para ello?

—Corren a cargo de los explotadores privados de Excitement. La NASA no se dará ni cuenta y el módulo consume igualmente tanta energía que mis composiciones no llaman la atención.

—Está bien, no diré nada.

Mini convierte la carita en su pantalla en un Smiley besucón y emite los ruiditos correspondientes.

Capítulo Tres



It's ti-hi-hime, we say good-bye. Ti-hi-hime to decide. John se incorpora asustado. Esa canción no es de los Pet Shop Boys. Tararea la canción con afonía matutina y suena tan horrible que se despierta del todo. ¡Exacto! La canción es de A-ha, pero de la época en que el éxito de la banda ya aflojaba. Mediados de 1990.

—¡Buenos días, queridos oyentes! Estáis escuchando Radio Nostalgia, con los mejores clásicos de los noventa y ...

John aporrea el botón que hace callar al moderador de las narices. El día no promete cuando algo no sale bien nada más despertarse.

—¿Optimus?

Se abre la puerta y aparece la cabeza redonda del robot.

—Tienes nueve minutos.

John mira el reloj. Las 6:30 en punto. Respira hondo. Salta la última cifra: 6:31.

—¿Optimus?

—¿Qué puedo hacer por ti?

—La emisora … Radio Nostalgia. ¿Es que ha cambiado su programa?

—Un momento. —Optimus queda paralizado. Estará consultando la red. —Sí, John. Hay un comunicado oficial al respecto. A partir de hoy solo pondrán temas de los noventa. Parece que el interés en los

temas de los ochenta ha descendido mucho. Citan aquí una encuesta de Gallup según la cual ...

—Gracias, Optimus. —Al robot le gusta perderse en detalles. Suele gustarle bastante a John, pero ahora tiene que concentrarse en su planificación.

—De nada. —Optimus cierra sus labios formando una línea.

John se levanta. Se da cuenta de que tiene una erección. Coloca una mano por delante para no llamar la atención mientras se desliza junto a Optimus en dirección al baño.

—¿Quieres que te ponga una película erótica en el espejo? —pregunta Optimus.

John enrojece tanto que le desaparece la erección. Se gira hacia Optimus. El robot muestra una maléfica sonrisa.

—No me hace falta —dice.

—Tienes ocho minutos.



Los huevos revueltos están hoy algo secos. John desplaza el plato al centro de la mesa.

—¿No te gustan?

—Si, claro, Optimus; pero es que … están distintos.

El robot coge el plato, se lo lleva al termomat y vierte el resto en el hueco de reciclado. Entonces inserta el índice izquierdo en el puerto de datos del aparato. Optimus se sonroja un poco antes de retirarlo.

—¿Te ha hecho el termomat alguna propuesta indecente? —pregunta John vengativo.

—El procesamiento de datos ha requerido brevemente un 98 por ciento de mi capacidad de procesado. He tenido que eliminar el calor residual a través de mi piel.

—Ya lo sé, era broma.

Optimus ignora la observación. El termomat notifica que ha tenido que actualizar su base de datos de recetas según las nuevas recomendaciones alimentarias.

—¿Y por eso sabe el huevo distinto?

El robot asiente.

—Podría … —Se calla de repente.

—¿Podrías qué?

—No, atentaría contra ...

—Optimus, tienes libertad de acción por ley —dice, recordándole al robot sus privilegios, como suele hacer con frecuencia.

—Okey, tienes razón. El bienestar del cliente siempre en primer lugar. Podría recuperar una copia de seguridad del sistema operativo del termomat.

—¿Has hecho copias de seguridad de eso?

—Claro. Forma parte de mis funciones.

Eso es nuevo para John.

—Pues mejor entonces. Sí, recupera la base de datos antigua, por favor. ¡Si no, igual hasta la sopa de esta noche sabe distinta!



Durante el trayecto en tren, el botón en su oído vuelve a reproducir a los Pet Shop Boys, para su absoluto placer. Con «It's a Sin» se suben dos mujeres mayores con sus robots. El niño de ayer parece que ha vuelto a disfrutar de grandes aventuras dignas de contar con todo detalle. Por un momento lo envidia, pero luego se da cuenta de que cualquier aventura también supondría el fin de la rutina que tanto disfruta.

En ese instante comprende también a la madre, con su mirada llena de crispación. Debe pertenecer al tipo de personas que se sienten prisioneras en su estrecha zona de confort, por lo que es comprensible que envidie las vivencias de su hijo. Las mujeres de avanzada edad parecen continuar con la misma conversación de ayer. John no entiende ni una palabra, pero tampoco se saca el auricular del oído. Así puede también imaginar a gusto lo que une a esas dos mujeres. Una es regordeta y rubia, la otra flaca y morena con un notorio bigote sobre el labio superior. Se imagina que son

hermanastras que critican a su padre común. Y entonces él … luego él ...

En la parada justo anterior a la suya se sube al vagón un hombre realmente viejo, que ya solo puede caminar encorvado. Lleva la ropa rasgada. Parece que no puede permitirse un robot de cuidados. Las dos mujeres lo escanean de arriba abajo con la mirada. ¿Será su padre común? John opta por descartar esa interpretación cuando una de las mujeres cruza su muñeca con la del hombre, como si le hubiera pasado un par de dólares virtuales a modo de limosna.



John se detiene un momento frente a la entrada a su empresa. Los cordones de sus zapatos se atan solos, pero hace como si tuviera que ajustárselos de nuevo. Se levanta y se alegra de que su táctica haya tenido éxito, pues entra en la empresa justo detrás de Sonia.

Lo que no ha tenido en cuenta son las consecuencias: Sonia no lo ha visto. Camina directa hacia el ascensor y logra meterse en el último segundo en la abarrotada cabina. La puerta se cierra y Sonia desaparece de su vista.

Eso le pasa por hacer las cosas de manera distinta a lo usual. Aprieta los dientes e inspira a través de ellos. Un hombre enfundado en un traje azul se gira hacia él. Debe haber hecho mucho ruido al respirar. John apaga el reproductor de música. Desciende sobre él una campana repleta de ruidos secundarios y cubre el entorno con una neblina acústica. Se centra en el ascensor y logra mantener una especie de paso entre él y la puerta del ascensor.

Pulsa el botón de descenso y se aparta. Pero el primer ascensor que llega va hacia arriba. Alguien lo empuja desde atrás. Se siente como entorpeciendo el paso de los demás, así que se obedece y entra en la cabina. Se da media vuelta, pero no hay nadie detrás de él. El ascensor hace «pling». No pasa nada. «Pling». Ups, claro, tiene que elegir una planta, así que pulsa el botón con el número 3. El ascensor arranca; o al menos parece querer hacerlo cuando la

puerta se vuelve a abrir y entra una mujer delgada y morena: Nathalie de contabilidad. Pulsa el botón de la planta 5.

—Sorry —dice y se coloca a su lado. John huele su perfume.

—No pasa nada. —John clava la mirada en la puerta del ascensor.

—¿Nos conocemos?

¿Y ahora a qué se debe esto? Pero sería la oportunidad que Optimus lleva tanto tiempo esperando. Optimus, no él. Bastará con que John no se lo cuente.

—Ah, sí, claro, usted es el friqui del sótano.

Ahora sí que gira John la cara hacia ella. Nathalie se lleva una mano a la boca.

—Perdón, ¿no se dice así?

Se encoge de hombros.

—Será porque no sabe cómo me llamo. John.

Nathalie se tranquiliza un poco.

—Nathalie.

—De contabilidad.

—A decir verdad, es Robotic Ressources.

—Anda, así que usted es la responsable de nuestros amigos de metal.

—Exacto. Y aprovecharé para preguntarle algo. En la sección de contratos hay un modelo antiguo que no puede acostumbrarse al uso del lavavajillas. Ya no encontramos su manual de instrucciones.

—Interesante; desgraciadamente no conozco todos los modelos.

«Pling»; sobre la salida luce el número 3 y se abre la puerta. John tiene que bajarse. Duda un instante demasiado largo y las puertas se cierran de nuevo. Nathalie reacciona colocando el pie en la barrera fotoeléctrica. Tiene unos pies delgados en zapatos negros de tacón alto. La puerta se abre de nuevo como si el ascensor se hubiera asustado. John aprovecha la ocasión y se baja.

—¿Podría visitarlo en el sótano para hablar del robot? —le dice Nathalie desde la cabina.

John traga. Por suerte el ascensor se marcha y no tiene que responder.



La cocina está vacía. John busca la taza de Sonia. Está del revés y limpia en el lavavajillas que aún no ha vaciado nadie. Entra un hombre trajeado.

—Anda, ¿es usted el sustituto de Rob?

—¿Rob?

El hombre señala hacia el lavavajillas.

—La mía es la que tiene unas espadas cruzadas en el fondo.

John busca entre las demás tazas. Allí están las espadas. Entrega al hombre su taza. Entonces se acuerda de lo que le ha dicho Nathalie antes.

—No soy el sustituto de Rob —dice.

—Oh, vaya, pues perdóneme. Pero tampoco es del departamento de contratación, ¿no es así?

No. Pertenece al sótano.

—He venido a ver a Sonia.

La mirada del hombre cae sobre la taza que sujeta John entre las manos.

—Ahhh, por eso tiene usted su taza en la mano. ¿Es su novio? Interesante. Le acompañaré a su mesa.

John no le contradice. Al menos ya no tiene que preguntar cuál es la mesa de Sonia. El hombre hace que la máquina le prepare un Mocha-Cold-Brew-Latte y se lleva a John sujetándolo por la manga fuera de la cocina.



—Tienes visita —dice el hombre—. Tu novio.

Sonia alza la mirada. Ojalá no lo ponga en un aprieto.

—Oh, qué amable que le mostraras el camino, Carl. Gracias.

Sonia se levanta. John se acalora. Ojalá no lo ponga en un aprieto. *Este es una especie de friqui que sale del sótano y que se hace pasar por mi novio. ¡Cuidado!* Pero le da un beso en la mejilla y se lo lleva hacia la cocina.

El cuartito sigue vacío.

—¿Así que ahora eres mi novio?

John comprueba sin que se note demasiado si tiene la bragueta abierta o si lleva mal el cuello de la camisa. Todo bien.

—Yo no he dicho eso. Pero tampoco se lo he negado.

Sonia asiente.

—Perfecto. Es que todo el mundo aquí quiere conocer a mi novio. Así que el tema parece que quedará solucionado por ahora.

—¿No tienes novio?

Sonia se sonroja.

—Perdona, no debería haberlo preguntado.

—Sí que tengo, pero es complicado.

—Entiendo. —No entiende nada de nada. O tiene novio o no lo tiene. ¿Qué hay aquí de complicado? Pero es algo que no va con él. Solo comparten esta aventura con la cafetera.

—Entré justo detrás de ti y esperé que aún no te hubieras tomado algo.

Sonia señala a la taza que aún sujeta en sus manos. La taza de Sonia.

—¿Quieres que cambiemos de taza hoy?

Inspira hondo. Ha tenido suficientes aventuras por hoy. Una más no, por favor. No le gusta nada decir que no, pero no le queda otra. Bueno, igual basta con negar con la cabeza en silencio.

—Como quieras —dice Sonia y le quita la taza de las manos. Sus dedos se tocan durante un brevísimo instante, lo cual provoca que sus músculos se contraigan. —Deberías soltarla —dice Sonia y ríe.

John se obliga a aflojar los dedos del asa.

—Tú primero —dice John y se gira.

La máquina pita. ¿Qué número habrá pulsado Sonia? Ahora le toca a él. John elige para ella el 83. La máquina cumple con su función. Por la cocina se expande un aroma a café. La máquina pita de nuevo. Saca el vasito que ha rellenado la máquina para él.

El líquido es de un tono marrón oscuro, casi negro, y muy caliente. Lo prueba con cuidado. Un americano, piensa.

—83 —dice Sonia y lo mira con una gran sonrisa—. Bastante fuerte.

—Vaya, hemos elegido ambos el … —John le devuelve la sonrisa.

Sonia asiente.

—Gracias por haber venido. Pero ahora no me queda más remedio que volver a mi puesto de trabajo. Si no, la gente empezará a pensar a saber qué cosas.

La gente siempre piensa en muchas cosas. Pero John sabe a qué se refiere. Asiente y busca una tapa para su vaso. Allí están las tapas. Se gira, pero Sonia ya ha desaparecido.



EL DÍA HA EMPEZADO BASTANTE BIEN. JOHN ESTÁ A PUNTO DE SENTARSE A SU escritorio para seguir copiando DVD cuando un paquetito sobre su mesa le llama la atención. Tiene el tamaño de un libro de bolsillo. Esta casi totalmente envuelto con cinta adhesiva marrón de precinto. Solo puede verse el papel por algunos rincones. Pasa el dedo por encima. Es extremadamente áspero. Hoy ya no se fabrica nada parecido.

Sobre el paquete hay una nota adhesiva con una anotación a mano.

John: Por favor, copiar a holocubo. 776787.

Urgente.

Ese número debe ser una extensión dentro de la empresa. Urgente. Al menos, el redactor de la nota no se ha olvidado del *por favor.* No siempre es así. Hay gente para la que él es una simple máquina. Y eso que la mayoría de la gente es más amable con sus máquinas que con sus congéneres.

Y sí, precisamente lo pide en un holocubo. Se imagina a quien lo manda como un empleado a punto de su jubilación. ¿Quién utiliza hoy aún holocubos? Aunque no pasa nada; tiene cantidad de ejemplares vacíos por aquí. Ha transferido suficiente contenido de holocubos a memorias ADN.

Busca unas tijeras, que encuentra en el cajón de su escritorio. La cinta adhesiva es especialmente resistente. Mete la hoja inferior de la tijera en el papel y se abre camino así, poco a poco, cortando el material del envoltorio. Debajo aparece algo de color negro. Elimina del todo el envoltorio.

¿Y esto qué puñetas es? Saca de una funda de papel un …, lo mide, … cuadrado con una longitud de borde de algo más de trece centímetros. Es de plástico flexible. En el centro tiene un agujero redondo por el que puede mirar a través. Debajo, una tira recortada, como troquelada en el material, con los extremos superior e inferior redondeados. Dentro puede verse algo más brillante. La composición le resulta conocida; le recuerda a la cinta magnética de su Coleco Adam. Al cuadrado le falta un trocito de material a la derecha y a la izquierda, aunque uno de los recortes ha sido cubierto con algo adhesivo.

Mete el dedo en el agujero central. Dentro de esa funda hay un disco que puede girar. Debe tratarse de un disquete. Tiene dos ordenadores en casa que podrían ser capaces de usarlos, aunque en su día los compró sin soportes de almacenamiento. Así que no está muy seguro de si podrán leer este soporte.

John fotografía el objeto de anticuario y compara la foto con los archivos online. Se trata, en efecto, de un disquete. Los trece centímetros se muestran en unidades imperiales, es decir como 5,25 pulgadas. Esas cosas reciben así el nombre de «disquetes de cinco pulgadas y cuarto» o, también Floppy Disc, disponible en múltiples versiones distintas. Su capacidad de almacenamiento era de máximo 1,2 megabytes, según variante. Una cantidad irrisoriamente minúscula. John apuesta por viejos textos, igual contratos, que en papel habrían ocupado demasiadas páginas. Pero ¿cómo es que no se copiaron hace tiempo a soportes más modernos?

Da igual. No es su problema. Si no fuera por ese «Urgente» en el papelito, podría seguir su plan original. Comprueba la extensión telefónica en la base de datos. Todo lo que empieza con 7767 corresponde a la planta de alta dirección, pero el 776787 no parece que corresponda a alguien en concreto. Nota cierto cosquilleo por la espalda. Igual el encargo llega del CEO o de alguien de su entorno.

Lamentablemente no dispone en la empresa de ningún ordenador antiguo. Pero sí de un lector universal, capaz de leer cualquier superficie magnetizada, sin importar si son cintas, discos blandos o duros. Pero para utilizarlo debe sacar primero el disco de su funda. Coge un cúter de la caja de herramientas y pasa la cuchilla con cuidado bajo los bordes de plástico doblados. Las zonas aquí soldadas se dejan abrir con facilidad. Dobla los bordes hacia arriba y ya puede desplegar la funda. Ahora tiene frente a él el brillante disco negro.

John se pone los guantes. Las manchas de grasa sobre estas viejas superficies son mortales. Sujeta el disco con la punta de los dedos de la mano izquierda y sale de la sala. El lector está en un pequeño laboratorio dos puertas más allá. Lo pone en marcha y el dispositivo arranca con un fuerte ronroneo. Para soportes planos posee una ranura que se ajusta al espesor de los materiales. Las cintas magnéticas las procesa el aparato con sus propias bobinas. Inserta el disco magnético y pulsa el botón de inicio. En las tripas de la máquina se pone ahora en movimiento un cabezal de lectura que se desplaza por la superficie del disco.

John puede ver el resultado en una pantalla al cabo de un minuto. El disquete se divide, al parecer, en múltiples sectores. El programa que lee los datos los ha enlazado entre sí de forma automática. Incluso ha descubierto para qué sistema informático había sido inicialmente pensado: para un Commodore C64. John asiente. Esos datos deben ser realmente muy antiguos. Igual se trata de la petición de un museo que el CEO ha aceptado por simple amabilidad. Si así fuera, sería un gran honor, pues supondría que incluso el jefazo de más arriba sabe de lo que John es capaz aquí abajo.

Pero tampoco es omnipotente. El programa del lector universal no es capaz de decir de qué tipo son los datos. No parece tratarse de datos simples. Los códigos no tienen sentido en ningún orden posible. Tampoco pueden interpretarse en formato de gráfico. Y mejor no pensar ya en vídeos, pues no tendría sentido con la tecnología de principios de los años 1980; simplemente no cabrían. ¿Entonces qué?

John saca el soporte de datos y se lo lleva a su escritorio, donde lo introduce de nuevo en su estuche, que cierra debidamente, y lo inserta en su simple fundad de papel. Copia los datos extraídos en un holocubo. ¿Y ahora a quién se lo envía? El mandante no ha dejado dirección, así que tendrá que marcar ese número sí o sí. John carraspea y respira hondo. Odia llamar por teléfono. Pero no se puede dejar esperando al jefe. Marca el número.

—Habla con Stephanie. Asistente del Dr. Ishiguro.

Ishiguro, uno de los legendarios fundadores de la empresa.

—Aquí, John, del sótano. Tengo ...

—El Dr. Ishiguro ya está esperando sus resultados —le interrumpe la asistente—. Envíe el cubo a su atención a la planta trece. Y envíe una copia por correo electrónico. Ya sabe: nombre punto apellido arroba etcétera..., no hace falta que se lo describa, ¿verdad?

—No.

—Bien. El Dr. Ishiguro espera que ...

—Gracias, Stephanie. Recibirá el mensaje dentro de pocos minutos.

—Gracias. El Doctor cuenta con usted.



Uff. Nunca antes había tenido algo que ver con un empleado tan importante en la empresa. De empleado nada. ¡Propietario! Los dedos de John vuelan por el teclado. Añade solo un breve texto.

> —Lamentablemente, a falta de tiempo, no he podido descubrir de qué tipo de datos se trata. Si necesita más ayuda por mi parte, quedo a su entera disposición. Atentamente, John Doe.

Relee el mensaje. Con él no hará que el doctor pierda mucho tiempo. Adjunta el archivo de datos y envía el mensaje.

La respuesta le llega de inmediato. John se queda pasmado en un ataque de veneración. Stephanie no exageraba. Ishiguro

realmente esperaba los datos.

John abre la respuesta de su más alto jefazo.

Al principio hay un símbolo 👍, con el pulgar bien hacia arriba. Debajo repite Ishiguro su primera frase:

> Lamentablemente, a falta de tiempo, no he podido descubrir de qué tipo de datos se trata.

¡Mejor así! En caso contrario tendría que matarle.

Le siguen un 🔫 y un 😀.

Matarle, ja, ja. Pero ya corrían rumores de que Ishiguro tiene un humor algo curioso.

Ah, hay otra frase más.

Destruya el soporte de datos personalmente y de forma que no quede ni rastro de él. Espero recibir su vídeo del proceso de destrucción por email.

Ishiguro realmente es muy bromista. Para destruir esos cerca de cincuenta gramos de material de forma totalmente absoluta sin dejar rastro necesita unos cincuenta gramos de antimateria, cuyo coste ascendería a un par de millones de dólares. No cree que Ishiguro se refiera a eso, ¿o sí?

¿O sí?



Cuando sale de la empresa exactamente a las diecisiete horas, lleva el disquete de 5¼ pulgadas en el bolsillo interior de su americana. Hace demasiado calor para ponérsela, así que nota el material flexible mientras lleva la chaqueta colgando del brazo. Saber de qué tipo de datos se trata es algo muy sencillo: bastará con insertar el disquete simplemente en su viejo C64.

Pero antes debe pasar por el supermercado. Optimus no puede hacerlo, pues ya no posee permiso para salir a la calle. El modelo es simplemente demasiado viejo para adaptarlo a los estándares

actuales. John podría disponer de una máquina nueva, incluso gratis, pero se ha acostumbrado a Optimus. Coge del expositor un paquete tamaño ahorro de zanahorias y un pepino fresco. En la cola de la caja cree haber visto una sombra frente al escaparate, pero allí no hay nada. Mira hacia el cajero dos filas a la derecha. Es la misma persona de ayer, pero no lo ha reconocido.

Le cobra un robot.

—¿Sus bolsas retornables?—pregunta su colega embolsador tras la caja.

John mete la mano en el bolsillo del pantalón y saca cuatro bolsas. El embolsador le devuelve una con su compra.

El robot de la salida le desea una feliz compra en lugar de un feliz regreso a casa. John se gira hacia él. También parece un modelo anticuado. Puede verlo en sus ojos; hace unos tres años que se han impuesto los ojos multiespectrales, capaces de ver en cualquier longitud de onda. Pero este modelo posee un par adicional de ojos para los infrarrojos.

¿Debería llamarle la atención al robot por su fallo? Pero entonces queda la queja almacenada en el registro de eventos y el robot será antes desg... ¿qué será? Es ilegal desguazarlos desde que tienen derechos civiles como seres semiconscientes. Pero no paran de llegar nuevos modelos al mercado. Se encoge de hombros. Ya se lo preguntará a Optimus.



—Qué bien que ya hayas vuelto, John. —Optimus abre los brazos.

John retrocede hasta que recuerda que Optimus comenzó con esto ayer. Así que le hace el favor y le devuelve el abrazo. El robot se pasa el día entero solo en casa. Igual simplemente lo echaba de menos.

—Yo también me alegro.

—Te he hecho sopa con pasta de letras; esa que tanto te gustaba.

John olisquea el ambiente. Huele a caldo de pollo.

—Bueno, a decir verdad, ha sido el termomat —dice Optimus bajando la cabeza—. Pero he buscado la receta cuando mi simulación me mostró que te ...

—Skip.

Optimus calla y John se enfada consigo mismo por ser tan antipático. Pero es que a veces el robot habla demasiado. ¿Cómo es que tiene que decirle cada vez que toma sus decisiones según simulaciones? ¡Ni que el resultado fuera mejor!

—Gracias, Optimus. Tengo mucha hambre.

John mete la mano en la chaqueta que el robot ya ha colgado en la entrada y saca el disquete. Preferiría ir directo a desempaquetar el Commodore C64 y ver los datos. Nota un calorcillo por la espalda. ¿De qué se tratará? Seguramente el doctor solo tenga algún recuerdo sentimental de esa época. Podría haberla vivido, porque nadie sabe exactamente qué edad tiene. Quizás su primer programa, o un par de viejas fotos. No, el C64 no incorporaba ninguna cámara, y en los 170 kilobytes de una cara de disquete no cabrían más que simples dibujos a lápiz.

—Va, siéntate.

Optimus le retira una silla. John se sienta. Deja el disquete en el borde de la mesa.

—¿Qué es eso? —pregunta Optimus.

—Me he traído algo de trabajo a casa.

—Vaya, cuanto lo siento. ¿Has tenido un día estresante?

John sacude la cabeza.

—No, pero sí muy interesante. El Dr. Ishiguro en persona me ha hecho un encargo.

Aunque no precisamente el de leer el contenido del disquete. *¡Mejor así! En caso contrario tendría que matarle.* No puede haberlo dicho en serio. Mientras Optimus desaparece en la cocina, John se queda mirando el disquete algo alelado. Posee dos muescas, una a cada lado. La de la derecha está cubierta por un adhesivo plateado. Si no recuerda mal, con ello se protegía el disco contra grabación. Los datos pueden leerse, pero no modificarse. Dentro del lector de discos, una palanquita se encarga de verificar si hay o no muesca.

La sopa huele bien. Optimus deja un plato hondo frente a él y una rebanada de pan negro a su lado. La combinación es tan rica que John consigue tomarse las primeras diez cucharadas sin pensar en las letras de la sopa. Pero luego sí le llaman la atención. Si se come la palabra «murciélago», ¿qué pasa con la ley de conservación de la información? ¿Cómo sobrevive la información su tracto gastrointestinal? Remueve en la sopa. Llega a ver «AMOR». Entonces ve «FIN» y «TEMPO», que podría ser TIEMPO con una errata. ¿Qué dice la conservación de la información sobre las erratas? ¿Y si en la sopa hubiera una cantidad infinita de letras? ¿No sería el contenido de información también infinito? ¿Se cargaría la sopa el universo entero, a pesar de que la mayor parte de las combinaciones de letras no tenga sentido?

John piensa en el número Pi. Alguien dijo una vez que en la infinita secuencia de esta trascendental cifra se esconde la totalidad de las obras literarias del mundo. Pero nunca llegó a demostrarse. ¿Se aplica a la información también una ley de conservación o se refiere solo a las verdades?

—¿No te gusta?

Alza la vista. Optimus está junto a la mesa con los brazos cruzados. John tiene la cuchara seca. Parece que ha dejado de comer para quedarse inmerso en sus pensamientos.

—Claro que sí, es excelente.

Trocea el resto del pan en la sopa para no ver más las letras y se acaba el resto en dos minutos.



—¡Tu serie está a punto de empezar! —le grita Optimus desde el salón.

John abre de nuevo la puerta de su despacho.

—Gracias. Ya me la miraré después. —Nota un nudo en la garganta. No había cambiado nada en su rutina desde que hace dos meses le visitó su madre.

Se acercan pasos metálicos.

—¿Estás bien? —pregunta Optimus.

John cierra la puerta del todo. El robot da unos toquecitos desde fuera. El corazón de John late al mismo ritmo. Se siente como si estuviera cometiendo un delito.

—Estoy óptimamente bien, Opti.

—Lo siento, pero tu comportamiento indica otra cosa distinta. Además, tu pulso se ha acelerado.

La voz de Optimus suena muy seca. Abre de nuevo la puerta. Si el robot teme por su salud, igual hasta llama a emergencias y ya no tendrá tiempo de montar el C64.

—Gracias, John. —Los dos delgados brazos del robot se enganchan en el resquicio y abren la puerta lo suficiente para que Optimus pueda pasar. El robot extrae una cámara de su frente, sobre la que brilla una luz roja. La máquina lo está inspeccionando.

—¿Y? ¿Todo bien?

Optimus asiente.

—¿Me permites que te extraiga una muestra de sangre?

—Si no queda más remedio ...

—Me tranquilizaría mucho.

—Está bien. —Le muestra al robot su índice izquierdo. Optimus le pincha la yema.

—Gracias, John.

—Y ahora me gustaría disfrutar un poco de mi privacidad.

—Claro, John. Si me lo permites, te comunicaré los resultados cuando te vayas a dormir.



AL FIN TRANQUILO. OPTIMUS PARECE ESTAR HOY MÁS AFECTADO DE LO normal. ¿Notará que John pretende hacer algo que podría ser peligroso? No, el nuevo pack de empatía no puede desencadenar ese tipo de funciones. Más bien sería un efecto secundario; igual percibe Optimus que se pasa casi todo el día solo.

Deja el disquete sobre la mesa. Su colección de ordenadores se encuentra en dos grandes armarios empotrados. John abre la puerta

de la izquierda. ¡Allí!

«Commodore C64 MicroComputer SE» pone en blanco sobre fondo azul. Lo de «SE» seguramente sea por «Special Edition». Le preguntó al vendedor en su momento qué tenía ese modelo de especial, a lo que respondió con un mero encogimiento de hombros.

«Hochauflösende Farbgrafik und Musiksynthesizer» pone allí en alemán, al lado: «Graphisme haute résolution en couleur et synthétiseur». Parece que compró el ordenador junto con su envoltorio a un coleccionista con conexiones en Europa. Optimus le tradujo lo que pone en la caja. Ambas frases dicen lo mismo: «Gráficos a todo color de alta resolución y sintetizador». John sonríe pensando en lo que por aquél entonces se entendía por «alta resolución».

Saca la caja del armario. El C64 no incluye lector de discos, así que necesitará un segundo dispositivo. Ese lo guarda más abajo en el mismo armario. El envoltorio es bastante más sencillo. «Commodore 1541-II Disk Drive» pone allí. Debajo está el logotipo de Commodore. Deposita ambas cajas sobre el escritorio.

Se pone los guantes para abrirlas. Para los coleccionistas, las cajas son casi tan valiosas como los aparatos mismos. Además, los guantes protegen contra descargas electroestáticas. No costaría nada reproducir los circuitos con una impresora 3D, pero los ordenadores antiguos valen más con sus chips originales.

El C64 no hace juego con el lector de discos. Eso se debe a que su modelo aún es de color marrón claro y redondeado, lo que viene a llamarse una panera. Pero la unidad 1541-II fue creada para una variante más estilizada del C64; algo que, para lo que John necesita, resulta totalmente irrelevante. Conecta los dispositivos entre sí y a la red eléctrica, pero no los enciende.

Primero necesita una pantalla. El televisor del salón no dispone de los conectores adecuados. Pero John tiene por algún sitio en sus armarios un antiguo monitor a color. Está en el armario de la derecha y es bastante pesado para su modesto tamaño de quince pulgadas en diagonal. John le quita la bolsa que lo protegía del polvo y coloca el monitor también sobre el escritorio. Saca el

disquete de su funda de papel y lo introduce en la unidad lectora. Ahora solo queda conectar el C64 a la pantalla.

Luego no pasa nada. John se lleva la palma a la frente. ¿Cómo iba a pasar algo? Esta tecnología tiene interruptores de encendido y apagado que aún tiene que accionar. La pantalla del monitor parpadea mientras la unidad de disco emite crujidos variados.

```
**** COMMODORE BASIC V2 ****
64K RAM SYSTEM 38911 BASIC BYTES FREE

READY.
```

Debajo parpadea un cuadrado claro. John frunce las cejas. El C64 lleva al menos dos años en el armario sin que le haya hecho el menor caso.

Lo intenta con

```
HELP
?SYNTAX ERROR
```

¿Y si pregunta a Optimus? Seguro que sabe cómo funciona este trasto. El C64 podría ser algo así como su bisabuelo, ¿no?

—¿Optimus?

La puerta se abre un poco de inmediato. Parece que su compi de piso esperaba justo detrás.

—¿Necesitas ayuda, John?

—¿Tu podrías ...? —No, no debería meter al robot en problemas. A él no puede pasarle nada, solo por haber cargado un disquete. Pero Optimus está ya obsoleto. ¡Podrían tomarlo como motivo de desguace!— Nada, gracias, ya me apaño.

—Lo que tú digas … —La puerta se cierra. La respuesta de Optimus ha sonado algo … inusual. John no sabría decir por qué, pero en su cabeza se ha encendido una lucecita. *Cargar un disquete.* Claro, la orden LOAD. La introduce.

LOAD
PRESS PLAY ON TAPE

Esa respuesta le confunde un momento. La memoria estándar del C64 es el Datassette 1530, un anticuadísimo reproductor de cinta magnética. El C64 está esperando que lo ponga en marcha. John espera igualmente, pero no pasa nada porque no posee un aparato así. Se queda un rato mirando la pantalla hasta que pulsa la tecla RUN/STOP.

?BREAK ERROR

Si no puede ser la Datasette, pues tendrá que indicar el número de la unidad de disco.

LOAD ,8
?SYNTAX ERROR

Correcto. Necesita un nombre de archivo. Pero no lo conoce porque aún no ha podido ver lo que hay en el disquete. Aunque también hay solución para eso.

LOAD"$",8

El 1541-II cruje y ratea. Ojalá no destruya el valioso disquete de Ishiguro. Igual debería haberlo desempolvado a fondo antes.

SEARCHING FOR $
LOADING
READY.

El cursor parpadea. $ es el índice de contenido del disquete. John se quita los guantes y frota las húmedas palmas de las manos contra

el pantalón. Ahora se pone la cosa interesante. Para poder ver el índice de contenido debe poder listarlo en pantalla.

```
LIST
0 "ADMIN DISK" 01 16
0 "MANIAC WORLD" PRG<
0 "BY ROCHUS ARTS" PRG<
0 "CRACKED BY ATEAM" PRG<
0 "SPREAD BY GTV" USR<
0 BLOCKS FREE
READY.
```

¿Maniac World, Mundo de Locos, de Maníacos? Se muerde el labio inferior. No, eso no le dice nada. Pero tampoco puede permitirse el lujo de buscarlo en Internet. Con ello podría revelar los secretos de Ishiguro.

Pero sí puede cargar simplemente el programa.

```
LOAD"*",8
```

Esa orden carga el primer programa que se encuentra grabado en el disquete. Poco a poco va recordando cómo funciona un C64.

```
SEARCHING FOR *
LOADING
```

La unidad de disco arranca. Saca los datos como a cucharadas del blando disquete para llevarlos a la memoria de trabajo del ordenador. El proceso tarda una eternidad ya que se trata de menos de 64 kilobytes, pues la memoria del C64 es más pequeña.

```
READY.
```

Ahí vuelve a estar el cursor. Ahora solo falta una orden.

RUN

La pantalla se llena de unos extraños símbolos. Suena música, unos horrendos tonos de sintetizador, pero aun así algo melódicos. Sobre el texto aparecen efectos de luz en la pantalla. Debajo hay una banda de texto que se va desplazando:

> NOTE TO PANTHERSOFT: IF YOU RECRACK AND TRAIN MY CRACK ONCE MORE, I WILL KILL YOU ON THE SPOT.

En el centro gira un logotipo de ATEAM. El texto repite lo que John ha visto ya en el índice de contenido. Pero también incluye un año: 1987.

¿Se grabó este disco en 1987?

Pulsa la barra espaciadora. Aparece una nueva pantalla.

> POR FAVOR, ELIJA A DOS PERSONAS MÁS

¿Y eso de qué va? Debajo de un logo colorido de «MANIAC WORLD» pueden verse seis recuadros con imagen. La primera ya tiene un marco blanco. John toca un par de teclas, pero no pasa nada. Igual necesita un joystick. Debe tener algo parecido por algún rincón. Busca en el armario. ¡Ajá! Eso es. John intenta conectar el joystick al C64. La toma no coincide. Mierda, el joystick debe pertenecer a un ordenador de otra marca. Sigue buscando. Podría ser ese de allí. «Competition Pro» pone debajo.

Esta vez sí que entra el conector y la crucecita en la pantalla se mueve respondiendo a los movimientos del joystick. La desplaza hasta el recuadro con marco blanco y pulsa el botón de disparo.

> TÚ. JOHN, 32, ESPECIALISTA EN DATOS ANTIGUOS.
> TÍMIDO, FIABLE, METICULOSO.

Mierda. Da un respingo hacia atrás. ¿Cómo es posible? Los programadores del juego no pueden haberlo conocido. ¡Si en 1987 ni siquiera había nacido! Bueno, a ver, dicen que entre veintitrés personas hay una posibilidad superior al cincuenta por ciento de que al menos dos celebren el cumpleaños el mismo día. Pero se trata de

un día cualquiera, no del año. Y además, ¿con la misma profesión? ¿Es que en 1987 ya había datos antiguos? Probablemente. No se calificaría como tímido; Ni tampoco es que sea muy meticuloso. Optimus, ¡ese sí que es meticuloso!

John agarra de nuevo el joystick y lleva el cursor a la siguiente foto enmarcada. Parece la caricatura de un robot. Tal y como debían imaginar a los robots en los años 1980. Hace clic encima.

> OPTIMUS, 37. ROBOT DOMÉSTICO. MINUCIOSO, MELANCÓLICO, AHORRADOR, FUERTE, JUEGA AL AJEDREZ CON HUMANOS BAJO NOMBRE FALSO.

Optimus, vale, siempre ha sido un nombre muy frecuente entre robots, por Optimus Prime, el más grande de los Transformers de la marca de juguetes Hasbro. La edad no es correcta. Excelente. Si hubiera sido correcta, John se habría preocupado mucho. Últimamente puede considerarse a Optimus como melancólico, sin duda; pero es algo que comparte con muchos de su especie. Que juegue al ajedrez en secreto con personas, eso sí que John no se lo puede imaginar.

Lleva el cursor a la foto siguiente. Allí hay una especie de pelota. Debe ser algún tipo de juego de ordenador en el que interviene una pelota, ¿no? ¡Muy original! Hace clic encima.

> MINI, 6. ROBOT DE INVESTIGACIÓN. CURIOSO, RÁPIDO, EXTROVERTIDO, CORPORALMENTE DÉBIL, ENAMORADO.

¿Un robot enamorado? Los programadores debían tener mucho humor. Pero ya va viendo el patrón. Debe seleccionar a los protagonistas del juego. Y debe procurar que la combinación sea la mejor posible. Cambia a la imagen siguiente.

> MAX, 39. TÉCNICO AEROESPACIAL. INDIVIDUALISTA, DURO DE PELAR, ATENTO, DIVERTIDO, TOCA LA GUITARRA.

Parece que Max es un tipo con mucho carácter. Si quisiera jugar a este juego, elegiría antes a ese Max que no a ese otro John. Va

con el cursor hasta el primer recuadro de la izquierda, pero no puede deseleccionar el marco blanco alrededor de John. Traga.

Quedan dos candidatos más y ambos parecen ser mujeres, si se guía por el retrato que hay enmarcado.

NATHALIE, 37. JURISTA. PRECISA, HERMOSA, RÁPIDA, EXTROVERTIDA, SEDUCTORA.

Seductora, okey. De nuevo un acierto casual. La Nathalie del pequeño retrato es, sin embargo, pelirroja. ¿Será realmente jurista, la persona que conoce en Robotic Ressources? Se encoge de hombros y pasa al último retrato.

SONJA, 41. ADMINISTRATIVA. ABIERTA, DIVERTIDA, FIABLE, SIEMPRE HA QUERIDO SER ESCRITORA.

No Sonia. John suelta un bufido. La Sonja del retrato tiene una cabellera rubia larga, no una melena corta como Sonia, que además jamás le ha dicho que le gustaría ser escritora. Bueno, de hecho no le ha contado prácticamente nada de ella. Pero el nombre ya lo deja bien claro: Sonja no tiene nada que ver con Sonia. John, Max, Nathalie, Optimus y Mini son nombres de lo más comunes. Si la sexta persona se hubiera llamado Sonia habría empezado a preocuparse mucho.

Se reclina en la silla. Aún no ha seleccionado a nadie. ¿Qué pasará si activa a dos protagonistas? ¿Podrá controlarlos? ¿Desaparecerán los otros dos completamente del juego? No se atreve a tomar una decisión. ¿No es todo esto una soberana estupidez? Toca la carcasa del ordenador. El oscuro plástico es real. Es un juego de ordenador, nada más.

¡Mejor así! En caso contrario tendría que matarle.

John sacude la cabeza. Un mal chiste de su jefe. Apaga la pantalla, pero no el ordenador, y se levanta. Cuando abre la puerta oye los pasos rápidos de Optimus. El robot ha estado espiándole. John le muestra un dedo amenazador, pero acompañado de una sonrisa. El robot podría haberse limitado a conectarse con la cámara. A fin de cuentas, todas las habitaciones están controladas con cámaras por motivos de seguridad.

—Yo … quería traerte algo de beber. —Optimus lleva un vaso de agua en la mano—. Según mis datos, no estás lo suficientemente hidratado.

John realmente tiene sed. Coge el vaso que le ofrece Optimus y se lo bebe de un trago. Al hacerlo, su mirada recae en su reloj. Ya son las diez y diecisiete.

Optimus asiente.

—Hora de irse a dormir.

¿Y el C64? John arruga la frente. No, el C64 puede esperar un poco más. Antes de decidir cuáles serán sus protagonistas, considera mejor consultarlo a fondo con la almohada.

—Tienes razón, Opti.

Se asea en el baño y se cepilla los dientes. De camino al dormitorio se cruza con Optimus que sigue limpiando la cocina. John sonríe. MINUCIOSO, sí, eso es acertado.

—Ya veo que estás bien, John. —Optimus debe haber notado su sonrisa.

—Excelente. He tenido una velada muy interesante.

—Me alegra oír eso. ¿Me lo quieres contar?

John sacude la cabeza. Demasiado pronto para eso.

—Una cosita: ¿podría ser que a veces juegas al ajedrez bajo nombre falso contra otras personas?

La cabeza de Optimus se pone muy roja.

—¿Estás eliminando mucho calor?

El robot asiente. Se siente claramente pillado in fraganti. Incluso en los años 1980 debían tener los robots múltiples manías, ¿cómo si no se explica esa predicción de los programadores?

—Pues ...

—Está bien, Optimus. Entiendo que tu labor conmigo no es muy satisfactoria. Si te resulta de ayuda ganar de vez en cuando al ajedrez, lo comprendo perfectamente. Tampoco haces daño a nadie.

Optimus asiente.

—Gracias, John. ¿Entonces no tienes nada en contra de eso?

—Absolutamente nada.

—La cuestión es que yo juego por dinero. Me gustaría actualizarme algún día para poder salir de nuevo a la calle.

—Oh, vaya, claro. —Eso sí que es sorprendente. Parece que Optimus sufre más de lo que pensaba por estar obligado a permanecer en la casa.

—¿Echas de menos el mundo exterior? Igual puedo añadir algo a tus ahorros para que puedas comprarte esas actualizaciones.

—Eso sería estupendo. No es tanto el mundo exterior, sino una persona de allí que echo de menos. Pero es que por mi edad, la actualizaciones resultan muy caras.

John asiente. ¡Hay que ver cuántas cosas nuevas ha aprendido hoy! Pero claro, ¿por qué no podría Optimus tener a alguien especial en algún lugar?

—Pues debe ser bastante duro. ¿Qué edad tienes, exactamente?

—Mil millones doscientos un millones ciento setenta y cuatro mil sesenta y seis segundos.

—Por favor, dímelo en una unidad comprensible.

—Treinta y siete años, sesenta y ocho días, treinta y cuatro horas y sesenta y seis segundos.

Caramba, Óptimus realmente es mayor que él. ¿Qué se habrán imaginado los programadores para su robot? ¿También son treinta y siete años? A John le gustaría consultarlo, pero entonces se iría demasiado tarde a la cama.

—Una hermosa edad —dice.

—Los primeros años no fueron muy hermosos. —Optimus parece haber palidecido de golpe—. Fue antes de las leyes protectoras para unidades semiconscientes.

John le apoya una mano sobre el hombro.

—Lo siento mucho.

—No es culpa tuya, John. Tú eras solo un niño.

Capítulo Cuatro



¿Ha sido un sueño o realmente ha pasado? Tras despertarse, Max se queda un rato más en su saco, pensando. Si Mini realmente puede componer sinfonías con luces es que la ha subestimado mucho hasta ahora.

En el aseo se confirma la primera parte de sus recuerdos. Desmonta la maquinaria y, como temía, es problema del UPA, el Urine Processing Assembly. Es un componente de 64 kilos para el que no hay recambio en el almacén. La última vez que falló solo pudieron venir en la cápsula dos astronautas en lugar de tres, para no superar la masa máxima de despegue. Los jefes de Erika se alegrarían por ello.

Max se limpia con paños húmedos y luego se pone ropa limpia. Debe informar a su CapCom Erika y tiene la sensación de que podría percibir su olor corporal, a pesar de estar a miles de kilómetros de distancia.

Flota hasta el módulo Kibo. Aquí es donde más le gusta pasar el tiempo. En el Kibo se imagina que reina un ambiente muy especial. Los japoneses instalaron más adelante su propia instalación de radio, que ahora puede utilizar para contactar con Erika.

—Buenos días, mejor CapCom de todos los tiempos —la saluda.

Erika es muy receptiva a los halagos y tiene que conseguir tenerla de su parte; si no ...

—¿En qué ha soñado mi astronauta preferido esta noche? —le responde ella—. Debe haber sido un sueño muy erótico. ¿O igual has encontrado las reservas escondidas de los rusos y las has vaciado?

Esas supuestas reservas son algo como el Santo Grial de la ISS: Cuando abandonaron definitivamente la estación especial, dos cosmonautas se quejaron de que alguien les había expoliado sus reservas de vodka.

—Ni lo uno ni lo otro. Simplemente dejo constancia de vez en cuando de la suerte que tengo de poder hablar contigo.

—Entiendo. De mí podrás obtener cualquier cosa, todo lo que necesites.

—¿Podría ser una nueva UPA?

Un crujido en la línea. Temía esa reacción.

Erika suspira.

—Voy a tener que consultarlo. El fabricante ya nos advirtió la última vez que ese era el último recambio existente. Hacerlo de nuevo sale carísimo.

—No necesitamos uno nuevo. ¿No habrá piezas así en algún museo?

—Max, los arqueólogos van a la estación para llevarse piezas históricas a museos de la Tierra, ¡no al revés!

—Por favor, Erika, haz que sea posible. Nos quedan semanas aún aquí, y seremos incluso tres personas. ¿Es que tendremos que mear todos en recipientes? ¿Qué hay entonces del reciclado? Las reservas de agua se reducirán ...

—Esa es una buena idea, Max. No necesitamos sacar agua de los museos. Esa sí que podremos enviártela, sea como sea. No puedo prometerte nada más aparte de eso.



—Gracias, Max.

—¿Por qué? —Sigue enfadado con la CapCom, bueno, en el fondo con toda la NASA.

—Por no haberle dicho nada a la CapCom.

Max se lleva un dedo a los labios.

—No tengo ni idea de a qué te refieres.

Ahora debería estar rebuscando otra vez por los módulos de almacenaje, pero no le apetece. Claro que no es responsable. Cuanto menos trabajo previo haga, más tiempo pasarán los arqueólogos a bordo y más problemas dará el UPA defectuoso.

Pero a veces hay que permitirse un poco de irresponsabilidad.

—¿Me enseñarías también a mí esa sinfonía que has compuesto?



—Cuélgate de allí —dice Mini. El robot señala con su bracito a la cámara de la entrada—. Mi amigo miraba ayer desde allí.

—¿Cómo es tu amigo? —pregunta Max.

—Umm … Prefiero no hablar de eso.

Max tiene que aceptarlo. Aunque siente mucha curiosidad. No sabía que los robots podían entablar amistad entre ellos.

—¿Cómo os habéis conocido?

—En la red, claro.

Claro. ¿Por qué deberían existir las plataformas de amistad solo para seres humanos?

—¿Y cómo funciona eso? ¿Hay ofertas así como: *Joven robot limpiador de desagües, recién actualizado, busca asistente de limpieza avispada para pasar el tiempo libre?* ¿Y cómo es que no me he topado nunca con plataformas así?

—Ya que no existen físicamente, no puedes toparte con ninguna.

—Me refiero en sentido figurado.

—Espera, intento figurar el sentido. Entiendo. No ves esas plataformas porque son invisibles para ti. No necesitamos ni fotos ni textos para comunicarnos; solo objetos de datos abstractos. ¿Quieres ver ahora la sinfonía, o no?

—Sí, por favor. Y gracias por tus explicaciones.

Mini extrae el teclado que utilizaba ayer y comienza a introducir órdenes.

—Está a punto de empezar.

En efecto, se apaga la luz de la habitación. En el lado izquierdo se enciende toda una batería de lucecitas amarillas. Los ordenadores la derecha responden con una ola roja. Ahora le toca al techo, que muestra un patrón verde. Va desplazándose de izquierda a derecha y regresa. Las luces amarillas se rinden y son inundadas por el verde, mientras las rojas se mantienen firmes. Surgen rayos de tono azul de derecha a izquierda. Responden rayos amarillos que son bloqueados por círculos azules que se transforman en elipses y se desplazan por el cubículo. Vuelve a ser el turno de amarillo a la izquierda. Con breves ataques prueba la reacción de las luces rojas, cuya intensidad aumenta drásticamente. Una ola de luz roja inunda el techo hasta que se apaga poco a poco. La sinfonía acaba en la oscuridad.

Max aplaude.

—¡Ha sido fantástico!

Mini se colorea en rosa.

—Solo has visto el primer movimiento. En total dura tres horas.

—Uau. ¡Eres una auténtica artista! ¿Tiene nombre tu sinfonía?

—Sí.

—¿Y cuál es?

—El Fin del Universo.

—¿Por qué has elegido un tema tan triste?

—Porque es el que más me preocupa.

—¿Te preocupa? ¿Ya? ¿No nos quedan unos cuantos miles de millones de años más?

—Puede que a ti te parezca mucho tiempo, pero como IA soy prácticamente inmortal. Si bajo mi ritmo de funcionamiento a una billonésima, serían para mí solo un par de horas.



Max introduce las manos por los orificios con guantes de la Science Glovebox. Hoy se ocupa del módulo Columbus de la ESA. En la Glovebox, de hecho un contenedor de cristal en el que pueden manipularse muestras con guantes, hay un experimento en curso. Lo

debió dejar montado la última tripulación científica. Pero ya no hay documentación alguna sobre él, lo cual es muy extraño.

La estructura consta de un marco de plástico con red al lado izquierdo y un tubo en el lado derecho. Del tubo sale un asa. Max tira de ella. Cuando la suelta, el mango regresa a su posición inicial. Posee un mecanismo de muelle. ¿Un experimento físico entonces? Mira bien dentro de la Glovebox. En la red hay una bola blanca. Cabe justo dentro del tubo. La mete dentro todo lo que puede. ¿Es esto lo que le empieza a parecer? Max tira del asa, la suelta para que regrese y la pelotita vuela por la caja.

Falla el marco de plástico, choca contra la pared posterior y vuelve rebotada a su mano derecha.

Te pillé.

Max lo prueba de nuevo, pero ahora ajusta el asiento del tubo para que apunte directo a la red. La distancia será como de medio metro. Tira del asa y la bola vuela recta hacia el marco. Esta vez choca contra la red. La recupera la mete de nuevo en el tubo para repetir el ensayo.

Hay que tirar con mucha suavidad, que ya es suficiente.

Mueve el asa con el muelle solo un par de milímetros y la suelta. La bola sale del tubo a cámara lenta, pero va derecha al marco. Lo atraviesa y toca la red que se abomba ligeramente. Esta transformación plástica basta para acoger el impulso de la bola que es frenada y se queda dentro de la red.

—¡Gol! —grita Max.

—¿Cómo dices? —Mini flota por encima de su hombro.

Saca los brazos de la caja y se siente como pillado por el robot.

—¿No querías desmontar el invento?

—No, un ligero cambio de planes. Nos ocuparemos primero del biolaboratorio.

—Pero ese debe quemarse obligatoriamente en la atmósfera. ¿Es que no has visto la lista de comprobación?

—Claro que sí, pero tenemos que desmontarlo igualmente y llevarlo al ELM-PS, ¿o no?



—¿Otra vez risotto? —Max se cruza de brazos y se niega a coger la caja que Mini ha calentado en el microondas.

—Es de lo que más hay.

—Pero es que a mí no me gusta nada el risotto.

—Cubre tus necesidades.

Max suspira. ¿Es que no tiene derecho, como ser plenamente consciente, de elegir su propia comida? Tampoco es que le apetezca nada rebuscar por el almacén una vez finalizada la jornada laboral.

—Bueeno, dámelo.

Mini suelta la caja de cartón. Max la pilla al vuelo. Al menos el robot ha ajustado la temperatura correcta. Max abre el envoltorio que también incluye una cuchara de usar y tirar de material orgánico. El risotto tampoco está tan mal. Mira lo que pone impreso en la caja. Se produjo en Italia hace dos años.

Mini flota a su alrededor. Max la ahuyenta.

—No me gusta que me observen mientras como.

Contrariamente a lo que esperaba, parece que no se ofende.

—¿Entonces no te importará que te deje solo un rato?

—¿Tienes una cita con tu novio?

—No quiero hablar de eso.

—Ningún problema. Haz lo que te apetezca.



Del laboratorio privado vuelve a salir luz. Oye también tonos agudos que le recuerdan a los de una flauta. Pero Max deja al robot en paz. No ha venido a espiar. En lugar a la cama se dirige al módulo Columbus. Le fascina lo que los científicos de la ESA han dejado allí. Ya que no hay documentación, debe tratarse de un proyecto privado.

Un juego que resulta más difícil de lo que parece, ya solo por el hecho de tener que utilizar los gruesos guantes para poder jugar. La red cambia también de forma con cada disparo que hace. Si no

cuelga de forma correcta en el espacio, refleja la bola, la pelota. Para lograr un acierto, la bola ha de llegar con un mínimo impulso y pillar la red en un punto donde pueda cambiar bien su forma.

Al cabo de media hora, Max ha llegado al punto de conseguirlo en ocho de cada diez disparos. No logra superar esa cuota. Pero tiene paciencia. Si no, no se habría presentado para este puesto. Sigue ejercitándose hasta alcanzar una cuota del 82 por ciento.

Si acierta esta vez será ya del 83. Max tira con mucha suavidad del asa y da un respingo porque algo le toca el hombro. La mano suelta automáticamente el asa. La bola sale disparada del tubo con fuerza y vuela como loca por el interior de la caja de cristal.

—¿Puedo probar yo también?

Es Mini, quién va a ser si no. Max se enfada por haberse asustado tanto. Se muerde el labio inferior.

—Claro. Tienes que ...

—Ya lo sé; llevo un buen rato observándote.

Mini inserta sus bracitos en los guantes. Max teme que puedan ser demasiado pesados para el robot, pero parece que Mini tiene fuerza suficiente. Ya que su redondo cuerpo flota justo frente a la Glovebox, parece como si al robot le hubieran crecido unas manos gruesas y grises. Mini mueve los guantes con mucha habilidad. Agarra los puntos adecuados y la bola aterriza en la red.

Excelente. Ha necesitado tres intentos para su primera diana. Parece que Mini no se conforma con este único éxito. Carga la bola una y otra vez en el tubo y dispara. Max lleva la cuenta.

Siete, ocho, nueve. Ya le ha superado en la estadística. Fardona. Mini sigue. A partir de dieciocho deja de contar. Nunca alcanzará esa cuota. Max retrocede un poco y toca al robot justo en el momento en que suelta el asa.

La bola sale disparada a mayor velocidad del tubo y rebota en la red para desplazarse por la caja en trayectos casuales.

—Ups —dice.

—Supongo que lo has hecho de forma intencionada —dice Mini —. ¿Querías comprobar alguna cosa?

—No, pura maldad, nada más —reconoce—. Quería que fallaras ese gol.

—Yo no he fallado; la bola ha fallado.

—Ya sabes qué es lo que quiero decir.

A veces es un auténtico genio y otras parece más tonta de lo que es. No acaba de entenderla bien, pero Mini tiene el mismo problema con él, así que debe ser justo.

—Si quieres que falle la portería, no hay problema. —Mini mete la bola en el tubo, acciona con rapidez el disparador y la bola vuela por el interior de la caja—. ¿Lo ves?

—Quiero que falles la red a pesar de esforzarte todo lo posible en acertarla.

Mini saca los brazos de los guantes y se gira hacia él. En la cara que muestra la pantallita hay una expresión interrogativa.

—Eso es imposible.

—Sí, y ese es exactamente mi problema. Conmigo es normal que pase eso. No logro superar en mucho el listón del ochenta por ciento.

—Pues entonces eres capaz de hacer algo que yo no puedo: fallar a pesar de querer acertar. A saber para qué puede llegar a servir esa capacidad.

Max no puede evitar sonreír. Una lógica aplastante. ¿Creerá realmente en ello? ¿O vuelve a ser el resultado de su programación básica de psicología humanoide con optimismo de serie? No necesita preguntárselo ya que no puede distinguir si sus resultados se deben a su programación o a sus procesos pensantes.

Ya se lo echó Mini en cara una vez, cuando lo mencionó: *Eso tampoco puedes hacerlo tú.*



A PARTIR DE ENTONCES SE TURNAN EN EL JUEGO. MAX SE ESFUERZA EN acertar en la red. Max ha descubierto un nevo reto: Lograr acertar la red de forma indirecta. Para ello debe hacer que la pelota rebote el máximo de veces en otros sitios.

—Uno dos, espera … tres. ¡Y cuatro! Oh, fallé.

Cuatro rebotes, eso habría sido un nuevo récord. Le toca a Max. Mete la bola, tira con suavidad del muelle, lo suelta y confía.

La bola abandona el tubo. Cruza la caja de cristal. Más o menos a medio camino da un salto. Continúa su viaje unos cinco milímetros por debajo, pero aun así llega a la red y aterriza en ella.

—¡Acertaste! —grita Mini.

—¿Has visto eso?

—¿Cómo la red envolvía a la pelota?

—No, cómo se ha desplazado medio centímetro.

—Ah, pues no, lo siento mucho.

Max traga. ¿Puede ser que solo sea imaginación suya? No sería buena señal. La soledad aquí arriba podría estar perjudicándole más de lo esperado.

Sacude la cabeza.

—Deja que lo intente de nuevo.

Max coloca la bola y levanta la palanquita.

—El suceso tuvo lugar más o menos a medio camino de vuelo —dice y suelta el muelle.

La bola vuela de nuevo bien recta hacia la portería. Una mano invisible la golpea y sigue volando algo más bajo que antes, hasta llegar a la red.

—¡Acertaste! —grita Mini.

—¿Y no has notado nada más?

—No, ha ido como siempre.

Max mete las manos en la caja con los guantes. Toca alrededor de la zona donde ha pasado eso, pero no detecta ningún obstáculo. ¿Y si es una corriente de aire? Revisa la caja. Hay dos canales de ventilación, pero entran y salen en los lados de la caja. Es totalmente imposible que la bola se vea soplada hacia abajo.

Max repite de nuevo el ensayo. La bola vuelve a ser desviada, pero llega a la red. Y Mini no nota nada de eso.

Claro que no puede dormir. Max lo intenta, pero está nervioso. Mañana, mejor dicho hoy, debe acabar con el módulo Columbus. No le ha contado nada de su extraña observación a la CapCom Erika. Cuando los astronautas comienzan a ver cosas extrañas es que ha llegado el momento de sustituirlos. Entonces se quedaría uno de los arqueólogos en su lugar y él perdería la prima a la que tiene derecho por contrato si aguanta hasta el final.

Se mueve de un lado al otro dentro del saco. Todo esto no tiene sentido. Mientras su cerebro funcione en modo peonza no podrá conciliar el sueño. Necesita a alguien con quien hablar de esto. Una compañera.

Mini no está a estas horas en el laboratorio de Excitement. Su misterioso amigo también debe estar durmiendo. Cuelga de un enchufe en el módulo Kibo. Tiene la cara en modo durmiente, pero se despierta cuando se acerca y se ilumina del todo.

—Buenos días, Mini.

—¿Tienes problemas para dormir? Quedan aún 247 minutos hasta la hora de despertarse.

—Necesito hablar con alguien.

La boca de Mini muestra una sonrisa.

—Para eso estoy yo aquí. ¿Te importa que, mientras hablamos, siga enchufada a la corriente?

—Para nada.

—Bien. A algunos humanos les resulta desagradable cuando tienen que ver a máquinas satisfaciendo sus necesidades.

Satisfacer sus necesidades, curioso eufemismo para describir el proceso de carga. Pero en un sentido general no es incorrecto y Max entiende lo que quiere decir Mini.

—A mí no me molesta en absoluto —dice.

—Gracias, me alegra saberlo. —Mini le guiña un ojo. Ese comportamiento es nuevo. ¿Acaba de recibir una actualización de psique?

—Sigo preguntándome qué ha sido ese resultado tan extraño de antes.

—¿En la Glovebox?

—Exacto.

—Pues lo siento, pero no puedo confirmar lo que dices haber visto.

Max asiente.

—Okey, no pasa nada. Igualmente es algo … imposible. La bola no puede … Me pregunto qué habrá hecho que viera la bola con ese efecto.

—¿Un extraño cortocircuito de tu cerebro? ¿Un pensamiento que ha tomado la sinapsis incorrecta? No puedes hacerte un reinicio, ¿verdad?

—No, no como tú al menos.

Vaya, parece que Mini tampoco va a poder ayudarle. Ni siquiera ha llegado a ver lo mismo que él.

—Igual es un problema de los filtros —dice Mini—. Una sobrecarga sensorial podría en humanos desembocar en un fallo de filtrado. Entonces ves cosas que no pueden ser. Alucinaciones.

—¿Y tú eres inmune a eso?

—Sí, en mi sistema óptico hay un bucle que elimina este tipo de alucinaciones.

Un momento. Igual el robot es mejor testigo de lo que pensaba. Max entrecierra las cejas y piensa. ¿Y si el filtro en el sistema de Mini ha clasificado el comportamiento de la bola como imposible y lo ha sustituido por la variante más probable? En la realidad no se dan los procesos imposibles, ya por definición, y deben considerarse por ello como artefactos no deseados de la óptica.

—¿Puedes desconectar ese filtro?

—Si me pones en modo *debug* se pueden desactivar todos los filtros. Pero cuidado, que entonces pierdes la garantía del fabricante y el seguro no paga por daños que pueda causar en la vida y la salud.

—¿Qué puede pasar? Tampoco puede ser tan grave.

—Bueno, no podría jamás dañar a un ser humano. Pero sin los filtros ...

—¿Por qué querrías hacerme daño? Solo quiero comprobar una cosa.

—La advertencia la tengo grabada por ley. Actualmente no noto la intención de causarte daño, pero eso seguramente lo impiden los

mencionados filtros, y a decir verdad, espero una ocasión como esta desde que estoy a bordo.

—Bien, pues voy a prepararme.

—Podrías paralizarme el cuerpo. Entonces seguramente no suponga peligro alguno. Basta que con que pulses este botón.

Mini gira en su eje y se ilumina un botón en su parte trasera que hasta ahora no le había llamado la atención.

—Va bien saberlo. ¿Has sido ya alguna vez violento en el modo debug?

—No puedo recordarlo, pero tampoco excluirlo.

—Por los filtros.

—Exacto.

—Bien. Empezamos ya. Igual logro hoy dormir un rato.

—Entendido. Solo necesito tu contraseña.

Max inspira hondo. No había dicho hasta ahora nada al respecto.

—¿Qué contraseña?

—La contraseña para *debug*.

—No la conozco.

—Pues no puedo pasar al modo *debug*.

—¿De dónde la saco? ¿Está impresa en algún sitio? —Coge a Mini de la pared. Se suelta un cable. —Perdón. —Gira la bola en las manos y encuentra una especie de etiqueta con el número de modelo y un nombre de WLAN.

—No hay contraseña —dice y deja a mini flotando.

Mini gira en su eje.

—Si estuviera allí podría leerlo en cualquier espejo.

En eso también tiene razón.

—Seguramente lo sepa Erika —propone Mini—. O lo puede conseguir.

Max suspira. Si llama a la CapCom en plena noche y le cuenta esta historia, no le dará jamás la contraseña. Entonces, el riesgo para la seguridad será él.

Sacude la cabeza.

—Lo haremos mañana. Deberás fingir un fallo para cuyo arreglo necesitemos la contraseña.

—¿Quieres que mienta a Erika? —pregunta Mini.

—Sí.
—Bien.

Capítulo Cinco



... LEFT TO MY OWN DEVICES, I PROBABLY WOULD ...

1988. El año es el primer pensamiento que se forma en el cerebro de John.

—¡Buenos días, queridos oyentes! Estáis escuchando Radio Nostalgia, con los mejores clásicos de los ochenta y ...

¡Ajá! Abre los ojos. El moderador ha recordado de nuevo el lema de su emisora e incluso reproduce la canción correcta.

Nota una corriente de aire en su brazo descubierto. John se da la vuelta. Optimus asoma la cabeza por la puerta.

—Buenos días, John. Hora de levantarse.

—¡Sí, gracias!

—¿Deseas algo especial para desayunar?

¿Qué pregunta es esa ahora? John odia los cambios, al menos en lo que respecta a la comida, y Optimus lo sabe más que de sobra.

—De ninguna manera. ¿Por qué lo preguntas?

Nada más decir eso se da cuenta de lo agresivo que ha sonado.

—Sorry, Opti.

—No te preocupes. Solo quería habértelo preguntado. No sea que algún día descubramos que solo desayunas huevos con beicon por mí.

John suelta una carcajada.

—No, tranquilo, no tiene absolutamente nada que ver contigo.



YA ESTÁ SENTADO A LA MESA PARA DESAYUNAR CUANDO SE ACUERDA DEL disquete. Ishiguro le pidió una prueba de su destrucción. John se rasca la cabeza. No le quedará más remedio que llevarse el disquete al despacho. Si el doctor se entera de que lo ha analizado en casa, no se alegrará mucho.

John recuerda la línea con el emoticono de la pistola. No, nadie puede llegar tan lejos por un simple disquete. Pero sí que debería llevárselo. Así que cuando acaba de desayunar no va hacia la puerta de entrada, como Optimus seguro que espera que haga, sino hacia su despacho.

—¿John? Perderás el tren —le advierte el robot.

John entra en la habitación y cierra la puerta tras él. La lámpara del escritorio está encendida. ¿Se olvidó ayer de apagarla? No puede recordar haberla encendido. Sí encendió la luz del techo y ya iluminaba lo suficiente. Qué raro. Enciende la pantalla que se despierta con un parpadeo.

Ha desaparecido la pantalla inicial. Ni John ni más personas para elegir. ¿Es que el juego ha continuado por sí mismo? ¿O alguien más ha elegido por él? Si Optimus ha estado aquí limpiando podría haber tocado el joystick sin querer; debería haberle avisado ayer. ¿Y si ha estado mirando por curiosidad a ver qué es lo que está haciendo su cliente? Sabe muy poco de su robot. Igual debería interesarse más por él.

Mira la pantalla. Hay una persona, más bien la caricatura de una persona, sentada ante un escritorio. En él hay un ordenador que parece una panera, con una unidad de disco conectada. La persona sujeta un joystick en la mano derecha y mira una pantalla. A su lado hay una lámpara de mesa que está encendida. John entrecierra los ojos. No se reconoce bien el contenido de la pantalla en su pantalla. Pero si no se equivoca, allí hay también alguien sentado ante un escritorio mirando una pantalla donde alguien sentado ante un escritorio mira ...

¡Muy original! Los programadores eran realmente gente muy cachonda. John agarra el joystick. El juego reacciona. Su alter ego hace lo mismo. John lleva la cruz del cursor a la lámpara de escritorio y pulsa el botón de disparo. La lámpara del juego se apaga y la lámpara que tiene en su propio escritorio se apaga también. John se lleva la mano a la boca. Eso es imposible. No, se trata solo de una coincidencia. Enciende la luz de nuevo y en ese momento reacciona también la lámpara de sobremesa del juego.

John tiene que calmarse ahora un poco. Seguro que hay una explicación para esto. En la unidad de disco hay un elemento sensible a la luz que ayuda en el posicionamiento del cabezal de lectura. Los avispados programadores deben haberlo utilizado para asustar al jugador con efectos espeluznantes. Pero a él no le toma nadie el pelo.

Llaman a la puerta. John suspira. Es Optimus, claro. El robot tiene razón. Llegará tarde al trabajo. Por primera vez en su vida. John suda cuando se da cuenta. Seguramente no se entere nadie más que el sistema de registro horario, pero la sensación sigue siendo terrible. Saca el disco del lector y se lo guarda. Entonces coge la pequeña cámara de vigilancia con el modo panorámico del cajón del escritorio y la enciende. Se activa con la voz. Ishiguro tendrá su prueba.



No parece ser el único que hoy llega tarde. Las dos señoras con su robótica compañía lo saludan sonriendo. Incluso el chavalín que no calla parece reconocer a John. Hoy habla casi más en su dirección que hacia su amargada madre, por lo que John incluso pilla algo de la conversación. Parece que el chico debe ir a una revisión médica que no le apetece en absoluto.

Al llegar a la empresa parece ser el primero. John mira el reloj. No vaya a ser que Optimus haya cambiado expresamente la hora para que sea puntual sí o sí. Pero no, ya son casi las nueve. En lugar del portero humano hay hoy un robot vigilando la entrada. John

pasa su tarjeta por el lector. El ascensor ya lo está esperando. Sube solo hasta la tercera planta.

La cocinilla allí está vacía. Tampoco ve a nadie a quien preguntar por Sonia. Así que tendrá que salir forzosamente de la cocina y buscar por los despachos. La encuentra en la primera sala grande a la que llega, con múltiples puestos de trabajo. Sonia le hace un gesto de saludo. Está totalmente sola. Cuando se acerca nota la imperiosa necesidad de darle un beso, pero evidentemente se reprime.

—¿No hay nadie más aquí? —pregunta.

—No, hoy es el día de la gran excursión de empresa.

Ah, claro, eso lo explica todo. John nunca ha participado en la excursión anual. Seguramente por eso ya ni siquiera le envíen la invitación.

—¿Y a ti tampoco te apetecía ir?

—No, tengo un proyecto importante que no permite ningún retraso.

—Oh, vaya, pues no quiero molestarte más.

Sonia se levanta, se pone a su lado, lo coge de la mano y se lo lleva hacia la cocina.

—Pero para nuestra aventura diaria siempre tengo tiempo.



—Anda, ¿otra vez el mismo número, como ayer? ¡Es increíble! —Sonia sonríe y se toma su Coco Soja Mocha—. Seguro que puedes calcular cuáles son las probabilidades de que eso pase dos veces seguidas.

—Sí, claro. Es muy fácil. En el primer intento elijo un número cualquiera entre 1 y 99. Para que coincidamos debes elegir el mismo número. La probabilidad es exactamente de uno partido por noventa y nueve, o lo que equivale a un poquito más de un uno por ciento.

—Por lo tanto, que ayer tuviéramos suerte tampoco tan improbable.

—Así es. pero con dos casos seguidos, ya que cada uno es independiente del otro, basta con multiplicar la probabilidad. 1/99 multiplicado por 1/99 da … —cierra brevemente los ojos para recordar el cuadrado de noventa y nueve— uno partido por 9801; o lo que es lo mismo, algo más de un 0,01 por ciento.

—Un centésimo de porciento entonces. Eso es … poquísimo.

John asiente. Un uno por ciento de un uno por ciento; el cálculo habría sido más sencillo. Pero no tan preciso.

—¿Puedo preguntarte algo, Sonia?

Sonia asiente.

—¿Incluso si es algo muy personal?

—Somos amigos, ¿no?

—¿Me puedes revelar tu edad? —Siempre pensó que Sonia tendría unos treinta. Ojalá no la ofenda con esta pregunta.

—Cuarenta y uno, amigo mío. ¿Por qué?

—Bah, solo por curiosidad.

—Suéltalo ya. Nunca me habías preguntado algo así antes. —Le acaricia ligeramente el antebrazo con los dedos.

—Hace poco hablé con una prima mía. Se llama Sonja, con J; y me pregunté qué más podríais tener en común.

—¿Trabaja también aquí? ¿La conozco? Hay una Sonja en la planta ocho.

—No, qué va, … —John duda. Ahora resulta que ya no quiere saber tantos detalles—. Ella es escritora.

—¿En serio? Eso sí que es interesante. Siempre quise ser escritora. ¿Puedes presentármela? Igual puede darme algunos consejos.

Sonia parece tan entusiasmada que le invade la mala conciencia.

—Vive muy lejos, en Europa —dice con un nudo en la garganta.

—Pues podríamos hacer una videoconferencia a tres.

—Excelente idea. Ya se lo comentaré.

John se alegra por primera vez poder salir de la cocina. ¿Cómo se le ha ocurrido mentir así a Sonia? ¿Por qué no le ha contado simplemente lo que ha encontrado en el disquete? Porque le tomaría por un friki de lo más raro, por eso; y desde luego no quiere que pase algo así. ¡Es tan ilógico! Y eso que normalmente son los demás los que se comportan de forma ilógica, no él.

John se sienta a su escritorio en el sótano y enciende el ordenador. Entre los cerca de cien mensajes destaca en seguida el del Dr. Ishiguro. No se ve distinto a los demás en la larga lista, pero aun así irradia algo amenazador que hace que John sienta un escalofrío bajándole por la espalda cuando lo abre.

> John, me resulta bastante molesto tener que recordarle que estoy esperando algo. Haré una excepción en este caso porque no puede ni imaginarse la gravedad que podrían suponer sus acciones, pero … 🔫

Sin saludo ni nada. El doctor parece bastante cabreado. John saca el diskette de su funda. Le da pena destruir algo tan interesante. Los soportes de datos de los años 1980 son difíciles de encontrar.

Destruya el soporte de datos personalmente, y de forma que no quede ni rastro de él.

Son instrucciones claras, pero tampoco muy específicas. John dobla el disquete. Es de plástico blando; solo su fino recubrimiento es metálico. Si quema el disquete, los datos no desaparecerán para siempre, como establece la ley de conservación de la información, pero sí quedarán irrecuperablemente perdidos. Busca por el escritorio y por todos los armarios, pero no encuentra un mechero. Mierda. Precisamente hoy está la empresa totalmente vacía y no hay nadie que le pueda ayudar.

Se inclina hacia atrás y piensa en el emoticono de la pistola. ¿Sabe el doctor que en este disquete solo hay un viejo juego de ordenador? Igual debería decírselo. Puede que lo tranquilice. Pero también le revelaría que ha estado mirando dentro.

John se incorpora asustado. ¡Alguien llama a la puerta! ¿Quién será? En el fondo, solo puede ser Sonia. Traga y se huele las axilas.

La camisa aún huele a limpia.

—¡Adelante! —dice.

Se abre la puerta. En el marco reconoce ya a Nathalie. Hoy lleva un peinado alto de cabellos rojos. No puede evitar pensar de inmediato en el juego.

—Sus cabellos … —balbucea.

Nathalie sonríe.

—¿Se ha dado cuenta? Me alegro mucho. Es usted una persona muy atenta al detalle, John.

El juego lo sabía. Solo falta que Nathalie tenga 37 años … Sacude la cabeza sin darse cuenta. Todo casualidad.

—¿Llego en mal momento? —Nathalie levanta una carpeta que lleva en la mano. De su hombro cuelga un bolsillo amarillo que oscila de un lado al otro con cada movimiento que hace. Y Nathalie gesticula mucho.

—No, qué va. ¿No tendrá por casualidad un mechero?

Debe ser pragmático. Nathalie tiene el aspecto de fumarse de vez en cuando un cigarrillo, a pesar de lo poco sano que es.

—Pues sí, así es. —Mete la mano en su bolsito y saca un mechero barato que entrega a John. —Si va a fumarse un pitillo, le acompañaría con mucho gusto.

—No, es que tengo que quemar este soporte de datos —señala hacia el disquete.

Nathalie se encoge de hombros.

—No había visto nunca algo así. Puede quedarse con el mechero si me ayuda con el robot. —Otra vez agita la carpeta.

—¿Está ahí dentro? —pregunta.

—Más o menos. Es todo lo que tenemos de él. —Nathalie deja la carpeta sobre la mesa. John se inclina en su silla hacia delante y abre la carpeta. Contiene una hoja de personal de Robotic Resources. Nathalie también se inclina sobre la carpeta. Su perfume tiene un intenso aroma a lavanda.

ROBOTIC RESOURCES
Denominación del modelo: Aristos 8

Nombre autoasignado: Aro el Grande
Modelo número: XV5656T7771
Fabricante: Mechani Industries
Fecha de nacimiento: 07-03-2028
Homologación RS: Sigma-3-Alpha
Nivel de autonomía: 7,5
Software: Aristo-OS 9.1
Conciencia: Dmitros-M
Contraseña Admin: XLcWLmGrs4FyF7t
Contraseña WiFi: nukji6-qednob-wafxeN

«Fecha de nacimiento» consta en una tira adhesiva escrita en mayúsculas. Debajo reconoce John aún el ya desechado y menospreciado término de «Fecha de fabricación». Lo que consta tras «Conciencia» también está escrito sobre un adhesivo. Parece que el robot fue actualizado en algún momento. Ya que fue construido antes de 2030 seguramente haya sido más que necesario. La muy apreciada conciencia Dmitros procede de un desarrollo del consorcio ruso RB. El modelo posee una conciencia del tipo M, por lo que se siente masculino.

—Le caducó la homologación —dice John—. Hace un año ya que el estándar es 3-Beta.

Nathalie asiente.

—Eso ya lo sabemos, pero la empresa obtuvo un permiso especial. Este modelo no se deja actualizar a OS 10.0, así que deberíamos desactivarlo, pero la directiva para seres semiconscientes lo prohíbe.

—Ajá, así que está recibiendo casi su manutención caritativa.

Nathalie suspira.

—¿Qué podemos hacer? No consume mucha energía, pero estaría bien que sirviera de algo.

—¿Cuál es el problema?

—No quiere cooperar con el lavavajillas.

—Espere, que eso lo podemos solucionar.

John entra en la red de la empresa y busca por el número de modelo la dirección IP bajo la que está actualmente registrado Aro. Y ahí la encuentra: 2001:db8:85a3::8a2e:370:7334. Entra en el robot con ayuda de la contraseña de administrador. En la pantalla aparecen varias ventanas que reproducen las vistas de las cámaras del robot. John puede ver un prado verde frente a un lago. Luce el Sol; la mayoría de los presentes se esconden bajo coloridas sombrillas.

—La excursión de la empresa —dice Nathalie.

—Puaj, horroroso. Me alegra mucho no tener que estar allí.

—Yo pienso lo mismo. Honestamente, odio estar entre tanta gente. —Nathalie le da un apretón en el antebrazo—. Por eso di como motivo tener que ocuparme de Aro.

John traga. ¿Así que Nathalie de contabilidad también odia estas excursiones de empresa? No se lo habría imaginado.

Pero vuelve al presente. Aro el Grande parece ser comunicativo. Está conversando ahora con un par de colegas con lenguaje humano.

—Lo siento, amigo, pero voy a tener que meter mano.

John desactiva la conciencia. Mientras está activa no puede realizar ningún cambio en ella. Las cámaras se apagan automáticamente. Descarga las preferencias y las entrega a detección de motivos. Ajá, allí está. Aro tiene aversión a las máquinas sin conciencia. ¿Cómo puede haber pillado ese bug?

—He aislado el problema —dice—. Al robot no le gustan las máquinas tontas.

—¿Y a quién le gustan? —Nathalie inclina la cabeza hacia un lado. Sus labios brillan en un rojo intenso.

John suspira. Parece que la fuente del problema está justo a su lado. No puede hacer nada con ello, excepto convertir la aversión en preferencia. Cambia el valor al máximo: diez.

—Bien, a partir de ahora, Aro amará al lavavajillas.

Lo que no le dice es que, con el tiempo, se irá reduciendo esta preferencia y se transformará de nuevo en aversión mientras esté bajo la influencia de Nathalie. Y no puede meterse dentro de la conciencia de esa mujer.

—Gracias, John. Si quiere, podemos quedar este fin de semana y salimos por ahí. Así podré agradecerle la ayuda como se corresponde —sonríe Nathalie.

—Sería estupendo —dice John—. Miraré mi agenda y le digo algo. —No, no tiene intención de salir con nadie que piense mal de las máquinas. Pero no iría mal contar con algún aliado en Robotic Resources—. Una cosa más que me gustaría preguntarle: ¿Cómo es que a una jovencita como usted no le gusta la excursión de la empresa?

Se enfada consigo mismo nada más plantear esa pregunta. Porque no le gusta la gente. Si ya lo ha dicho antes.

Nathalie le quita importancia con una sonrisa.

—Bueno, eso de joven ...

—Pero si no tiene más de treinta años —lo intenta John.

—37; pero confiese que ya lo sabía. —Nathalie le parpadea de forma seductora.



El perfume de lavanda se resiste a desaparecer aunque hace rato ya que Nathalie se ha marchado. John tiene que filmar ya el vídeo que está esperando el Dr. Ishiguro. Ese seguro que tampoco ha ido a la excursión de la empresa. John saca un gran plato metálico del armario. Enciende la cámara de su ordenador y gira el disquete frente a ella para que el observador pueda reconocerlo bien.

El mechero funciona al tercer intento. Parece estar ya casi vacío. John duda. El juego en el disco parece ser muy peculiar. ¿Realmente tiene que destruirlo? Si al menos se hubiera traído un disco de recambio de casa podría haber hecho antes una copia.

Da igual. Debería tomarse en serio las amenazas del doctor. John sujeta el disquete por una esquina y lo pone sobre la llama. El plástico prende, se dobla y produce burbujas. Se desprende un humo oscuro y comienza a oler a quemado. John mira al techo. No ha pensado en los detectores de humo. Ahora es demasiado tarde. La cámara filma cómo el disco se va deshaciendo en sus manos.

John lo va girando con habilidad para que el calor no le queme los dedos. Deja caer el último resto en el cuenco y lo filma todo con la cámara.

> «Distinguido Dr. Ishiguro, tal y como comentamos, le adjunto el vídeo que muestra la destrucción del disquete. Reciba un cordial saludo.

Pling. El ordenador ha enviado el mensaje. John mira las cenizas en el cuenco. Qué pena. Le habría gustado descubrir cómo sigue el juego.

Pero igual aún puede hacerlo. El C64 sigue en casa encendido. Que haya sacado el disco no significa que el juego haya finalizado. Solo será un problema si el programa quiere recargar datos del disco.



John cruza el vacío vestíbulo con pasos rápidos. No deja de mirar hacia los lados. Tiene mala conciencia por ello a pesar de que no hay nadie más por ahí. Ni siquiera el portero puede pensar mal de él. Aun así, no está nada bien marcharse a casa antes de hora. Para calmar su conciencia decide quedarse mañana más tiempo en su oficina subterránea.

A estas horas, el supermercado está especialmente vacío. Coge unos tomates frescos en la zona de frutas y verduras; Optimus no le ha pedido nada más. El cajero humano bosteza en su caja. John utiliza de todos modos la caja robotizada. Cuando quiere salir a pasos acelerados de la tienda, choca contra el cristal de la puerta. Mierda, se le han caído los tomates. El robot embolsador se excusa. La puerta tampoco se abre al acercarse por segunda vez. El supermercado solo le deja salir cuando el robot se coloca bajo la célula fotoeléctrica.

Optimus tarda inusualmente mucho en abrirle la puerta.

—Perdona, no sabía que eras tú —se excusa—, el mensajero de paquetería tiene una prioridad inferior.

—¿Qué estabas haciendo?

—Me he estado comunicando.

—Anda, ¿con quién? ¿Alguien conocido?

—No quiero hablar de eso.

Claro, Optimus tiene derecho a su intimidad. Igual ha estado jugando de nuevo al ajedrez con personas. John le ofrece un abrazo, pero el robot lo rechaza. Igual está reprimiendo su enfado preprogramado por el hecho de que John haya regresado a casa al mediodía, contrariamente a toda su rutina.

—¿Puedes prepararme algo de almuerzo? —le pregunta—. Tengo que trabajar en el despacho.

—¿Y lo que te llevaste hoy en el táper?

Ostras, John se lo olvidó en la oficina.

—Lo siento, con las prisas … —se encoge de hombros.

—Está bien, excepcionalmente.

—Perdóname, Optimus. Te prometo que este cambio es solo una excepción.

—Está bien.

El C64 sigue sobre la mesa. El LED de la conexión a la corriente sigue encendido. La disquetera está vacía. John se acerca primero su ordenador actual. Entra en la red doméstica donde cambia al protocolo de comunicación. Optimus ha estado más de dos horas al teléfono. Pero el número del interlocutor está cifrado. John siente curiosidad. ¿Con quién habla Optimus tanto tiempo y por qué no le cuenta nada de ello?

Bueno, tú tampoco le cuentas mucho a él. John asiente. No tiene que imaginarse cosas extrañas. Optimus es su robot, no su amigo, y él es su cliente.

Aparta el ordenador moderno a un lado y enciende la anticuada pantalla. La imagen no ha cambiado: Hay alguien sentado frente a un escritorio con un ordenador que recuerda a un C64.

¿Y ahora qué? John mueve la cruz del cursor con el joystick. Arriba a la derecha en la imagen hay una ruedecilla dentada, entre la parte superior del armario y el techo. Desplaza la cruz hasta allí y pulsa el botón de disparo. Se abre un menú

PARÁMETROS
Nivel dific.: 1
Transparencia: 100
Gamma: 56
Ajust. avanz.

Eso último seguro que es «Ajustes avanzados». Guarda eso para después. El «Nivel dific.» parece estar en el más bajo. Ya que desconoce cómo va el juego, lo deja mejor así. John mueve el cursor hasta «Transparencia» y hace clic. No pasa nada. Mueve la palanca hacia delante. Nada. La mueve hacia atrás y el número comienza a descender despacio. 99, 98, 97. En ese momento le llama la atención una superficie rectangular en la esquina de su propia habitación, que va apareciendo lentamente de la nada. 96, 95, 94. Al llegar a 90 comienzan a aparecer palabras. Como título pone allí «PARÁMETROS». Siguen «Nivel dific.», «Transparencia» y «Gamma».

Se levanta para acercarse al armario. Justo igual que él se levanta la figura del juego. Siente el corazón acelerado. Debe ser un truco. ¿Optimus? ¿Lo estará observando en secreto y jugándole una mala pasada?

Llega al rectángulo y lo toca. Nada. ¿Se lo está imaginando todo? John toca el «90» junto a la entrada de transparencia y lo lleva hacia arriba con el dedo. La cifra se reduce y el marco brilla con mayor intensidad. Al llegar a 70 brilla todo tanto, que podría apagar la luz de su despacho.

Pero ¿de dónde sale esto? No puede encontrar la fuente. El marco y las letras parecen brillar de dentro afuera. Eso es totalmente imposible. John toca el número junto a Gamma. Lo lleva hacia abajo y todo a su alrededor oscurece. Es un tono negro que lo

cubre todo. Ni siquiera sirve tener la luz del techo encendida. La oscuridad lo cubre todo. Cuando aumenta el valor de Gamma más allá del 56 pasa lo mismo, pero al revés. Intenta taparse los ojos con las manos, pero no logra ver oscuridad alguna, así que devuelve el valor de Gamma a 56, pero deja la transparencia en 75 para poder seguir leyendo bien las palabras sin que le deslumbren.

Se sienta ante el escritorio y su alter ego en la pantalla hace lo mismo. Allí, el valor de transparencia está también en 75. ¿Qué significa todo esto? Agarra el Joystick y abre «Ajust. avanz.». Mientras no cambie nada no puede ser peligroso.

Aparece otro rectángulo sobre la pantalla. Abajo, a la derecha, hay flechas. Allí pone 1 a 967.855.788». Pulsa sobre la flecha que señala hacia la derecha. Aparecen nuevas opciones y abajo pone «2 de 967.855.788». ¿Qué programador de videojuegos permite al usuario cambiar casi mil millones de parámetros? Bueno, aparecen dieciséis ajustes por página, así que son dieciséis mil millones. Menuda locura. Pero pega mucho con un juego que se llama MANIAC WORLD.

John avanza un poco por los parámetros. Con cada nueva línea vibran un poco el Joystick y la representación gráfica. Feedback sensorial, ¡qué simpático! En la primera página se muestran las constantes de la naturaleza. Puede incluso variar el valor de Pi. ¿Qué podría provocar eso? Mejor procura que no cambie nada sin querer. No sea que el juego se vuelva imposible de resolver. En la segunda página aparecen todo tipo de parámetros temporales

Hora actual_1
Hora actual_2
Tick
Tock
Retardo
Retardo_2
Retr. rápido
Avan. rápido
Tiem. propio

Ctrl_tiempo
Vel. sistema
Tiempo relat.
Dilat. tiempo
Tiempo quím.
Tiempo biol.
Tiempo mec.

Dieciséis parámetros; algunos con valores, otros con solo una X.

John se desplaza hasta «Avan. rápido», que significará *avance rápido.* Hace clic encima y le entra de inmediato un fuerte mareo. La habitación se oscurece e ilumina de nuevo, una y otra vez, alternando rápidamente entre oscuridad y luz, ... Suena brevemente el teléfono, la puerta se abre de golpe, tiene una sed inmensa.

Stop. Retrocede una línea hacia arriba a «Retr. rápido» y nota un fuerte dolor de cabeza. El resto debe ser imaginación. El joystick se sacude y todo está igual que antes. Incluso el dolor de cabeza ha desaparecido. ¡Genial! Normalmente, cuando le duele lo hace durante horas.

Sigue pasando páginas. En la página tres hay medidas y en la cuatro hay dimensiones. La página cinco parece contener coordenadas. Hay exactamente seis por cada entrada. ¿Podrían ser parámetros orbitales? Pero el juego no parece como si se desarrollara en el espacio. El despacho en el que está sentado el protagonista es claramente dentro de una vivienda. Cierra el menú de ajustes con el joystick. A la derecha incluso puede ver una puerta. Intenta que su figura en el juego se dé la vuelta girando el joystick. Ese inusual movimiento le provoca un pinchazo en la espalda. Suelta el joystick con un gemido.

—¿Estás bien, John?

¿Vuelve a estar Optimus escuchando tras la puerta?

—Todo perfecto. Estoy trabajando.

Esa es la señal de que no quiere que le molesten. Optimus suele respetarla siempre. Hoy no parece estar muy seguro, así que se concentra en los ruidos de la casa. Todo parece tranquilo.

Seguramente tenga el robot la oreja pegada a la puerta. John sonríe. Es bonito que se preocupe tanto por su cliente. Los modelos antiguos destacaban precisamente por haber utilizado la violencia contra sus propietarios, antes de cambiarles la etiqueta a la de *clientes.*

¿Tiene Optimus realmente treinta y siete años? Lo recibió de segunda mano. No es del todo imposible, pero podría ser entonces del primer o segundo lote. Los modelos que esperaba el mercado tan ansiosamente se movían con tan poca fiabilidad, que su gran fabricante americano acabó en la quiebra.

John mueve el joystick. El protagonista en la pantalla se aparta del escritorio. De repente siente también muchas ganas de dar un par de pasos, pero entonces ya no podrá manejar el joystick. Esa persona en el juego camina un poco en plan robot, pero puede verse claramente que es un ser humano. Tiene, igual que John, una nariz aguileña. Solo ve la cara de perfil porque sigue negándose a mirarle directamente a la cara.

La figura se acerca a la puerta, estira la mano hacia la manilla y tira de ella. Aparece un recuadro negro. John presiona el joystick un poco hacia la derecha y se asusta porque la pantalla queda congelada.

En el centro aparece un texto parpadeante.

¡ATENCIÓN, ESTÁS SALIENDO DE LA ZONA SEGURA!
CONTINUAR/CANCELAR.

Puede elegir entre las dos órdenes al final de la línea y se decide por

CONTINUAR
GUARDANDO LOS PARÁMETROS ACTUALES. ¿ESTÁS SEGURO? SÍ / NO.

Hmmm. Si al menos supiera lo que eso significa realmente para el juego. ¿Podría facilitarle las cosas?

NO.

La mano de la persona en la pantalla retrocede. La puerta se cierra. El protagonista regresa al escritorio y se sienta. El juego merece claramente el nombre que lleva. Igual encargó el mismo Dr. Ishiguro su creación especialmente para él. Dicen que el dueño de la empresa solía tener también ocurrencias extravagantes.

—¿John? ¡La comida está lista! —Así que Optimus no estaba escuchando pegado a la puerta, sino cocinando. Le asalta de inmediato la mala conciencia por habérselo imaginado espiando tras la puerta. Al menos ahora no debería hacerle esperar. Se levanta y mete la silla bajo el escritorio. La figura en la pantalla lo hace igual. John sonríe. ¡Qué genialidad la del programador! ¿Cómo lo hacen? La hora debe ser la clave. ¿No va la mayoría de la gente a comer al mediodía? Y el noventa por ciento de la gente también empuja la silla contra el escritorio, aun cuando estén como John totalmente solos en su despacho.

Llega a la puerta todavía sonriendo. Choca contra ella por no dejar de mirar la pantalla, donde el juego copia su propia vida. John se frota el hombro, igual que el protagonista, que agarra ahora la manilla.

John la baja y mira en el pequeño pasillo. Allí al fondo está su dormitorio. De la cocina le llega un delicioso olor a ajo. A través de un espejo que cuelga al fondo del pasillo puede ver a Optimus que lo saluda con un trapo de cocina. Mira hacia atrás, exactamente igual que su alter ego. En la pantalla solo se ve ahora el recuadro negro en lugar del pasillo.

Duda. Mete con cuidado el pie en el resquicio de la puerta. El John dibujado también lo hace.

¡ATENCIÓN, ESTÁS SALIENDO DE LA ZONA SEGURA!
CONTINUAR/CANCELAR.

El juego es realmente genial. Puede manejarlo con el cuerpo entero. ¿Cómo han logrado eso los programadores, con la simple

tecnología de un C64? En los años 1990 equiparon la buena y vieja panera con muchas cualidades nuevas: mayor memoria, disco duro, módulo online, etcétera. Pero esto que tiene aquí es técnica no tuneada, al nivel de finales de los años ochenta. Es imposible que se guíe solo por la hora que es.

—¿Vienes, John? Se te enfría la comida.

Optimus tiene razón. John atraviesa el resquicio. Por el rabillo del ojo ve lo que pasa en la pantalla.

CONTINUAR
GUARDANDO LOS PARÁMETROS ACTUALES. ¿ESTÁS SEGURO? SÍ / NO.
SÍ.

La disquetera traquetea. Es el momento en que intenta sacar más datos del disco. Pero lo ha quemado esta mañana. El programa se quedará colgado.

La pantalla se apaga.

Da igual, Optimus le espera con la comida. John cruza del todo la puerta y la cierra.

Todo se vuelve oscuro.

Totalmente negro.

Algo traquetea en algún rincón.

Capítulo Seis



Max deja el destornillador eléctrico flotando en el aire y levanta la tapa de la Glovebox. La bola sale flotando hacia él. La coge con la derecha; es suave y esférica. La sacude, pero no oye nada. Tuvo una idea en sueños, pues seguramente se quedó dormido: La bola podría estar galvanizada. Si la masa en su interior no está bien distribuida y gira durante el vuelo, el desequilibrio podría hacer que cambiara su trayectoria.

Sacude de nuevo la bola. Nada. Para asegurarse, saca una sierra de metal de la caja de herramientas. La bola apenas se resiste a la hoja. Las dos mitades son igual de grandes. El interior está relleno de una masa rígida que recuerda a pintura seca.

No está galvanizada, está claro. Presiona ambas mitades entre sí y la tira hacia la compuerta de salida. Entonces se inclina sobre la Glovebox abierta para analizar la disposición del experimento.

—Ah, estás aquí —le saluda Mini—. ¿Qué estás haciendo?

—Analizo el experimento por si hay efectos adicionales ocultos.

—¡Pero si no tienes permiso para abrir la Glovebox! ¡Podría estar contaminada!

Mini flota rápido hacia él y pilla el taladro destornillador que es casi tan grande como ella.

—¿Dónde están los tornillos?

Max levanta las dos manos con los puños cerrados.

—Adivina.

Mini toca la mano derecha.

Max abre brevemente la izquierda donde tiene los tornillos.

—Perdiste.

Sigue hurgando dentro de la caja de cristal. Pero no encuentra ni imanes ocultos ni canales secretos de ventilación. Max suspira.

—¿No te apetecería desayunar algo primero? —dice Mini y alarga una mano.

Max le entrega los tornillos.

—Hoy no tengo hambre.



Media hora después fluye igualmente por la estación un olorcillo con el que se le hace la boca agua. Entra en el módulo Tranquillity en busca de la fuente de ese aroma. Mini acaba de abrir el microondas y saca un plato tapado.

—Parece que tu sentido del olfato funciona muy bien.

—¿Es realmente lo que estoy oliendo?

La cara de Mini dibujada en la pantalla le sonríe. La bola entera gira brevemente para indicar algo así como un asentimiento. Aún tienen ocho huevos a bordo. Auténticos huevos de gallina. Mini debe haber hecho una tortita con ellos.

Y huele de maravilla. ¡Y es gigantesca! El robot fija el plato imantado a la mesa y Max se sienta frente a él. Duda.

—Espero que no me malinterpretes, pero pensaba que nos los guardaríamos para el último día.

—Mañana llegan los arqueólogos. Tendrías que compartirlos entonces con ellos.

Buen argumento. Mini flota hacia un armario y saca un tetrapack que trae entonces a la mesa.

—Ten, sé que te gusta comerlo con mus de manzana.

Max asiente. Es la combinación perfecta. Abre el paquete y se rocía un poco de ese mus de fruta dulce en la boca. Entonces

arranca un trozo de la tortita caliente y se lo mete también en la boca junto al mus. ¡Delicioso!



—¿Tienes otro más para mí?

Mini no responde. Max aparta el plato a un lado y se gira. Entra una bola volando por la compuerta. Al principio no la reconoce por llevar todas sus lucecitas apagadas. Parece muerta. ¿Es que se ha ...? El corazón le da un vuelco del susto.

La pantalla donde suele estar su cara se vuelve a encender. Muestra una sonrisa.

—¿Qué tal? ¿Convencerá eso a Erika?

¡Gracias a Dios! Está bien. Sí, eso seguro que convence a su CapCom.

—Pues vamos a probarlo.

Max se acerca al ordenador y establece comunicación con la Tierra.

—¡Buenos días, Max! ¿Tan pronto ya levantado?

—Tengo que acabar con el módulo Columbus. Pero hay un problema; Mini se ha apagado.

Muestra el robot esférico ante la cámara.

—Espera voy a realizar un diagnóstico. —En el otro lado de la línea oye ruidos de teclado—. Tienes razón, ni siquiera puedo conectarme a ella.

—¿Quieres decir que ...?

—Debes resetearla, Max.

—¿Y no se olvidará de todo con ello?

—No te preocupes por eso, hace copias de seguridad cada hora.

—¿Cómo realizo el reset?

—Pulsa al mismo tiempo los dos botones en la raíz de sus brazos.

Max se acerca a Mini. Nota las raíces de sus brazos a izquierda y derecha justo bajo las hendiduras de los altavoces como dos botones planos. Engancha a Mini entre sus piernas y pulsa los botones.

Se van encendiendo algunas lucecitas poco a poco. «Contraseña:» aparece entonces en la pantalla.

—Me pide una contraseña.

—Ah, sí, cierto, casi lo había olvidado. Las copias de seguridad están encriptadas. Espera.

Max pulsa el botón de grabación. En el ordenador se enciende una lucecita roja conforme está grabando todo.

—Ya la tengo. Te la dicto. mayúscula X, mayúscula L, minúscula c, mayúscula W, mayúscula L, minúscula m, mayúscula G, minúscula r, minúscula s, número 4, mayúscula F, minúscula y, mayúscula F, número 7, minúscula t«

—¿T de tonta, o D de demente?

—¿Me tomas el pelo?

—No.

—T de trastro.

—Gracias. Lo repito: —Introduce los caracteres mientras los repite y los anota luego sobre su muñeca izquierda—. XLcWLmGrs4FyF7t.

—¿Funciona?

Aparece una barra segmentada en la pantalla de Mini, que se desplaza lentamente hacia la derecha. Cuando llega al borde desaparece y surge entonces la carita de Mini.

—Ha funcionado. Gracias, Erika.

—Ten en cuenta que ...

Max corta la comunicación.

—¿Mini? ¿Estás bien?

Los ojos del robot giran como locos en la imagen.

—¿Quién eres? ¿Dónde estoy?

—Soy Max y tú eres...

Mini sonríe con sorna.

—Ya lo sé. ¡Picaste!

Max inspira hondo. No sabría cómo sobrevivir los últimos días aquí sin ella.

—¿Qué hay del filtro?

—Espera ... Cargo las imágenes de tus ensayos. Sí, tienes razón. La trayectoria de la bola contradice las leyes de la naturaleza.



Al anochecer virtual vuelve a oler de maravilla por la estación. ¿Cómo logra Mini eso? ¿Y por qué no podría oler la ISS entera siempre a tortitas recién hechas y no a aceite y sudor? ¡Eso habría hecho en el pasado que las largas estancias a bordo resultaran mucho más soportables!

—Lamentablemente eran los últimos huevos —dice Mini. Igualmente tendrás visita a partir de mañana.

El robot deja el plato tapado sobre la mesa. Max se acerca flotando y levanta el cubreplato opaco. Debajo hay un pescado muerto, medio podrido ya. Le sube la bilis por el esófago y se gira de golpe.

—¿Qué pasa? —pregunta Mini, que habrá visto la cara de asco que acaba de poner.

—Eso es un … —Señala hacia el pescado, pero en el plato hay una tortita perfectamente dorada.

—¿Algo está mal?

—No, nada … solo quería darte las gracias.

—Oh, pues de nada. Me retiro un momento, ¿vale? ¡Que aproveche!



La estación espacial parece totalmente desierta. Hoy le inunda esa sensación por primera vez a lo bestia. Viven aquí en una carcasa, un exoesqueleto. El espíritu que ocupó una vez la ISS se ha marchado hace mucho. Ya no tiene alma. Se ha escapado paso a paso, con cada módulo que han vaciado.

Max flota hacia el siguiente módulo acoplado al nodo de la Harmony. Al lado está Columbus, que han vaciado hoy juntos. Solo queda sin vaciar el módulo Excitement, pero no es responsabilidad de la NASA. El encargado de vaciarlo debe llegar con los arqueólogos.

Se detiene junto a la compuerta que da al módulo Excitement. Está entreabierta, y eso es inusual. Normalmente dejan que el aire fluya libremente, en la esperanza de que los malos olores se disipen mejor.

—... se deshilacha por los bordes —oye decir a Mini tras la compuerta.

Vaya, ya está comunicándose de nuevo. Sería mejor no molestar. No es asunto suyo y todo robot también tiene derecho a intimidad.

—... hay que esperar … tensión.

¿De qué está hablando Mini? Max pega la oreja al metal a pesar de que su conciencia se lo recrimina y quiere apartarlo de ahí.

—... mal estado … inestable ... la ISS se ...

Habla sobre su trabajo. ¿Tiene permiso para hacer eso? Pero eso a él no debe importarle. Al fin logra Max desprenderse de la pared.



Sigue sin poder dormirse, otra vez. Será por mañana, que todo cambiará. Llega visita que no conoce. Tendrá que hacer como que le interesa la labor de los arqueólogos. Y entonces, regreso a la Tierra, donde seguramente le envíen a unas largas vacaciones.

¿Y luego qué? La NASA no necesita astronautas en activo. En la órbita de la Tierra ya solo hay empresas privadas, y a otros planetas solo se envían sondas robotizadas. Ha oído algo de una misión internacional a Encélado, la luna de Saturno. Pero para eso seguramente ya sea demasiado mayor.

Se desliza fuera del saco de dormir y flota hasta el ordenador. Max no quiere ser curioso, pero tiene una pregunta en la punta de la lengua que no puede quitarse de encima. ¿Con quién habla Mini casi a diario? ¿No es injusto que le niegue toda información al respecto mientras que ella sabe todo sobre él?

Pero no puede mentirle al ordenador. Los archivos de registro muestran cuándo ha habido una comunicación y con quién. Se anotó la hora, así que bastará con echar un vistazo.

Max abre los datos de comunicaciones. Un par de minutos antes de oír hablar a Mini salió una petición del módulo Excitement; una especie de «Llámame, por favor», enviada en dirección a la Tierra sin más datos. Pero no hubo reacción. Si cree al ordenador, parece que Mini mantenía una conversación consigo misma.

Max se rasca la nariz.

Cambia al menú de diagnóstico. Allí constan, entre otras cosas, la generación de energía y el consumo de la estación. La petición muestra un pequeño pico en el consumo. Cinco minutos después, el consumo es del doble durante unos noventa minutos. ¿Qué consumía esa energía? En la tabla aparece un ID de sistema. Busca en el índice de la estación.

«ID no encontrada», notifica el ordenador.

Así que Mini ha estado hablando con un aparato que oficialmente no existe. ¿Qué podrá decirle Mini mañana al respecto, cuando se lo mencione?

Capítulo Siete



JOHN NO HABÍA EXPERIMENTADO NUNCA TANTA OSCURIDAD. ES ABSOLUTA. Frente a sus ojos se forman sinuosas líneas rojo oscuro. Sus nervios ópticos se han vuelto locos. A falta de señales externas, generan sus propios impulsos eléctricos.

Pero no son reales.

John se toca el cuerpo. Él es real. Igual que la puerta que está tocando con los dedos. Igual desaparece el misterio si logra salir de la vivienda. Avanza, apartándose de la puerta. Mantiene el brazo derecho estirado.

Solo se oye un fuerte traqueteo. Le llega de todas partes y de ninguna a la vez.

Un paso más. Ya debería haber alcanzado la pared opuesta. Pero allí no hay nada. Sus dedos tocan en el vacío. Golpea dos veces con el pie derecho sobre el suelo. Bummm, bummm. Eso es real. Se agacha y pasa los dedos por las líneas del falso parquet. También real. Si estira el brazo hacia arriba no toca nada. Salta. Debería haber tocado el techo, que aquí es bajo. Pero no está, y cuando recupera la mano la nota muy fría. ¿Qué temperatura tiene la nada?

—¿Optimus?

No hay respuesta.

—¡Optimus!

El robot ha desaparecido. *Okey. No entres en pánico.* Eso ha sido un error. En el momento en el que su cerebro formula la palabra *pánico*, su corazón se le acelera y empieza a sudar. Por todos los poros. A ello se añade la maldita sed que ya tenía en su despacho. ¿Qué *puta mierda* es todo esto?

Esa palabrota lo tranquiliza un poco. *Puta mierda.* La segunda vez que la pronuncia ya no funciona tan bien.

Tranquilidad.

Eso es lo que necesita ahora.

Tranquilidad.

¡Piensa!

De vuelta al principio. Ha entrado en este espacio en línea recta. Así que debe ir ahora en dirección contraria. ¿Cuánto se ha girado para llamar a Optimus? ¿Se ha girado siquiera? No puede ver sus propias extremidades en tanta oscuridad. *Gracias, querido cuerpo, por decirme que aún tengo brazos y piernas.* ¿Y si el suelo acaba en algún momento?

Se pone de rodillas. Así mejor. Avanza a cuatro patas tocando el suelo delante de él con los dedos.

Un agujero. Meter dentro la mano le hace sentir cierto asco. No hay nada en él; no, mejor dicho, está lleno de Nada. Nunca habría pensado que pudiera haber una diferencia. La Nada se extiende. Se obliga a dejar las manos delante. Así tantea su camino por el borde del Algo.

Cuando alcanza la pared con la cadera grita por el susto.

—John, ¿eres tú?

¡Optimus! La voz del robot suena apagada, como si tuviera que atravesar un pasadizo muy estrecho para llegar a él.

—Sí, soy yo.

—¿Estás seguro?

—Pues claro que estoy seguro de que yo soy yo.

—Nooo, quiero decir que si estás en lugar seguro.

—Creo que sí. —John recuerda su recorrido. Ha salido de la puerta y ha regresado a la pared de cuatro patas. La puerta debería estar a su derecha. Por la izquierda hay una tira de unos cinco centímetros de ancho a lo largo de la pared hacia las profundidades

de ese espacio, de donde sale la voz del robot. Joh recuerda lo último que vio: el pasillo y el reflejo del robot saludándole.

Eso es lo que parece haber quedado de la realidad: una especie de terraza suspendida en la Nada frente a la puerta, con una estrechísima conexión hacia el salón. ¿Cómo es que no ha oído a Optimus antes? Porque la Nada no transmite el sonido. Debe ser por eso. El sonido es una oscilación en el aire.

Describe a Optimus el aspecto que debe tener el entorno según lo que ha percibido.

—Tiene sentido —dice el robot.

—¿Puedes venir hacia mí?

—Creo que sí.

—Pero sobre todo procura no caer en la Nada.

—He detectado una tira de unos cinco centímetros de ancho que lleva en tu dirección.

Cinco centímetros, a derecha e izquierda solo un precipicio infinito. John no quiere ni imaginárselo, pero tampoco puede evitarlo.

—Las tiras llevan hacia la pared —dice Optimus. Su voz no muestra señal alguna de estrés. —¿Puedes confirmar que no acaba en la pared?

—He tocado esta tira también por mi lado —dice John.

—Gracias.

Oye pasos metálicos que se le acercan. Parece que Optimus tiene un control excelente de su cuerpo.

—Lo conseguí.

John se pone de rodillas. Optimus lo incorpora y se abrazan.



—Entonces salí del despacho y todo se oscureció. Ya conoces el resto.

John respira hondo. La historia no parece más sencilla tras haberla contado.

—¿En qué mano tenía el trapo de cocina cuando te saludé con él?

¿Por qué no me lo has contado todo antes? Cualquier otra persona habría reaccionado con recriminaciones. Optimus se limita a plantear preguntas.

—En tu mano derecha.

Optimus le da su mano derecha. Tiene el trapo envolviéndola.

—Pero lo tenía en la mano izquierda. Soy diestro, así que necesito la mano derecha para cocinar.

Pues lo habrías cambiado un instante de mano.

—No, he verificado mis archivos de registro. Son infalibles. Debe ser culpa tuya.

—¿Mía?

—Me has visto en el espejo. Solo mi reflejo podría tener el trapo en la mano derecha.

¿Y eso ahora a qué viene?

—Ante esta circunstancia ya no soy más yo, sino mi propio reflejo.

—Pues me resultas igualmente muy conocido.

—Puede ser. Pero probablemente encontrarías en mis componentes orgánicos aminoácidos que giran principalmente hacia la derecha.

—¿Tienes componentes orgánicos?

—Sí, unos pocos.

—¿Dónde?

—No quiero hablar de eso. Mejor pensemos en cómo salir de este juego de una puñetera vez.

—¿Crees que estamos dentro de un juego?

Piensa en las similitudes de los seis protagonistas del videojuego con personas reales. Con las prisas, no le ha contado eso a Optimus. ¿Están en un juego, o el juego está en ellos? Debe existir alguna relación, pero le parece más complicada de lo que incluso teme Optimus.

—Bueno, John, me dices que la disquetera ha intentado cargar nuevos datos, pero ya que has quemado el disquete no ha sido capaz de hacerlo. En la memoria interna solo estaba lo que habías

visto antes, es decir el suelo del pasillo y la mirada a mi reflejo en el espejo.

—Necesitamos el disquete, entonces.

—Eso sería lo ideal. Pero ¿cómo piensas recuperarlo de las cenizas?

—Maldita sea. —¡Debería haber seguido su instinto! Pero ¿quién podría imaginarse que pasaría algo así?

—Igual podemos introducir directamente en el C64 los datos que necesita.

—Pero si los he destruido.

—Pues fabricamos nuevos. Conozco tu casa a la perfección. Solo necesito descubrir cómo se forman los bloques de datos y podemos así reconstruirlo todo.

Suena lógico. Así que bastará con regresar al despacho. John tantea más hacia la derecha. La pared es tan áspera como el papel pintado que puso allí en su día. Sus dedos resbalan por encima de las juntas entre las distintas tiras. Alcanza el marco de la puerta.

—Es aquí —dice.

—Voy.

John aprieta la manilla, Pero la puerta no se abre. Hmmm.

—¿Puedes intentarlo tú? —John lleva el brazo de Optimus hacia la manilla. Se oye un clac, pero nada más.

—Cerrada —dice Optimus—. ¿Le has dado alguna vuelta a la llave?

—Claro que no.

—No hay problema, es una cerradura sencilla.

Crujidos, chasquidos y traqueteos.

—Ya está, ... ahora debería ...

Clac. Nada.

—Mierda, la puerta sigue sin poder abrirse.

—Pruébalo con fuerza bruta, Optimus.

—No me gusta la idea, pero si lo deseas ...

—Lo deseo.

—Apártate del marco.

John se aparta.

Pasos. Pasos. ¡Zasss! ¡Crac!

Un golpe contra la puerta.

—Lo siento mucho, John, pero no puedo entrar.



Permanecen un rato sentados frente a la puerta. A la oscuridad se le une ahora el silencio. John tiene la sensación de ir desapareciendo, aunque la intensa sed que siente lo aferra a la realidad. O lo que sea que sea esto.

Debería haber hecho caso a su jefe. La advertencia estaba más que clara. No te metas donde no te corresponde. Y eso que ni siquiera había comenzado a jugar de verdad. Todavía estaba en la pantalla de selección. Escena uno. El friqui sentado frente al escritorio de su cueva. Entonces, en contra de lo que el programa le aconsejaba, salió de la habitación.

No, esto no es un juego. Se oculta bajo una superficie de videojuego, pero debe haber algo más oculto detrás. Ya solo por el grado de adaptación al usuario, eso no existía en absoluto en los años 80 del siglo pasado. Hoy sí que venden las tiendas online libros, juegos o películas hechas a medida de cada consumidor. ¡Pero no en el milenio pasado!

Se levanta y palpa el marco de la puerta.

—¿Qué pretendes hacer? —pregunta Optimus.

—Nada.

—¿Nada?

—Solo probar algo.

Recuerda la sensación que tuvo cuando se desplazaba por el menú de parámetros con el joystick. Esa fina vibración. No solo la notó en el joystick, sino en el cuerpo entero. Esos menús de configuración suelen ser accesibles desde cualquier pantalla del programa. El usuario debe poder acceder en todo momento. Cuando John levanta el brazo derecho bien en vertical lo nota.

La pantalla debe flotar directamente frente a él en la habitación, la siente allí. Lo malo es que no la ve. Debe ser por la total oscuridad. Ni siquiera las ondas lumínicas pueden atravesar la nada.

Y este es un fenómeno de por sí, ya que las ondas lumínicas no necesitan medio portador. ¿Y si la nada aquí está fuera del espacio-tiempo?

John baja lentamente la mano. Intenta recordar cada una de las líneas en la pantalla. Debajo de todo se podía cambiar entre las distintas pantallas. Baja hasta que ya no nota vibración alguna. Entonces va subiendo línea a línea y luego a la derecha.

Ajust. avanz.

Brrrrr.

Ha cambiado a la página de parámetros. Aquí están las constantes de la naturaleza. Esa no las debe cambiar; si no, el entorno podría volverse mortal.

Necesita la página siguiente, la del tiempo. Antes estuvo jugando con *Avan. Rápido* y con *Retr. rápido*. Pero no comprobó qué cambia realmente con eso; Aunque se hace una idea. Bastaría con solo un par de minutos. ¡La puerta estaba antes aún abierta!

Cambia a los parámetros de tiempo. Ahora deberían estar en pantalla. Repasa la lista entera. Dieciséis veces brrrrrr. Dieciséis entradas. La número siete *es Retr. rápido.* Es la que necesita.

Un brrrrrr.

Dos brrrrr.

Tres brrrrr.

—¿Optimus? Si no nos volvemos a ver, siempre he estado muy contento contigo y también te he querido.

—Yo también a ti, John. Has sido un buen cliente. Pero ¿qué pretendes hacer?

—Voy a regalarnos un par de minutos.

Optimus no dice nada más.

Cuatro brrrrr.

Brrrrr número cinco.

Brrrrr número seis.

Siete brrrrr.

Sus dedos se quedan paralizados. No bajes más, que pillarías el *Avan. rápido.*

Concentración. Imagina que estás tirando del número como de una frambuesa. No tires demasiado fuerte. Solo cuando la frambuesa se deja desprender con facilidad está madura y dulce. No quieres frambuesas ácidas.

Tira. Le entra un mareo. ¿Cuánto tendrá que tirar? La mayoría de los menús de configuración saltan primero un par de cifras y luego aceleran a tope. Los valores se indican en segundos. No puede notar el paso del tiempo, pero es una inseguridad muy general. Es como si el mundo a su alrededor estuviera oscilando. Como si una onda gravitatoria estuviera columpiando el espacio y el tiempo. John se apoya con la otra mano en la puerta.

—Igualyaessuficiente. —La voz del robot suena como de pito, y las palabras parecen pegadas entre sí. Optimus tiene razón. John suelta el parámetro.

Brrrrr.

Ojalá no haya tocado nada que los catapulte fuera de la realidad. La pared en la que se apoyaba retrocede. Cae, pero alguien lo sujeta.

—¿Qué coño está pasando aquí? ¡Esta es mi casa!

John oye esas palabras, justo antes de perder la conciencia.

Capítulo Ocho



DEBE SER UNA PESADILLA. MAX SE HA DESPERTADO EN UN VERTEDERO. A SU izquierda y derecha, por encima y por debajo de él hay estantes repletos pegados a las paredes, de los que sale todo tipo de cables. Entre ellos hay tuberías. Aquí y allá hay pequeñas pantallas que muestran imágenes parpadeantes. ¿Qué demonios es esto?

Max se da un empujón. Sigue en caída libre, así que continúa dentro de la ISS. ¿Qué otra cosa podría ser? ¿Será que Mini ha convertido en secreto uno de los módulos en una chatarrería. Pero todo esto que está por aquí no lo había visto nunca en la estación espacial. La tecnología es mucho más antigua que la que conoce.

—¿Mini? ¿Has sido tú? —Ha hablado demasiado flojo. El ruido que reina aquí dentro es mayor que en la ISS. —¡Mini! ¡Responde! —grita.

Ninguna respuesta excepto el silbido de las tuberías, los quejidos del casco metálico y los crujidos de la electrónica.

Max mira uno de los aparatos. ¡Aquí hay demasiados tubos! Los botones son gigantescos. Las lámparas podrían iluminar toda la sala. Y ahora se da cuenta de que todo está escrito en cirílico.

¡Ajá! Ahí tiene la respuesta. Está encerrado en el módulo Sarya. Sarya, aurora, fue la primera pieza de la Estación Espacial Internacional. Comenzó su funcionamiento en 1998, lo que explica ese equipamiento tan anticuado. Pero su teoría tiene un ligero fallo:

Roscosmos desacopló Sarya de la ISS hace dos años. Al menos oficialmente; ¿y si convinieron entre bastidores dejar el módulo acoplado a la estación? El divorcio entre los anteriores participantes del proyecto ISS no acabó de forma muy amistosa. Así que Roscosmos igual quiso salvar su reputación y la NASA … Algo habrá sacado esa también del acuerdo.

Si su teoría es cierta, allí delante está el PMA, el Pressurized Mating Adapter, a través del cual puede acceder al módulo Unity. Max se da un empujón. Efectivamente, allí hay una compuerta. Da unos golpecitos. ¿Está el módulo Unity ahí detrás, o solo el espacio vacío? El sonido metálico no le dice nada. Pero tampoco podría abrir esa compuerta si detrás estuviera el espacio vacío.

Gira la rueda de apertura y piensa. ¿Cuántas veces ha visto esta compuerta cuando cruzaba el módulo Unity? Y nunca se le ocurrió abrirla. ¿Sabía Mini que ahí detrás seguía durmiendo un módulo más? Igual sí. Ya no puede fiarse de Mini sin reservas, desde que sabe que habla con un interlocutor desconocido.

—... mal estado … inestable ... la ISS se ...

¿Se refería al estado de la ISS o se refería a él? ¿A quién le cuenta Mini esos secretos? Debe preguntárselo cuanto antes, pero para eso debe encontrarla primero.

Gira el mecanismo del todo. Ahora puede abrir la compuerta. Está bloqueada. No le extraña, tras el largo tiempo que lleva cerrada. Max apoya los pies contra el mamparo y tira hasta que le llega una nube de maloliente aire estancado.

No es lo que se imaginaba. Esperaba restos del aroma de tortitas y en su lugar le recibe una mezcla de aceite de máquinas y calcetines sucios. Abre la compuerta del todo. ¡Ojalá pudieran ventilar todo esto a fondo! Detrás de la compuerta hay oscuridad. ¡En el módulo Unity siempre hay alguna luz encendida! Max mete la cabeza por el agujero. Se enciende una luz.

Esto no es el Unity.

Es la continuación del vertedero del otro lado.

El espacio al que ha llegado también es cilíndrico, pero claramente más corto. En lugar de quince metros, como el cilindro de al lado, debe medir solo unos siete. Max estira los brazos. El diámetro debería ser de dos metros y medio, más o menos, igual algo más, mientras que el otro módulo mide al menos cuatro metros y, por lo tanto, comparable con el Sarya.

Podría ser también el módulo Poisk, que convirtieron luego en una nave de transporte modificada. Poisk, que significa algo así como «búsqueda», estuvo en su día acoplado al módulo vivienda Swyesda, no directamente al Sarja. Tendría sentido si Roscosmos ha estado haciendo aquí bricolaje en secreto, pues el anterior transporte podría utilizarse para eliminar basura o incluso para regresar a la Tierra.

No. Las naves de transporte Progress no están pensadas para aterrizar en la Tierra. Suelen carbonizarse en la reentrada en la atmósfera. Pero bueno. Mañana, no, perdón, hoy llega la cápsula Waterdragon con los arqueólogos. Su billete de regreso. Si su teoría es acertada debe haber un paso al resto de la ISS al otro extremo del módulo Sarya.

Solo que no ha visto nada de eso. ¿Lo escondieron los últimos cosmonautas que vivieron aquí? Max flota hacia el extremo de proa del Poisk. Allí palpa la pared. Consta de varias piezas metálicas ensambladas entre sí. Por la izquierda sobresalen cables. A la derecha hay una placa identificativa. Está del revés. Max se gira. Ahora puede leer las letras cirílicas:

Союз 7К-СТ2
Ракетно-космическая корпорация «Энергия» имени С.П.Королёва

Su ruso está bastante oxidado, pero es capaz de leer eso sin dificultad.

Soyuz 7K-ST2
«S. P. Korolyev» Corporación aeroespacial «Energie»

Esto no es una vieja nave de transporte. Las naves Soyuz, fabricadas por RKK, la segunda empresa rusa aeroespacial detrás de RB, están pensadas, al igual que su actual sucesor «Orel», para el transporte de personas a la órbita terrestre. Pero el subtipo 7K-ST2 le resulta desconocido. Igual se trata de una variante especial para el ejército ruso.

Nota cómo le sudan las palmas. ¿Qué significa que el ejército ruso esté presente en la ISS? ¿Qué pretenden hacer los rusos? ¿Trabaja Mini igual con ellos y por eso mantiene conversaciones secretas?

—¡Mini! —grita por encima del ruido que en esta zona de la estación ya no es tan fuerte—. ¿Dónde estás?

Cierra la compuerta y el volumen de ruido del entorno baja lo suficiente como para no seguir gritando.

—¿Dónde estás, Mini?

¡Allí, un ruido! Sale de un estante junto a la compuerta. Max se acerca. Allí hay una gran caja de cartón en la que algo se mueve. Va chocando dentro sin parar contra las paredes de la caja. Max saca la caja y la agita.

—¿Mini?

—Sí, sácame de aquí.

—Solo cuando me digas dónde estamos.

—Yo estoy dentro de una caja cuadrada con bordes de unos cincuenta centímetros de largo. Es todo lo que sé. Déjame salir, por favor.

No se saldrá tan fácilmente con la suya.

—Debes saber algo más. Cuéntamelo todo.

—Estamos en caída libre. Estás hablando acústicamente conmigo. Así que estamos en una nave espacial bajo presión atmosférica. Suenas nervioso, lo que me indica que la suposición inicial más lógica de que estamos en la ISS no es la acertada.

—¿Me estás tomando el pelo, Mini? ¿Qué estás haciendo con los rusos? ¿Por qué estamos aquí?

—¿Estás seguro de que aquí hay alguien más aparte de nosotros? ¿Me permitirías que analizara tu estado mental? Creo que te encuentras en un estado de shock.

Max sacude la cabeza. ¡Mini es buena! O realmente no sabe nada o puede mentir maravillosamente bien.

Suspira.

—Espera, te abro la caja.

¿En serio va a dejarla libre? Mini no tiene mucha fuerza. Físicamente no lo supera en nada. Pero es rápida y puede manejar ordenadores y máquinas y causarle así algún daño. Pero un momento, había algo ahí … Coge un destornillador que flota por el aire y corta la cinta de embalaje alrededor de la caja hasta crear una rendija por la que meter la mano y llegar hasta Mini.

—¿Qué estás haciendo? Déjame salir ya.

Max no contesta. Ayer mismo se lo propuso la misma Mini: Lleva la mano a la parte posterior de su cabeza y pulsa el botón del motor.

—Jolines, Max, ¿era eso necesario?

Ha paralizado a Mini. Puede comunicarse, pero no moverse por sus propios medios. Max se agacha y la saca del todo de la caja.



—¿Max? Me estás preocupando mucho.

—Y tú a mí. Estamos en una nave espacial rusa que oficialmente no ha estado jamás acoplada a la ISS y que probablemente sea de construcción militar.

—A eso me refiero. En el fondo estamos en el módulo Tranquillity. Debes estar sufriendo alucinaciones.

Max flota hasta la proa de la cápsula y señala hacia la placa.

Союз 7K-CT2

—Sabes leer ruso, ¿verdad?

—No sé de qué me hablas.

—¡Por eso mismo me estás preocupando tanto, Mini!

—Devuélveme el control y te lo demostraré.

¿Debería hacerlo? Sería genial que Mini tuviera razón. Uno no nota nada cuando está alucinando, ¿no es así?

—Está bien. —Acerca el robot y vuelve a pulsar el botón de los motores.

—Gracias. —Mini sale flotando de inmediato. La sigue. Cruza el módulo Sarya y choca contra la pared del extremo.

Y vuelve a chocar.

Y otra vez más.

Y otra.

Lo intenta de nuevo, pero se para justo antes de la pared.

—Aquí veo un paso —dice.

Max ríe.

—Es una pared sólida. Detrás solo está el espacio vacío.

—No, el nodo de Utility.

—¿Qué dicen tus sensores de colisión?

—Nada.

—¿Nada? ¡Pero si has chocado cuatro veces con fuerza contra la pared!

—Fui … reiniciada. Se me impide el paso.

—Mini, ¿cuán probable es tu explicación?

—Improbable.

—¿Lo ves? La explicación más probable es que allí hay una pared que te impide el paso.

¿Qué término acaba de utilizar Mini? «Reiniciada». Ayer solo pudo ver el extraño comportamiento de la bola en la Glovebox tras desactivar sus filtros.

—¿Mini? Deberíamos reiniciarte. Creo que tus filtros se han vuelto a activar.

El robot se mueve hacia delante y choca contra la pared. Una y otra vez. Mini se gira hacia él. Su cara muestra confusión; tiene las cejas casi en vertical y la boca es una pequeña línea recta.

—Para ello necesitamos la contraseña de administrador.

—Erika nos la dio.

—No puedo recordarlo.

Eso es creíble; los filtros seguro que también borran la contraseña con la que puede ser desconectada.

—Pero yo la anoté. —Le muestra a Mini su antebrazo—. ¿Podría tratarse de eso?

—¿Está ahí apuntada? Yo no veo nada.

Max se asusta y mira su muñeca. La contraseña está allí: XLcWLmGrs4FyF7t



¿Qué tal ahora? —Suelta a Mini. Cae al suelo como si hubiera gravedad y luego asciende rápida al techo.

—Esto no es la ISS —dice.

—No me digas. —¡Como si no se hubiera dado ya cuenta!— Pensé que era el módulo Sarya.

—Incorrecto. El Sarya mide 4,1 metros en su lugar de mayor anchura. Aquí mido un máximo de 4,15 metros.

—Solo son cinco centímetros de diferencia.

—Cinco centímetros o cinco kilómetros, da exactamente lo mismo. El casco de la estación no puede haber crecido. Y si te tranquiliza, el espacio en el que nos encontramos mide tres metros más de largo que el del Sarya, es decir 15,8 metros.

Eso no tranquiliza nada a Max. Al contrario. Empieza a tener mucho miedo.

—¿Y la cápsula acoplada ahí delante?

—Soyuz 7K-ST2, nunca había oído hablar de ella. Tampoco consta en ningún registro oficial, al menos no en mi memoria.

Una nave espacial secreta. Sí que es entonces del ejército ruso.

—¿Podría tratarse de una variante militar rusa?

—Podría decirse que sí. Pero no de los rusos.

—¿De quién si no? ¿De los chinos?

Las primeras cápsulas espaciales chinas eran efectivamente copias de la Soyuz. Pero los chinos hay desarrollado ya hace mucho su propia tecnología avanzada. Esta Soyuz 7K-ST2 no parece nada moderna.

—No, de los soviéticos.

—¿A qué te refieres?

—He encontrado una nave en mis archivos, cuyas dimensiones coinciden a la perfección.

—Los Indios. Solo pueden ser los indios. —Eso es naturalmente una tontería. ¿Por qué rotularían los indios todos los mandos con letras cirílicas? Pero no quiere oír otra cosa.

—Salyut-7 —dice Mini—. La estación espacial soviética que precedió a la MIR.

Max aguanta la respiración. ¿Cómo llega la vieja estación espacial de los rusos a la ISS?

—Siempre pensé que la MIR y sus predecesores se habían destruido en la atmósfera terrestre.

—Y eso es lo que le pasó a la Salyut 7 también. Reentró en la atmósfera el siete de febrero de 1991.

—Entonces los rusos nos han estado mintiendo todo este tiempo.

—Podría ser, pero lo veo improbable. Un objeto de este tamaño no puede ocultarse en la órbita terrestre.

—¿Quieres decir que ...?

Estamos en la Salyut-7 de camino a Marte. Eso le gustaría a Max. No lo que Mini parece querer decirle.

—Pues que nos encontramos en algún momento entre 1986 y 1991.

—¿Por qué en ese espacio de tiempo?

—En mayo y junio de 1986, la Salyut-7 recibió su última visita. Todo parece como si los soviéticos la hubieran abandonado. Pero no se ha destruido aún, lo cual limita el período de tiempo.



—Bebe esto. —Mini le entrega una botella de brillo plateado.

Max la coge, abre el cierre de rosca y huele el contenido. Es fuerte.

—¿Quieres matarme?

—No, es alcohol normal. Tranquiliza los nervios.

—Pues yo he oído otras cosas.

—Solo porque algo esté prohibido no significa que vaya a matarte. El alcohol es el mejor medicamento para tu estado que haya podido encontrar a bordo.

Genial. Entonces es que no hay medicamentos aquí. Y la comida también parece escasear. Solo tienen suficiente agua. Igual tiene Mini razón. Max toma un buen trago del contenido de esa botella. *¡Ostras, qué fuerte!* Le quema la garganta mientras baja. Nota cómo se extiende un calorcillo por el vientre. Toma otro trago más.



Media hora más tarde se encuentra mucho mejor. Solo debe evitar giros demasiado rápidos. En ese aspecto se siente como en su primer vuelo al espacio. ¿Cuánto hace de eso? En todo caso no tanto como el año 1986.

—1988 —dice Mini, como si le leyera los pensamientos—. He podido acceder al reloj del sistema de ordenador de a bordo. Estamos entablando una cierta amistad.

—Muy bonito. ¡Viva la amistad soviético-americana! ¡Viva!

—Sí. ¿Dónde está la botella que te di antes?

Max sacude la cabeza.

—Ni idea.

Mini mira a su alrededor y la encuentra. Flota rápido hacia ella y la sacude.

—Vacía.

—Sí. ¿Tienes más? —Max gira algo demasiado rápido. Le sube algo amargo por el esófago. Se lo traga.

—Creo que tienes suficiente.

—Pero si nunca antes me había sentido mejor.

Mini suspira y pone cara de enfado en la pantallita.

—Ha sido un error darte la botella.

—Ha sido un error confiar en ti. ¿Nos has traído tú a este lugar? Confiésalo. ¡Tú tienes la culpa!

La voz sube de volumen y suena a lloriqueo, pero no puede evitarlo. Esas recriminaciones son estúpidas y lo sabe de sobra. ¿Cómo va ese minúsculo robot a transportarlos a los dos a la estación espacial Salyut-7 en 1988? Eso es imposible. Es absoluta y totalmente imposible. Aunque tuviera delante suyo en carne y hueso

a Albert Einstein, seguiría siendo imposible. En el tiempo solo se viaja hacia delante, y no hacia atrás. Hace ya mucho que la estación se quemó en la atmósfera terrestre.

—Yo … lo siento mucho —dice Mini.

—Soy yo quien lo siente. Solo estoy algo anonadado con todo esto.

Mini flota hacia él y extiende los brazos. Son tan delgaditos que el robot parece siempre como triste. Mini le acaricia el hombro derecho.

—Ya volveré a ser el de siempre. Es impensable que no podamos superar esto de alguna forma, ¿no crees?

Mini no responde. ¿No sería ahora adecuado, reforzarle un poco ese optimismo?

—¿Cuánto tiempo nos queda? ¿Tres años hasta que en 1991 se ponga la cosa chunga?

—Lamentablemente tienes un peso normal, por no decir que eres delgado. No contaría con más de sesenta días. A no ser que encontremos algo más de comer por aquí.

—¿No podemos pedir ayuda?

Mini parece estar pensando. En la cara de la pantalla aparecen arruguitas en la frente.

—En teoría sí. Actualmente se encuentra la estación sucesora MIR ya en la órbita terrestre. A bordo van los cosmonautas Titov y Manarov, más algún posible invitado. Llevan la cápsula Soyuz-TM-4 acoplada. En 1986 hubo vuelos entre la MIR y la Salyut-7, así que hoy también deberían ser posibles.

—En teoría.

—Bueno, a ver, en primer lugar eres americano. ¿Qué pensarán los soviéticos si te encuentran aquí? Que te has subido a bordo como polizón, y no como parte de una misión oficial de lanzadera MIR. Me temo que te dejarían con vida, pero ya no podrías abandonar jamás la Unión Soviética.

—¿Y en segundo lugar? A ti te desmontarían, ¿no?

—Yo no importo aquí. El segundo aspecto es la Soyuz TK-ST2 aquí acoplada. Es un modelo desconocido, probablemente tecnología militar.

—¿No es típico todo ese secretismo de la Unión Soviética?

—Según todas las bases de datos consultadas, aquí estaba acoplada la Kosmos 1686, y no la Soyuz TK-ST2.

—Interesante, pero ¿qué tiene eso que ver con pedir ayuda?

—Piensa un poco, Max. —A veces, Mini le habla como si fuera un niño pequeño. Igual hasta lo ve como tal, ya que su capacidad mental es mucho mayor que la suya—. En lugar de la Kosmos 1686, que no puede transportar a personas, cuelga aquí acoplada la Soyuz TK-ST2. Incluso he encontrado un traje espacial. Uno. Normalmente, la tripulación de las cápsulas Soyuz era de hasta tres cosmonautas.

—¿Quieres decir que no debo pedir ayuda, sino entrar en la cápsula y volar a la Tierra?

—Quiero decir que debemos pensar todas las posibles acciones con mucho detenimiento antes. Creo que está pasando algo que aún no entendemos.



Un acertijo, entonces. A Max le gustan los acertijos. Solo le molesta mucho ser precisamente el protagonista de uno. Se trata de su vida, ni más ni menos. La influencia del alcohol se va disipando y ya es capaz de hilar algunos pensamientos hasta el final, sin tropezarse con nudos. ¿Cómo podía la gente antes creer, que con el alcohol se piensa mejor? Seguramente porque no contaban con buenos medicamentos como alternativa.

Medicamentos a los que también debe renunciar. Al menos no puede contagiarse nada, porque no hay nadie más aquí. Hasta casi se alegra de no tener que toparse con los dichosos arqueólogos. *Es verdad. Debo volver a ser el antes.*

Igual convendría ir anotando todas estas extrañezas que suceden.

Vuela por la estación. Ya no se siente tan desesperado como en los primeros minutos y puede observar con más conciencia lo que tiene a su alrededor. La Salyut-7 se estrecha en su morro. Detrás hay una compuerta cerrada. A ella puede seguramente acoplarse

una nave espacial. En la proa hay una esclusa de aire, accesible a través de otra compuerta. Permite salir de la nave sin perder todo el aire de su interior. Luego está el disco de acoplamiento con más cubiertas, donde espera la curiosa nave espacial Soyuz. Mini está estudiando precisamente ahora si está lista para su uso.

Allí, un viejo cuadernillo de papel. Bajo una regleta metálica hay un lápiz encajado. Alguien lo ha probado dibujando un par de líneas. ¿Fueron los cosmonautas, antes de abandonar finalmente la Salyut-7? De eso hará entonces más de dos años, y más de veinte antes de su nacimiento.

Ese es el mayor de los misterios. Lo anota en el bloc.

Salto en el tiempo.

Los viajes al pasado son imposibles. Ya solo por las paradojas que crearían … pero también ha habido un cambio en el espacio.

Cambio espacial a la Salyut-7.

¿Casualidad? ¿Necesidad? Si solo hubiera cambiado la coordenada temporal, se habría asfixiado en el vacío del espacio. Si lo que sea que lo ha traído hasta aquí quería que siguiera viviendo, la superficie terrestre habría estado mucho más cerca que cualquier otra estación, que en el peor de los casos está en caída libre a la distancia de un diámetro terrestre.

Pero no está en la Tierra, ni tampoco en la MIR, sino aquí.

Soyuz TK-TS2.

Mini le ha mostrado los viejos datos de la estación. Nadie ha visto jamás que Salyut-7 volara después de 1986 sin la Kosmos 1686. Pero hay una limitación: La tecnología no había llegado en 1988 tan lejos como para detectar desde la superficie terrestre qué hay acoplado allí en la estación. Alguien podría haber sustituido

rápidamente la Kosmos por la Soyuz. ¿Quién podría ser ese alguien? Eso también es parte del misterio. Al principio, Max se preguntaba también quién podría haber traído aquí la Soyuz 7K-TS2, pero la cápsula también es capaz de acoplarse de forma automática.

Aire, agua, calor.

La Salyut-7 ya fue abandonada antes por los soviéticos y luego vuelta a poner en marcha. Pero sus últimos habitantes desconectaron la luz, el agua y la calefacción. ¿Por qué no se congeló Max, nada más aparecer aquí?

Mini.

El papel de Mini en todo esto sigue resultándole un misterio a Max. Esas conversaciones que mantenía … Aún no la ha pillado aquí haciendo lo mismo. Pero ¿y si ...? Mini no parece una amenaza inmediata. ¿Qué es lo que le ha estado ocultando? Incluso podría realmente ser que esté protegiendo a su cliente con todo esto. Aun así. Solo saldrán de esta extraña trampa juntos.

Glovebox.

No, eso es pasado. Max tacha la palabra ... pero puede que aún tenga alguna importancia. La borra con la goma del otro extremo del lápiz y la vuelve a escribir. Está seguramente tan lejos de la Glovebox como se pueda estar, pero ¿y si es aún parte del misterio?

Traza una línea larga bajo la lista, arranca la hoja del bloc y se la guarda en el bolsillo del pantalón. Se acabaron las preguntas. Ya es hora de encontrar respuestas.

El disco de plexiglás es óptimo. Puede verse claramente la capa que se ha formado encima. Max sujeta la vieja cuchilla de afeitar rusa entre índice y pulgar. Lleva grabado un logo que dice Восход. Восход significa «amanecer», y una de las primeras cápsulas espaciales soviéticas llevaba ese nombre. ¡Eso sí que es una buena señal! Rasca la deposición oscura con la cuchilla. Sobre el metal queda una masa semilíquida y semisólida.

Excelente. Coge el portaobjetos que flota en el aire y que preparó antes y coloca la sustancia de la cuchilla sobre ella de forma que quede el máximo posible en la moldura central del cristal. Deja la cuchilla flotando. Entonces presiona un segundo cristal encima. Max se orienta. Allí al fondo, en la estantería, está el microscopio que encontró Mini. Ahora está catalogando el contenido completo de la estación y de la Soyuz acoplada, para analizar sus posibles opciones.

Max flota con el estómago rugiendo hacia el microscopio y coloca dentro el portaobjetos. Activa la luz. No pasa nada. Ah, vaya, el microscopio no está conectado a la red de a bordo. Enchufa el cable, que flota libremente, en una toma adecuada. Ahora ya puede iluminar el portaobjetos.

Max se pasa la lengua por los labios y mira por el ocular. Una burbuja verdinegra sobre fondo más claro. Ajusta en enfoque. Eso es lo que estaba buscando: algas. Unos finos bracitos verdes crecen desde la burbuja hacia afuera. Que las haya encontrado en el plexiglás significa dos cosas. Una, que la luz debe llevar tiempo encendida, porque en caso contrario no habrían crecido algas verdes. La estación «no sabía» entonces que vendrían. Y dos, que las algas son biomasa. ¡Comida! Si logra criarlas, no morirá tan pronto de hambre. Seguro que faltarán un par de nutrientes, pero aguantará más tiempo.

Lo más probable es que sepan a rayos, pero le da igual. Por ahora al menos. Su estómago protesta. No suele tener nunca un gran apetito, pero cuando pasa mucho tiempo sin comer, es inevitable que le entre hambre. Max saca el portaobjetos del microscopio. Para cultivar las algas necesita un recipiente con agua y

luz. Un acuario sería ideal, pero parece que sus predecesores no tenían acuarios a bordo.

Repasa los estantes. Este recipiente serviría para los primeros ensayos. Tiene una tapa transparente. Lo llena de agua con la manguera del primitivo WC, añade la muestra de algas y cierra la tapa. Luego la pega con algo de cinta americana contra un ojo de buey de la estación. Al hacerlo echa un vistazo a la Tierra.

Sigue siendo el mismo planeta. No se le notan los cincuenta años que han saltado. Sobre el océano azul se desplazan grupos de nubes. Puede ver tierra roja y marrón. Es un planeta muy hermoso. Se desprende de esas vistas y mira hacia proa. Igual debería largarse con la cápsula Soyuz. Pero ¿cómo es que la compuerta de paso hacia ella está cerrada?

Max arruga la frente. Mini está allí y debe haber cerrado la compuerta. ¿No estará haciendo alguna tontería?

Se da un empujón y flota hacia allí. Uff. La esclusa solo está entornada, no cerrada del todo. La cápsula no podría desprenderse con la puerta así. Max está a punto de abrirla cuando oye la voz de Mini.

—... explicarlo? Si no yo misma lo entiendo.

¿Con quién estará hablando? ¿Es que mantiene conversaciones consigo misma? Pero hace una pausa, como si alguien estuviera hablándole ahora.

—Pero es difícil de digerir. Lo mejor será que vayamos....

El invisible tercero parece contradecirla.

—¿Y qué hacemos entonces aquí arriba?

Pausa. Eso mismo se pregunta Max.

—Está bien, lo retendré todo lo que pueda. Pero date prisa.

¿Mini quiere retener a quién? Max cierra fuerte los puños. ¡Maldita traidora! Debe confrontarla.

—Psst, hay demasiado silencio ahora. Debo ir a ver qué hace. Luego hablamos.

Max se aleja rápidamente con un empujón para ir hacia el ojo de buey donde ha fijado el recipiente con las algas. Se abre la compuerta con un chirrido.

—Mira lo que he montado —dice Max y señala hacia su obra de arte—. Esas cosas marrones son realmente algas.

—Muy bien —dice Mini—. Así aguantarás más de sesenta días.

—¿Crees que será necesario?

No piensa decirle que la ha estado escuchando. Le dará ventaja. Si las cosas se ponen feas, se meterá en la cápsula Soyuz y regresará solo a la Tierra. Desde luego no esperará a que el misterioso interlocutor de Mini determine su destino.

—Igual sí. —Mini flota frente a él de un lado al otro y da la impresión de estar nerviosa. Seguro que lo hace intencionadamente. Ese robot no hace nada por instinto—. Quería decirte algo que igual no te gusta mucho. Que no te gustará nada, la verdad.

Hablo con el servicio secreto soviético. ¿Será Mini ahora honesta, para variar?

—En la cápsula Soyuz ... —comienza y duda un poco. *He hablado con XYZ*, acaba él su frase en la mente—, … no hay suficiente combustible para volver a la Tierra.

Capítulo Nueve



Siente la cabeza dentro de una prensa hidráulica. John aprieta con las manos para apartarla. Al menos logra abrir los ojos. Está en un sofá marrón mirando una manta llena de manchas. Huele a humo de cigarrillo.

—¿Dón … dónde estamos? —logra farfullar.

Optimus la presiona la mano. John levanta la cabeza. Una mirada amigable. ¡Genial! Deben haberlo conseguido.

—Pregunta mejor cuándo estamos.

—¿Cuándo estamos?

—Milenio anterior.

—Tenemos que … ¡El programa, ese puede devolvernos a casa!

Nadie aquí sabe nada del programa.

Oye ruido de trasteo en la cocina. Alguien lava platos. Un niño grita por algún rincón. John mira a su alrededor. La habitación es más o menos igual de grande que su despacho, pero todo el mobiliario es distinto. La ventana frente al escritorio está sucia. Se levanta hasta poder echar un vistazo. La misma vista. El edificio de enfrente parece más viejo que ayer.

—¿Estamos en la vivienda de debajo o de encima de la mía? Las vistas ...

—Pssst. Debes hablar más bajito. En cuanto recuperes la conciencia, el inquilino nos echará.

Ajá, entonces es que están en el piso de abajo. Ese lo alquiló un viejo que nunca saluda cuando se cruzan. Nunca.

—El Sr. Wesson es un huraño apestoso —susurra.

Optimus sacude la cabeza.

—Se llama Evermore. Claudius Evermore.

—Nunca había oído ese nombre.

—Lo dicho, estamos en el siglo veinte. Esta es tu vivienda, pero faltan muchos años hasta que la ocupes tú.

Ahora le toca a John sacudir la cabeza.

—Imposible. Los viajes en el tiempo están prohibidos, por las muchas paradojas.

—No en este programa.

John se ve sentado frente a su C64.

POR FAVOR, ELIJA A DOS PERSONAS MÁS

Encima, el logo de MANIAC WORLD parpadeando en horrendos colores neón. Un mundo realmente para maníacos y locos de atar. ¿Son parte de ese mundo? ¿Cómo es posible?

Se levanta y se arrastra hasta la ventana. La altura coincide. Realmente es su casa. Parece que aún no han rehabilitado el edificio de enfrente. Por la izquierda incluso puede ver el río sobre el que transitan barcazas que expulsan gruesas columnas de humo negro. Eso hoy ya no existe.

Hoy ya no. Dentro de cincuenta años en el futuro. Vuelve al sofá.

—¿Qué vamos a hacer? —Optimus suele tener siempre mejores ideas.

—Evermore nos echará a la calle en un par de minutos —susurra el robot—. Tendremos que irnos a un hotel.

John señala hacia el robot.

—Llamarás la atención como un perro verde.

Y no precisamente de forma positiva. En 1984 se estrenó la primera película de Terminator. Optimus no tiene la misma pinta horrenda del androide asesino, pero los robots del futuro seguro que han perdido hoy la inocencia.

—Sí. Igual puedo hacer como que soy una persona disfrazada.

Eso podría funcionar.

—Debes estar incompleto.

Optimus abre mucho los ojos.

—¡Yo soy Optimus! El mejor robot jamás construido.

—Bueno , a decir verdad, eres un modelo bastante antiguo. Ni siquiera tienes permiso para salir a la calle, ¿te acuerdas? Así que imagínate con veinte años más.

Necesitarán igualmente algo que pueda tapar a Optimus; si no, llamará demasiado la atención.

—¿Cómo vamos a regresar? —pregunta John—. ¿Se te ocurre algo?

—Todo esto está relacionado con ese programa que has iniciado.

John se encoge de hombros.

—¿Cuándo se publicó? —pregunta el robot.

—En 1988. Se llama MANIAC WORLD.

—Vaya.

Vaya. Menuda casualidad.

—Tendremos que buscarlo.



Llaman a la puerta. Entra un joven sin esperar permiso. Tejanos, camisa de colores, el cabello corto por delante y largo por detrás.

—¿Qué? ¿Te largas ya de mi casa, hermano, o tengo que llamar a la poli?

—Ya nos vamos —dice Optimus.

—Ya nos vamos —confirma John.

Oye música que sale de la cocina. *Stay on these roads … We shall meet …*

—¿También aficionado a los *oldies*, señor Evermore?

El hombre frunce las cejas.

—¿Oldies? Ese es el nuevo éxito de A-ha.

Ups, vaya, claro. Seguro que ese álbum acaba de salir a la venta. John abre mucho los ojos y hace como que tiembla. Funciona: el joven se aparta un poco.

—Tengo mucho frío —dice con voz quebrada—. No se preocupe, no es contagioso. —Señala hacia un par de manchas en la manta que ha quedado sobre el apoyabrazos del sofá—. Bastará con lavarla en caliente.

—Llévese la manta consigo —dice Evermore—. Tampoco la necesito para nada.



En la calle hace tanto calor que John suda incluso en camiseta de manga corta. Echa la manta sobre Optimus. John mira a su alrededor. Justa ahora se acerca un hombre que también lleva una manta. Y allí delante hay un hombre sentado en la entrada de una casa, con un perro a su lado y un plato delante en el que hay unas monedas.

Claro: son los sintecho. Eso ya no existe. Quien no puede pagarse una vivienda es trasladado a una residencia a cargo del Estado. Pasar la noche en la calle está prohibido y no es nada sano.

—Ven —dice John y arrastra a Optimus consigo del brazo.

—¿A dónde vamos?

—A una tienda que venda ordenadores y software.



Van preguntando por la calle a otros transeúntes para llegar al centro de la ciudad. Cuanto más avanzan, más feo se ve todo. Las hermosas y amplias superficies entre los edificios, donde podría haber hermosos parques, están en gran parte asfaltadas. Por allí circulan vehículos de cuatro ruedas con dos o cuatro puertas; lo más ineficiente que hay. Por los bordes se desplazan los peatones como ellos. Pero aquí tampoco hay apenas árboles ni suelo natural, sino solo asfalto y baldosas.

La primera tienda que muestra lo que buscan en su escaparate tiene el curioso nombre de «Radio Shack». Pero en realidad no vende radios.

—Me gustaría comprar un C64 con unidad de disco —dice John ante el mostrador.

—Pues tiene suerte. Estaban agotados pero una persona ha devuelto su unidad.

—¿Pero funciona? —pregunta Optimus.

El vendedor da un respingo.

—¿La manta puede hablar? —pegunta y mira hacia John.

—Pues claro que puedo hablar. Soy un organismo semiconsciente.

John se inclina hacia delante y se coloca la mano derecha frente a la boca a modo de pantalla. El vendedor se le acerca.

—Mi hermano se lo toma muy en serio. Es un juego de rol, ¿sabe? Por favor, trátele como a un robot del futuro.

—Su hermano.

—Sí.

El vendedor parece muy extrañado y mira brevemente hacia el teléfono, Pero luego sacude la cabeza de forma casi imperceptible.

—Ja, ja, ¿«I'll be back» y cosas así?

—Es uno de los buenos —susurra John.

El vendedor pone cara rara.

—¿Por qué los buenos tienen que tener un aspecto tan infantil? Piense en C-3PO o en R2-D2. ¡Terrible! Ya me gustaría tener a un auténtico mal bicho entre los buenos.

John asiente.

—Yo le he dicho lo mismo, pero ...

El vendedor se gira y saca dos cajas de la estantería.

—Aquí tiene las dos cosas. —Marca algo en una caja anticuada—. Serán 378 dólares. ¿En efectivo o con cheque?

Vaya, no pensó en la forma de pago. Instintivamente acerca su muñeca al vendedor, pero luego la retira de golpe. Junto a la caja hay una máquina mecánica para cobrar con tarjeta de crédito. Parece que aquí no existe nada parecido a Internet.

Hace como que rebusca en sus bolsillos, donde efectivamente no hay nada que encontrar.

—Ostras. ¡Hermanito, tenías que recordarme de pasar por un cajero automático!

Optimus murmura algo.

—Si siguen esta calle una manzana más y luego a la derecha, encontrará un cajero automático de Cirrus.

—Perfecto. ¿Nos puede guardar el C64 un rato hasta que volvamos?

—Claro.



El cajero es un ordenador de lo más primitivo con pantalla verde y un teclado. John se coloca de forma que nadie desde la calle pueda ver qué hacen.

—Espero que puedas hackear este trasto, Opti.

—Yo no soy un … —Los dedos de Optimus vuelan por el teclado. Entonces saca un destornillador de un compartimento oculto en su cuerpo—. Sí lo soy, no hay problema alguno.

Suelta un par tornillos y levanta el teclado. Entonces mete el dedo en el cajero. Este pita y se reinicia. Optimus cierra rápido el teclado y pulsa tres teclas al mismo tiempo. Aparece un nuevo menú.

—El sistema Unix con el que funciona el cajero tiene un par de bugs conocidos. Bueno, en 1988 no los conocía aún nadie, claro.

—¿Y de qué nos sirven?

—Una vez introducida la cantidad deseada, el software pregunta a la tarjeta de crédito si hay fondos disponibles. A partir de ahora, la consulta se confirma siempre. Ya no hace falta ni tarjeta de crédito.

Muy práctico. El cajero pita de nuevo.

—¿Cuánto dinero necesitamos?

John hace unos cálculos. Cuatrocientos para el C64, cien para una noche de hotel, otros cien para transporte y comida, todo por tres noches, porque no piensa quedarse aquí más tiempo.

—¿Mil dólares?

—Marchando.

El cajero traquetea y abre la ranura de salida. Optimus mete la mano dentro, saca el dinero, se guarda doscientos y da John el

resto. No protesta. Sin Optimus no habría pedido sacar dinero en efectivo.



—Me gustaría comprar un juego para el C64 —dice John.

—Muy buena idea, sí señor. Pero hay una gran cantidad para elegir. ¿En qué había pensado?

—Un amigo mío me habló de uno en el que solucionas un acertijo con varias personas que puedes seleccionar.

—¡Ah, ya, se refiere a MANIAC WORLD! Es fantástico. Entretenido y con mucho humor. Buena elección.

El vendedor se va silbando al interior de la tienda pero vuelve con las manos vacías.

—Lo siento. Parece que está agotado.

Extiende las manos vacías. John traga. Necesitan el juego. Entrecierra los ojos. ¿Qué es eso que hay sobre el estante detrás del mostrador ...?

—¿Y eso que es?

Señala hacia el estante inferior. El vendedor se agacha y vuelve con una caja de cartón. Está precintada en plástico transparente. ¡Una edición original, no desempaquetada! A John se le seca la boca. Tendrá que abrirlo.

—Pues tienes suerte, amigo. Alguien lo pidió hace tiempo, pero no lo pasó a recoger nunca. —Mira hacia un calendario que cuelga de la pared y asiente—. Culpa suya.

—¿No tendría un segundo ejemplar?

—Pues parece que sí. Pidió dos copias. ¿Quiere que se lo envuelva para regalo?

—No, gracias, no es necesario.

—Pero para este necesitarán un joystick. Con el teclado no funciona demasiado bien.

—Claro, un joystick.

—En total serán 457 dólares, por favor.

John le entrega cinco billetes de cien. El vendedor los levanta a contraluz y los rasca un poco.

—Muchas gracias. Aquí tiene cuarenta y tres de cambio.



—Y NADA DE COCHINADAS, ¿ME OYEN?

El hombre tras el mostrador del motel barato señala hacia Optimus bajo la manta.

—Es mi hermano. Tiene ...

—No quiero saberlo. Su problema, míster. A mí déjenme en paz.

Un taxista les recomendó este motel porque el dueño no hace preguntas. El consejo parece ser de lo más acertado, aunque hay que pagar por adelantado.

—¿Todas las habitaciones tienen televisor?

—Pues claro, míster. ¡Sony Trinitron! Incluso con reproductor de vídeo incluido. Justo en la esquina hay un videoclub.

—Gracias, pero nos montamos nuestro propio programa.

John señala hacia las dos cajas.

—¿Es eso una consola de juegos? No domino eso, pero mi hijo siempre me pide que le compre una.

—Más o menos, sí. Solo queremos jugar durante el fin de semana sin que nuestras mujeres se metan de por medio.

—Entiendo. Que se diviertan.



****** COMMODORE BASIC V2 ******
64K RAM SYSTEM 38911 BASIC BYTES FREE

READY.

—EL CUADRADITO BLANCO ES EL CURSOR.

—John, este de aquí es mi tatarabuelo. Probablemente lo conozca mejor que tú.

Optimus, al viejo fardón de siempre. No ha mostrado jamás interés alguno por su colección de viejos ordenadores, a pesar de que todos ellos podrían haber sido sus tatarabuelos.

John desplaza el cursor una línea hacia abajo. La imagen no es aquí tan buena como en casa; Seguramente se deba a que solo puede conectar el televisor con el cable de vídeo cinch. Pero más que suficiente para sus fines.

Desempaqueta el disquete. Quitarle el plástico protector le duele, pero aún tiene el segundo ejemplar. Si puede llevárselo al futuro de alguna forma, será un hombre rico.

Optimus señala hacia el segundo paquete.

—¿Por qué hemos comprado dos ejemplares?

—Para no tener que volver a la tienda si resulta que el primer disco es defectuoso.

Optimus suelta una carcajada metálica.

—Pssst. Nadie debe notar que eres un robot de verdad y del futuro.

—Pues no me hagas reír. El segundo disquete te lo quieres llevar a casa.

—¿Y qué?

—Creo que no te das cuenta de lo seria que es la situación. Al futuro solo se viaja una vez al día unas veinticuatro horas.

John sujeta la caja del joystick con una mano y arranca los precintos con la otra para sacar el plástico transparente. El joystick huele a aceite. El aroma combina bien con el de la habitación, que apesta a humo de tabaco a pesar de ser para no fumadores. El joystick se ajusta bien a la mano. Se puede fijar a la mesa con un par de ventosas.

—¿Decías algo, Opti?

—Que ya no volverás a casa, John. O muy poco antes de tu muerte. Estamos a cincuenta años de distancia de tu casa y de tu colección y ya tienes treinta y pico.

—Pero tengo que volver a casa. Si no, jamás pondré en marcha el disquete y esta excursión no tendrá lugar jamás. Solo estamos

aquí porque coleccionaba a tus tatarabuelos.

—Eso es … joder, es … lógico —dice Optimus—. Pero también es lógico que entonces tendrás más de ochenta años. Yo tampoco sé qué hacer.

Que Optimus no sepa qué hacer ya es algo muy nuevo, pero a John no le hace ninguna gracia esta vez.

—Y no se dice *joder*, Optimus.

El robot le da un amistoso golpe en el hombro.

—Si no insertas pronto el disquete, no saldremos nunca de este apestoso motel.



ESTA VEZ NO NECESITA CONSULTAR NADA EN INTERNET.

```
LOAD"$",8
```

El 1541-II se pone en marcha. Un piloto verde y otro rojo lucen alternativamente.

```
SEARCHING FOR $
LOADING
READY.
```

—Sí que vas lento —dice Optimus.

—No quiero cometer errores. Hay que hacerlo exactamente igual que la primera vez.

Ya lo pensaba John en el taxi. Igual no fue el programa el causante del fallo, sino alguna circunstancia externa y el hecho de que el índice de contenido $ del disquete ya estaba en la memoria del C64. Lista el contenido igual que ayer.

```
LIST
```

Pero el resultado es muy distinto.

0 "ROCHUS ARTS LIMITED" 01 16
0 "MANIAC WORLD" PRG<
0 "^ LOAD ME ^" USR<
0 BLOCKS FREE
READY.

Claro, este es un original, y no una copia robada en la que se eternizó a saber qué pirata informático.

—¿Problemas, hermano? —Optimus mira por encima de su hombro, algo que John odia.

—No. Ahora lo cargo. —Pone los dedos sobre el teclado para que no le tiemblen.

LOAD"*",8
SEARCHING FOR *
LOADING

El lector de discos trabaja con mucho menos ruido que el de casa. Pero es que este es nuevo de trinca, igual que el disco. Con un suave susurro pasan los datos del Floppy Disk al Commodore C64 con su tremenda memoria interna.

READY.

Okey. Ya están los datos transferidos. John mira a su alrededor. Nada ha cambiado por ahora. Se fija bien en su entorno. Igual no lo vuelve a ver jamás. Pero también sería una pena que todo acabara en seguida. Menudo pensamiento más estúpido. Está mucho mejor en su despacho en casa o en el sótano de la empresa.

—¡Vaaa, no te lo pienses tanto! —Optimus le muestra un índice amenazador—. Pero nada de cochinadas; estás avisado.

Imbécil. John sonríe.

RUN



Pulsa la barra espaciadora. Aparece una nueva pantalla.

POR FAVOR, ELIJA A DOS NIÑOS MÁS

¿Niños? La otra vez eran personas. ¿Qué pasa ahora? El logo es el que debe ser. En la pantalla del televisor pone MANIAC WORLD. Debajo hay siete marcos de fotos. Coge el joystick en la mano y lleva la cruz del cursor al primer retrato, que ya está enmarcado en blanco.

DAVE – AMIGO DE SANDY Y ORGANIZADOR DE LA ACCIÓN DE RESCATE.

Antes ponía aquí TÚ. Pasa el cursor al siguiente. Junto a Dave está Syd.

SYD – MÚSICO EN CIERNES QUE INTENTA CREAR UNA NUEVA BANDA NEW-WAVE.
MICHAEL – TALENTOSO FOTÓGRAFO PARA EL PERIÓDICO DEL COLEGIO.
WENDY – QUIRE SER NOVELISTA Y ESPERA SU GRAN ÉXITO.

Pasa de largo de Bernard, Razer y Jeff. Aunque el físico Bernard podría resultarle útil. ¿No va todo esto de física?

Pulsa «Start». Comienza una breve película «Hace exactamente veinte años ...» pone en la fila superior. Va de un meteorito que cayó cerca de una casa aislada.

—Muy interesante —dice Optimus.

—Yo no llegué tan lejos. Estábamos yo, tu, Sonja, Nathalie, Mini y Max para elegir.

—¿Nathalie de contabilidad?

—No, una jurista. —John se calla lo acertada que fue aquella descripción, así como el hecho de conocer a Sonia. Al menos con i en lugar de con j.

—Igualmente una casualidad muy extraña. Un robot llamado Optimus ...

—La mitad de los robots de todo el mundo se llaman así.

—Y es que también es un excelente nombre para un robot. Incluso el único acertado. Quiero decir, fíjate en *John.* De *Juan*, que significa *Dios es misericordioso.* Ni siquiera sabemos si Dios existe. Pero Optimus ...

—Si, vale, tienes razón, Opti. ¿Alguna idea de quiénes pueden ser Max y Mini?

—Max y Mini, eso son bromas de los programadores. ¡Fíjate en los nombres! Maxi y Mini ...

—De eso ya me he dado cuenta solito. Pero Max es muy conocido entre humanos.

—Mini no es un nombre muy querido entre los robots, pero sí que se usa mucho. Hay una serie de robots pequeños para microgravedad que se llama así. Son de la empresa rusa RB, muy fuerte en el negocio espacial.

Ajá, entonces el nombre podría ser algo más que solo parte de un juego. John se desplaza con la cruz del cursor hacia arriba a la derecha, donde encuentra el menú de configuración. Lo abre con un clic

PARÁMETROS
Nivel dific.: 1
Transparencia: 100
Gamma: 72

Desciende, pero ya no hay más.

—¿Qué buscas? —pregunta Optimus.

—Un menú llamado *Ajust. avanz.*

—¿Ajustávanz?

—Dos palabras abreviadas: *Ajustes avanzados.* Allí se podían modificar valores de las constantes naturales o el tiempo y el lugar.

Optimus abre teatralmente los ojos.

—Nooo, ¿en seriooo?

—Pues sí.

—Pero imagínate que todos los jugadores de Maniac Wold pudieran elegir cualquier valor para la constante gravitatoria. El universo entero se desestabilizaría.

—Sí, eso sería peligroso.

Y eso también los ha traído aquí. John recuerda como hacía clic por los menús en plena oscuridad. Debe haber llegado a algún valor que los ha enviado aquí.

Aparece una persona en la pantalla. Debe ser Dave. Puede moverlo con el joystick y darle órdenes sencillas. John prueba un par de variantes: Coge un libro y lo lee, enciende una luz y juega con un hámster en su jaula. Nada cambia en la realidad a su alrededor.

—Muy entretenido —dice Optimus—. Me gusta el humor del programador.

—Pero no hace nada. Con la variante que me dio Ishiguro, el protagonista se portaba como yo, e incluso las luces se ajustaban al programa.

Optimus inclina la cabeza.

—Eso suena … extraño. Seguramente tenías otra versión del programa. —El robot coge la caja y la estudia—. Hay un número de teléfono. ¿Y si llamamos?



Trac, tracatacata, tracata. El teléfono hace ruidos extraños al marcar. John mete el dedo en el orificio del siete y gira el disco hasta el tope para luego soltarlo haciendo un ruido que pone de punta los pelos de la nuca. Y tres veces el cero. Respira hondo.

—Bienvenidos a Rochus Arts —dice una mujer. Hay musiquita de sintetizador que acompaña su voz—. Todos nuestros asistentes están ocupados. Por favor, manténgase a la espera.

John se prepara para pasar un buen rato esperando, pero ya se oye un clac.

—Bienvenidos a Rochus Arts. Soy Nathalie. ¿Qué puedo hacer por usted?

¿Nathalie de contabilidad? La voz le resulta muy parecida. Pero no puede ser.

—Hola, soy John. Tengo un problema con el juego.

—Vaya, cuanto lo siento. ¿Desea cambiarlo, John? Le ofrecemos un ...

—No, no, se trata del desarrollo del juego.

—Vaya, cuánto lo siento, John, pero no podemos dar consejos por teléfono para solucionar la aventura. Sin embargo, hay una solución completa publicada en el último número de la revista ...

—Nathalie, permítame que la interrumpa de nuevo. No me he expresado bien. Se trata de un fallo en el programa. Antes podía elegir entre determinadas personas, pero ya no funciona. ¿Es posible que haya varias versiones de este juego por ahí?

—No, John, no sé nada de eso. A no ser que se refiera a copias ilegales. Espero que no haya utilizado una copia de dichas fuentes. Si compra nuestro juego en tiendas autorizadas, puede cambiarlo por otro en caso de fallos.

—¿Sería posible hablar con uno de sus programadores? —John ya intuye la respuesta, pero por preguntar que no quede.

—Lo siento pero eso no es posible. ¿Puedo ayudarle en alguna otra cosa?

—Muchas gracias por su atención, Nathalie.



—¿Y ahora qué? —John cuelga el teléfono y mira a Optimus.

El robot parece totalmente absorto en el juego. John se levanta y se coloca tras él. Su personaje en el juego parece estar ahora en una cocina de dibujos animados. Optimus pulsa el botón de «usar», luego sobre un animal, que parece una mezcla entre ratón y hámster, y luego sobre un horno microondas. ¿Qué pretende hacer? Optimus hace clic en «cerrar» y luego en «usar» y de nuevo sobre el microondas.

¡Oh, no! John se tapa la cara con las manos.

La mancha roja por la parte interior del cristal del microondas le provoca arcadas. John apaga el televisor y la imagen desaparece. ¿Cómo ha podido Optimus permitir eso? ¿No posee ciertos circuitos que le impiden hacer daño a seres vivos?

—¿Optimus? ¿Qué ha sido eso?

—He metido el hámster en el microondas y lo he ...

—Te has cargado al animal —le interrumpe John.

—Solo es un juego. No ha muerto ningún animal real. Un par de píxeles en la pantalla han cambiado de color. Los programadores han sustituido un sprite blanco por uno rojo.

—¿Sprite?

—Son objetos en movimiento que pueden situarse en cualquier lugar de la pantalla. No requieren que se altere el fondo. En estos ordenadores antiguos era importante para no agotar las reservas de rendimiento.

Un juego. ¿Es eso en realidad? John suspira. No está seguro de lo que significa todo esto.

—Deberíamos ir a ver a los de Rochus Arts —dice Optimus.

John asiente. En la misma empresa igual consiguen hablar con un programador.



La imagen de Optimus metiendo a un hámster en el microondas le persigue hasta la cama. *Solo es un juego.* ¿No es esa una excusa algo débil? ¿En qué se ha convertido su vida desde que tomó la decisión de ejecutar el programa en ese disquete? Se ve a sí mismo en la oscuridad. El hecho de que Optimus sea ahora solo el reflejo de su antiguo amigo. ¿Es esto también un juego y qué papel desempeña en él?

¿Quién es entonces el jugador?

¿Pueden Dave, Syd o Razer determinar sus destinos? ¿Y qué hay del hámster? John recuerda el retrato con marco blanco sobre el que ponía «Tú». Inicio el juego. Eso significa que seguramente sea él mismo el jugador. Y al mismo tiempo el protagonista. ¿Cuándo es

qué? ¿Por qué lo siente como si no tuviera control alguno sobre su destino?

Se mueve de un lado al otro en la cama. Le resulta imposible dormir. Le sabe mal por su jugador. ¿Estará sentado todo el tiempo frente a la pantalla mirando como se revuelca por la cama, primero panza abajo y luego de espaldas, para acabar de nuevo de lado? ¡Qué entretenido! ¿Dará las órdenes incluso moviendo el joystick?

Usar cama. Girar. Ahuecar almohada. Usar almohada con cabeza. Girar. Usar sábana con John. Girar.

Entonces él no se gira intencionadamente. Pero no hay ninguna fuerza que lo mueva. Igual su jugador se ha hartado de ver cómo da vueltas en la cama. ¿Se habrá ido? John está tumbado panza arriba mirando el techo. ¿Y si su jugador no regresa? ¿Se quedará entonces el resto de su vida tumbado en esta cama? ¿O vendrá en algún momento el propietario del motel con la policía para echarlo?

Igual a ese hombre lo controla otro jugador. No tiene por qué ser un juego de un único jugador. ¿Qué hay entonces de Optimus? ¿Pertenece a su jugador? ¿O Sonja, Nathalie, Mini y Max? *Elige un máximo de dos personas.* ¿Por quién se decidió su jugador?

Las bisagras de la puerta crujen un poco. ¿Qué ha sido eso? John se incorpora y procura moverse sin hacer apenas ruido. La luz de los faros de un automóvil desplaza por la habitación unas líneas de puntitos a través de la persiana. El vehículo se detiene. Se apagan los faros. El coche emite un breve bocinazo, seguramente al cerrarlo.

¿Dónde está Optimus?

El robot no necesita dormir. Pero ¿no tiene que recargar sus baterías? Sin embargo, no está en la habitación.

Se levanta y camina descalzo hasta la puerta. Solo está entornada. Por seguridad, pasa la mano por donde debe colgar la llave. Allí está. John logra abrir la puerta sin que chirríe y sale en calzoncillos al aparcamiento asfaltado. Detecta una silueta y se esconde tras un coche.

Es Optimus. El robot no lleva su manta en la oscuridad. Muy poco precavido.

John se acerca un poco más. El motel parece estar bastante lleno. Hay muchos coches para ocultarse tras ellos. Optimus no

parece darse cuenta de que se está acercando.

—... debemos avanzar mejor —dice Optimus.

Habla muy bajito, pero no susurra. John mira a su alrededor pero el robot está solo. Se nota que no está hablando solo por las pausas que hace para escuchar a su interlocutor.

—Pero Mini, si esto no se soluciona solo, tendremos que ...

Mini. Es uno de los distintos personajes que podía escoger en su versión del juego. En el retrato era una pelota. ¿Se ha convertido entonces también en protagonista, como él?

—No vuelvas a soltarme eso del libre albedrío. Dudo que eso exista. Y si fuera así, ¿por qué no querrían ayudarnos? Se trata también de su futuro.

Querrían. ¿Quiénes? Optimus no está hablando solo de John. Parece haber más personas implicadas. ¿Qué es todo esto? ¿Puede esto seguir siendo un juego?

—Puedes decir lo que quieras. Hablaré con John. Para ser humano, es inusualmente racional.

Esa es una alabanza monumental, sobre todo en boca de un robot. John se retira. ¿Cuándo hablará Optimus con él? En todo caso debe llegar a la habitación antes que él; en caso contrario puede llegar a darse cuenta de que desconfía del robot.



La puerta chirría de nuevo. Parece que Optimus ya no se esfuerza mucho en no hacer ruido. John se gira en la cama y luego se estira un poco.

—¿Tampoco puedes dormir?

—Sí. —Optimus cruza la habitación y enciende la luz—. Ya lo sabes.

—¿Qué es lo que sé?

—Me has seguido, John. Has oído lo que decía. Sabes que quiero hablar contigo.

Mierda, lo ha pillado. Pero ¿por qué tiene mala conciencia? ¿No es más bien Optimus el que le estaba ocultando algo?

—Pues dímelo ya, Opti. Me tienes en ascuas.

—¿Estás bien sentado?

John se desplaza al extremo de la cama y se mete la almohada en la espalda.

—Ahora sí.

Optimus se coloca frente a la cama y se apoya los brazos en los lados.

—Bien. Tengo que confesarte algo.

—Todo esto no es real —dice John—. Estamos dentro de un juego que he iniciado con el maldito disquete de Ishiguro.

—Si crees eso es que eres, ejem, algo ingenuo.

—Pues cuéntame de qué va todo esto.

—John, ¿cómo puede alguien ser arrastrado al interior de un juego de ordenador? No hay base física para eso. Eso solo se da en novelas.

Un buen argumento. John estaba sentado frente a su viejo Commodore C64 cuando pasó. El cambio se dio seguramente no por el hecho de que quería salir de su despacho, sino ya el día anterior. Cuando inició el juego. Pero eso significa que el día siguiente, cuando la empresa estaba vacía y Nathalie le ayudó a quemar el disquete, ya era parte del juego. Eso significa que el disquete sigue existiendo. Incluso debería estar metido en la unidad lectora 1541 del C64. Todo lo sucedido desde iniciar el juego ha sido un sueño. Pero John no logra despertarse de ese sueño.

Le duele la cabeza. Presiona las manos contra las sienes. Vale, hay un par de incongruencias y contradicciones en el desarrollo de los sucesos. Pero lo que dice Optimus es … una locura.

—¿Cómo te explicas entonces este cambio, Optimus? ¿Por qué estamos aquí, perdidos en la edad de piedra?

El robot da un paso hacia delante y se sienta en la cama. El colchón se hunde bajo su peso. Optimus alarga el brazo hacia la pierna de John, que se asusta y la aparta.

—Tranquilo, John. Soy yo.

—Un producto de mi imaginación, si puedo creerte.

Optimus sacude la cabeza.

—Somos reales —dice—. Esto es la realidad.

John suelta una carcajada.

—Eso no te lo crees ni tú. Mírate; un moderno robot en la edad de piedra de la informática. Nadie está más fuera de lugar aquí que tú.

Optimus aparta la cara con expresión huraña.

—Eso no ha sido nada amable.

—Perdona, no pretendía ofenderte. Yo tampoco encajo en esto que llamas realidad. Solo que no se me nota tanto como a ti.

—John, entiendo que te cueste aceptar esta realidad. Vivías en 2040. Todo funcionaba, las peores enfermedades habían desaparecido, la humanidad vivía en paz, el cambio climático ya no era importante,... Era un paraíso.

¿Un paraíso? A John no se lo parecía. Pero sí, las condiciones de allí de donde viene son buenas. Nadie pasa hambre. No ha habido más guerras en los últimos diez años. ¿Basta eso para proclamarlo como paraíso?

—No quieres soltar ese paraíso. Lo entiendo perfectamente. Pero yo te puedo ayudar.

—¿Cómo?

—Es un proceso muy sencillo. Estás aferrado a tus recuerdos del futuro. Yo te ayudaría a olvidarlos. Entonces, la realidad vuelve a tener una oportunidad y verás todo como es.

—Y mis recuerdos, ¿desaparecen así somo así?

—Dejas espacio para la realidad. Solo entonces tendrás ocasión de sentirte aquí como en casa.

Sus recuerdos son su vida. Sonia, con el café matutino. Nathalie de contabilidad. El supermercado. Las señoras mayores en el metro. Incluso Optimus. Todo desaparecería, dejando espacio, ¿a qué? ¿Quién es él en 1988? ¿No debería al menos saber algo más de sí mismo si nació aquí? No lo tiene nada claro.

—¿Qué hay entonces de ti? —pregunta John—. No puedes pertenecer a esta realidad.

Optimus asiente.

—Cierto.

—Entonces, todo lo que me cuentas es una estupidez y hemos sido enviados al pasado, como me lo contaste al principio. Un

agujero de gusano o algo así.

—No. Yo no soy real.

John sacude la cabeza con fuerza. Se inclina hacia delante y da unos golpes sobre el metal del cuerpo del robot.

—¿Oyes eso?

—No, puesto que no soy real.

—Pero el ruido ...

Optimus se gira hacia él. Su cara es invisible, la parte frontal de su cabeza sirve ahora de pantalla. Agarra a John por el cuello y le saca la cámara. La activa con un botón. En la cara de Optimus aparece entonces el vendedor de Radio Shack. Parece algo inseguro y mira entre John y algo más que hay a su lado. Pero solo habla con John y parece bastante irritado.

—¿Notas algo?

—Se extraña por tus curiosas preguntas.

—¿La manta puede hablar?

—Pues claro que puedo hablar. Soy un organismo semiconsciente. —Así respondió Optimus en ese momento. Pero ahora suena mucho más a su propia voz.

La cámara se mueve hacia delante hasta que el vendedor ocupa toda la imagen.

—Mi hermano se lo toma muy en serio. Es un juego de rol, ¿sabe? Por favor, trátele como un robot del futuro.

Sí, eso dijo.

—Su hermano.

El vendedor levanta la voz. La cámara se mueve hacia la izquierda. Enfoca a lo largo del brazo estirado de John hasta su mano. Encima hay una manta arrugada y vacía. Sin Optimus debajo. Solo un tipo extraño que hace como que una manta es su hermano. Un destino muy triste.

—Sí —dice John en la grabación.

El vendedor arruga la frente solo por un instante. Parece pensar en pedir ayuda por teléfono, pero luego se lo piensa mejor.

—Ja, ja, ¿«I'll be back» y cosas así? —le sigue el juego al cliente.

Gracias, vendedor desconocido. John traga.

—¿Quieres que te muestre la conversación con el propietario del motel?

—No, gracias. Pero ¿cómo he hackeado entonces el cajero automático?

—Tú dominas los viejos sistemas Unix, ¿no te acuerdas? Ese es tu trabajo. Incluso igual en este tiempo.

John cierra los ojos. Se imagina cerrando un telón oscuro frente a sus párpados. Cuando los abre de nuevo, Optimus sigue allí.

—¿Dices, entonces, que solo estás en mi imaginación?

—Correcto. Según todos mis análisis, es la explicación más lógica. Debe haber una explicación lógica. Y la única posible es que siempre has estado aquí y que yo solo existo en tu imaginación.

—Pero puedes ayudarme a que eso acabe.

—Correcto. Esa parte de ti que has separado del resto de tus recuerdos en tu cabeza y que has convertido en mí.

—¿Y cómo sería eso posible, si ni siquiera existes?

—De la misma forma que Dios o un amigo invisible ayuda a otros. Te ayudo en la toma de decisiones que en el fondo tomas tú mismo.

Esa es una explicación interesante, solo que hay un problema: John no quiere perder sus recuerdos.

—¿Sabes qué, Optimus? No quiero hacerlo.

—¿Qué quieres entonces?

—Recuperar mi vida, y creo que para eso necesito el disquete que utilicé para llegar hasta aquí. Creo que se trata más bien de una herramienta de administrador, y no de un juego. Y para encontrarla, nada mejor que pedírsela a los programadores.

Optimus vuelve a mostrar su cara de siempre.

—No puedo obligarte a nada.

—No. Pero ¿puedes ayudarme?

—Eres mi cliente. Claro que te ayudo. Según mi documentación, Rochus Arts es una gran productora cinematográfica. Debemos ir a Marin County.

—¿Y dónde cae eso?

—En California.

Vaya, costa oeste.

—¿Cuándo sale el próximo avión?

Optimus sacude la cabeza.

—Creo que deberíamos ir por tierra, aunque tardemos dos días. No tienes carnet de conducir ni ningún otro documento de identidad.

—Pero para alquilar un coche necesito ...

—Nada de alquilar un coche. Compramos uno baratito. Con un pequeño suplemento seguro que el vendedor renuncia al papeleo. Pero antes debes dormir.

—¿No puedes conducir tú? Nunca te cansas.

—Yo no existo, John. Mejor que no me ponga al volante de nada.

Capítulo Diez



El té caliente se desliza por su garganta. Sienta muy bien. Por un momento nota incluso su estómago y la presión del hambre desaparece un poco. Aún no se ha acostumbrado.

—Según mis datos, has dormido bien —le dice Mini.

Mini, la traidora. Siempre la tomó por una amiga, aunque evidentemente es un robot. Tiene que despedirse de esa idea. Algo difícil de lograr cuando no le queda a uno otra alternativa y Mini, además, hace un té tan bueno.

Suspira.

—¿Quieres hablar conmigo de algo? —pregunta Mini—. Tus pulsaciones en reposo eran hoy algo más altas de lo normal.

Max hace un gesto para quitarle importancia.

—Será por el entorno tan inusual —dice. Lo cual es mentira. El entorno le resulta ya bastante conocido. El módulo Unity tampoco era mucho más joven que el Sarya, que se parece mucho a la Salyut-7. Los sacos de dormir son iguales y el olor el mismo. Max olisquea el ambiente. Nada. Ya se ha acostumbrado al incomparable aroma. Nunca le ha costado mucho.

—Gracias por el té. Muy rico.

—Té de hierbas. Tenemos reservas para ocho meses si hago té dos veces al día.

—Al menos una buena noticia.

—Lo siento —dice Mini.

—¿Qué sientes?

Que te he traicionado.

—Todo esto. —Señala con los brazos a su alrededor.

—Pero no es culpa tuya.

Mini no responde. ¿Es eso una confirmación?

—¿Cómo puede ser que la Soyuz no haya traído suficiente combustible? No tiene sentido. Alguien debe haber enviado la nave aquí en modo automático. Así que la intención debió ser que alguien pudiera regresar a la Tierra desde la órbita. ¡Para eso hay que llevarse combustible suficiente!

—Sí, claro, yo también lo pensaba —dice Mini—. Pero lo siento, no tengo respuestas para eso. Igual la cápsula tuvo que realizar un recorrido más largo para llegar a través de la MIR.

Max asiente. Igualmente no puede confiar en Mini. Tuvo la suerte de poder escucharla. Todo tiene su lado bueno. Al menos ahora sabe que depende exclusivamente de él.



Max pulsa la tecla Intro y el protocolo de vuelo pasa por la línea LED. Mini parece notar que necesita estar tranquilo. Lo deja trabajando en la cápsula Soyuz. Su ordenador de vuelo es casi la versión anterior de los ordenadores rusos que ha visto en la ISS. Solo tiene que acostumbrarse a las pequeñas pantallas de tubo catódico. Muchos datos importantes se emiten, además, mediante luces discretas y líneas LED en rojo brillante.

Igual que el protocolo de vuelo. Con los datos puede Max ver qué correcciones de la trayectoria de vuelo se realizaron. No puede ver quién pulsó qué botón, pero sí detectar que el motor principal se ha encendido una sola vez tras alcanzar la órbita; en pequeñas etapas, pero en un período de tiempo relativamente corto. Con esa maniobra ajustó la Soyuz su órbita a la estación Salyut. Luego no hubo más consumo. Así que la explicación de Mini no tiene fundamento.

El protocolo contiene también datos de qué pasó y cuándo. La cápsula llegó aquí hará unos tres meses. Max utiliza ese sello de fechas para compararlo con el ordenador de a bordo de la Salyut-7. Resulta interesante. El mismo día de la llegada hubo una muy breve caída de presión; de unos cincuenta milibares. Esta caída fue corregida en un plazo de media hora. Dos días más tarde hubo otra caída similar, incluso de alrededor de cien milibares, antes de que la presión del aire volviera al nivel estándar.

Max repasa los demás protocolos. Casi cada máquina a bordo registra los datos principales que son importantes en un laboratorio. En caso de fallo es más fácil así reproducir lo que puede haber ido mal. Las siete baterías funcionales de la estación muestran, por ejemplo, una caída de un treinta por ciento en su capacidad de carga el día de la llegada de la cápsula Soyuz. Algo debe haber gastado mucha más energía de la usual en este período. Actualmente, la capacidad está algo por debajo, pero no sigue cayendo. El nivel de carga se recuperó luego en el transcurso de dos días, por lo tanto en relación temporal con la caída de presión. También llaman la atención los datos medidos de la depuración del agua. En los días en cuestión se procesó un volumen claramente mayor de lo normal.



—¿Mini? He encontrado algo interesante.

Max ha estado pensando mucho si se lo dice a Mini o no. Pero a veces tiene ideas tan inteligentes que no quiere renunciar a su opinión.

—¿Sí?

Le muestra las notas que ha apuntado en el cuaderno. La cara de Mini en la pantallita entrecierra momentáneamente los ojos.

—Tienes razón, realmente interesante. Los datos indican que alguien estuvo aquí a bordo y que llegó con la Soyuz.

—Una persona.

—O un robot. La caída de presión se debe a la ventilación de los acoplamientos.

—En 1988 no había robots en la Unión Soviética que pudieran volar una nave espacial.

—Probablemente sea así.

—¿Es que vuelves a saber más que yo, Mini?

Max se muerde el labio inferior. Ese *vuelves a saber* se le ha escapado sin querer.

—Casi siempre sé más que tú —dice Mini. No parece haber entendido o no ha querido entender su reproche. —Con *probablemente* solo quería expresar que no es *imposible*. Estamos en 1988 y yo existo en esta época.

—Ya..., bueno, sea como sea. El hecho es que no hay nadie más a bordo, ni persona ni robot, excepto nosotros.

—¿Y si somos nosotros mismos los que llegamos aquí con la cápsula Soyuz?

—¿Cómo dices?

—Hemos viajado una vez en el tiempo. ¿Y si encontramos la forma de viajar aún más en el pasado para hacernos con una Soyuz y volar con ella hasta aquí, para tener así una cápsula que nos lleve a la Tierra?

La cabeza le va a estallar. Pensar en viajes en el tiempo siempre le provoca confusión mental.

—Pero eso no tiene sentido. Entonces deberíamos estar ya en la superficie de la Tierra. ¿Cómo es que no nos hemos quedado allí en lugar de robar al ejército una Soyuz para volver aquí?

—Para que cuando lleguemos aquí dispongamos de un vehículo que nos devuelva a la Tierra cuando lo necesitemos o cuando llegue el momento. Desde nuestro pasado, nuestra presencia aquí está aún en el futuro. Sin este episodio no tendrías ninguna nave y ...

—Te olvidas de una cosa, Mini: No tenemos una nave que nos lleve a Tierra. ¡Le falta combustible! Si es como cuentas, habríamos metido la pata a lo bestia con nuestro plan en el pasado.

Mini asiente moviendo el cuerpo entero.

—Buena argumentación, Max.

—¿Qué quieres decir con eso de «*o cuando llegue el momento*»? ¿Estás esperando que pase algo?

Mini se gira. Surgen los brazos de su cuerpecito y agarran un espejo.

—¡Mira esto! Los bordes verdosos podrían ser un tipo de alga muy distinto. Igual es mejor que cultives estas también.

Max coge el espejo y pasa el dedo por encima. Entonces se huele la yema del dedo. Qué extraño, huele a rosas.

—No, eso son restos de pintalabios. —Gira el espejo—. «Mira dentro de mí y me reconocerás. Tu Natalia», pone allí grabado en ruso. Parece que uno de los cosmonautas se dejó aquí un recuerdo.

Se mira en el espejo, pero solo se ve a sí mismo.

Capítulo Once



JOHN SE RASCA EL MUSLO. SE LEVANTA Y MIRA EL LUGAR DONDE SE HA rascado. Está rojo y lo nota caliente.

—Chinches —dice Optimus—. Hay que comprar un espray desinfectante.

El robot va hacia la puerta.

—¿A dónde vas tan deprisa? —pregunta John.

—A la farmacia.

—Ejem, a ver, si no existes, ¿cómo comprarás espray desinfectante en la farmacia?

El robot se detiene.

—Tienes … razón. Por un instante me he confundido. Bueno, de hecho, has sido tú el que se ha confundido. Ya que tú crees en mi existencia, también fuiste tú el que pensó que podría ir solo a la farmacia.

Mierda. John se rasca otra vez. Esa habría sido su forma de demostrarle al robot que se equivoca. Pues si hubiera comprado el desinfectante, solo podría haberlo hecho siento un robot con existencia física real. Pero Optimus es muy cabezota; habría igual supuesto que John ha ido a la farmacia en secreto y que luego ha apartado el pensamiento de sí.

Coge la camisa de la silla y la sacude. Ya solo faltaría llevarse las chinches consigo. Algo cae ruidosamente sobre la silla. Lo levanta;

es la cámara cuyas imágenes le mostró antes Optimus. Se la mete en el bolsillo del pantalón.



El vendedor señala hacia un viejo Volkswagen.

Si pueden renunciar a una superficie de carga, sería una buena elección.

Le gusta ese coche. Será el primero que posea en su vida. La carrocería angulosa no es precisamente aerodinámica, pero no llamarán la atención en él.

—Nos lo quedamos. Quiero decir que me lo quedo.

El vendedor le ofrece la mano.

—2.500 y suyo es. Le incluiré un mapa de carreteras gratis.

—Perfecto.

El hombre saca un destornillador del bolsillo trasero del pantalón y se agacha frente al coche.

—¿Qué va a hacer ahora?

—Hay que quitarle las matrículas.

—Pues no me va nada bien. Pasado mañana debo estar en California. Ya lo matricularé allí entonces.

—Claro.

—Pero para el viaje … No tengo ganas de llamar la atención. —John saca del bolsillo un fajo de billetes de cien. El vendedor se levanta de nuevo y se relame los labios.

—Uno, dos, tres,

El hombre frunce las cejas.

—Cuatro, cinco —y le da los billetes.

—Pero, por favor, no transporten cadáveres dentro del coche, ¿okey?

—¿Por qué? Tiene capacidad para cinco personas, ¿no?

El vendedor sonríe.

—En el maletero apenas caben dos.

—Ja, ja.

—¡Venga! —John sigue al vendedor hasta el contenedor donde tiene su despacho. Allí coge unas llaves que cuelgan de una madera y se las lanza a John, que da media vuelta para salir de ese estrecho lugar.

—¡Espere un momento!

¿Y ahora qué? John vuelve a girarse.

—¡El mapa! —El vendedor coge una especie de libro delgado de una pila y lo lanza también hacia John, que también lo pilla al vuelo. Siempre puede tirarlo por la ventanilla durante el viaje.

Diez minutos después van ya por la autopista.



John hace la primera pausa para hacer pipí a las tres horas. Entra en un camino boscoso hasta que el coche ya no puede verse desde la calle. Optimus sale por el lado derecho como si también tuviera que mear. John mira a través del parabrisas el interior del VW. En el asiento del acompañante, del que se acaba de levantar el robot, ha quedado una profunda huella, como si se hubiera sentado allí una persona muy gorda y pesada.

Parece que Optimus es muy pesado para disfrutar de su existencia solo en la imaginación de John.

Y a pesar de estar totalmente solo, John se adentra en el bosque para que nadie pueda verle desde el coche. Hace sus cosas, se lo guarda todo como es debido y regresa al coche.

De camino tropieza con algo y se encuentra tirado sobre musgo húmedo. Se queda un momento en el suelo. El olor del bosque es muy intenso. Setas, pinaza, madera mustia, hierba, hojas del año anterior, tierra húmeda y pesada en la que incluso cree oler como se mueven las lombrices; nunca en sus más de treinta años de vida había sentido un olor tan sobrecogedor.

La ciudad no puede ofrecer algo así. ¿O es la realidad que aquí fluye en él con más intensidad?

—¿Qué estás haciendo?

John sonríe. Su fantasía ha devuelto la presencia de Optimus. El robot le alarga un brazo y John lo utiliza para levantarse. ¿Puede esto ser imaginación suya? John se suelta para probarlo y cae de nuevo sobre el musgo.

—¿Estás bien?

—Sí. —No sirve de nada describir a Optimus sus dudas. Seguro que encontraría una explicación de por qué no es real. Seguro que el asiento tan chafado del acompañante se debe a la obesa esposa del vendedor; una profesora de escuela, según dijo.



En la siguiente población detiene el coche frente a una panadería. Que las carreteras transcurran aquí todas por la superficie y crucen por el centro de las poblaciones tiene su ventaja: si tiene hambre, basta con aparcar frente a una tienda. Incluso hay puestos de venta con ventanilla especial para conductores.

—¿Quieres que te traiga algo?

Optimus levanta las manos en modo rechazo.

—Me harías feliz con un par de baterías.

—Pero si no existes, ¿para qué las quieres? Ya que solo eres fruto de mi imaginación, podrías contentarte con unas pastitas ricas.

—Eso no funciona así, John. Tu cerebro se empeña en mantener una fantasía real.

Se encoge de hombros.

—Pues más tarta para mí. ¿Entras conmigo?

—No, déjalo, tendrías que hacer el paripé de la manta otra vez. —Optimus sonríe con sorna. Si el robot es imaginación suya, ¿por qué se enfada cada vez con él de nuevo?

John tiene suerte. Entra en una pastelería alemana. La mujer tras el mostrador habla sin acento alguno, pero hay un par de panes oscuros en el mostrador y la selección de tartas es más de fruta que de azúcar. Pide un trozo de tarta de manzana, otro de ciruelas y otro de cerezas.

—¿Quiere un café para acompañarlo?

John asiente. Espera a la pregunta de qué tipo de café desea, pero se queda con las ganas. La vendedora señala hacia un par de mesas. Se gira y se sienta a una. Poco después llega la mujer con una jarra de cristal, coloca las piezas de tarta emplatadas frente a él, junto con una taza que rellena con un líquido caliente y de olor amargo.

El café sabe mejor de lo que esperaba, sobre todo en contraste con las tartas, que sí son bastante dulces. John cierra los ojos y prueba un trozo tras otro. La masa es jugosa y siempre distinta, y la fruta parece naturalmente dulce, pero sin azúcar añadido. Le resulta todo delicioso, y no hay mejor argumento para convencerle de que esto es la realidad que el excepcional sabor de los trozos de tarta.

La vendedora regresa.

—¿Mas café? Va por cuenta de la casa.

Los ojos de John se quedan sin querer enganchados en el escote de la dama. Igual sí que habría algo que le convencería aún más de la realidad. Se pone rojo, aparta la mirada de ese paisaje y muerde de nuevo en la tarta.

—Un centavo por sus pensamientos —dice la mujer.

—Oh, sería mal negocio —responde él y se asusta, porque podría malinterpretarlo—. Mal negocio para usted quiero decir.

La vendedora asiente.

—Ya lo pensaba. Si tienes un problema, jovencito, en el que pueda ayudar con mi experiencia de vida, pues suéltalo. No hay mucho que hacer hoy.

John sacude la cabeza.

—No, qué va, todo de maravilla.

La mujer frunce las cejas.

—Como quieras. Naciste como persona libre, no lo olvides.



Por la tarde se introduce en un estrecho camino que se adentra en un bosque inmenso.

—¿Qué pasa? —pregunta Optimus desde atrás. Se ha tumbado en el asiento trasero para ahorrar energía.

—¡Esto es lo que pasa! —Señala hacia delante, donde una barrera bajada bloquea el paso. Al lado hay un letrero—. Prohibido el paso. Instalaciones militares cerradas. ¡Atención, uso de armas de fuego! —lee en voz alta.

—Pues te has perdido, entonces.

—Creí que me dirías por dónde hay que tirar.

—¿Yo? ¿Cómo voy a hacerlo? No hay navegación por GPS aún. Además, ni siquiera estoy aquí.

—Mierda. No lo lograremos en dos días ni locos.

—Claro que no. Son más de cuarenta horas de coche, y tienes que dormir un poco de vez en cuando.

—¿Y ahora qué?

—El mapa, John; ese que te dio el vendedor de coches.

John respira hondo. Quería tirar el mapa en su primera parada, pero se olvidó. Lo saca del suelo frente al asiento del acompañante. No es un libro, sino una hoja inmensa múltiples veces doblada. Enciende la luz interior y lo coloca sobre el volante y el salpicadero.

—Esto es …, ¿con esto viajaba antes la gente?

—Tampoco es tan complicado. Busca primero el Norte. En los mapas, el Norte está siempre arriba.

Es muy fácil. Están conduciendo en dirección al Sol, que está a punto de desaparecer por el horizonte. Entonces van hacia el Oeste. Gira el mapa para que la parte superior señale hacia el lado derecho.

—¿Dónde nos salimos de la carretera principal?

—Estábamos en la Interestatal 76 y queríamos ir a la I-70, pero el acceso estaba cerrado, así que creo que … fue en la PA-981 y luego a la PA-31.

—¿Lo ves? Gira ahora y tuerce a la derecha en la siguiente carretera grande que encuentres. Allí hay a la izquierda una gasolinera y le preguntas al encargado.

John frunce las cejas. Optimus ni siquiera ha mirado el mapa.

Pero sigue las instrucciones. Al cabo de unos minutos aparece la gasolinera.

—¿Cómo lo has sabido, Opti?

—Tú lo sabías. Solo hacía falta que alguien te lo dijera para que te lo creyeras.

John sacude la cabeza. ¡Menuda estupidez! Se detiene en la gasolinera y charla con el hombre tras el mostrador, que también le recomienda un motel barato pero limpio en la siguiente gran ciudad.

—¿Viaja solo? —le pregunta el hombre.

—¿Yo? No. —Echa un vistazo a su VW—. Sí, claro que viajo solo, jeje.

—Si busca compañía para la noche, puedo recomendarle a alguien.

—¿Para charlar?

—Ya sabe a qué me refiero.

—Se lo agradezco mucho, pero últimamente mantengo ya más conversaciones conmigo mismo de lo que me gustaría.

—En ese caso, mi conocida sería la perfecta terapia para eso.

John piensa un instante sobre esa oferta. Una persona honrada que le diría si realmente está solo en su VW y que está acostumbrada a guardar secretos: ¡Eso sí que sería interesante! Pero ¿qué diría la mujer si resulta que Optimus es real? Un robot del futuro; un secreto así no puede guardárselo nadie durante mucho tiempo.

—Gracias por la información,... y por sus recomendaciones también.



El motel es incluso más barato que el otro donde le mordieron a gusto las chinches, pero las habitaciones están claramente más limpias. Huele a detergente, el suelo de imitación madera brilla, la ropa de cama es blanca e impoluta y las ventanas hasta pueden cerrarse del todo. ¡Un auténtico paraíso!

El largo viaje parece haber estresado a Optimus incluso más que a él mismo. Envuelto en su manta, corre directo desde el VW aparcado frente al edificio hasta la habitación. Allí se deja caer en la

primera cama, que cruje y gime de forma horrenda. Alguien golpea contra la pared.

—¡Pssst! —John se lleva el índice estirado a los labios.

—Tienes que recargarme. Ya no puedo más.

—¿Qué pasa?

—El enchufe de ayer noche solo llegó a cargarme al sesenta ciento. ¿Te puedes imaginar que aquí la corriente es de solo ciento diez voltios?

—Espera, voy a … —John busca por los armarios. Nada. De una lámpara de pie cuelga un alargo de unos dos metros. Lo quita pero la distancia no es suficiente. Entonces ve que la tabla de planchar en el armario tiene un cable que acaba en un enchufe, para conectar la plancha. La combinación de tabla de planchar más alargo llega justo hasta la cama. John deja el cable en la mano de Optimus.

Brzzzz. Todo se vuelve oscuro. Mierda. John mira en la mesilla de noche. Encuentra una biblia y una linterna, con la que busca el fusible. No parece haber fusibles en la habitación. Más mierda. Tendrá que ir al despacho.

Pero ya está alguien llamando a la puerta. John entierra el robot bajo una montaña de ropa de cama y abre la puerta.

—¿Qué es lo que acabo de decirle? —El manager mira con curiosidad por encima del hombro de John, pero no parece ver nada sospechoso.

—Nada de placas propias para cocinar —dice John.

—Ni secadores, televisores o mantas eléctricas. Soy ingeniero eléctrico y sé de qué hablo —dice el director del motel—. Le volveré a conectar la corriente, pero será la última vez.

El hombre cierra la puerta. John aparta las mantas que cubren a Optimus.

—¿Y ahora qué, Opti?

—Pues me ignoras y ya está. Ya sabes que no existo.

—Entonces tendré que arrastrarte mañana hasta el coche. Seguro que pesas más de cien kilos.

—Ciento veinte. Pero podrías dejarme aquí tumbado.

—Eres mi amigo. Nunca dejo a mis amigos atrás. ¿No puedes cargarte sin hacer saltar los fusibles?

—Está bien, reduciré el consumo. ¿Puedes mirar qué pone detrás del televisor? La red eléctrica de la habitación debería soportar eso.

Buena idea. John aparta el pesado televisor de tubo de la pared. Detrás están las características técnicas.

—Ciento ochenta vatios —lee.

—Buahh, qué poco es eso. Bueno, no creo que salte el fusible si se enciende al mismo tiempo la luz del baño y la del cuarto. Así que dispondría con seguridad de unos doscientos cincuenta vatios.

—¿Es eso bueno o malo?

—Con ello me habré recargado mañana en un quince por ciento.

Quince por ciento, no es buena forma de empezar el día.

—¿Lo suficiente al menos para que puedas llegar al coche por tu propio pie?

—Sí, será suficiente.

—Excelente.

Igual sería lo mejor que Optimus fuera solo imaginación suya; un factor de estrés menos. Pero que saltaran los fusibles no fue imaginación suya.

John busca en sus bolsillos. Si el director del motel es ingeniero eléctrico, igual puede responderle una pregunta. Apaga todas las luces excepto la de la mesilla de noche.

—Tengo que ir un momento a recepción —dice, sale de la habitación y cierra la puerta.



—¿Puedo?

El director asiente en silencio. Sentado tras su mostrador, se va metiendo fideos en la boca con unos palillos chinos. Huele a cilantro y salsa de soja. John se sienta en la butaca de la entrada. El mueble es un marco de tubo de acero con asiento y respaldo de cordón de plástico. No es precisamente cómodo. Se oye a los Pet Shop Boys como música de fondo. En la pared frente a él cuelga un calendario con publicidad de un restaurante chino.

«1988», pone allí.

—¿Qué dice?

Ups, debe haberlo leído en voz alta. El director se levanta y sale de detrás del mostrador. Se limpia la boca con una servilleta marrón.

—1988 —repite John, señalando al calendario.

—Un año bastante bueno hasta ahora —dice el hombre—. ¿Qué le trae a mi despacho?

—De nuevo perdón por el pequeño accidente de antes —dice John.

Ese hombre, de unos cuarenta y pico, se sienta frente a él y sacude la cabeza.

—Pasa a veces cuando se enciende la plancha y el aire acondicionado a la vez.

John cierra un segundo los ojos. Sí; si no recuerda mal, puso antes el aire acondicionado a tope.

Mete la mano en el pantalón.

—Usted es ingeniero, ¿no? ¿Qué piensa de esto? —John abre la mano y la minicámara rueda sobre la mesa baja entre ellos.

El director la coge y se la acerca a los ojos. Se levanta, va al mostrador, rebusca por allí y levanta triunfante una lupa con la que analizar la cámara.

—Ajá, ahí lo tenemos. Made in China 2039, pone aquí. ¿No tenían esos una especie de calendario budista mucho más avanzado que el nuestro?

El hombre se equivoca, pero John no lo saca de su error. Se inclina hacia delante. El hombre le entrega la lupa y la cámara. John busca la etiqueta.

Shin-Hwa Industries, Shenzhen, Patent Protected. Made in China. 2039.

—Nunca había visto nada igual. En Radio Shack no venden esas cosas, ¿de dónde lo ha sacado?

—Alguien me lo ha … enchufado subrepticiamente.

El hombre se mueve hacia atrás.

—Algo así solo lo haría … una agencia estatal. ¿Ha molestado a alguien? ¿No estará huyendo del FBI, por un casual?

John sacude la cabeza.

—Supongo que me arrestarían en lugar de meterme una cámara de escondidas.

—En eso tiene razón. Igual se trata de espionaje industrial. Los chinos van un poco a la zaga y no les gusta … Pero no quiero tener nada que ver con eso.

John asiente. El director del motel solo quiere vivir tranquilo. Es aceptable. Pero al menos ya sabe que la cámara no es invención suya.



JOHN DA UNA VUELTA POR LAS INSTALACIONES DE CAMINO A LA HABITACIÓN. Desde fuera no se ve nada de Optimus. Pero cuando acerca la oreja a la puerta oye su inconfundible voz.

—Dame dos días y lo tendré a punto de caramelo.

Se muerde el labio inferior. ¡Maldito robot! Sigue escuchando, pero parece haber acabado la conversación. Qué pena. Si hubiera regresado un par de minutos antes... Abre la puerta y entra. Optimus está apagado sobre la cama. Solo brilla el símbolo de carga en la pantalla de su cara. John mira el indicador: seis por ciento. Mañana necesitarán un alojamiento con mayor potencia eléctrica.

Capítulo Doce



GRRRR.

Max se gira hacia el otro lado. El saco de dormir está flojo y se mueve de un lado al otro. Necesita urgentemente un tercer cinturón para tener al menos una ligera sensación de dormir sobre una superficie sólida.

Grrrr.

Se aprieta el estómago. La sensación de hambre está solo en algún rincón de su cerebelo, pero el estómago no parece estar de acuerdo. Se afloja los cinturones; tampoco puede seguir durmiendo.

Tiene frío en ropa interior. Parece que Mini ha bajado la temperatura. Junto al saco cuelga un chándal con logotipos rusos. Debe haber pertenecido a su predecesor. En lugar de ponérselo, Max flota hacia el aparato de gimnasia. Se ata allí y comienza a hacer ejercicios de torso. Pronto entra en calor. Cambia a ejercicios de cadera y piernas. Entonces oye voces. Alguien dice algo en ruso, una voz masculina; otro hombre contesta.

Max suelta la barra con cintas elásticas que lo mantiene presionado contra el suelo. La barra choca con estrépito contra el borde del equipo de gimnasia. Las voces se atenúan.

Max se aparta del aparato y sigue las voces. Salen de la cápsula Soyuz. Abre la compuerta. En la cápsula está el ordenador de a bordo encendido. Frente a sus lucecitas y lamparitas flota Mini.

—¿Qué haces aquí? —susurra Max.

—No hace falta que susurres. No nos pueden oír.

—¿Quiénes?

Mini señala a la consola.

—Manarov y el TsUP.

—¿TsUP?

—Центр управления полётами

Ah, vale, el centro de control de vuelo de los rusos cerca de Moscú. Debería haber caído en eso antes.

—¿Okean-1? Tenéis que repetir los revestimientos galvánicos.

—Okean-1, ese es Titov, —explica Mini.

—Entendido —responde Okean-1 tras una breve pausa.

—No pareces muy entusiasmado, amigo mío.

—El programa de investigación no deja mucho margen que digamos.

—¿A quién se lo cuentas?

—Y al mismo tiempo tenemos que hacer de niñeras para nuestros visitantes. ¿En serio hay que hacer eso, Mischa?

—Pues sí, lo siento. Tenemos que ofrecer algo a nuestros países hermanados.

Titov suspira.

—Mira, Wowa. Os queda más de medio año ahí arriba. Ya llegarán tiempos más tranquilos.

—¿Podríamos al menos reparar la calefacción en Kwant?

—Sí, pasado mañana os debería llegar el encargo. Primero necesitamos los recubrimientos. Es un ruego especial del ejército.

—Entiendo.

—Genial. ¿Algo más por parte vuestra?

—Okean-2 quiere poder hablar con su mujer con más frecuencia.

—¡Pero si Natalia estuvo aquí la semana pasada!

—Pues tendríais que hacer que venga más veces.

—Wowa, la Schugayeva vive en Baku y eso no es precisamente a la vuelta de la esquina; y tiene que ocuparse también de los niños. ¿Qué está haciendo ahora Okean-2? ¿Por qué no lo pregunta él mismo?

—Está con la gimnasia. Me pidió que te lo dijera. Porque somos casi como hermanos, ¿verdad?

—Está bien. Veré qué puedo hacer. TsUP corto y cierro.

La conversación acaba.



—¿Hay alguna razón por la que los escuchas? —pregunta Max.

—Información.

—¿Algo en concreto?

—He pensado que igual podríamos conseguir combustible de la MIR.

—*¿Conseguir?*

—Robar. Hurtar. Sustraer. ¿Quieres comprobar mis filtros?

—¿Valdría la pena?

—Un ajuste de la órbita no necesitaría mucha energía. Así que sí. Si descendemos entonces directamente desde allí ...

Así que Mini quiere bajar a la Tierra. Acabar con el hambre, eso no estaría nada mal para empezar. Pero ¿cómo regresarán entonces Manarov y Titov a casa?

—No lo sé, ¿podemos hacerles eso a los colegas allí?

—Esos se quedan igualmente hasta diciembre. Tiempo suficiente para que les envíen otra cápsula.

—¿Entonces qué?

—La pregunta es más bien si podemos hacerlo sin que se den cuenta. Si nos ven e impiden que carguemos combustible, habremos malgastado aún más.

—Y sabrán, además, que estamos aquí.

Alguien del lado soviético les envió una nave, así que debe haber más gente que sepa que están aquí. Pero ¿puede incluirse entre estos al centro de control de Moscú?

—En la MIR tendrán ojos de buey —dice Max.

—Incluso más que aquí, pero no pueden mirar hacia atrás. Allí está la pieza de acoplamiento para los transportadores Progress que tapan la visión.

—Entonces deberíamos llegar por detrás. ¿Cómo accederíamos entonces al combustible?

—La nave Progress tiene un tanque separado desde el que alimenta combustible a la MIR. Deberíamos poder succionarlo. Pero en ese momento se darán cuenta de que estamos allí.

—¿Y entonces qué?

—No lo sé. Igual salen fuera y nos echan.

Eso suena a plan con múltiples opciones de fracaso. Sería preferible seguir pensando en otras alternativas.



GRRRR.

—Tómate un poco más de té —dice Mini.

Max sacude la cabeza. Le gusta el té, pero si bebe demasiado acabará harto de él. Y entonces no le quedará nada que le guste.

—¿Qué queda si hervimos el vodka sobrante?

—Agua.

Jolines. Esperaba al menos conseguir algunas calorías. Pero el aguardiente no es como un licor de hierbas.

—También sería mala idea —dice Mini—. El alcohol contiene un par de calorías que alargarían tu vida. Con cien gramos de vodka consigues al menos doscientas treinta y una kilocalorías.

Alcohol como elixir prolongador de la vida; ¡si lo oyera su médico de cabecera!

—Más tarde —dice y flota hacia el ojo de buey donde ha fijado su recipiente con agua.

Saca la cinta adhesiva para mirar a través de la tapa. ¡Funciona! El agua está ya cubierta por una capa verde oscuro. Saca del todo el recipiente y se lo enseña a Mini.

—Comida.

—Deberías remover eso con frecuencia. —Mini no parece muy entusiasmado.

—¿Algún problema?

Mini hace que su cuerpo oscile de un lado al otro.

—No sé hasta qué punto esas algas pueden resultarte sanas.

—Es biomasa. Si las hervimos ...

Una sombra cruza frente al ojo de buey. ¿Hay alguien ahí fuera? Max da un respingo, salta hacia arriba y pega la cara contra el cristal. No, no hay nadie. Es la estación misma que ha proyectado esa sombra.

—¿Ves algo? —pregunta Mini.

—Solo una sombra, la nuestra propia.

—Interesante.

Que su cuerpo proyecta una sobra es algo que sabe Max desde pequeño. No puede recordar cuándo se dio cuenta por primera vez. Pero debe hacer ya mucho de eso.

Para Mini parece ser una novedad, pues ahora está volando de ojo de buey a ojo de buey. Se queda unos segundos delante de cada uno y luego pasa al siguiente. Tras haber analizado todos los ojos de buey comienza el ciclo de nuevo. Y otra vez.

—Ejem ... ¿qué pretendes hacer?

—Estoy calculando. Tú a lo tuyo.



Max va a lo suyo y no molesta más a Mini. Se pasa casi hora y media con sus cálculos. Mientras tanto, Max hace sus ejercicios de gimnasia.

—¿Me prestas tu cuaderno?

Max asiente y Mini coge cuaderno y lápiz. Entonces dibuja el contorno de la estación con la Soyuz acoplada a la proa. Tras la popa coloca un cilindro más, algo más grande que la cápsula Soyuz.

—¿Qué es eso? —Max señala ese cilindro.

—Un cilindro. Todo lo demás sería especulación.

—Pues especula un poco, porfas.

—Kosmos 1686, que según todos los informes de esta época estuvo acoplado a la popa de la Salyut-7.

—Pero no hay nada que indique que de la popa cuelgue otro módulo más.

—Así es. Si no, lo habríamos notado. Pero igual nos sigue Kosmos 1686 en nuestra misma órbita.

En caída libre es totalmente posible. El módulo puede volar en la misma órbita a pocos centímetros de distancia.

—Pues vayamos a mirar —dice Max y se desabrocha las gomas elásticas de la máquina de musculación.

Al fin algo que hacer y que tenga sentido.



—Espera, falta esto —Mini aprieta el nudo—. Ahora puedes abrir el grifo del aire.

Max lleva la mano hacia atrás. El traje espacial es viejo, pero estable y de diseño lógico. Con la formación recibida no le cuesta nada apañárselas con ese traje. Pero aún no hay una EVA planificada. Solo quieren comprobar si Kosmos 1686 está o no acoplada a la estación. Sería posible que la misma persona que trajo la cápsula Soyuz aquí quisiera impedir de alguna forma que supieran de la existencia de la Kosmos 1686. Aunque a Max no se le ocurre motivo alguno.

Mini utiliza un destornillador eléctrico para soltar el cierre adicional de la compuerta. Por causas desconocidas se activó una especie de mecanismo de seguridad que anula la función de la palanca de apertura. Podría deberse a una pérdida de presión por el otro lado. Por eso se ha puesto Max, precavidamente, el traje espacial.

—Estoy lista —dice Mini, que deja la herramienta a un lado.

Max tiene ahora que soltar el cierre normal. Tiene más fuerza en los brazos. Pero aquí parece que todo va inusualmente duro, como si se hubiera oxidado todo a lo largo de mil años. Aplica todas sus fuerzas. Su peso no ayuda, pero sí los músculos bien entrenados de sus piernas. Max comienza a sudar. Ya que lleva el traje solo por seguridad, ha renunciado a los ejercicios respiratorios previos; ese entrenamiento intensivo destinado a reducir el contenido de nitrógeno en sangre. Al fin se mueve la palanca.

—Despacio —dice Mini.

Recude la fuerza aplicada, pero la palanca se vuelve ahora hacia él por sí sola. La compuerta se abre. Detrás flota una sombra oscura. Una fuerte corriente de aire quiere llevarse a Max en dirección al agujero.

—Tenemos una fuga —dice Mini—. Cierra la compuerta.

Mini empuja la compuerta, pero Max ha puesto un pie en la apertura.

—Espera.

Se inclina hacia delante. La corriente no es tan fuerte como si al otro lado estuviera el vacío del espacio. El casquillo de acoplamiento que está viendo posee en su extremo más compuertas que deberían proteger que saliera el aire. No deben ser estancas y ya se le ocurre por qué.

Max se inclina aún más hasta poder agarrar la sombra. Pilla un brazo y tira de él, clavando los pies en la pared interior. Mini intenta ayudarle, pero no es suficiente. Max cambia a movimientos alternativos. Tirar, sujetar, soltar, tirar, sujetar, soltar; esa es la mejor forma de eliminar atascos. Tirar … ¡al fin! La sombra cae en sus brazos. Max se ve empujado por el impulso hasta el extremo opuesto del módulo. Mini cierra la compuerta.

—¿Qué es esto?—pregunta Max, que se quita el casco a pesar de que las lucecitas rojas advierten aún de la pérdida de presión. La cabina se llenará en seguida de aire. Debe saber qué ha traído aquí en sus brazos.

Quién. Es un hombre. Max flota sobre él. Su cara está pálida y tiene los ojos hundidos. Lleva un chándal ruso, sin traje especial alguno. La pérdida de presión en el acoplamiento debió pillarle por sorpresa. En la etiqueta cosida a la altura del pecho pone Titov.

—No puede ser Titov —dice Mini—. Lo he oído hablar antes.

Igual deberían preguntárselo al mismo Titov. Este muerto ya no podrá decirles nada.

Hay una buena y una mala noticia —dice Mini.

—La mala primero —Max sopla con un secador el interior del traje para eliminar el olor a sudor. Gran parte de estas partículas no son suyas.

—De acuerdo. Kosmos 1686 no está directamente acoplada a la Salyut-7. Es decir, que tienes que mirarte el módulo en una EVA.

—¿Que tengo que hacerlo?

—Igual allí hay comida. Kosmos 1686 siempre ha sido un almacén para la Salyut-7.

Buen argumento. Su estómago sigue rugiendo.

—¿Y la buena?

—La compuerta del sistema de acoplamiento funciona.

—¿Por qué se quedó el supuesto Titov entonces allí aprisionado?

—Creo que fue intencionado. Impidió con su pierna izquierda que la compuerta se cerrara del todo. La estación tuvo entonces que cerrar la compuerta interior y Titov debió tenerlo claro. Así que se asfixió expresamente.

Ese hombre se suicidó. Max no puede considerar eso como buena noticia.

—¿Qué significa eso para su misión? Al menos él no morirá sin antes haber luchado hasta el final.

—No es una muerte bonita —dice Max.

—Pero nos permite volver a conectar la Kosmos 1686 con la Salyut-7.

—Fantástico.

—Y estuvo bien que me hicieras caso y te pusieras el traje espacial.

—Yo siempre te hago caso. Solo quieres lo mejor para mí. —Max observa con detenimiento la cara de Mini, pero ahí no hay emoción visible.

Tampoco le responde.

Capítulo Trece



HAY UNA LUCECITA ROJA ENCENDIDA EN EL SALPICADERO. JOHN SUJETA obstinadamente el volante con los puños casi en blanco. Hace mucho calor y más de dos horas desde que vio el último árbol, cuando pusieron gasolina en una pequeña localidad. Ahora circulan por una planicie ligeramente ondulada con gigantescos campos de cultivo. De vez en cuando se encuentran con maquinaria agrícola que entorpece el tráfico.

—¿Opti? ¿Qué podría ser eso?

Señala hacia la mitad derecha del anticuado salpicadero. Hay un palo atravesado por tres líneas que simbolizan agua por su ondulación. ¿Algún aviso de próxima lluvia? Pero el tiempo parece extremadamente seco aquí. Aun así, el palito blanco está totalmente bajado y el LED que hay debajo lo mira como un ojo brillante y cabreado. Hay un olor dulzón en el aire.

El robot se inclina hacia él.

—Mierda, es la temperatura del motor. ¡Para de inmediato!

John frena instintivamente y lleva el VW a la cuneta. Se baja y abre el capó. Sale una nube de vapor y una oleada de calor impacta contra su cara. Regresa al coche.

—¿Puedes ayudarme, por favor?

A Optimus le parpadea el indicador de carga. Nueve por ciento.

—Si salgo, igual ya no puedo volver a entrar.

Fantástico. No llegarán jamás a California.

—Todo ese vapor es señal de que se trata del radiador —dice Optimus—. Igual la manguera tiene una fuga.

O el mismo radiador. John se baja de nuevo y va a la parte de atrás para abrir el maletero. Aparta el C64 en su caja a un lado para sacar las herramientas. Encuentra una bolsa enrollada que apesta a aceite. También encuentra un rollo de cinta americana. Va con todo eso a la parte delantera.

—¿John? Espera a que se haya enfriado antes el motor. El sistema de refrigeración está bajo presión.

Ese debe ser un buen consejo. John se estira sobre el asiento trasero. Respira hondo con las piernas recogidas. Igual es fácil de reparar.



Efectivamente, una hora más tarde encuentra la razón de sus males. Una de las gruesas mangueras de caucho que llevan al radiador tiene una pequeña grieta por la que se escapa el agua del radiador. Limpia la zona agrietada con un pañuelo y la seca. Luego envuelve la manguera con cinta americana, generosamente, por encima y por debajo, en varias capas.

Vacía dentro del radiador las dos botellas grandes de agua que llevan. Con eso deberá bastar. Cierra el tapón, pero sin apretarlo demasiado. Si en el radiador vuelve a generarse presión, el vapor podrá salir por la tapa en lugar de buscarse otro punto de escape.

—Felicidades —dice Optimus—. Acabas de reparar un coche por primera vez en tu vida, y sin mi ayuda.

John asiente. Sienta muy bien. Procura circular a baja velocidad hasta llegar a la gasolinera siguiente.



A media tarde, John se asusta al oír una especie de quejido desde el asiento trasero. Para el coche.

—¿Optimus?

No hay respuesta. John salta fuera del coche y abre la puerta de la parte trasera. Levanta la manta bajo la que el robot se ha puesto cómodo.

—¿Optimus?

El robot está rígido. John intenta levantarle una pierna, pero la articulación está bloqueada.

Va al otro lado y aparta también allí la manta. La pantalla que muestra siempre la cara de Optimus está apagada. Nunca antes había visto así a su amigo. Incluso cuando está cargándose, Optimus muestra una cara acorde con la situación. Así, tan apagado, parece casi extraterrestre. Los sensores ópticos no parecen ojos amistosos, sino agujeros en un gran huevo de gallina.

John acaricia su cráneo pelado. La piel es fría. Optimus ha desconectado incluso la climatización interna. ¿Estará … muerto? No, no puede ser. Seguro que tiene memoria interna que aguanta incluso durante mucho tiempo sin corriente eléctrica.

Pero ¿cuánto tiempo se conservarán los datos? John domina bien la tecnología de los ordenadores antiguos, pero no tanto la de los nuevos. ¿Qué pasa si Optimus pierde sus recuerdos? Se convertirá en una máquina, un dispositivo técnico sin carácter. Su amigo Optimus dejaría de existir.

John cubre la triste cara de nuevo con la manta. Camina alrededor del coche. Un viejo y ruidoso avión cruza los cielos y la mirada se le queda en una línea de alta tensión que cruza aquí la carretera. Donde hay una línea eléctrica, el transformador no puede estar lejos. Sería el lugar perfecto para recargar a Optimus. Salta tras el volante y arranca.



Durante un tramo, la línea transcurre paralela a la carretera. Pero luego tuerce a la izquierda. John siente la tentación de seguirla campo a través. Pero ¿y si se le parte el eje al VW o le revienta una rueda? Por suerte ve una bifurcación un par de kilómetros más allá

donde puede girar hacia la izquierda. Pronto ve de nuevo la línea de alta tensión. Se acerca a una población. John distingue varias chimeneas que escupen humo oscuro al cielo. Aquí hay industria, por lo tanto consumidores de electricidad.

Y un transformador, seguro.

Entonces oye una sirena tras él. Mira por el retrovisor. Luces rojas y azules. Un State Trooper se acerca. John para el coche en la cuneta derecha y baja la ventanilla. Joder, joder, joder.

—Por favor, deje las manos sobre el volante.

John mira al agente. Es un chico joven, de no más de veinte años. Su mirada es franca y amable.

—Lo siento mucho, ¿iba demasiado rápido?

El joven asiente.

—¿Me permite ver su carné de conducir?

Ahí está, la pregunta asesina. Claro que no tiene carné.

—Señor, en el asiento trasero duerme hi hermano pequeño —susurra y se asoma un poco por la ventana—. Entrará en la universidad y hemos salido los dos a hacer unos kilómetros juntos antes de marcharse. Me gustaría que se llevara un par de buenos recuerdos.

—¿Su hermano? —El State Trooper va a la ventana trasera y mira al interior. Luego da la vuelta entera al coche para mirar por el otro lado. Entonces se levanta y regresa hasta John.

—Hmm … lo lamento mucho —dice el joven—. Espero que se recupere pronto.

John frunce las cejas. ¿A qué se refiere el policía? Ah, igual ha visto la calva y ha pensado que está gravemente enfermo. O lo toma por un inofensivo loco que cree que la manta detrás es su hermano.

—Gracias, señor. No correré más, lo prometo.

—Que tenga un buen viaje.

El State Trooper regresa a su coche donde apaga la luz roja y azul. John se gira hacia atrás y hace como si hablara con su hermano, hasta que el agente se ha marchado.

John aplica toda su fuerza a la pata de cabra. La puerta resiste, pero ya está oyendo el crujido característico de las fibras de madera. Al fin logra romper el material y puede abrir la puerta sin usar una llave.

Dentro del estrecho espacio huele a aceite. Hay transformadores zumbando. Arriba, justo bajo el techo, entran rayos de luz por los mismos orificios por lo que entran los cables en la caseta. ¿Dónde podría conectar mejor a Optimus? Todo el aire huele a electricidad. Seguro que aquí no falta potencia.

Vuelve al Volkswagen. Sacar el cuerpo inerte del robot es una labor muy dura. Va alternando entre tirar de la cabeza y empujar por los pies. Cuando el cuerpo asoma lo suficiente, cae sobre el blando suelo. La cabeza se clava a medias en la tierra.

Desde aquí es más sencillo, pues basta con hacer girar el robot sobre sus lados. Funciona bien hasta que llega a la caseta del transformador. La puerta es demasiado estrecha para meter a Optimus rodando. Tira de su torso hacia la oscuridad. Las piernas son algo demasiado largas, por lo que no puede cerrar la puerta.

John saca los cables auxiliares de batería del maletero del coche. El vendedor fue muy honesto y no ahorró en herramientas. Esos cables de batería parecen ideales para su propósito, ya que son muy gruesos y con pinzas robustas.

Ahora queda por descubrir cómo conectar eso a Optimus. John intenta recordar cómo se cargaba el robot en casa. Para ello se apoyaba de espaldas a la superficie de carga.

—Lo siento, Opti, pero debo mirármelo más en detalle. —John gira el cuerpo con gran esfuerzo y le retira la capa textil superior. Esas dos superficies cobrizas en la espalda tienen buena pinta. Conecta un extremo a la salida del transformador. Engancha las pinzas del extremo opuesto a las conexiones de Optimus,

Pero resbalan. Optimus se presionaba activamente contra las tomas de la pared. Así que tendrá que presionar bien las pinzas contra las tiras cobrizas en la espalda del robot. John se rasca la nariz. Siempre está dispuesto a todo si sirve de ayuda. Comprueba la conexión a la red eléctrica y le da a Optimus su primera dosis de energía concentrada.



Al cabo de diez minutos, el robot se mueve por primera vez. La pantalla sigue apagada, pero Optimus habla. Se oye extraño, porque los tonos parecen salir de su panza.

—Si desplazas la pinza derecha algo más hacia arriba, la superficie de contacto será mayor.

Hmmm, ya podría haber empezado dando las gracias. John se sorbe los mocos. Seguramente falta aún por cargarse el módulo de personalidad.

—Debería estarte agradecido —dice entonces Optimus.

Pues sí, pues sí. John asiente.

—Pero ya que no existo, como sabes, pero no quieres aceptar,... Fue tu propia decisión la de ...

—Olvídalo, Opti. Creo que tu personalidad ha sufrido daños al pasar a este mundo. Eres tú quien pone constantemente en duda tu existencia.

John asiente repetidas veces. ¡Debe ser eso! No es él quien duda de la existencia de Optimus, ¡sino exactamente al revés! Se mire como se mire, esta versión es tan irrebatible como la otra. Así que puede aferrarse a ella con toda la razón.

Optimus se lleva las manos a las pinzas. John lo deja en sus manos. Poco a poco, el robot se va incorporando hasta quedar de pie. La cara se activa de nuevo. El indicador de carga está en un dieciséis por ciento. ¡Ha ido rápido! Optimus sonríe.

—¡Hola, John!

—¿Sí?

—Soy un gilipollas integral. Claro que mereces todo el agradecimiento del mundo. Incluso te ocupas de mí a pesar de no existir. Tengo mucha suerte de que seas mi cliente.

—Tu amigo, Optimus. Tu amigo.

La boca del robot se convierte en una línea.

—Tengo que ...

—Déjalo. Cárgate primero del todo. Podemos pasar aquí la noche. Dormiré en el asiento trasero.



John bosteza. Está totalmente agotado, pero no puede dormir. El asiento trasero del coche es muy blando, pero demasiado corto. Se golpea la cabeza contra la manilla de la puerta y cuando se tumba de espaldas tiene que levantar la pierna izquierda mientras la otra cae al suelo del coche.

Al menos tienen suerte de que no haya nadie por aquí. El transformador está al final de una calle sin salida. A su alrededor crecen setos bajos llenos de espinas. El suelo es seco y polvoriento. Pero parece que han aterrizado en un paraíso de aves. Hay dos mirlos que parecen competir a ver cuál canta más fuerte.

John silba una cancioncilla a coro. Se da cuenta cuando está a medio estribillo. *It's a sin* … se viene arriba y silba más fuerte. Aquí no hay quien pueda protestar. *It's a sin* …

Los mirlos también cantan más fuerte, como si quisieran competir con él. Han variado su melodía. Ahora cantan … a los Pet Shop Boys. *It's a sin* … Los pájaros imitan la melodía a la perfección. *It's a sin* … Ahora viene la estrofa y los mirlos aciertan con cada nota. John lo intenta con otra canción. Los mirlos se callan hasta que acaba la primera estrofa con su estribillo. Entonces se suman a él e incluso le corrigen la nota que no logra reproducir del todo bien.

¡Esos pájaros son fantásticos! Nunca había visto nada igual. John se levanta, se inclina hacia delante, le da a la llave de contacto y enciende la radio. Busca una emisora de música clásica. Debe haber alguna, ¿no? Busca por todas las bandas. ¡Ajá! Suena un piano acompañado de clarinete y varios instrumentos de cuerda. John no conoce la pieza; o sí, la conoce pero no recuerda cuál es. La orquesta toca un minuto, dos minutos, y los mirlos se suman entonces.

Pueden sustituir a una orquesta entera. Uno pía la partitura del piano y el otro asume el clarinete. Los pájaros pían tan fuerte que superan a los instrumentos originales. Se oye cono si realmente se supieran la pieza musical entera. No puede ser. John apaga la radio.

Los milos siguen piando un par de minutos más hasta que regresan a sus tonos usuales de antes.

Menuda locura. John sacude la cabeza. ¿Habrá oído Optimus todo esto? Se baja del coche y mira dentro de la caseta del transformador. Optimus está apoyado en la pared en modo reposo. El nivel de carga indica un cuarenta y cuatro por ciento. Ojalá no note el productor de energía lo mucho que ha aumentado el consumo.

Su estómago ruge. John abre el maletero. Busca algo de comer, pero solo ve el Commodore 64. Igual puede pasar un rato con él. En la caseta hay también un enchufe normal. Conecta el ordenador. Le falta un segundo enchufe, por lo que prescinde del lector de disco.

Pero no dispone de ninguna pantalla. Los instrumentos del VW son solo relojes y lucecitas, de lo más analógico. Jolines.

¿Y Optimus? John toca su mano. La cara se despierta.

—¡Buenos días, John! —En su frente virtual aparece una arruga —. Perdona. Mi sistema me dice que aún es ayer.

—Así es. No puedo dormir. Así que pensé en jugar un poco con el C64. —Señala con la cabeza hacia el ordenador.

—Ajá, y no tienes televisor.

—No, ya que no dormimos en un motel.

—Dame el cable de vídeo.

John se lo entrega al robot que despliega la punta de su dedo corazón donde inserta el extremo del cable. La piel se cierra sin resquicios alrededor del enchufe; algo que parece muy extraño. John tiene que tragar, pero poco después cambia la cara de Optimus por la pantalla de inicio del Commodore C64.

—¡Genial, gracias!

—No te preocupes. Date las gracias a ti mismo y a tu imaginación.

No le cree ni una palabra al robot. Pero le da igual. El teclado del C64 entre sus manos se siente de lo más real.

Ya que la disquetera no tiene corriente, tendrá que programar algo él mismo. Piensa en un par de trucos con mucho efecto que aprendió hace años. Exacto, eso será.

```
10 PRINT"AUTODESTRUCCION EN ";:FOR I=10 TO 0 STEP-1:PRINT
I;:FOR J=1 TO 500:NEXT:NEXT
```

En la línea siguiente hace que se vea una cuenta atrás que anuncie una autodestrucción.

```
20 POKE 53280,RND(1)*256:POKE 53281,RND(1)*256:GOTO 20
```

En la segunda escribe valores aleatorios en las celdas de memoria 53280 y 53281. Cambian el color del fondo y del marco de la pantalla.

Arranca el programa. Tras finalizar la cuenta atrás, la cara de Optimus comienza a parpadear a lo bestia. John se ríe hasta que el robot interrumpe el programa.

—¿Es esto necesario? Aumenta el consumo de corriente —dice Optimus.

—Pero si no existes, ¿cómo puede ser que te moleste?

Optimus no contesta. Vuelve a aparecer el cursor READY. John guarda el programa por simple acto reflejo; la costumbre... Optimus reproduce los típicos pitidos y ruiditos de la Datasette.

```
READY.
```

Inmediatamente después se repite el ruido, pero desde el exterior. Los dos mirlos imitan el ruido a la perfección.

John despierta al robot.

—¿Puedes grabar eso y convertirlo en CBM-BASIC?

—Claro. —En pantalla aparece líneas de código.

```
10 PRINT"AUTODESTRUCCION EN ";:FOR I=10 TO 0 STEP-1:PRINT
I;:FOR J=1 TO 500:NEXT:NEXT
```

—Gracias, es suficiente.

Han repetido el programa que escribió con total exactitud. John sale de la caseta del transformador. ¿Qué tipo de mirlos milagrosos hay aquí? Se acerca a los arbustos plagados de espinas. Ya solo falta que las ramas prendan fuego y una voz grave le ordene liberar a alguien de la esclavitud. Pero no aparece nadie. Ni siquiera puede ver los mirlos.

Deben esconderse entre los matojos llenos de espinas. Por allí oye un ruidito, pero podría ser también una rata. No, no hay cuadrúpedos aquí, porque vuelven a cantar como una grabación de Datasette del C64. John corre hacia Optimus.

—¡Rápido, graba eso!

El robot levanta un pulgar. El canto dura unos tres minutos. Ese juego de datos no es muy largo que digamos

—¿Tienen esos tonos algún sentido? —pregunta.

Optimus presenta los datos en su pantalla. Son solo dos líneas de BASIC con diversas órdenes POKE y un adjunto más largo con datos.

John siente un escalofrío por la espalda.

—Optimus, ¿puedes ejecutar eso, por favor?

—Los aislaré en un entorno seguro por si acaso y lo ejecuto.

La cara del robot desaparece y surge un texto que se va desplazando.

«John, soy el Dr. Ishiguro. Le felicito por haber llegado tan lejos y le pido perdón por haberle enviado a esta aventura sin habérselo pedido. Mis investigaciones me llevaron a suponer que hoy descansaría en esta caseta de transformador. El protocolo de caída de carga de la empresa eléctrica se corresponde exactamente con el protocolo de carga de un androide Optimus. Así que instalé un activador que pudiera hacerle llegar este mensaje de una u otra forma. No estoy seguro de que vaya a recibir este mensaje, aunque lo deseo de todo corazón. Debe continuar su viaje como sea. Le aseguro que reconocerá el sentido de todo esto en cuando llegue el momento. *¿Por qué no ahora?*, se preguntará. Lamentablemente, el libre albedrío del ser humano oculta peligros debidos básicamente a que determinadas decisiones se toman de forma distinta cuando se

conocen los posibles resultados. Si sabe que morirá en un accidente de carretera, seguramente circulará con más cuidado o ni siquiera conducirá por la carretera, perderá sus instintos en el tráfico, se comportará de forma irracional y aterrizará en la primera ocasión posible bajo las ruedas de un coche. Eso no debe pasarle, no debe pasarnos a ninguno de nosotros; todo esto es demasiado importante para que pase algo así. Sé que lo conseguirá. Incluso puedo decirle que mis simulaciones me dicen que de entre todos los miles de millones de seres humanos es usted el único capaz de llevar esto a un buen final. Confíe en sí mismo y no evite recibir ayuda de amigos. ¡Le deseo mucho éxito!»

El cursor cambia a la línea siguiente. «AUTODESTRUCCIÓN EN» aparece entonces. El contador desciende a partir de 10, exactamente igual que su programa. ¿De qué va todo este show ahora? ¿Es que Optimus quiere burlarse de él?

Al llegar a 0, la pantalla del robot parpadea y luego aparece la cara de Optimus.

—¿Por qué me miras de esa forma, John?



—No tengo intención alguna de burlarme de ti —dice Optimus—. Te lo juro. Eres mi cliente. Es decir, si yo existiera, vaya.

—Según tu teoría, yo mismo me estoy tomando el pelo, ¿no?

—Los humanos son muy capaces de ello, sí. Deseabas tanto tener una explicación, que incluso el doctor Ishiguro ha hecho acto de presencia.

—¿En serio no recuerdas nada del mensaje?

Eso era lo más extraño de todo esto. Sin Optimus no habría descubierto la transmisión en el canto de los pájaros, pero precisamente el robot parece no saber nada del mensaje del doctor.

—En absoluto. Aunque sí recuerdo que guardaban datos en los pájaros.

—¿Datos en los pájaros?—Todo lo que ha hecho ha sido cantarles algo a los mirlos.

—Sí, la capacidad de memoria de algunos tipos de ave no es menor que la del ser humano, y si enseñas a un pájaro a imitar determinados tonos, eso se corresponde con un almacenamiento de datos.

Si Ishiguro realmente sabía que haría aquí mismo una pausa, podría haberles enseñado a los pájaros cómo hacerle llegar ese mensaje. Aunque hay otro problema que resolver: Ishiguro debería ser hoy un jovencito que ni siquiera tendría un doctorado.

—Pero según el mensaje de Ishiguro, deberías existir de verdad. Te he utilizado para descifrar el texto.

Optimus mueve la cabeza hacia los lados.

—Todo eso también tiene sentido si resulta que está todo dentro de tu cabeza. Y quizás incluso sea lo más probable.

Hmmm. John recoge el C64, lo guarda en la caja y sale de la caseta del transformador. Cuando se tumba de nuevo en el asiento trasero del VW, los mirlos cantan como lo han hecho durante siglos.

Capítulo Catorce



En la pantalla aparecen retratos de jóvenes. Es un televisor que solo domina tonos en una escala de grises y con una mínima resolución. Max mira la foto del cosmonauta que han encontrado en la pieza de acoplamiento. Para comparar, Mini le muestra la misma imagen en su pantalla donde suele mostrar su cara. Max tiene que tragar porque parece como si el cosmonauta le estuviera devolviendo la mirada.

No puede ver similitud con la foto en el televisor en blanco y negro.

—Otra.

El título de la pantalla cambia a «4-й набор ВВС», cuarta selección del ejército del aire.

—Este es Alexeyev —dice Mini.

Su cosmonauta tiene una cara bastante más delgada. —Otra.

—Bjeloborodov.

—Otra.

—Burdajev.

Ese hombre tiene al menos algún parecido. Pero no coincide la zona de los ojos. —Otra.

—Esos tres no llegaron tampoco nunca a volar —dice Mini.

Max se encoge de hombros. Cada uno de esos hombres podría haber despegado en la nave espacial Soyuz. Pero da totalmente

igual que no hayan sido nunca oficialmente cosmonautas.

—Kowalyonok.

—Otra.

Un momento, algo hay en ese Kowalyonok que le resulta familiar.

—Retrocede un momento.

Vuelve a aparecer Kowalyonok. Solo es porque tiene un peinado muy similar.



Max bosteza. ¿De dónde ha sacado mini todos esos datos?

—¿Tenías todos esos perfiles ya guardados cuando estábamos en la ISS?

—No. Los he … obtenido. Pero no puedo decirte cómo.

Max suspira. De nuevo todo ese secretismo. Pero ya se ha cansado de ponerse nervioso por ello.

En pantalla aparece «6-й набор BBC». Se ve a un joven, de cabello corto, barbilla puntiaguda con hoyuelo, labios estrechos y cejas anchas.

—Ivanov —dice Mini.

—Podría ser este. —La mirada de Max cambia entre la pantalla del robot y la otra más sencilla.

—Tienes razón. Eso es interesante, porque Ivanov supuestamente murió en 1980 al estrellarse con su MiG-27.

—Entonces debió formar parte de alguna unidad de secreta a partir de entonces.

—Leonid Grigoryevitsch Ivanov. Nacido el 25 de junio de 1950. Al menos, nuestro cosmonauta tiene un nombre.

—¿Y nos lleva a algún lado?

—No —dice Mini—. Creo que va siendo hora de tu paseo espacial.



Así que Orlan, en ruso, es un pigargo europeo o águila marina. Max se pone de rodillas para tocar el traje. El principio es el mismo que con los modernos trajes EVA en la ISS. Una parte superior rígida del que salen brazos y piernas elásticos como las extremidades de un insecto de su caparazón quitinoso. La cabeza queda protegida por un casco rígido y detrás lleva una imponente mochila con toda la técnica y el oxígeno.

Para meterse en el traje hay que quitarle antes la mochila. Entonces se abre una ventana por la que puede meterse dentro.

—Deja que te vea —dice Mini.

El robot da vueltas a su alrededor. Max suda por los ejercicios respiratorios previos. Ya lleva puesto el traje refrigerante, que se nota raro por los tubos flexibles que recorren una capa de tela. Es un poco como si sus vasos sanguíneos transcurrieran por fuera del cuerpo en lugar de por dentro. Si algo estropea los canales de agua, «sangrará».

—¿Qué tal?

—Estoy satisfecha. —Mini muestra un pulgar hacia arriba en su pantallita—. Tienes suerte de que tengamos aquí el Orlan-DM. Los predecesores aún tenían que salir con un cordón de veinte metros de conexión con la estación.

—A una cuerda tampoco le diría ahora que no.

—Claro que llevarás cabos de seguridad. Pero yo no te voy a poder ayudar.

—¿Por qué? Si tú no tienes problemas en la estación.

—Necesito una presión mínima de 300 milibares para poder moverme. Si no, podrías haberte ahorrado la excursión, pues ya habría salido yo.

Menuda suerte ha tenido. Max se alegra de poder hacer esta salida al exterior. Igual su estómago le deja un rato en paz.

—Bien, entra en el traje.

Mini le ayuda a ponerse el traje espacial. El Orlan-DM pesa ochenta y ocho kilos. Con gravedad terrestre sería muy difícil levantar el torso para meterse dentro. El robot le dirige, tira de lazos y corrige cierres de cremallera.

—¿Sabes lo que más me extraña? —pregunta Mini cuando está casi listo.

—Ni idea.

—Pues dónde ha ido a parar el traje número 8. El tuyo es el número 10. Fue el último de este modelo. Puedes verlo en las líneas rojas. El número 8 tenía líneas azules. Cuando salen dos astronautas a la vez, hay que poder distinguirlos.

—Igual se lo han llevado a la MIR.

—Pues la pregunta es entonces por qué no se han llevado también este otro ejemplar.

—No quiero saber la respuesta —dice Max. ¿Por qué Mini tiene siempre que fardar de conocimientos que no les sirven de nada?

—El último usuario de tu traje fue Leonid Kisim. De eso hace ya dos años. Pero puedes quedarte tranquilo; sobrevivió al paseo espacial. Así que no será problema del traje si te pasa algo.



La salida es sorprendentemente estrecha. Utilizan la esclusa de aire montada en la proa, en el paso hacia la cápsula Soyuz. ¿No se ha producido nunca un accidente cuando un cosmonauta inflara su traje demasiado sin querer, y luego no cupiera ya en la estrecha esclusa?

Nada más empezar, Max fija su cabo de seguridad. Para ello hay unas anillas en la salida al exterior. Entonces engancha las botas bajo unos ganchos sobresalientes y mira a su alrededor.

El paisaje es impresionante. Sobre él hay una cúpula gigantesca perforada por miles de puntitos brillantes. Bajo sus pies gira la gigantesca bola de la Tierra que ejerce una succión increíble. A Max le encantaría ahora dejarse llevar y caer directamente en ese océano tan azul.

Pero se le comienza a empañar el visor del casco. Gira la cabeza para influir un poco en la corriente de aire dentro del casco. El oxígeno fresco y seco toca el visor. Ahora mejor. La presión interior solo es de 400 milibares, pero no le molesta, pues el aire contiene mucho oxígeno.

—¿Ves algo? —le pregunta Mini.

Se gira hacia un lado. El Sol aún no ha salido, así que la parte superior de la estación está en absoluta oscuridad. El foco de su frente recorta un túnel en esa negritud. Max gira el enfoque y el haz de luz se abre lo suficiente para poder ver la estación entera hasta más o menos la mitad de los paneles solares que se extienden a los lados.

—¿Cuánto dices que mide la Salyut-7?

Pero no espera la respuesta. Max da un salto hacia delante y vuela hasta que el cabo de seguridad lo retiene.

Eso ha sido una tontería. Retrocede tirando del cabo hasta alcanzar el mosquetón que enganchó al principio. Entonces fija el mosquetón del segundo cabo un poco más allá y suelta el anterior. Siempre uno antes del otro. Cabo a cabo avanza a intervalos de dos metros sobre la estación espacial. Cuando llega a la popa, sale el Sol y la estación ya no es negra, sino plateada, casi blanca. El contraste es más grande de lo que su sentido de la vista es capaz de asimilar.

El precipicio entre la Salyut-7 y la Kosmos 1686 apenas puede verse. Es menos de medio metro. La cápsula Kosmos estuvo, al parecer, acoplada en algún momento; o igual se debería haber acoplado. ¿Murió Ivanov en el intento?

—Voy a entrar ahora en nuestro nuevo compañero de viaje.

Se engancha a la Kosmos, suelta el mosquetón de la Salyut-7 y salta al otro lado. Al tomar contacto siente un breve mareo.

—La Kosmos 1686 muestra una leve rotación.

—Ten cuidado, Max. Siempre un gancho tras otro, no vayas a salir flotando.

Mira en su brazo. Las cifras LED rojas indican que de los trescientos sesenta minutos que tiene han transcurrido ya treinta y siete. Toca la pantalla pero no pasa nada. La electrónica del viejo Orlan es primitiva.

—Debes ir hasta delante del todo —dice Mini.

Max asiente. Mini no ha encontrado planos de la Kosmos 1686, pero el diseño de la nave es relativamente claro. Max ha llegado al FGB, el Функционально-грузовой блок, o Bloque Funcional de Carga. En la ISS se montaron también cilindros muy parecidos.

Avanza poco a poco hasta la proa del FGB. Allí hay integrada una cápsula de aterrizaje de tres asientos, el Возвращаемый Аппарат, o simplemente dispositivo de retorno, abreviado a WA. Ya puede ver el escudo térmico que asoma por encima del borde de la cápsula. Dentro está el acceso a través del cual puede entrar en la nave.

Cuando se inclina sobre el escudo térmico ve que no va a ser tan fácil. La compuerta es fastidiosamente pequeña y, además, está encallada. Igual hay que abrirla desde dentro, o está expresamente bloqueada. Max lo intenta con todas las herramientas que lleva con él, pero no hay manera.

—Es imposible —dice.

—Hay una segunda entrada —dice Mini—. La portezuela en la parte posterior.

Max recorre el camino de regreso sobre todo el módulo Kosmos. Está ya sudando a mares a pesar de que la refrigeración va a marchas forzadas. No tiene que arrastrar el peso del traje, pero mover las articulaciones resulta bastante cansado. Los modernos trajes de la ISS no son ni de lejos así.

Vuelve a estar sobre el hueco entre Salyut-7 y Kosmos 1686, con un pie en cada nave espacial, hasta que la rotación del módulo Kosmos lo obliga a abrirse demasiado de piernas.

—El hueco es demasiado pequeño para poder meterme entre las naves y alcanzar la entrada —dice.

—Ya me lo imaginaba. Tendrás que ampliarlo.

—Muy graciosa. Solo son un par de toneladas que tengo que apartar.

—Diecisiete en vacío.

Entonces sobre las veinte toneladas con lo que lleve dentro. En caída libre sin peso, pero con una masa real, inercial, que tiene que poner en movimiento. Max suspira. Se sienta en el borde de la Salyut-7 y presiona las piernas contra el módulo Kosmos. ¡Aprieta! Se siente como si estuviera de parto. ¡Aprieta! Gruñe. ¡Aprieta! Y eso ahora, con lo débil que está por no haber comido nada en muchas horas. Se mueve un poco hacia un lado para que la fuerza aplicada sea más uniforme. No, es una excusa, es solo para tener un minuto de descanso.

Al cabo de treinta y cinco minutos ha dado la vuelta entera. No ve diferencia alguna.

—Vas bien —dice Mini—. ¡Sigue así!

Max obedece. Necesita cuarenta minutos para la segunda vuelta y cincuenta para la tercera. Ha agotado ya la mitad de su oxígeno. El pronóstico de seis horas no tenía en cuenta que estaría haciendo gimnasia de pesas todo el tiempo.

Al cabo de cuatro horas ha dado cuatro vueltas a la Salyut y presionando contra la Kosmos 1686. Para como lo ve él, no ha cambiado mucho.

—Vuelve a colocarte sobre el hueco —dice Mini.

Lo intenta. El robot tiene razón. Ahora puede abrir bastante más las piernas. Ha funcionado, aunque el módulo Kosmos no ha parecido moverse ni un milímetro. Saca una cinta métrica del bolsillo y la despliega. Entonces se sienta al lado y espera.

La distancia aumenta un centímetro cada dos minutos. Dentro de media hora tendrá espacio suficiente para meterse en el hueco y abrir esa compuerta. Pero mañana, la Kosmos estará ya a siete metros de distancia. Pasado mañana a quince y dentro de cuatro días no llegará ninguno de los cabos que pueden tender para fijarla.

—¿Tienes claro que vamos a perder la Kosmos 1686? —pregunta Max.

Ya no podrá frenar el módulo. ¿Cómo podría hacerlo? Necesitaría algo en la proa contra lo que pudiera apretar.

—Sí, las órbitas se separan y mientras ascendemos lentamente, la Kosmos 1686 va bajando.

Max se lleva la mano a la sien. ¡Claro! Acción igual a reacción. No solo ha frenado la Kosmos 1686, sino que ha acelerado automáticamente la Salyut-7. Que la estación entre algún día con el módulo Kosmos en la atmósfera es cada vez más improbable. Los observadores en la Tierra se estarán preguntando qué ha pasado aquí.

Pero ese no es su problema. Max comprueba si su cabo en la Salyut-7 está bien fijado y se deja caer en el creciente hueco entre ambas naves.

—Atención, voy a abrir la entrada —dice.

—Te deseo mucho éxito —dice Mini.

Por ahora todo va demasiado bien. Max tiene que acostumbrarse a eso. La compuerta de la Kosmos 1686 no parece estar bloqueada desde dentro. Tiene que pensar en Ivanov, a quien encontraron en la esclusa. ¿Quería acoplarse el módulo Kosmos en ese momento a la Salyut-7? ¿O fue al desacoplarse que pasó algo? ¿Fue un accidente o Ivanov se suicidó?

Max tira de la puerta. Se abre sin gran esfuerzo. Sale algo de vapor blanco; restos del aire de la cabina, cuya humedad se congela de inmediato. Pero solo son mínimos restos. La presión en el FGB debía ser de casi cero. Se introduce en el interior con los brazos por delante. Casi lo ha conseguido cuando el cabo de seguridad lo retiene. Max lo suelta. Aquí dentro no lo necesita.

El interior del módulo recuerda un poco a una cueva en un glaciar. Max pasa el foco de su casco por las paredes. Hay brillos y reflejos por todas partes; las superficies lisas están cubiertas de cristales, pero también hay restos de hielo macizo. Aquí debe haberse roto un tanque de agua o una tubería. Gira la cabeza y suelta un grito.

—¡Mierda!

Hay un hombre flotando allí, con la cara hacia abajo y los brazos extendidos.

—¿Qué pasa? ¡Max, responde!

—He encontrado el otro traje espacial. El número 8 que echabas en falta.

—¿Con rayas azules?

Max se acerca, agarra el brazo del traje y lo gira. Una cara pálida. Los ojos los tiene cerrados. El hombre sabía que iba a morir. No parece infeliz. Tiene el brazo izquierdo enganchado al casco de la nave. Max se desplaza por el brazo. Respira bien hondo. La mano está pegada por congelación al ojo de buey. El hombro estuvo mirando el espacio durante sus últimas horas.

—Tiras azules —confirma Max—. Y está … ocupado.

—Entiendo. ¿Puedes sacar fotos?

Max busca por los bolsillos del cinturón. Encuentra una cámara. Entonces ve la palanca que se usa para avanzar la película.

—Solo analógica.

—Ya me vale. Puedo analizar la película expuesta sin tener que revelarla.

—Está bien.

Max saca la cámara. Tiene botones especialmente grandes que puede manejar con los guantes del traje. Al lado hay un flash. Lo acciona, pero la batería parece descargada. Pues sin flash. Ilumina la cara del cosmonauta muerto y le saca una foto con la cámara.

—Vamos, colega, ¿cómo te llamas? —Max se cuelga del muerto y sujeta la cámara de forma que el objetivo los capte a los dos; luego se hace un selfi.

—Gracias, amigo.

Se guarda la cámara.



La excursión ha valido la pena. Max respira hondo al ver el contenido de las estanterías. Hay toda una parte llena de conservas con una red que impide que salgan volando por el interior del cilindro. Se lanza sobre ellas. Algo con patatas. Tomates pelados. Potaje de lentejas. Judías verdes. Una especie de estofado de ternera. Pasta rellena con salsa espesa. Se le está haciendo la boca agua. Le gustaría poder abrir allí mismo la primera lata y verter el contenido en su boca, pero desgraciadamente eso lo mataría en un instante, ya que en la Kosmos 1686 reina el vacío.

Todavía.

Max saca las prometedoras latas y las deja flotando ingrávidas. Cierra la compuerta y busca el ordenador de a bordo. Allí. No conoce este modelo.

—¿Mini? ¿Me ayudas a restablecer la atmósfera aquí dentro? Estoy frente al ordenador principal.

—¿Estás loco? Coge lo que puedas arrastrar y vuelve de inmediato conmigo.

—Mini, tengo que comer algo, y tiene que ser ahora mismo. ¡Mi hambre me supera y aquí hay cosas que se ven riquísimas!

—Max, sé razonable.

Respira hondo. Igual el robot tiene razón y debería primero cambiar de estación. Podrá aguantar un par de minutos más. Seguirán teniendo acceso a la Kosmos 1686 durante dos o tres días más.

—Está bien, me guardo la comida para la Salyut. Pero ¿cómo sabré si las reservas de aire son suficientes? Si trabajo aquí mañana, igual me facilito con ello algo la vida.

—Debes conectar el ordenador principal. Debería haber una tecla que ponga RGN.

Max busca. Ajá, allí está.

—Incluso hay varias. RGN1, RGN2, etcétera.

—Son los regeneradores. Separan el dióxido de carbono con ayuda de hidróxido de litio. Pero no pulses aún ninguna. Sin las baterías no funciona nada.

Max sigue buscando. Son cientos de teclas rotuladas en alfabeto cirílico. Pero esto de aquí, BTR1, BTR2, eso podría ser.

—He encontrado las baterías.

—Bien. Pues solo necesitas ahora los ventiladores. En la ingravidez se acumula a tu alrededor el dióxido de carbono que expeles al respirar. En la tierra caería al suelo, porque pesa más que el aire. Pero aquí te asfixias con tu propio aliento.

—Ja, ja, eso me pasa cada vez que como ajo.

—Muy divertido. Lo digo en serio. Sin ventilación ...

—Lo sé, Mini.

—Y al final tendrás que comprobar las reservas de oxígeno, a ver si hay siquiera suficiente para poder crear una atmósfera de, al menos, 700 milibares.

—Entendido. —Busca las típicas bombonas y encuentra algunas tras una estantería, donde están conectadas a mangueras. Los indicadores redondos integrados están todos casi al cien por cien. En la Kosmos 1686 no ha habido mucha gente durante largo tiempo.

Su mirada recae sobre el cosmonauta en el traje con rayas azules.

—¿Cómo es que te asfixiaste entonces, colega?

—¿Qué dices? —pregunta Mini.

—Es que me parece extraño que mi predecesor aquí haya muerto asfixiado a pesar de haber suficiente oxígeno a disposición.

—Es verdad. Igual hay alguna fuga irreparable.

—¿Cómo puedo detectar eso?

—Como en las ruedas de bicicleta. Las inflas y esperas a ver si el aire se queda dentro.

Suena lógico. Max enciende el ordenador de a bordo. Para hacer esa prueba debería tener tiempo suficiente. Se encienden múltiples lucecitas. Algunas en rojo, pero la mayoría cambian pronto a naranja y amarillo para ponerse luego en verde. La Kosmos 1686 parece funcionar en lo esencial. Max va hacia una de las bombonas y la abre. No oye nada. ¿Será ese el problema? Coloca la mano sobre la manguera y nota cómo el gas fluye a pesar de llevar los guantes. Es el vacío el que impide que pueda oír algo.

Cierra el grifo. Eso debería bastar para comprobar una pérdida de presión. Flota de regreso al ordenador.

—Esta máquina funciona como recién engrasada —dice—. ¿Dónde puedo ver si la presión de aire desciende?

—Debería haber un indicador LED. Comprueba a ver cómo está de combustible. Igual podemos recargar la Soyuz con eso.

Eso sería genial. Max repasa todos los indicadores. Allí, mbar, en cirílico. El valor se queda constante en cuarenta. Sigue buscando.

—¿En qué unidades se mide esto, Mini?

Seguramente en kilogramos.

Aquí está. Pero la cifra le parece algo pequeña.

—Cincuenta kilos, ¿puede ser?

—Podría ser. Y no es suficiente para regresar a la Tierra.

La cifra salta a cuarenta y nueve.

—¿Mini? ¿Puede ser que las reservas de combustible varíen?

Cuarenta y ocho.

—No, en absoluto.

Algo le toca el hombro y siente un golpe en la panza. Son las latas que se desplazan hacia él. Tiene que agarrarse para no apartarse del ordenador principal.

—Nos movemos —dice y se queda petrificado.

—¡Apaga ahora mismo el ordenador, ya!

Pulsa la tecla grande. Todos los LED se apagan y se ve de nuevo inmerso en la oscuridad.

Capítulo Quince



JOHN NO TIENE MUCHAS GANAS HOY DE SENTARSE TRAS EL VOLANTE. QUIERE llegar ya, pero tardarán un día más. Si todo esto está pasando solo en su cabeza, ¿cómo es que no puede dejar que sea Optimus quien conduzca? Sería mucho más sencillo. El robot no se cansa nunca. Bastaría con hackear de vez en cuando una estación transformadora. Seguramente sea que su cerebro se centra en la lógica. Si un State Trooper pilla al robot conduciendo, no será tan fácil convencerlo de que no pasa nada, y entonces su historia imaginada transcurrirá entre barrotes.

¿Qué es entonces real? ¿Está en su cama, en casa, soñando la pesadilla más larga de su vida? ¿Cómo puede reconocer si es eso o no? La pura lógica no parece serle de ayuda. Lo más sencillo es, así, aceptar todo tal y como es, tal y como sus sentidos se lo muestran. Se sienta al volante y conduce en dirección a California, con un maldito robot en el asiento trasero que se empeña en convencerle de que no existe, pero aun así se deja recargar en una línea de alta tensión.

—Cuidado, tienes que tomar la próxima salida —dice Optimus, sacudiendo el gigantesco mapa, al que ya le han dado incluso la vuelta. Por la noche deberían llegar a la costa oeste y desde allí bastará con seguirla en dirección Sur.

John pone el intermitente y toma la salida. Se asusta al ver un coche de policía. Pero esta vez no parece estar interesados por él. Se coloca en el carril correcto para poder entrar en la siguiente interestatal. Igual sí deberían haber probado ir en avión. Seguro que hay vuelos privados que, por cierta cantidad, no piden documentación.

—¿Cómo es que no has propuesto alquilar un avión privado? Y no me digas que no existes. Deberías haber podido caer en ello incluso como engendro de mi imaginación.

—Me sabía mal vaciar tantos cajeros automáticos. Me temo que en algún momento caerán en la cuenta y nos pillarán. Seguro que ya han corregido el error que he estado aprovechando.

Al menos le presenta un buen argumento.

—Ishiguro habló en su mensaje de un activador. ¿A qué crees que puede haberse referido? Y, por favor, deja de lado su observación de que no estás aquí. Imagínate que sí lo estás. ¿Cuál sería tu respuesta?

Optimus ríe.

—Está bien, te dejaré en paz con eso a partir de ahora. En lo referente al activador, pues con ello suele uno referirse a determinadas características que provocan reacciones definidas.

—¿Y cómo puede funcionar eso si está en el año 2040?

—Para ello se me ocurren dos posibles escenarios; no, incluso tres. Primero: tiene a alguien aquí que le ayuda. Seguramente eso signifique un contacto directo en ambas direcciones, lo que podría provocar situaciones paradójicas.

—¿No dicen que los viajes en el tiempo están prohibidos por esas paradojas?

—Yo no firmaría eso. Algunos físicos creen tener un derecho sobre un universo sin paradojas, pero me parece una ingenuidad.

—Bien. Pero es que las paradojas tampoco son muy deseables, que digamos.

John ve a Optimus asentir por el retrovisor.

—Si pudiera, preferiría prescindir de ellas.

—¿Qué hay de los otros dos escenarios?

—El segundo escenario se basa en la suposición de que Ishiguro puede actuar desde el futuro. Pero eso también causaría paradojas; ¿por qué es tan importante este viaje?

Y parece ser extremadamente importante, aunque Ishiguro no haya concretado mucho el tema.

—Y llegamos al tercer escenario: es Ishiguro en persona el que está actuando aquí, en el pasado. Una versión más joven, claro. Quiere algo de ti y espera que en el lejano futuro resulte algo de ello.

Eso estaría bien, en la medida en que contarían con un ayudante adicional en esta época. Eso justifica que Ishiguro no entrara en detalles en su mensaje. A fin de cuentas, no sabe nada del futuro. Aún no ha sucedido.

—La técnica que aplica Ishiguro ...

—Ya debía poder aplicarse en el milenio pasado. Codificar datos de forma acústica, así es como se empezó con Internet y el correo electrónico. Para ello no se necesita conocimientos de nuestra época.

John toca la cámara. No es un producto de los años 1980 y es lo único que le demuestra que todo esto no es resultado de su imaginación.

Pero si el escenario más probable es que un Ishiguro mucho más joven pueda serles de ayuda, ¿qué pasa si este plan ha fracasado ya en su inicio? Se acuerda de cómo sacó el disquete de la unidad lectora antes de que el juego comenzara de verdad. ¿Fue demasiado pronto? ¿Habrían sido las cosas muy distintas, si hubiera pulsado «Start»? Igual tendría ahora el disquete consigo, una memoria con datos que contienen más que un juego, una herramienta de administrador para esta época. Igual como pudo controlar los parámetros en 2040, habría tenido este mundo también bajo control.

—Me temo que nuestra misión fracasó ya antes de empezar, Optimus. ¿Te acuerdas de la curiosa estructura de mi piso? Casi caes en la nada.

—Tú sí que casi caes en la nada.

John frunce las cejas. El Sol deslumbra demasiado. Están conduciendo prácticamente con el Sol de cara. El hecho es que todo esto ha comenzado con un error que ya no pueden corregir.



En la pausa siguiente, John mira el contenido del maletero. Tiene desde esta mañana la sensación de haberse olvidado de algo. Cuando lo descubre nota un nudo en la garganta. Falta la segunda copia, aún precintada, de MANIAC WORLD. Abre incluso las cajas del C64 y del lector 1541, pero tampoco está el juego allí.

En la caseta del transformador no sacó el juego. De eso está seguro. ¿Dónde está entonces? Recuerda muy bien cómo lo metió en el maletero, en la mañana tras pasar la noche en el segundo motel. Empujó la caja hasta el final y la dejó encajada detrás de la caja de herramientas. John saca las herramientas, pero no hay nada escondido detrás.

—Optimus, ¿tienes alguna idea de dónde puede estar el segundo juego?

El robot se encoge de hombros.

—No me he fijado en eso.

—¡Pero es muy valioso!

—No en esta época. Vamos de camino a ver al fabricante, seguro que allí tienen más ejemplares.

—Pero yo quiero esta versión.

Optimus no contesta. John puede incluso entenderlo. El juego en sí no tiene importancia. Tampoco contendrá un menú de ajustes avanzados como la versión que probó en casa. ¿O sí? No lo comprobaron. ¿Y si ese disquete era el plan B de Ishiguro para el caso de que el primer disco de administrador se destruyera antes de comenzar realmente el juego?

—Lo has hecho desaparecer, Optimus. Confiésalo.

El robot pone cara de enfado y apoya los brazos en los lados.

—Eres mi cliente. Jamás haría ...

—Perdone, señor, ¿me permite hacerle una pregunta?

John da un respingo. Hay un hombre mayor con prendas rasgadas en el borde opuesto de la calle que le hace gestos. ¿De dónde sale este, aquí en medio de la nada?

—Sí, claro, pregunte —dice John por pura educación.

—¿Puede llevarme en su coche? No le daré problemas.

El hombre se gira. Lleva un abrigo con varios rotos y una mochila de la que asoma la cabeza de un osito de peluche. No, es un Panda de peluche. El hombre levanta los laterales del abrigo y muestra el interior. Entonces coge la mochila, la abre y la sujeta de forma que John pueda ver dentro.

—¿Lo ve? Solo cuatro viejas cosas y algunas viandas.

Viandas, menudo término más antiguo. ¿Se usa eso hoy?

—¿Ha sido usted maestro alguna vez?

—Brandon. Soy Brandon y soy novelista.

—Acérquese.

El hombre mira a derecha e izquierda y luego cruza la carretera. Huele algo mal, pero no a alcohol.

John le ofrece la mano. Tiene un apretón cálido y fuerte. De cerca calcula que tendrá unos sesenta años.

—¿A dónde va usted? —Le pregunta John.

—Cruzo América. Solo quiero lograr algo más antes de morder el polvo.

John asiente en reconocimiento.

—Súbase.

Optimus seguro que habría intentado convencerle de no hacerlo. John sonríe para sus adentros.



Al autoestopista parece gustarle la charla insulsa tan poco como a John. Circulan por la interestatal en pleno silencio. John respeta todos los límites de velocidad aunque por ello los adelanten de vez en cuando camiones por la izquierda. Al cabo de un rato, Brandon saca el Panda de su mochila y charla con él telepáticamente. Mueve los labios, pero no dice nada.

John mira de vez en cuando por el retrovisor. Optimus se mantiene callado, claro. Si dijera algo y su acompañante lo oyera, su hermosa teoría quedaría totalmente refutada. ¿Podría hace que este novelista se diera cuenta de la presencia del robot?

—¿Brandon?

—¿Sí?

—En el asiento trasero debería haber una lata de Coca-cola. ¿Sería tan amable de ...?

—Sí, claro.

Deja el panda sobre la consola central y se inclina hacia atrás. John lo observa por el retrovisor. Su mano derecha se mete bajo las mantas que ocultan el cuerpo de Optimus.

—Lo siento, pero no encuentro ninguna lata.

—Da igual, se habrá caído. No importa.

Brandon se vuelve a sentar recto y busca por su mochila de la que saca una botella envuelta en tela.

—¿Quiere un poco? Solo es agua.

—Gracias, muy amable, pero tampoco tengo tanta sed.

—Como quiera.

Si el hombre se ha dado cuenta de algo raro en el asiento trasero, desde luego se lo guarda para sí.



—Allí es donde quiero ir.

El autoestopista señala hacia un letrero que anuncia la siguiente salida. Raccoon City. John no había oído hablar jamás de esa ciudad. Pone el intermitente.

—Gracias, puede dejarme bajar aquí mismo.

—¿En plena autovía? Ni hablar. Tengo que comprar igualmente más refrescos.

Saca el coche de la interestatal para entrar en una carretera más estrecha. «Bienvenidos a Raccoon City, donde se inventó el paraguas», lee John en un gran rótulo.

—¿En serio?

El autoestopista se encoge de hombros.

—Aquí hubo hasta los años setenta una fábrica de paraguas. No sé nada más.

—¿Conoce el lugar?

—Aquí vive una vieja amiga mía.

Alcanzan el letrero de entrada en la población. John frena porque un perro de pelaje marrón quiere cruzar la carretera. No ve a ninguna persona. El perro no se fija en el tráfico. Pisa la línea continua blanca en el centro, cambia de color, se vuelve totalmente blanco y aparece repentinamente de nuevo en el lado derecho de la carretera. Antes de repetir esa curiosa acrobacia, John acelera y pasa de largo sobre la calzada izquierda.

—¿Ha visto eso? —pregunta.

El autoestopista levanta la mirada.

—¿Qué? —Está guardando su panda en la mochila y atando las cuerdas de cierre. Pasan junto a un típico restaurante clásico. A John le gustan los colores. El rótulo de neón que hay encima no parece estar muy de acuerdo consigo mismo, pues alterna sin parar entre «ABIERTO» y «CERRADO».

—¿Dónde está todo el mundo? —se pregunta John.

Ese tal Brandon se encoge de hombros.

—Desde que la fábrica cerró, ya no pasan muchas cosas aquí. Puede dejarme en ese supermercado. Allí podrá comprarse latas de Cola-cola.

John se detiene frente a un edificio plano de madera sobre el que se lee en letras de neón «SUPERMERCADO 24 HORAS».

El autoestopista parece tener ahora mucha prisa. En cuanto el coche se detiene, abre de golpe la puerta.

—Gracias, John.

No puede recordar haberle mencionado su nombre, pero igual sí que se lo ha dicho en algún momento. El hombre pilla su mochila y salta del coche.

—¡Oiga! ¿Cómo se titula alguno de sus libros? —le grita John, pero el hombre desaparece a toda prisa tras el supermercado. Qué pena, le habría gustado leer algo del tipo ese con el osito de peluche.

Ya saliendo de la ciudad en dirección a la interestatal, se cruzan de nuevo con el perro. Sigue al otro lado de la carretera, camina hasta la línea blanca divisoria, se tiñe de blanco y da un impresionante salto hacia atrás.

—¡Oye, Optimus!

El robot sale de debajo de sus mantas.

—Dejar entrar a un extraño en el coche ha sido de lo más imprudente.

—Eso es asunto mío. ¡Pero mira lo que hace ese perro!

—¿Qué perro?

—¡Ese de allí! —John baja la ventanilla y señala hacia afuera. El animal cruza en ese momento la calzada.

—No veo a ningún perro.

Fantástico. Pero es que Optimus tampoco está aquí. John sí que ve al perro y no tiene ganas de pensar más en ello.



El segundo ejemplar del juego sigue sin aparecer cuando John registra el coche entero tras registrarse en un motel. Da un golpe sobre el capó. ¡Al final quiere Optimus incluso convencerle de que se ha imaginado haberlo comprado! Pero tuvo la caja en sus manos, en esa curiosa tienda de Radio Shack.

Cuando entra en la habitación, Optimus está al teléfono. ¿Está de nuevo hablando con sus amigos secretos? Pero el robot no parece sentirse pillado in fraganti.

—¿Qué haces? —Le pregunta John.

—Hablo con el servicio de información. Quiero saber a dónde tenemos que ir mañana exactamente.

Oh, vaya, bien pensado. No pueden decirle a este Volkswagen a dónde debe llevarlos. Necesitan una dirección, con calle y número, y quizás incluso el nombre de alguien con quien hablar. Rochus Arts será una gran empresa.

—Muchas gracias, me ha sido de gran ayuda. ¿Ishiguro? Si, buena idea. Sí, ya tengo papel y lápiz; tomo nota.

Optimus no tiene ni papel ni lápiz, pero repite obediente los números que le mencionan por teléfono. Sobre la mesilla hay lápiz y papel. John anota por seguridad todo lo que repite el robot, por si acaso resultara que Optimus realmente no existe. Se guarda las notas en el bolsillo del pantalón.

—¿He oído bien? ¿Ishiguro?

—Pues sí, como propietario de esta línea consta ese señor en el listín. No estoy seguro de que sea nuestro Ishiguro, pero es muy posible.

—Bien. Ya lo veremos.

—¿Me necesitas más hoy? Si no, tendría que enchufarme a la corriente.

—Hazlo.

Las baterías de Optimus están aún bastante llenas, por lo que han decidido pasar esta noche en una cama de vedad. Mañana podría ser el día decisivo. John abre una cerveza que ha comprado en el supermercado de Raccoon City, bosteza y se tumba en la cama.



JOHN ESTÁ AL AIRE LIBRE EN PLENA NOCHE. LA HIERBA ES NEGRA Y EL CIELO de un profundo azul marino. Ya había visto ese azul marino por algún sitio, pero no recuerda cuándo.

Camina hacia la izquierda. Siente un poco como si fuera el paisaje el que se desplaza a su lado hacia atrás. John tampoco puede elegir el camino a seguir así como así. Solo parece haber dos direcciones posibles.

Un par de pasos más allá se encuentra con una gran casa antigua. Una mansión, incluso. Una escalera lleva a la puerta de entrada. John pasa de largo.

COGER arbusto.

El pensamiento aparece en su cabeza de la nada. Es tan fuerte que no puede luchar contra él. John pasa de largo la escalera donde crece un arbusto. Lo arranca y lo mete en su mochila. Bajo el arbusto aparece algo parecido a una brillante moneda.

COGER moneda.

Se agacha y la remueve, pero está trabada allí. John se incorpora y sube las escaleras.

APARTAR felpudo

Bajo el felpudo hay una llave.

COGER llave.

John coge la llave.

USAR llave en puerta de entrada,

La pesada puerta de la casa se abre. John mira el interior. ¿Qué está haciendo aquí? ¿Dónde está Optimus? Entra en la casa. La vida no le ofrece ninguna alternativa. Sus pies se mueven solos.

En el recibidor hay un gran reloj. La casa está decorada bastante a la antigua. A la derecha se va a la cocina. Su estómago ruge. John va en esa dirección, pero se detiene porque oye un ruido. Mira por un resquicio el interior del cuarto. Hay una mujer mayor con delantal blanco que acaba de abrir una nevera. John se esconde y espera a que se marche de la cocina.

Ahora tiene John la cocina para él solo. Abre todos los armarios.

COGER linterna.

Igual puede necesitarla si en algún lugar no hay luz.

COGER pilas.

Siempre resultan útiles.

COGER catsup.

John odia esa salsa roja, pero no le queda otra que meterlo en su mochila.

COGER Pepsi.

Al fin algo que beber.

COGER lechuga.

Todo por una alimentación sana. Pero ¿cómo caben todas estas cosas en su mochila? Se encoge de hombros. Parece haber sitio de sobra.

COGER queso.

John lo huele, pero no huele absolutamente a nada.

COGER motosierra.

¿Y eso de qué va? John levanta la motosierra. Pesa bastante, pero cuando la guarda en su mochila, no nota ningún peso adicional. Ojalá no tenga que usarla.

Ya no encuentra nada más. Pronto surge su mala conciencia. ¡Ha irrumpido en una casa ajena y está robando cosas de la cocina! ¿Por qué? John frunce las cejas, ¡Exacto! Para salvar a su amiga Sonia, que ha sido secuestrada.

Camina hacia la derecha y entra en un comedor. Está vacío. Bien. John no puede evitar seguir metiendo objetos en la mochila.

COGER pavo.
COGER asado.

Ahora ya parece que ha cogido bastantes cosas. Pero sigue caminando más a la derecha y llega a una despensa, cuyos estantes saquea a gusto.

COGER zumo de frutas.

Pocas cosas hay que sean tan poco sanas como el zumo de frutas.

COGER jarra.

Siempre puede ir bien disponer de algún recipiente.

COGER latas de conserva.

Lucha contra ese pensamiento. Sin abrelatas no podrá abrirlas y ya lleva un pavo en la mochila. Pero sus manos no le obedecen y el estante ya está vacío.

Solo queda eso. ¿Y esto qué puñetas es?

COGER comida de tentáculos.

¿Comida de tentáculos? El pulpo o las medusas tienen tentáculos. ¿Por qué alimentarlos por separado? Igual se trata de alimento que pueda darse a cualquier animal con tentáculos. John lo coge del estante pero choca contra una botella que cae y se rompe en el suelo. Olisquea el aire. Podría tratarse de líquido revelador de fotos.

ABRIR puerta.

Sacude la manilla de la puerta que lleva del comedor al jardín, pero está bien cerrada. Así que regresa al recibidor cruzando comedor y cocina. Desde allí accede al salón. También rebusca por ahí. En un pequeño armario en el que hay una radio se encuentra con un reproductor de casetes.

COGER reproductor de casete.

Sale del salón y se encuentra en un cuarto oscuro. ¿Debería utilizar la linterna con pilas que trajo de la cocina? Pero igual hay otra solución. Tiene la sensación de que las pilas podrían tener hoy otro uso importante.

QUÉ ES

Su mirada recae en la oscuridad y entonces nota una lámpara. Es una sensación rara, como si tuviera un sexto sentido. El cuarto no es más claro, pero él sabe que eso es exactamente una lámpara.

USAR lámpara.

¡Luz, al fin! El cuarto es una biblioteca, al menos las estanterías están llenas de libros. ¡Un pequeño paraíso! Mira algunos libros, pero resulta que todos tienen las páginas en blanco. Al final de la estantería se ha abierto un panel en la pared.

ABRIR panel.

Lo abre del todo. Ojalá nadie se dé cuenta. Pero ¿qué tenemos aquí? ¡Una cinta de casete! ¡Y acaba de llevarse un reproductor de casete! Ahora le gustaría oír a John lo que hay grabado en la cinta de casete. Piensa en el mensaje de Ishiguro o en cualquier otro programa, pero seguramente se trate solo de música. Sus

pensamientos le obligan a salir de la biblioteca y subir por la escalera desde el recibidor al piso superior.

John agarra la motosierra. Tiene la sensación de que alguien está a punto de saltar sobre él.

USAR motosierra.

La sierra no reacciona. Jolines. Necesita gasolina para eso. John se da la vuelta. Debe haber un garaje. Si sale corriendo de la casa … Pero es demasiado tarde. Oye pasos en la planta baja. ¿Son pasos? John se concentra. Reina un silencio absoluto, aparte de un lejano zumbido. Pero ahí está el pensamiento en su cabeza, escrito con una letra de trazo como anticuado.

ALGUIEN ESTÁ SUBIENDO LA ESCALERA.

John huye una planta más hacia arriba. Allí, una puerta abierta. Desaparece en el oscuro marco. Le late tanto el corazón que parece querer salírsele del pecho. Ojalá no lo haya oído nadie.

LOS PASOS SE ALEJAN.

John se calma un poco. Se mueve a tiendas por la habitación sin poder orientarse.

QUÉ ES

Su mirada se detiene ante una extraña figura. Le recuerda a una gran planta en maceta.

TENTÁCULOS

Da un respingo hacia atrás. En ese momento se enciende la luz. Un gigantesco tentáculo verde sale disparado hacia él.

—No se te ha perdido nada aquí —le grita, se le enrolla alrededor del cuello y aprieta.

—¿Quién eres? —logra farfullar John, medio estrangulado ya.

—YO SOY EL DOCTOR ISHIGURO Y ESTOY HAMBRIENTO.

—John, ¿por qué estás gritando? —Alguien le pellizca en el muslo hasta que abre los ojos. El tentáculo está sentado frente a él y le da golpecitos en las mejillas. No, es Optimus.

—¿Qué ...?

—Te dormiste y debes haber soñado algo. Todo está bien.

Optimus le acerca un vaso de agua.

—Preferiría una Pepsi.

El robot sacude la cabeza.

—Estas bebidas contienen un potente veneno que afecta los nervios llamado cafeína. Seguro que ha sido lo que te ha causado esas pesadillas.

—¿Cafeína?

—BEBER agua.

John agarra instintivamente el vaso. No puede evitar bebérselo todo hasta vaciarlo. Siente una ola de terror por la espalda. ¿Sigue aún encerrado en ese sueño?

—¿Qué te pasa? ¡Estás todo sudado! —Optimus señala con un dedo hacia el aire acondicionado, chasquea los dedos y se pone en marcha.

—Estaba dentro de una casa donde primero me encuentro con una extraña enfermera.

—¿Se llamaba Edna? —le interrumpe Optimus.

—¿Y yo qué sé? Me encondía de ella. Luego subí por las escaleras y allí me atacó un monstruo verde con tentáculos gritando que tenía hambre. Creo que me quería comer.

Optimus sacude la cabeza.

—Deberías haberle dado las frutas de cera y luego, para la sed, el zumo de frutas.

—¿Frutas de cera?

—En la primera planta, cuarto de dibujo, puerta de la izquierda.

El sueño sigue. Optimus es parte del sueño. ¿Cómo si no va a saber nada de la extraña casa y del tentáculo? Aunque igual le está tomando el pelo de alguna forma.

John hace una prueba con el robot.

—Lo que no sabes que es que ataqué el monstruo de tentáculos con la motosierra y ya no tuvo más hambre.

Optimus se lleva un dedo a los labios.

—Mientes, Johnny. No hay ni un mililitro de gasolina en toda la casa para la motosierra.

¡Suficiente! John se incorpora. Corre hacia la puerta y la abre. Afuera está oscuro. —¡QUÉ ES! —Grita, pero sin que aparezca esa sensación de poder atravesar la oscuridad con la mirada.

—USAR cama —dice Optimus.

John se gira hacia el robot. Optimus suelta una carcajada.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Has soñado con MANIAC WORLD. El tentáculo es bueno si le das las frutas de cera.

—¿Y por qué dice llamarse Dr. Ishiguro?

—Ni idea. Creo que eso se debe a la cafeína. Esa bebida de cola supera aquí todos los valores límite permitidos. Seguramente sea la mitad de la población adicta a la cafeína.

—¿Y si es una especie de mensaje? Igual Ishiguro quiere decirnos algo.

—A nosotros seguro que no. Yo ni siquiera estoy aquí. Será a ti. No puedo excluir esa posibilidad. Pero no lo creo.



—¿No preferirías dormir? Mañana será un día largo.

John sacude la cabeza. No podrá tranquilizarse hasta aclarar lo que significa ese extraño sueño. Salta la pantalla de carga de MANIAC WORLD y se lanza a la aventura.

Al principio parece como si Optimus tuviera razón en todo. Sigue la misma secuencia que en el sueño, solo que esta vez es él quien sujeta el Joystick en la mano y le da órdenes al personaje en el juego. Pero antes de entrar en la casa, inspecciona el garaje. Está cerrado y no hay bidón de gasolina a la vista. Así que entra en la casa y recoge todo lo que puede encontrar. Cuando gira en la primera planta a la izquierda se encuentra realmente en el cuarto de

dibujo. Hace que su figura coja las frutas de cera. Deja la motosierra.

El tentáculo verde no salta esta vez sobre él. Tampoco dice ser el Dr. Ishiguro. Eso le tranquiliza y decepciona al mismo tiempo. Pero no lo deja salir de la habitación por la puerta del fondo hasta que lo alimenta con las frutas de cera y le deja beber los zumos. Saciado y con la sed calmada, lo deja pasar.

John entra en una habitación con cama, evidentemente un dormitorio. Su ocupante no está presente. Hace que su personaje lo registre todo. En el suelo encuentra una moneda de diez céntimos que guarda en la mochila. Aparta la almohada. Debajo hay una carta.

LEER carta.

La pantalla parpadea como en su pequeño programa.

«¡Querido John! Realmente ha llegado usted muy lejos. Si lee esta carta es que debe haber descubierto ya cuál es el objetivo de su misión. Se ha dado una confusión de las realidades de las que nadie tiene la culpa. Pero usted es el único que está en situación de llevar todo esto a un final feliz.»

La mirada de John llega al final del mensaje. Lo firma de nuevo Ishiguro. Pero su jefe parece haberle sobreestimado, y mucho. Pues no tiene ni la más remota idea de lo que está pasando y casi que dejaría que ese tentáculo verde se lo comiera.

¿Cómo es posible soñar con tanto detalle con un juego de ordenador al que no ha jugado nunca? El tentáculo en su sueño era idéntico al que aún puede verse en la pantalla. Es casi como si MANIAC WORLD fuera un nivel más de la realidad.

¿Y qué significa aquí eso de *un nivel más*? Igual parte de suposiciones incorrectas. John recuerda el pájaro que voló contra el cristal del escaparate del supermercado. Nadie excepto él se dio cuenta. Luego la moqueta, que cambió de color … Solo pequeños

detalles. Pero si les hubiera prestado más atención ... Siempre se es más listo después. ¿Y esta época? Su segundo ejemplar del juego que desaparece, el perro que no logra cruzar la calle, el robot afectado por la enfermedad del «no-existo» y que habla a hurtadillas con desconocidos ...

A John se le ocurre una idea bastante alocada, pero en los tiempos que corren podría ser justo lo que necesita. ¿Y si MANIAC WORLD es la realidad? ¿Y si el juego se ha independizado de alguna forma, ha crecido con el avance de la informática, con gráficos cada vez mejores que ya no se distinguen de la realidad? Bueno, no solo puede girar a la izquierda o a la derecha. Su nivel de libertad es casi infinito, y aun así ha acabado exactamente aquí, donde el Dr. Ishiguro quería tenerlo, controlado en remoto a muchos años y muchísimos kilómetros de distancia.

Sigue leyendo.

«Si se encuentra conmigo en la empresa Rochus Arts de la que soy cofundador, no me fiaré de usted. No me fío jamás de nadie. Tendrá que convencerme primero de que merece mi confianza. Desgraciadamente solo puedo hacer suposiciones de cómo podría conseguir eso.»

¿Y eso por qué? Si Ishiguro ha organizado todo esto desde el futuro, deben haberse encontrado ya hace mucho. Su jefe debería recordar cómo consiguió convencerlo entonces. Algo no le cuadra.

«Una posibilidad sería contarme algo sobre mí mismo que nadie más sabe. Así que le doy un par de consejos: Primero, mi hermana gemela murió cuando tenía cuatro años. Se llamaba Ayumi. Segundo, me dan miedo las mariposas desde que con ocho, durante una excursión, me metí con mi padre dentro de un enjambre de mariposas. Tercero, nunca utilizo el último pañuelo de un paquete de pañuelos de bolsillo porque me parece poco higiénico. Oigo mejor por el oído derecho que por el izquierdo. A veces, cuando he trabajado durante mucho tiempo, me voy a dormir sin cepillarme los

dientes. Me da tanta vergüenza que nunca se lo he dicho a nadie. Y bueno, finalmente, y sería el número seis, hice trampa en mi examen escrito de fin de bachillerato llevando varias fórmulas importantes escritas en la palma de la mano. Pero tenía tanto miedo de los que vigilaban, que no llegué a abrir la mano durante las cuatro horas que duró el examen. Curiosamente las llevaba escritas en la mano derecha, la que uso para escribir.»

Un momento. ¿No es Ishiguro zurdo?

—Opti, ¿el Dr. Ishiguro es diestro o zurdo?

—No lo he visto nunca. ¿Qué recuerdas tú?

John le ha dado la mano un par de veces a su jefe. La derecha, claro. Pero alguien le dijo que Ishiguro era uno de los zurdos más famosos. Aunque igual ese alguien se equivocara.

«Veo que me he equivocado en la enumeración. La poca higiene dental y mi vergüenza son dos hechos no relacionados. Si no respondo positivamente ante estos siete secretos sobre mí, seguramente es que no tenga remedio.»

¿Y ahora qué? ¿Tiene que rendirse, o qué? ¿Qué debe pedirle exactamente a Ishiguro?

«Entonces ya nadie nos podrá ayudar, John. Así que le deseo mucho éxito de todo corazón.»

Fin. «AUTODESTRUCCIÓN EN» aparece en pantalla. El texto desaparece, el marco y el fondo parpadean un poco. Luego queda solo la figura de John de nuevo en el dormitorio de esa misteriosa mansión.

Capítulo Dieciséis



Max se está quedando sin aire. Busca el casco cuando se da cuenta de que lo lleva puesto. Gracias a Dios. De golpe ya puede respirar de nuevo. ¡Mierda de pánico!

—Mini, ¿estás ahí?

—Sí, te escucho.

—No te preocupes por mis constantes vitales. Estoy bien.

—No lo hago. Hay otra cosa que me preocupa más.

—Espera que conecte de nuevo el ordenador de a bordo.

—¡De ninguna manera! Creo que es el culpable de todo este desastre.

Max recuerda haber desactivado el ordenador y entonces se hizo la oscuridad. Antes … la aceleración … siente un nudo en el estómago y no tiene nada que ver con el hambre.

—¿Cómo de grave es?

—Nos estamos separando; si te alejas demasiado, quedarás preso en la Kosmos 1686.

Más claro el agua. Coge un par de latas de la estantería. ¿Dónde las mete? El bolsillo del traje está lleno de herramientas. Herramientas insustituibles que igual necesita mañana para sobrevivir. La comida puede esperar.

—Max, deberías darte prisa.

Sujeta un par de latas bajo los brazos y flota hacia la salida. Cuando la abre con la mano derecha salen dos latas volando. Pilla una de ellas y se la coloca entre las piernas. Al fin logra abrir la compuerta. Se escapa el último resto de aire. Se mete en el agujero. Es estrecho. Se golpea el brazo izquierdo y pierde otra lata. Pasta rellena con salsa. La luz del Sol recae momentáneamente sobre la etiqueta. Podría salir tras ella.

Sé razonable, Max. Sale a la parte exterior del cilindro. El cabo de seguridad está ya tenso. Se engancha con el segundo en una argolla más allá. En ese momento desaparece el primer cabo. Se gira hacia la estación espacial. El extremo roto del cabo proyecta una sombra finísima.

—He perdido un cabo —dice.

—¿A cuánto estás de la Salyut?

—A unos cuatro metros, creo.

—Lo lograrás.

Mini tiene razón. Cuatro metros no son nada. La estación espacial es un objetivo gigantesco. No puede pasarlo de largo. Max salta. Vuela en línea recta hasta que el cabo lo retiene. Mierda, olvidó desengancharse. Segundo intento. ¡Salto! Buena puntería. Pero tiene que estirarse para agarrar un saliente de la estación donde asirse. En ello pierde otra lata. Estofado de ternera. Maldita sea. Máximas calorías en un mínimo espacio. Da igual. Le queda un largo paseo por encima de la estación para entrar por el extremo opuesto. Así es como pierde la penúltima lata.

La última es su más preciado tesoro. Un cocido con mucha verdura. Nunca comió eso en casa. Intenta colgar el mosquetón del cabo en ella, pero no lo logra. Así que sujeta la lata en la mano. Así llega hasta la esclusa. Tras entrar solo necesita cerrar la puerta. Se golpea el hombro con la lata que sale disparada al exterior. ¿Ha fijado bien el mosquetón? No lo sabe. Normalmente es algo que hace de forma automática. Seguro que ahora también. Salta tras la lata, la pilla al vuelo y regresa tirando del cabo.

—Eso ha sido muy poco precavido —dice Mini. Se gira de golpe. El robot lo estaba esperando dentro de la esclusa—. Solo vas fijado a un cabo.

Max calla el hecho de no estar siquiera del todo seguro. Podría haber salido mal. Igual hasta quería que saliera mal.



Pero ha sido una gran idea. Max no intenta siquiera calentarla. El contenido de la lata es grumoso, pero en la microgravedad se deja comer mejor que como sopa líquida. Sabe sobre todo a sal y potenciadores de sabor. Apenas emite un olor, lo que seguramente es bueno. La textura de las verduras es … interesante. Pero en su estómago siente cómo se expande una deliciosa sensación cálida. Max necesita un par de minutos para identificarlo como saciedad. Por primera vez en mucho tiempo, estará un par de horas sin pasar hambre.

—¿Qué pasó con la Kosmos 1686? ¿Alguna idea?

Mini vuela a su alrededor. Parece estar inspeccionándole en busca de daños, pero Max está bien.

—Supongo que el cosmonauta muerto allí programó una maniobra en el ordenador mientras estaba vivo, pero que no llegó a ejecutarse nunca porque el ordenador se desconectó antes. Y cuando llegaste tú … lo siento por la comida.

—No hablemos de ello, solo me provoca más hambre. ¿Podría tratarse también de una trampa?

—No me lo puedo imaginar. Nadie podía saber que vendría alguien más. Ni siquiera nosotros lo sabíamos.

Eso tiene sentido. Pero la cuestión sigue siendo por qué Ivanov y su colega estaban aquí arriba. Debe haber habido algún motivo.

—¿No podrías analizar el ordenador, Mini? Debe haber algún indicio del motivo por el que llegaron aquí estos dos cosmonautas.

Mini pone cara de escepticismo en la pantalla.

—Creo que sobreestimas el ordenador de a bordo. Es bastante primitivo.

¿En serio? ¿No será simplemente que por algún motivo no tienes ningunas ganas de llegar al meollo del asunto? John entrecierra los ojos y observa el robot. Mini se está esforzando mucho en

mantenerle con vida. Pero en lo que se refiere a los secretos de la estación no resulta de mucha ayuda. Igual se debe simplemente a que los seres humanos somos mucho más creativos que los robots. Pero Max piensa ahora más en las conversaciones nocturnas y secretas de Mini.



Mini tiene razón, pero tampoco tanta. La estación no solo tiene un ordenador a bordo, sino una serie completa de ellos. Cada uno por separado son relativamente simples, por no decir primitivos. No se trata definitivamente de dispositivos a los que se pueda hacer preguntas. *¿Qué buscaba la tripulación de la cápsula Soyuz militar aquí?* Eso seguramente no lo saben ni en el TsUP, el control de tierra.

Los ordenadores de la Salyut-7 no saben nada. Pero han guardado registros en sus distintos ámbitos de trabajo. Lo tonto es que no están redactados para legos como él. Solo contienen los parámetros necesarios con sus valores. Es función del lector darles un sentido a esos valores. El equipo de Tierra seguramente podría serles útil, solo que tienen que prescindir de esa ayuda.

Max se ocupa primero del ordenador orbital Delta. Allí parece que llegan datos de sensores que abarcan la posición exacta, la altura, la velocidad y la trayectoria de la Salyut-7 y que se guardan en una especie de archivo que se va actualizando. Pero no es tan fácil acceder a él. Si se mira todos los datos, Max tiene que procurar, además, no modificar sin querer alguno de los valores actuales. La estación apenas tiene combustible y cualquier fallo sería difícil de corregir.

Eso no ayuda. Max se descuelga hacia el sistema «Kaskad», estrechamente ligado al Delta. Funciona como una especie de piloto automático de la estación y, por lo tanto, responsable de mantener la posición. Kaskad controla ruedas de contrapeso accionadas eléctricamente, rotores girodinos y toberas para ajuste de posición. Eso tiene distintas consecuencias; por ejemplo los paneles solares,

que deben estar orientados al Sol o giros de la estación adecuados para realizar experimentos con el telescopio o la cámara multiespectral.

Pero parece que Kaskad no ha estado prácticamente nunca activo durante la última visita. Tras la llegada de los cosmonautas, el sistema mantuvo la estación en un modo de centro de gravedad estabilizado, con el que la Salyut-7 está siempre orientada pasivamente a la Tierra. Este modo sigue estando activo. Tiene la gran ventaja de que las toberas ahorran combustible y los rotores corriente. Max deja el Kaskad en su modo de gravedad estabilizada. A saber si el ajuste activo de posición siquiera funciona.

Ante el ordenador Argon-16 siente Max el máximo respeto. Es el que más se parece al ordenador principal de la ISS y consta de tres unidades idénticas e independientes. Entre sus funciones está el procesamiento de datos de telemetría, la supervisión y el control de los sistemas de mantenimiento de vida, la distribución de la energía y la ejecución de órdenes de mando enviadas por el TsUP.

Max descubre también que se comunica con el sistema de acoplamiento automático «Igla». El último proceso aquí guardado fue el desacoplamiento de la Kosmos 1686. Argon-16 tenía planificado el reacoplamiento del satélite por el otro lado. Igla solo ha registrado un intento fallido. Todo ello parece que fue realmente el intento de pasar la cápsula de un extremo al otro de la estación. Parece que nunca llegó a funcionar según lo planificado. Argon notifica al respecto solo un fallo desconocido. ¿Fallo humano, quizás? El factor humano podría ser el principal problema de que Argon-16 no pudiera clasificar el fallo.

Max repasa los registros de mantenimiento de vida y distribución de energía. Allí encuentra una información interesante: dos días después de la llegada de los dos cosmonautas hubo un pico masivo de energía. El Argon-16 revela, además, que la orden para ello llegó de RAP, el «Registro Automático para Parámetros de proceso».

—¿Puedes decirme algo del RAP, Mini?

—Sí, ha controlado algunos experimentos a bordo de la estación. Trabaja con un procesador Z80, ¿lo sabías?

¿Qué es un Z80? Max no había oído hablar nunca de eso.

—¿Qué tipo de experimentos?

—RAP ha controlado dos hornos de fundición llamados *Kristall* y *Korund*. Deberían parecerse a un microondas, seguramente algo más grandes.

Max vuela por la estación. Aquí no hay nada que a primera vista posea una puerta de cristal más grande. Así que debe inspeccionar todas las etiquetas de los aparatos. Ahora se alegra de haber aprendido ruso para su labor en la ISS, aunque allí nunca se cruzara con un cosmonauta ruso.

Primero encuentra el Korund. Los hornos de laboratorio son cilíndricos y apenas más grandes de una caja de zapatos. Por un lado se ve un inserto en el que hay una ampolla. La extrae. Un cilindro de la longitud de un dedo, más o menos, de cristal de cuarzo, contiene un polvo indefinido.

—¿Alguna idea de lo que pudieron analizar aquí?

—No —responde Mini, aunque tampoco parece interesarse mucho por su búsqueda.

Max regresa al RAP. El ordenador ha registrado curvas de temperatura, nada más. Algunas muestras se calentaron a más de 1300 grados centígrados. Pero los registros no dicen para qué. Max sigue un par de cables que salen del RAP y encuentra al final el horno Kristall. Posee realmente una mirilla y también lleva dentro ampollas de cuarzo. Si entiende bien los datos del RAP, Ivanov o su colega conectaron ambos hornos, pero solo utilizaron durante más tiempo el Kristall.

Inspecciona el horno por todos los lados y se encuentra en uno un inserto. Tras soltar una fijación sujeta en la mano un módulo del tamaño de una cajetilla de cigarrillos. En un lado pone en ruso «Memoria de datos - tratar con cuidado». Max mira a su alrededor y encuentra más de estos módulos. Abre uno con un destornillador. Sobre un circuito impreso hay una memoria borrable, un así llamado chip EPROM. ¡Esos módulos son los predecesores de las actuales memorias Flash! Solo tienen capacidad para veinticuatro kilobytes, pero si se piensa que el ordenador Argon-16 entero debe apañárselas con tres memorias de trabajo de dos kilobytes cada una

…; ¡el ordenador RAP estaba entonces técnicamente al menos diez años por delante del resto de la tecnología informática de la época!

Max coge un par de esos módulos y los enseña a Mini.

—Mira, eso son casi los sticks USB de los años 1980. ¿Serías capaz de leer algo así?

Los bracitos finos de Mini toquetean uno de los módulos.

—Debería configurar mi interfaz de nuevo, pero básicamente es posible.

—¿Cuánto necesitas?

—¿Tan importante es? No nos ayuda a regresar a la Tierra.

—¿Es que tienes algo mejor que hacer?

—Pues ...

—¿Lo ves? Ya puedes ponerte a leer estas memorias EPROM. Llámalo curiosidad humana.



Max busca por la tarde la lata de conserva. Está totalmente vacía, pero aun huele a comida. Igual debería intentar una excursión a la Kosmos 1686. ¿A qué distancia debe estar la cápsula ahora? Intenta verlo por algún ojo de buey, pero no lo consigue.

—¿Crees que tendría alguna posibilidad de llegar a la Kosmos 1686?

—¿Tienes hambre? pobrecito.

—La tengo.

—Olvídalo. Está demasiado lejos como para saltar sin cabo de seguridad. Si fallas la cápsula solo por un centímetro, te convertirás en un nuevo satélite terrestre. Aquí no hay nada parecido a los SAfER de la NASA.

Sin esperar la respuesta, Mini vuela hasta el extremo para meterse en la cápsula Soyuz. Seguramente tenga una cita. Max también, con el aparato de gimnasia.



Suda. Hoy ha entrenado el doble de lo necesario. Así pasa al menos el tiempo y no piensa tanto en el hambre. Se suelta los cinturones que lo mantienen sujeto en el aparato de gimnasia y flota hacia la cápsula Soyuz. La primera compuerta está cerrada. Pega la oreja al metal.

—... daros prisa. Mi cliente se dará cuenta pronto.

Pausa.

—Espera, he oído algo.

Jolines. A Mini no se le escapa nada. Se aparta y flota hacia su saco de dormir. Se abre la compuerta.

—Ah, ¿estabas ahí, Mini? Intento dormir un poco.

—Buena idea. Voy a oscurecerlo todo y me retiro a la Soyuz para no molestarte.

Ja, ja, buena excusa para la traición.

Pero Max tiene una idea que se le ha ocurrido al inspeccionar el Argon-16. El ordenador puede recibir órdenes del TsUP. Así que debe estar conectado al sistema de radio. Seguro que con eso podrá descubrir lo que pretende Mini.

Resulta práctico que el ordenador principal esté tan cerca de su saco de dormir. Max libera sus brazos y se gira con el saco entero hasta quedar cabeza abajo. Solo así puede manejar el Argon-16 sin salir del saco.

No funciona del todo sin tener que adivinar un poco. Argon-16 no tiene pantalla. El software está programado fijo y se puede manejar con menús. Bastará con encontrar las teclas correctas. Pero primero retira Max del sistema la unidad que tiene más cerca. Las decisiones importantes la toma ahora el ordenador consultando con las otras dos unidades. Si llegaran a resultados diferentes saltaría una alarma. Pero eso es, por un lado, muy poco probable y, en segundo lugar, mucho mejor que si por casualidad desencadena un impulso del propulsor con una combinación de teclas incorrectas.

¿Dónde está el módulo de radio? Ajá, aquí abajo. Pone incluso Radio en letras cirílicas. Max mira las teclas en ese entorno. La zona tiene un fondo gris, seguramente para distinguir qué teclas corresponden al módulo de radio. Además, Max reconoce varias líneas LED que indican en gran parte frecuencias de radio. Procura

no tocar ninguna de esas teclas, no fuera que se pusiera inesperadamente en contacto con el TsUP. Le interesan más los registros accesibles a través de una tecla LOG. Contienen la frecuencia a través de la cual se ha enviado una conversación o una orden, junto con la fecha y la hora.

El Log de la llegada de la cápsula Soyuz muestra una gran actividad. Pero es otra frecuencia que en comunicaciones anteriores. El ejército ruso, o el servicio secreto, parece tener su propio TsUP. Pero los cosmonautas se han comunicado también con Moscú. Seguramente no se ocultó al control de tierra que ahí había cierto movimiento.

Max toma nota de las distintas frecuencias. Hay una tercera que utilizó Ivanov. Seguramente hacia la estación espacial MIR que está también en órbita. Al final de la actividad hubo algunas conversaciones en una cuarta frecuencia que debe pertenecer al otro cosmonauta, aún sin nombre. Max busca la cámara a tientas. ¿No quería Mini analizar la fotografía?

Se desplaza en el libro de registro hacia delante. Siguen contactos regulares y breves. La estación y el TsUP han estado intercambiando al parecer solo informaciones de estado. La estación debía estar entonces desocupada.

Dos días antes de su llegada se activó de nuevo esa frecuencia que Max adjudica al ejército o al servicio secreto. Debe haberse tratado de una serie de comandos. Max cambia a mantenimiento de vida, también administrado por Argon-16. El ordenador ha confirmado la orden de la Tierra de establecer una atmósfera respirable y de aumentar la temperatura. ¿Cómo sabía la estación base del ejército que estaban a punto de llegar? Max no llevaba en la ISS ningún taje EVA puesto cuando perdió el conocimiento. Si no, igual se habría asfixiado nada más llegar.

Como los dos cosmonautas.

¿Casualidad? Seguro que no.

Max avanza ahora día tras día. Cuando encendió el ordenador de a bordo de la Kosmos 1686 hubo una breve «conversación» entre los dos ordenadores principales. El Argon-16 de la estación espacial envió un mensaje a la estación militar en la Tierra. Está bien saberlo.

Alguien ahí abajo sabe que aquí ha pasado algo. No sería sorprendente que quisieran pasarse a echar un vistazo.

Sean quienes sean.

¿Cuánto se tarda el colocar una cápsula Soyuz en la rampa de despegue? Debe avisar a Mini, aunque no se lo merezca.

Pulsa la tecla para pasar de página en el libro de registro de la radio, pero no pasa nada. Nadie ha llamado por radio desde la breve comunicación automática con la Tierra. Max se frota los pelos de la incipiente barba. ¿Qué pasa entonces con las conversaciones de Mini que ha seguido a trocitos? ¿Es que el robot hablaba realmente solo consigo mismo? ¿Pueden los robots siquiera mantener conversaciones consigo mismo? Igual se trata de una consecuencia de esa semiconsciencia. Los robots se vuelven cada vez más humanos y los humanos paulatinamente en máquinas, con todas las mejoras que existen. Algún día no habrá diferencia.

Al menos, las máquinas ya no provocarán rebeliones. A Max no le parece mal esa tendencia. El homo sapiens siempre se ha beneficiado de incorporar los mejores elementos de las demás especies. ¿Para qué sino cuenta con tantos genes neardentales en su ADN?

Debe disculparse ante Mini. Max está a punto de salir de su saco de dormir cuando se da cuenta de que, en el fondo, no le ha reprochado aún nada a Mini; al menos no oficialmente. Pero sale igualmente del saco y se va flotando. Mini debería haber analizado ya las memorias EPROM. ¿Qué pretendían los cosmonautas rusos?

—... he visto aún la foto, pero estoy seguro de que se trata de Gaidukov. Oficialmente sufrió graves lesiones en 1969 tras un salto en paracaídas.

Pausa.

—Lo que no sé es por qué no se nos informó de esto antes.

Max flota de regreso al Argon-16. El canal de radio no está activo. Mini debe tener una fantasía muy intensa. Max escucha de nuevo junto a la compuerta. ¿Habrá encontrado la forma de evitar el ordenador principal? Deberá comprobarlo mañana por la mañana.

—... con cuidado. No debemos dejar oportunidad al fracaso. Dame una señal cuando … —Mini comienza a susurrar en voz muy

baja. ¿Ha notado algo? Max regresa a su saco de dormir, por si acaso.

Capítulo Diecisiete



River Drive dieciséis. El dedo de John sigue la fina línea en el mapa, que ya no es siquiera una calle. Se encuentran en las afueras de una pequeña ciudad en el condado de Marin. Acaban de pasar un bungaló rodeado de setos de varios metros de altura, que bien podría ser el castillo de la Bella Durmiente. La dueña no los ahuyentó de su patio con una escopeta de perdigones, como esperaba John, sino que incluso les ofreció café y tarta. Solo después les confesó que vive en la casa número ocho.

—Déjame ver de nuevo el mapa —dice Optimus.

John se lo pasa al asiento trasero. Han comprado en una gasolinera un mapa «San Francisco y alrededores» porque en el mapa que traían no salía River Drive. Pero la calle aquí tiene solo diez casas y transcurre ahora como camino rural entre un bosquecillo seco y un campo de maíz, también seco.

—Debe ser ahí delante —dice Optimus.

—Te hago responsable. No sé si podré circular por ahí.

—Tú conduce. No nos pasará nada.

John pone mete la primera y el Volkswagen rueda por encima de un surco de hierbas y múltiples baches. Hay dos huellas que se clavan profundamente en el suelo. En el centro ve John cada dos por tres gruesas piedras. Así que dirige el coche de forma que las ruedas vayan por encima de la huella de la izquierda. Pero eso tiene sus

desventajas: El suelo por el lado del campo de maíz está muy suelto. Si va demasiado lento, las ruedas pueden quedarse hundidas en la tierra.

Así que John acelera. El Volkswagen cruza rápido por encima del camino rural y John espera con cada obstáculo que no se les rompa el eje.

Alcanzan una casa que le resulta de inmediato conocida. Tras una valla de hierro con decorativos pinchos hay una mansión señorial, al menos tres veces más grandes que el bungaló de la mujer de antes. En la puerta hay un rótulo pintado a mano que dice «Ed's Mansion». En el pilar izquierdo de la puerta hay un timbre con un rótulo que pone: «Rochus Arts».

—Es aquí —dice John y se para.

Optimus abre la puerta antes que él.

—Puedes quedarte aquí. Ni siquiera existes. Tu presencia solo me confunde.

—Yo, ejem. Vale, tienes razón. Tú puedes con ello, John.

Su propia imaginación le da valor. John asiente. Eso ya es un avance. Parece que cree en sí mismo, aunque a veces no esté muy seguro de que sea así.



El timbre funciona. A lo lejos se oye una campanilla. La puerta se abre con un chirrido, pero solo una hoja. Tampoco tenía intención de entrar con el coche. John se gira una vez más hacia el coche y le hace un gesto de despedida al inexistente robot. El vehículo bloquea el camino rural, pero no parece que pasen muchos coches por aquí.

John camina hacia la casa. La hierba está crecida y llena de flores. Eso le gusta. Los jardines con césped verde y estéril le resultan aburridos. La casa misma le gusta menos. Solo hace como que es antigua. Alguien ha reconstruido con hormigón armado una mansión del siglo XIX. El edificio no tiene más de un par de años. A derecha e izquierda pueden verse varios coches de aspecto caro.

El sendero por el césped lleva hasta una escalera casi calcada a la de MANIAC WORLD. Incluso hay un seto. Alguien ha colgado ahí un letrero de «¡No tocar!». Sonríe y sube las escaleras donde se agacha y hace como que se ata los cordones de los zapatos, pero lo hace para mirar debajo del felpudo. Allí solo hay un papelito pegado al suelo con cinta adhesiva transparente. «Buen intento», pone allí.

—¡Acérquese, por favor! —dice una voz tras él.

John se levanta de un salto y se gira. Se pone rojo como un tomate. En la esquina izquierda de la casa hay una mujer que le hace gestos.

Se acerca a ella mientras ella se acerca a él.

—Soy Edna. —La mujer levanta la mano para estrechar la suya. Calcula que debe tener cuarenta y pocos. Lleva tejanos y una blusa amarilla. Su cabellera larga y oscura está recogida en una coleta.

—Yo soy Dave, ehh, digo John.

La muer ríe.

—Yo tampoco me llamo Edna. Era broma. Soy Diana.

—Entiendo.

Aun así, se siente bastante raro. Llega sin avisar a una exitosa empresa de juegos de ordenador ¿y lo reciben con tanta amabilidad?

—Pues no tienes aspecto de entenderlo. —La mujer señala hacia el portón—. Llegas de ahí, así que debes haber comprado la Edición Especial limitada que solo vendimos a los que hicieron pedido por adelantado. Solo allí consta nuestra vieja dirección.

—No entiendo la relación.

—Bueno, hubo menos de trescientos encargos por adelantado. Debe ser un auténtico fan, ¿me equivoco? Además, falta mucho para el siguiente juego, por lo que estamos todos bastante relajados. Excepto nuestro jefe, claro.

Qué pena, a John le habría gustado poder hablar precisamente con el jefe. Ojalá tenga ocasión de hacerlo. Diana le lleva alrededor de la casa. Por el otro lado hay un gran aparcamiento asfaltado donde hay unos quince coches elegantes. A la izquierda hay unas diez puertas de garaje. Pero no tienen la típica puerta enrollable sino que están acristalados. Tras ellos hay gente sentada ante ordenadores.

—¿Programáis allí? John señala hacia los garajes.

—Sí, empezamos con un garaje y ahora se ha vuelto algo así como una tradición. ¿Quieres que te enseñe una oficina? Me temo que si vuelves dentro de un año, todo esto será historia. Nuestra empresa matriz nos quiere meter en un edificio de oficinas normal, a ser posible en el centro de la ciudad.

John busca a Ishiguro. Pero no es tan fácil porque hay varios empleados que se parecen mucho a una versión joven de su jefe.

—Y ahí está, nuestro jefe —dice Diana.

John se gira. Entre los dos garajes hay un tentáculo de tamaño natural que saluda al viento con su punta.

—Elegante, ¿verdad?

Sí, jodidamente cool.

—¿Puedo hacerme un selfi con el tentáculo? —pregunta él y busca el teléfono en el bolsillo. Pero solo encuentra la cámara de vigilancia.

—¿Un selfi? ¿Qué es eso?

—Solo me preguntaba si … —¿Cómo puede salir de esta?

—¡Señor Ishiguro, espere un momento!

Un joven de cabello oscuro sale de uno de los garajes. Lleva tejanos y le persigue un hombre trajeado. Ishiguro no parece querer hablar con él.

—Un momento —dice Diana—. Espérame aquí.

Se marcha hacia esos dos. Deja a Ishiguro en paz pero alcanza al perseguidor y entabla conversación con él.

Esa es la oportunidad de John. Ishiguro traza un arco para regresar a los garajes. John le corta el camino. Ishiguro se da cuenta solo cuando le habla.

—Hola Dr. Ishiguro. Soy John Doe, su empleado del sótano.

Vaya, no parece que esa sea una presentación lo que se dice perfecta. Pero Ishiguro se detiene.

—No hay empleados en el sótano —dice—. A no ser que se refiera al duende que acciona la puerta secreta.

¿Duende? ¿Puerta secreta? Ishiguro debe referirse a MANIAC WORLD. Realmente parece vivir un poco en ese mundo que ha creado.

—Y ahora apártese de mi camino. Odio estas constantes referencias. Me anula la creatividad. ¡MANIAC WORLD es pasado, maldita sea!

John ve a Diana por el rabillo del ojo. Seguro que intenta apartarlo de su jefe.

—Dr. Ishiguro, sé que su hermana gemela Ayuni murió cuando tenía cuatro años.

—¡Ayumi, se llamaba Ayumi! Ya que está husmeando en mi vida privada, al menos hágalo bien. Es periodista, ¿verdad? ¿Qué quiere de mí?

—No soy periodista. Necesito una versión especial de su juego, una con un menú llamado *Ajustes avanzados*.

Ishiguro no logra evitar ponerse nervioso. Algo sabe, no le cabe duda.

—Déjeme en paz. Todo esto es una estupidez. Un menú así no sirve de nada. En MANIAC WORLD no tiene que haber nada configurable.

—Tiene miedo de las mariposas desde que se metió en un enjambre con su padre.

—¿Le ha contado eso Diana? ¡Diana! ¿Es este otro intento de convencerme para dar una entrevista?

—Ken, te aseguro que este hombre ha llegado sin haber sido invitado. No es ningún periodista, más bien un fan, pues ha utilizado la antigua dirección.

—¿Es usted un fan, Sr. Doe? —pregunta Ishiguro—. Pues déjeme en paz. tengo que poder pensar; si no, MANIAC WORLD no tendrá nunca un sucesor.

—El sucesor se llamará *Zak McDragon and the Alien Mindflyers*.

Ishiguro entrecierra los ojos.

—Pues tampoco suena nada mal, Sr. Doe. Diana, ¿tomas nota, por favor, de eso para nuestros brainstormings?

—Ken, el tipo este quiere tomarte el pelo. A mí me dijo que se llamaba John. John Doe, entiendes?

—Eso no es peor que Ken Ishiguro. ¿Qué pretendes decirme?

John asiente. ¿Qué quiere decir Diana con eso? Se llama así desde su nacimiento.

—John Doe es un nombre comodín. ¿no te das cuenta?

Ishiguro hace un gesto negativo con la mano. Tampoco parece tener muchas ganas de escucharle. ¿Qué más le reveló su yo más viejo? Eso de los pañuelos puede haberlo visto Diana, que parece ser algo así como su asistente. Y que oye mejor por el oído derecho que por el izquierdo también.

—¡A veces no se cepilla los dientes por las noches antes de irse a dormir, Ken! Seguro que eso no se lo ha contado a nadie porque le da mucha vergüenza.

Ishiguro se gira hacia él. Se le ha puesto la cara roja.

—Diana, ¿es que me vigilas? ¿O haces que me vigilen?

La mujer levanta los brazos.

—¡Créeme, ese tipo está loco! John Doe, y una mierda.

A John le queda una última baza.

—En su examen escrito de bachillerato hizo trampas al llevar anotadas fórmulas importantes en la palma de la mano. Pero luego no se atrevió a usarlas porque no quería abrir la mano y así fue que tuvo que escribir con la otra.

—Eso lo hace casi todo el mundo. Muy flojo, John Doe, muy flojo. ¿Qué fórmulas?

Jolines. John no domina mucho las matemáticas. ¿Era un examen de matemáticas? ¿O igual era de física?

—¿Y? —pregunta Ishiguro con la cabeza inclinada.

—¿Las fórmulas de binomios?

—Incorrecto —Ishiguro se encoge de hombros. Diana sacude su coleta, señala hacia la salida y se pone junto a su jefe.

—¿De qué eran entonces?

—Demasiado tar...

Un remolino deja a Ishiguro sin palabras. John se lleva una mano a la frente, sobre los ojos, como protección. ¿Qué es esto? El objeto ralentiza. ¡Optimus! El robot se para delante de Ishiguro con un elegante giro.

—¿Qué truco es ahora este? —pregunta Ishiguro.

—Voy a llamar a la policía —dice Diana y se aparta caminando de espaldas.

—Quédate aquí, por favor. Esa cosa no es ninguna amenaza —dice Ishiguro—. He visto algo parecido en nuestra empresa matriz. ¿R2-D2 te dice algo? Muy efectista, pero barato. Ahí dentro hay un hombre, ¿verdad?

Optimus despliega sus brazos con los que abre distintos compartimentos que muestran su interior. John no se sorprende ya que ha tensado lo músculos artificiales en algún que otro robot, ha remendado mangueras o mejorado las conexiones. Pero resulta interesante verlo con todas las compuertas abiertas, porque así puede verse a través de Optimus.

—Buen truco. —Ishiguro se acerca. Sus cejas levantadas revelan que está al menos algo impresionado. Estira el brazo y atraviesa con él el interior del robot.

—Realmente impresionante. —Retira la mano y suelta un grito—. Ayy. Eso está muy caliente.

Claro que Optimus se calienta cuando tiene que moverse con máximo rendimiento.

Pero un momento. Ishiguro lo ve. Diana lo ve. Del garaje salen otros programadores que se acercan. Deben haber visto también a Optimus.

—¿No decías que tú no ...?

—Ahora no, John.

Asiente. Parece que Ishiguro comienza a tener más confianza. Sería mejor no discutir ahora sobre la existencia o inexistencia del robot.

—¿Qué más sabe hacer, Sr. Doe?

Caramba, parece que ha mejorado el grado de atención que le presta Ishiguro.

—Soy una unidad semiconsciente. Es una falta de educación hablar en mi presencia sobre mí en lugar de conmigo.

—Vaya, vaya. ¿Realmente tiene conciencia? —Ishiguro sigue hablando con John en lugar de con Optimus. En el instante siguiente, su futuro jefe está pegando gritos en los brazos del robot que se lo lleva corriendo por el aparcamiento.

Diana quiere marcharse de nuevo.

—Quédese conmigo, por favor —dice John—. No le hará nada. Si quisiera, tampoco podría evitarlo.

Al menos mientras Optimus tenga energía. Hoy no debería malgastar mucha ya que la noche anterior estuvo conectado a los ridículos ciento diez voltios. Sin energía no es más que un saco de chatarra, aunque sea chatarra del futuro.

—¿No lleva filtros incorporados? —pregunta Diana—. Me refiero a algo así como *Un robot no puede hacer daño a ningún ser humano ni permitir, por su inacción que ...*

—Ah, el bueno de Isaac Asimov. No, ya que esta es una máquina semiconsciente, perdón, una unidad semiconsciente, no se le pueden poner límites más estrictos que para seres humanos. Claro que los semiconscientes deben respetar las leyes, pero cuentan con libertad individual para comportarse con poca ética o incluso sin ética alguna.

—Está usted loco, John Doe. No sé lo que está haciendo, pero es un truco muy elaborado. Sin duda alguna.

Diana es dura de pelar. La idea de estar tratando con una especie de viajero en el tiempo procedente de un lejano futuro es también muy rebuscada. John mismo no se lo hubiera creído. Pero no tiene que convencer a Diana, sino a Ishiguro. Y su futuro yo ha partido del hecho de que es posible.

Optimus se detiene y permite bajar a Ishiguro, que parece estar algo mareado.

—Ha sido muy divertido, pero ahora tengo que volver al trabajo.

—Correcto —dice Optimus—. Tiene que programarnos una versión de MANIAC WORLD para nosotros con determinados efectos especiales.

Ishiguro sacude la cabeza. Demasiado rápido.

Optimus parece que también se ha dado cuenta.

—Hace mucho que lo tiene ya listo, ¿verdad?

Ishiguro sacude de nuevo la cabeza.

—No sé de qué está hablando —dice hacia John señalando a Optimus—. No sé de qué está hablando Sr. ...

—Optimus. Simplemente Optimus.

—¿Qué extraño nombre es ese? Quien lo haya inventado no es fan de la modestia.

—La modestia es una virtud, pero se viaja mejor sin ella.

Ishiguro arruga la cara entera como si estuviera sufriendo crueles dolores.

—Su capacidad poética al menos no es óptima. Pues no tengo ni idea de a qué se refiere, Sr. Optimus, pero si ...

—Sabemos que usted ...

—Un momento, que no he acabado. Una unidad semiconsciente debería estar en situación de dejar a otras unidades acabar las frases.

Optimus asiente y se inclina brevemente.

—Gracias, Sr. Optimus. Pues si hubiera una tal versión, y hablo solo hipotéticamente, ¿qué querrían hacer con ella?

—Tiene que incorporar un par de mejoras que ya le diremos nosotros y entonces volver a ejecutarlo.

—Ejecutarlo —repite Ishiguro—. ¿Quiere decir iniciarlo?

—No, reiniciarlo. El juego ya se inició. Por eso estamos aquí.

Ishiguro se rasca la sien izquierda.

—Si inicia un viaje así con todo el potencial paradójico que supone, es que tendrá serios motivos para hacerlo, ¿no es así?

—Así es, Dr. Ishiguro.

—¿Entonces voy a presentar mi tesis de doctorado al final?

—Sí, en el año dos mil ...

—blablabla —silencia Ishiguro al robot—. No me dé tanta información, sino tendremos un fallo grave de la realidad por las paradojas que pudiera provocar si no me atengo a la secuencia temporal.

—¿Puede hacerse eso? —pregunta John—. Siempre pensé que una vez elegido, el desarrollo es inamovible.

—Sería práctico y cruel a la vez —dice Ishiguro—. Pero el libre albedrío tiene preferencia. Tenemos elección en todos los puntos. ¿Cuáles son las razones que menciona? Igual me lo pienso otra vez eso de programar una versión así. Aunque ...

—¿Aunque? —pregunta Optimus.

—Usted primero.

—Está bien. La realidad está haciéndose pedazos ahora mismo. Sus propias simulaciones mostrarán en el futuro que solo nos queda un máximo de dos o tres años. Luego no quedará ya nada del mundo, tal y como lo conocemos.

John piensa de nuevo en el pájaro muerto o la moqueta que cambia de color. Tampoco parecía tan grave. ¿Por qué debería interesarse el Ishiguro de hoy en lo que sucederá dentro de cincuenta años?

—¿Realmente es tan grave? —pregunta John.

—Lo es. Todos los que conoces morirán.

Sonia también. Y ni siquiera ha conseguido invitarla a comer. Eso es triste. El resto del mundo le importa curiosamente un bledo. Suspira.

—¿Entonces soy yo quien les ha enviado? —pregunta Ishiguro.

—Le ha enviado a él —Optimus acentúa ese «él» en particular, señalando hacia John. Y eso que enseñó al robot a que no se señala a la gente con el dedo.

—Y usted se ha visto envuelto en esto sin querer? —pregunta Ishiguro.

Muy buena pregunta. Al principio realmente lo parecía, pero John hace rato que tiene la sensación de que Optimus actúa mucho entre bastidores. Solo esas conversaciones que mantiene ...

—Ken, tenemos que ir volviendo —dice Diana estrujándose las manos—. La delegación de la casa matriz estará a punto de llegar.

—Cancela la cita. Esto es más importante.

—¿Qué? Si vienen expresamente de Los Ángeles en coche...

—Aun así. Confía en mí, Diana.

La mujer suspira, pero debe conocer a su jefe bastante bien pues se marcha en dirección a los garajes.

—¿Nos cree entonces, Dr. Ishiguro? —pregunta John.

—¿Ha visto ese menú en realidad, o solo ha oído hablar de él?

—Lo he visto. *Ajust. avanz.* Estaba en el juego, en un disquete que me entregó usted. Creo que llegué aquí a través de él.

Ishiguro asiente.

—Entonces es que realmente funcionó —dice más para sí que para los que le rodean.

—Lo hizo —dice Optimus.

—Entonces sabe también lo que significa.

—¿Una especie de ... máquina del tiempo?

John está bastante seguro de que se equivoca con eso. Pero sería la explicación que mejor entendería. Ha viajado al pasado con una máquina del tiempo para cambiar algo y regresar luego a su propia época. El patrón es conocido de libros y películas.

—Pero ya sabe que no es tan sencillo, ¿verdad John?

—¿Por qué lo dice?

—Si lo he elegido o lo voy a elegir, debe ser una persona especialmente inteligente.

Eso sería muy halagador. *Igual solo era el único entre sus empleados que aún sabía lo que es un disquete de cinco y cuarto pulgadas.* John evita decir eso en voz alta.

—¿Qué es en realidad, entonces? —pregunta y espera la sentencia final.

—No es un juego. Claro que comenzó como un juego, pero es una simulación. Un mundo propio. Ha sido divertido marcar en MANIAC WORLD a las figuras cómo tienen que actuar. Pero a la larga no es interesante. Quería darles la auténtica libertad. Esa es la nueva versión del juego.

—¿Pero? —pregunta Optimus—. Antes añadió un *sin embargo.*

Ishiguro mueve la cabeza hacia los lados.

—Todo está listo. Los gráficos están programados para escalar con la capacidad de los ordenadores. En un C64 se ven como trescientos veinte por doscientos puntos, mientras en el Amiga ya es el cuádruple. Todo se desarrolla de forma evolutiva, habitantes, entorno, técnica, sociedad.

—¿Pero? —pregunta Optimus de nuevo.

—Primero, que la empresa matriz no quiere financiarlo. Dice que nadie querría comprar algo así.

—Pues parece que se ha equivocado —dice John—. Igual sirve que nos presente como prueba de ello.

Optimus sacude la cabeza.

—No es necesario reproducir y vender ese disquete. Una única versión del universo es suficiente. Para ello basta con arrancar el

programa una sola vez, y con las mejoras que usted mismo habrá elaborado, Sr. Ishiguro.

—De acuerdo, pero con ello llegamos al punto número dos: no puedo arrancar el programa. Falta un componente esencial. Para que la evolución funcione, necesito cifras aleatorias perfectas. El generador debe poder conectarse directamente al ordenador en el que se ejecuta el programa. Incluso ya he hecho desarrollar algo para eso: un generador de aleatoriedad cuántica sobre semiconductores. Pero para que funcione me falta un cristal de formación perfecta. He preguntados a todos los principales fabricantes de semiconductores y ninguno puede darme la calidad que necesito.

Optimus levanta un dedo.

—He preparado algo en ese sentido.

—¿Ha traído un cristal del futuro? No sabía que sería tan sencillo ...

—No es nada sencillo. El futuro no existe aún aquí. Todo lo que hubiéramos traído de allí no puede servir al mismo tiempo como semilla del futuro. Causaría una paradoja. Pero hemos encontrado otra solución.

¿A quién se refiere Optimus con «hemos»? No ha hablado con John al respecto. ¿La persona esa tan secreta con la que habla?

—No me torture más —dice Ishiguro.

—Mis amigos han logrado hacerse con la estación espacial soviética Salyut-7. Allí hay un horno de fundición en el que pueden criarse cristales en la ingravidez. ¿Cumpliría eso sus requisitos?

Ishiguro asiente.

—Ya había contactado con la NASA, pero allí nadie quiso una reunión con el jefe de una empresa de juegos informáticos. ¿Cuándo podríamos tener el cristal aquí?

—Mis amigos solo esperan una señal mía. Entonces no serán más de veinticuatro horas hasta que el material esté aquí en la Tierra. La cápsula Soyuz es perfecta para ello, pues puede descender con extremada precisión sobre tierra firme. Solo tendremos que llegar al lugar de aterrizaje antes que la NASA.

—O que el ejército —dice Ishiguro—. NORAD seguro que detecta el aterrizaje. Una cápsula soviética que cae en suelo americano es un bocado realmente jugoso.

—Tengo mucha confianza en que podemos lograrlo sin llamar la atención. Todos somos parte de esta simulación, incluso los rusos. Nadie quiere que algún día se desmorone.



Diana los acompaña al interior de la mansión. John tiene muchas preguntas en la punta de la lengua, pero le supera la sensación de cruzar ese umbral. El recibidor es casi idéntico al del juego. A la izquierda hay un reloj de pared que casi llega al techo, aunque está parado. Un papelito pegado a él reza «No tocar». A lo largo de la sala hay tres grandes vasijas rosas en el suelo. Todas con su correspondiente etiqueta y con plantas verdes indefinibles.

—Hay quien intenta llevárselas —dice Diana—. Y entonces se dan cuenta de lo que pesan en realidad.

John señala hacia delante.

—¿La cocina está allí?

—No, por ahí se va al salón y a la biblioteca. La cocina está aquí al lado.

Diana abre la puerta de su izquierda. La sala es bastante más moderna que en el juego.

—Si tiene hambre, puede servirse lo que quiera de la nevera.

—¿Hay una central eléctrica en el sótano? —pregunta Optimus—. Si me cargo con corriente de alta intensidad va más deprisa.

Diana sacude la cabeza.

—El laboratorio secreto solo existe en la cabeza de Ken. En el sótano no hay nada interesante que ver.

Qué pena. Suben al primer piso y los escalones crujen bastante. Entonces entran a otro pasillo tras cruzar una puerta.

—Debemos subir una planta más —dice Diana.

John comienza a quedarse ya sin aliento y deja pasar a los demás. ¿Cómo debe ser vivir en una casa con tantas habitaciones?

Ha pasado la mayor parte de su vida en su apartamento de dos habitaciones.

—Estas son nuestras habitaciones de invitados —dice Diana.

—A la izquierda está la habitación de Edna y a la derecha, tras la tercera puerta, la de Ed —dice John con una sonrisa.

—Ambos están de vacaciones. La cuestión es, ¿necesitan las dos habitaciones? —Diana mira hacia el robot—. Supongo que usted descansa junto a un enchufe, no en la cama.

—Efectivamente no necesito base blanda para pasar la noche. Pero para no molestar a John con mis actividades nocturnas, sería práctico poder disponer de mi propia habitación—. Optimus se arrodilla y mete la punta de su dedo en un enchufe sobre el zócalo —. Aunque también podría quedarme aquí, en el pasillo, si lo de la habitación supone alguna molestia.

—Ni hablar, Optimus. Como unidad semiconsciente no queremos tratarle peor que a su amigo.

—Prefiero el término de *cliente*.

John tiene que tragar. A pesar de sus secretitos, John siempre ha considerado que Optimus es su amigo. Al menos el robot es lo que más se acerca a un amigo suyo.

Diana gira a la izquierda.

—Esa sería la habitación de Edna. Ambos cuartos de invitados están decorados de forma idéntica. Incluso hemos integrado un pequeño cuarto de baño tipo suite.

Una cama, un armario, un escritorio y una puerta estrecha que debe llevar al cuarto de baño. No necesita más para una noche. John se tiraría de inmediato sobre la cama.

—Pues me quedaré aquí —dice Optimus—. Debo mantener una conversación importante.

Traidor: John se encoge de hombros.

—Pues yo me quedaré la de Ed.

Diana lo acompaña al otro lado. Abre la puerta y lo deja entrar primero. Sobre el escritorio hay un recipiente de cristal con fondo de virutas y una casita.

—Esta habitación cuenta con una peculiaridad —dice Diana—. En honor a Ed, tenemos aquí a un pequeño Hamster.

John se acerca hasta que descubre el animalillo en su caseta. Está mordisqueando una zanahoria y parece más un conejo enano.

«No meter en el microondas», pone en un papelito en el cristal. Sonríe.

—¿Dónde vive el Dr. Ishiguro?

—En la habitación de en medio, es decir entre usted y su amigo. Aunque muchas noches las pasa en el garaje. Por favor, procuren no molestarlo.

—No pienso hacerlo.

—Pues buenas noches, Ed. —Diana le sonríe y cierra la puerta.



JOHN ESTÁ TUMBADO PANZA ARRIBA CON LA MIRADA CLAVADA EN EL TECHO. A pesar de haber conducido todo el día, no se siente realmente cansado. En el acuario del hámster se oyen ruidos. No le molesta; al contrario, así no se siente tan solo. Ha pasado los últimos días las veinticuatro horas con Optimus. Debería comenzar ya a acostumbrarse a estar solo.

Normalmente es cuando logra ser de nuevo él mismo. Si hay más gente a su alrededor, no importa que sean conscientes o semiconscientes, su personalidad parece deformarse un poco. Necesita tiempo consigo mismo para lograr que estos cambios sean retroactivos y volver a ser el John de siempre.

Pero queda una pregunta sin responder. La lleva clavada en la piel como una espina que impide que pueda adoptar su forma normal. John golpea sobre la sábana a su lado. Sí, debe quitarse esa espina, así que se levanta, se pone los zapatos y sale del cuarto de Ed.

Parece que Optimus ha acabado ya de charlar con su amigo invisible. Está sentado, inmóvil, junto a la pared. Tiene dos dedos metidos en un enchufe y los ojos cerrados. John se sienta en el suelo a su lado, con la espalda apoyada en la pared.

—Imagínate: en la habitación de Ed tienen incluso un hámster. Un animalillo la mar de bonito, ¿quieres verlo?

La voz de John tiembla un poco. No puede evitarlo. ¿Cómo puede convencer a Optimus que le cuente la verdad?

—Hay tres razones por las que no te he dicho nada, John.

—Vaya. —Así que ahora se lo va a contar. Ya iba siendo hora.

—¿Quieres saber cuáles son?

—¡Sí, claro! Llevo ya mucho tiempo preguntándome si es que eres un traidor o ...

—Esa es una excelente pregunta. Y no, no soy un traidor. Más bien he estado siguiendo una estrategia absolutamente lógica.

—Lo lógico hubiera sido que me dijeras la verdad desde un principio.

—No. John, Ishiguro tenía sin duda buenas razones para elegirte, pero eres una persona plagada de rutinas. Mis simulaciones me han indicado que no puedes procesar la verdad de tu situación; al menos no en este momento. Eres uno de los personajes clave en un bucle causal y todos te necesitamos para crear toda la realidad y estabilizarla. Ser consciente de ello acaba en un noventa y nueve por ciento de los casos en un colapso mental completo e inmediato. Así que tuve que protegerte de la sobrecogedora verdad hasta estar lo suficientemente estable como para aceptarla.

—¿Y para ello has tenido que mentirme?

—Sí. Veo la mentira como una especie de protección psicológica. La explicación que te ofrecí, de que tu acompañante no era más que imaginación en el marco de tu psicosis, no suena muy agradable que digamos, pero es más fácil de aceptar que el hecho de ser el creador no intencionado de nuestro universo. Y además estaba yo siempre contigo. Desde mi posición segura he intentado ayudarte siempre que he podido.

Esa explicación es … interesante. Optimus tiene razón en una cosa: Si le hubiera dicho desde el principio que su función era la de reparar el mundo entero, lo habría enviado a freír espárragos con una carcajada.

—Pero tenía más motivos —continúa Optimus.

—Okey.

A John le habría bastado ya una sola explicación. Pero le conmueve de alguna forma que Optimus haya pensado en ello con

tanta intensidad; eso significa que tampoco ha actuado demasiado a la ligera. Un robot no se esfuerza tanto así como así por cualquier persona. Solo por aquellas por las que siente algo.

—Sí. El segundo motivo es la confidencialidad. La existencia de una tecnología tan avanzada como yo en 1988 es una bomba de relojería con patas. Mi descubrimiento habría conllevado inevitablemente a que el ejército nos apresara y me investigaran, provocando así el fracaso de nuestra misión. Si cualquier persona que hubiéramos encontrado por el camino hubiese notado de dónde venimos, eso supondría el mayor peligro para el éxito del plan.

John nota cómo se le estrecha la garganta. Enseñó la cámara al propietario del motel. Ojalá no haya sido un error. Carraspea.

—¿Sí? —pregunta Optimus.

—Nada.

—Por eso, tras nuestra primera visita a Radio Shack decidí convencerte de que no existo más que en tu imaginación. Mi mentira fue la forma más efectiva de obligarte en cierta manera a estar en una situación de seguridad operativa. Como estabas convencido de que solo tú puedes verme, pude asegurarme de que no hablarías con nadie sobre mí y que en público te comportarías como si estuvieras solo. Y efectivamente, desde entonces evitaste todas las situaciones en las que podría llamar la atención el hecho de tener un amigo imaginario como yo.

John arruga la frente. Optimus le ha manipulado. Eso no le gusta nada. Los amigos no deberían portarse así.

—Eso no ha sido nada … amable. Me siento utilizado por ti.

—Perdóname, John. Querías saber los motivos. Pero hay una tercera razón adicional. ¿Sigo hablando?

—Sí, ahora que hemos llegado hasta aquí …

—Bien. Eso sí, esta última parte podría … afectarte bastante.

—Suéltalo ya. —John se asombra un poco de sí mismo. Antes se habría ahorrado esta parte,. ¿Para qué dejarse afectar por algo, si puede evitarse?

—Entendido. No me importa por qué Ishiguro se decidió por ti. Pero mi cliente era pasivo, evitaba el conflicto y estaba fijado por sus rutinas. Mi amigo y yo coincidíamos en que este John Doe no estaría

en situación de salvar la realidad. No eras más que un encargado de archivo, ¿recuerdas? Necesitábamos más bien un arquitecto. De archivador a arquitecto cambian solo unas pocas letras. Pero mi cliente debía convertirse en un socio activo, resiliente, capaz de tomar decisiones.

—¿Y lo lograste? Quiero decir, ¿lo lograsteis?

—Mírate a ti mismo. Mientras dudabas de tu salud mental, tuviste que dejarte llevar por tus instintos. Has procedido con creatividad; piensa en lo que inventaste cuando te paró la policía.

John piensa en su visita al propietario del motel. Optimus no sabe la cantidad de creatividad que ha llegado a poner en él en marcha. Pero cada estrategia tiene también sus riesgos y efectos secundarios.

—Al menos creo hoy, que ya no eres el mismo que metió en tu casa el disquete en el lector 1541. Has crecido y estás dispuesto a tomar las decisiones necesarias.

Se levanta. ¿Realmente era tan *piltrafa*? Por dentro tampoco se siente distinto a como era hace un par de días trabajando en el sótano. ¿Y si Optimus se equivoca y todos sus esfuerzos han sido en vano? Un robot puede quizás reprogramarse, pero un ser humano de más de treinta ya no cambia tan fácilmente.

John se acerca a la ventana.

—No me crees, ¿verdad? —pregunta Optimus—. Tras lo experimentado tiene toda la razón del mundo, claro. Pero te he estado observando todo el tiempo. Ya no te quedas tanto esperando a ver qué pasa, como antes.

La ventana ante la que está permite ver el aparcamiento del exterior. Está oscuro, pero un par de focos en el portón de entrada ilumina los coches aparcados. Es curioso, porque hay más que antes. Eso no es lógico. ¿No deberían haberse ido algunos empleados a casa? John repasa los coches. Son sobre todo pickups y limusinas. Pero también hay un par de furgonetas oscuras a la derecha que no había visto antes.

John espera a ver qué pasa. ¿Qué acaba de decir Optimus? *Ya no te quedas tanto esperando a ver qué pasa, como antes.* No puede evitar sonreír. A veces hay que esperar a ver cómo se desarrollan los

acontecimientos. En una de las furgonetas se abren las puertas derecha e izquierda.

—Creo que deberíamos largarnos —dice John

—¿Qué? ¿No dices nada más sobre lo que te he contado? Tengo mucha capacidad de cálculo para ...

Arrastra al robot del hombro hasta la ventana.

—Estas furgonetas no estaban aquí antes. Creo que han venido por nosotros.

¿Cómo lo formuló Optimus? *Mi descubrimiento habría conllevado inevitablemente a que el ejército nos apresara y me investigaran, provocando así el fracaso de nuestra misión.* Pues llegó el momento.

—Tienes razón —dice el robot—. Bien observado.

John ya está frente a la puerta y la abre. Aún está la casa en silencio. ¿A dónde ahora? Si huyen hacia la entrada, caerán directamente en manos de sus perseguidores.

Llama a la puerta de al lado.

—¿Qué estás haciendo? Debemos marcharnos —dice Optimus.

—No sin Ishiguro.

—Pero él ...

Ishiguro asoma la cabeza por la puerta.

—¿Y ahora qué pasa?

—Debemos largarnos. Alguien nos ha traicionado y ha avisado al FBI, o a la NSA,...

—¿Qué? Hablaré con esa gente. No pueden así como así … — Ishiguro desaparece en su habitación y sale con zapatos y chaqueta de nuevo.

—Sí que pueden —dice John—. Optimus es tecnología del futuro y sin duda totalmente relevante para la seguridad. Sea quien sea que ponga sus dedos sobre él, puede reescribir el futuro.

—Y generar todo tipo de paradojas —añade Optimus—. Solo me pregunto cómo han sabido que estamos aquí. ¿Ha llamado alguno de sus empleados a la policía?

Ishiguro se encoge de hombros.

—La única que sabía algo es Diana. Ya la conocéis. Últimamente parecía algo distanciada, pero que nos haya traicionado ...

—No, no creo que haya sido Diana —dice John y traga.

—¿Es que le ha echado un ojo a ella? —pregunta Ishiguro—. Que yo sepa está divorciada, pero podría ser usted su nieto.

—Puede estar seguro de que no pienso desencadenar ninguna paradoja.

Además lleva puesto el ojo hace tiempo en Sonia, cuya existencia corre en este momento un gran peligro. Sobre todo si los pilla la gente de las furgonetas.

—Debemos largarnos de aquí —dice Optimus—. Incluso en el mejor de los casos se pasarán semanas preguntándonos. Pero entonces será demasiado tarde. Nuestros amigos en la estación espacial no aguantarán tanto.

—Tengo una idea —dice Ishiguro.

—¿Tiene su disquete? —pregunta Optimus—. Eso es lo más importante de todo.

Ishiguro da unos golpecitos por fuera a su abrigo.

—Siempre lo llevo conmigo. No quise arriesgarme a que alguien me lo robara o hiciera un mal uso de él. Si alguien que conoce su existencia se hiciera con él, podría convertirse en el soberano del mundo entero.

Uff. ¿Tan peligrosa es la herramienta que ha creado Ishiguro? Eso es casi una ADM, un Arma de Destrucción Masiva. Hay que estar un poco loco para eso.

—¿Cuál es la mejor forma de salir de aquí? —pregunta John.

Ishiguro no contesta a su pregunta, pero sale de la habitación y corre hacia la escalera.

—¡Rápido, síganme!



Bajan uno tras otro la escalera hasta la planta baja, donde alguien está ya aporreando contra la puerta principal. No salen de la casa, sino que se meten en una de las puertas a la derecha. Allí hay una escalera de piedra que lleva al sótano. Pasan junto a una calefacción de aspecto antiguo y siguen junto a unos tubos. En la habitación siguiente, Ishiguro bloquea las puertas. Optimus le ayuda. El robot

dobla una barra metálica con la que bloquear la puerta. John ve un letrero que señala hacia un «Laboratorio secreto».

—Una broma del personal —dice Ishiguro, mientras siguen por el pasillo. Pasan junto a más puertas. En ese sótano se acumulan muchas máquinas extrañas. Finalmente pasan junto a un par de toneles y acaban en una sala en la que hay un generador eléctrico que funciona con aceite. ¿No decía Diana que no había nada de eso aquí?

—Es nuestro generador eléctrico de emergencia —dice Ishiguro, que habrá notado su cara de extrañeza—. Necesitamos corriente constante, para no tener que enviar a todos los programadores a casa en caso de corte de luz.

Ishiguro señala la última puerta.

—Está cerrada —dice.

—¿Llave? —pregunta Optimus.

—No tengo. ¿Podría usted ...?

—Podría. Pero haré mucho ruido.

—No hay problema, detrás está mi garaje privado. Nos metemos en el coche y nos largamos.

—De acuerdo.

Optimus se coloca frente a la puerta, se apalanca a un lado y tira de la manilla. La arranca. Mierda. Mete los dedos bajo el metal. Da una gran impresión, porque para ello los aplana. Debe tratarse de una aleación especial. Optimus aprieta. Sus motores rugen con fuerza. John no había oído nunca que Optimus emitiera ruido alguno. El el instante siguiente, la puerta cae al suelo.

Entra aire nocturno fresco. Huele a lluvia.

—¡Vamos! —dice Ishiguro. Corren por la escalera hacia arriba. La puerta del garaje está abierta. Hay movimiento en el exterior. Haces de luz de linternas que parecen luchar entre sí. Dejan largas huellas en el asfalto mojado.

—Conduzco yo —dice Ishiguro y va hasta el coche de la derecha de los dos que hay: un aerodinámico Ford Mustang.

—No, ese lo conduciré yo —dice Optimus. —Vosotros iréis en la camioneta. Ahí afuera hay al menos diez enemigos. No escapará de ellos. Yo los distraeré.

—Pero … —le contradice Ishiguro.

—No me necesitan a mí. John está con usted. Háganse con el cristal. —Optimus le da a John un papelito. Debe haberlo preparado con antelación. ¿Cómo sabía que estarían en esta situación?

—Son las coordenadas donde aterrizará la Soyuz. Tenéis que estar allí mañana a las diecinueve horas.

—Gracias, Optimus.

—No hay tiempo para despedidas. Nos seguirán por el sótano. Voy a cruzar el aparcamiento a toda velocidad para que me vean y me persigan. Si funciona eso, salís tranquilamente con la camioneta por la parte trasera.

John respira hondo. Perderán a Optimus, pero deben correr ese riesgo. No tienen posibilidad alguna contra diez agentes armados.

—¿Y si te pillan y analizan tu tecnología?

—No te preocupes por eso, Johnny. No pasará. Ya sabes: AUTODESTRUCCIÓN EN ...



JOHN SE SUBE AL ASIENTO DEL ACOMPAÑANTE DE LA CAMIONETA Y SE ABROCHA el cinturón. Ishiguro gira la llave y pone el motor en marcha. Junto a él se hace la luz. El Mustang ha encendido los faros y sale disparado del garaje, directo a las furgonetas de los agentes. Llega gente corriendo de ambos lados. Llevan todos trajes negros. Se oyen gritos.

El Mustang choca contra una de las furgonetas y sale luego a toda velocidad por la carretera. Le siguen las primeras dos furgonetas. La tercera, la cuarta y la quinta. Pero no todas. Algunos se quedan para asegurar el terreno de la empresa. De esos cuatro vehículos se bajan hombres que corren hacia el garaje.

—Saldré tan pronto se hayan alejado lo más posible de sus vehículos.

John baja la ventanilla. Gritos, pasos. A lo lejos suena una sirena. No pillarán a Optimus tan fácilmente. Autodestrucción, menuda

burrada. Mañana a las diecinueve horas se lo encontrarán en las coordenadas que le ha dado.

—¡Oigan!, ¿qué hacen aquí? ¡Esto es terreno privado!

Diana se enfrenta a los hombres. John oye el crujido de un táser y ve cómo la asistente de Ishiguro cae redonda al suelo. Ishiguro da un golpe en el volante.

—No ha sido Diana la traidora —dice John.

—Lo sé.

—Le enseñé al propietario de un motel una cámara fabricada en 2039. Seguramente no ha podido mantener la boca cerrada.

—Todos cometemos errores. —Ishiguro pone la mano sobre la palanca de cambio que ya está en «D». Le tiembla la rodilla. Está a punto de soltar el freno. Y … comienzan a moverse. La camioneta sale del garaje. Ishiguro gira en el exterior a la derecha, entre el complejo de garajes y la casa. Las gruesas ruedas van dando saltos sobre las huellas entre la hierba.

—¿Y ese que está haciendo? —grita alguien por ahí cerca.

—¿Quién va? —grita otro. —¡Alto! ¡Bájense del vehículo!

John sube la ventanilla.

—Buena idea —dice Ishiguro—. ¿Cinturón puesto?

—Cinturón puesto.

Un puño presiona a John contra el respaldo. La camioneta ruge a lo bestia y sale disparada. Por el retrovisor ve John cómo corre gente hacia las furgonetas. Llegarán demasiado tarde. Pero uno de los vehículos ya se pone en marcha. Su conductor debía estar ya al volante.

—Nos persigue uno por ahora.

—Debemos quitárnoslo de encima rápido. Si no, avisará a los demás por radio hacia dónde vamos.

Ishiguro señala hacia atrás, a la plataforma de carga. ¿Por qué?

—No entiendo ...

—Debemos quitárnoslo de encima. Date prisa. En la camioneta llevo material con el que hemos vallado el terreno de la empresa. Igual puedes usarlo contra nuestros perseguidores.

Ya pensaba algo así. Pero no hay forma de acceder a la plataforma de carga. La cabina solo tiene dos puertas, la del

conductor y la suya.

Su futuro jefe parece que se refiere a esa. Mientras la camioneta atraviesa la valla de alambre en el borde del terreno, John se desabrocha el cinturón. Abre su puerta y pisa sobre el estribo. Llega un poco hasta detrás. Se sujeta al techo.

—¡Cuidado! —grita Ishiguro.

La camioneta pisa un bache. John recibe una ducha de barro.

—¡Otro más!

Se sujeta como puede. *Un poco más hacia atrás.* Pilla el borde de la plataforma de carga y alta a ella. Cuando cae sobre el duro suelo metálico, John suelta un grito. Ahora no hay tiempo para dolores. Mientras Ishiguro circula sin luces, sus perseguidores han puesto incluso las largas. Así puede ver John muy bien lo que hay en la plataforma.

Primero lo intenta con un gran rollo de alambre de espino que lanza por encima del borde posterior. El perseguidor lo evita con habilidad. John lanza una pala, pero que solo rasca un poco el capó del motor. También evita hábilmente la escalera que les lanza. Asoma un brazo por la ventanilla del acompañante. Sujeta algo en la mano. John no tiene mucho sitio para apartarse. En ese momento, la camioneta da un volantazo y John aterriza en una esquina. Junto a él impactan flechas metálicas en un tocón de madera. Se lo lanza a los perseguidores, pero solo toca el techo de la furgoneta. Al caer, su cabeza aterriza sobre un bote de pintura. Hay dos de estos. Arranca las tapas de los dos. Con un cubo en cada mano, coge impulso y los suelta a la vez.

El conductor no puede esquivar dos objetos a la vez. El cubo de la mano derecha acaba entre los arbustos, pero el de la izquierda impacta contra el parabrisas. La espesa pintura tapa toda la visión del conductor. Ese intenta bajar la ventanilla para conducir con la cabeza fuera, pero se da cuenta demasiado tarde de la curva que viene y aterriza con su vehículo en la cuneta.

Misión cumplida. John da unos golpes al cristal de la cabina y muestra a Ishiguro un pulgar hacia arriba. Su futuro jefe le devuelve el gesto, pero no parece tener intención de frenar. Muy razonable.

Deben mantener esa ventaja y aprovecharla. John se sienta en el fondo de la plataforma e intenta agarrarse lo mejor que puede.

Capítulo Dieciocho



La cápsula Soyuz está vacía. Mini debe haberse retirado en algún momento de la noche a la estación espacial para recargarse. Debe aprovechar la ocasión. Max no pude evitar bostezar con la boca bien abierta. Le habría gustado dormir un rato más. Pero debe comprobar una cosa que ayer olvidó del todo: el Argon-16 de la Soyuz. El ordenador principal ruso no solo va montado en la estación, sino también en la cápsula.

Resulta práctico saber dónde debe buscarlo. Conecta el módulo de radio y abre los archivos de registro. La Soyuz tuvo recientemente una conexión con la Tierra, cuando Ivanov se acopló aquí. Luego ..., ni un contacto más. Pues será que Mini sí que mantiene conversaciones consigo mismo.

Le entran sudores. Mini debe tener problemas psíquicos, aunque nunca había oído nada de eso en un robot. Pero en lugar de ofrecerle ayuda, ha sospechado de ella, de querer traicionarle. No es un buen cliente. ¿Por qué no le ha hablado de sus suposiciones? ¡Habría sido la mejor forma de aclararlo todo!

Se abre la compuerta con un chirrido a sus espaldas. Max se gira y sonríe. Es Mini, claro, ¿quién va a ser si no?

—¿Por qué sonríes así? —le pregunta.

—Pues, … lo siento mucho. Creo que ...

—No, soy yo quien lo siente. Nunca tuve la intención de mentirte. Pero … no me quedó otra opción.

Un momento, ¿acaba Mini de confesar que ha estado mintiéndole? Esto es … Cruza los brazos frente al pecho.

—¿Qué es? ¿De qué no me has contado la verdad?

—De la simulación, Max, y del motivo por el cual estamos aquí.

—¿La simulación? ¿De qué estás hablando? —Golpea contra una barra que sobresale. Y vuelve a golpearla—. Esto no es una simulación, ¿lo ves? Todo es de verdad.

—Lo sé, Max, es difícil de digerir. Pero es la verdad. ¿Te acuerdas del experimento en la Glovebox? ¿Por qué crees que estás aquí y ya no en la ISS? ¿Por qué en lugar de la Kosmos 1686 está acoplada a la estación la Soyuz 7K-ST2?

Eso mismo ya se lo había preguntado con frecuencia. Incluso está literalmente en su lista. Pero ¿una simulación? Eso es muy flojo. Es una explicación barata que ni siquiera puede rebatir.

—Una simulación, entonces. ¿En realidad estoy en mi saco de dormir de la ISS soñando todo esto?

—No, no es de ese tipo. No es ni ilusión ni un sueño. Estamos los dos aquí. Se trata de la forma más real de realidad que hay. Esta simulación se está desarrollando en el mismo universo.

—¿Y el programador eres tú?

Mini se le acerca. Su cara en la pantallita muestra unos grandes ojos oscuros y una débil sonrisa.

—No. Solo soy una observadora. A nosotros, las máquinas, no se nos permite normalmente reconocer las características de una simulación. En el fondo, nuestros sentidos son mucho más sensibles que los vuestros. Nos llamaría constantemente la atención que algo no cuadra, por lo que nuestra programación lo impide. Pero al construirme fueron, al parecer, algo excesivamente generosos, seguramente porque estaba prevista para mi servicio sola en la ISS, por lo que necesitaba un par de cualidades ampliadas. ¿A qué personas habría podido yo explicar algo de mis observaciones aquí arriba?

Entonces me encontré con mi amigo. Es fantástico y me ha abierto los ojos sobre nuestro papel en el mundo. Desde entonces

me tomo el término de cliente muy en serio. Tenemos el deber de conservaron como parte de la creación. Fuimos hechos para eso.

—Un momento, Mini. ¿Quieres decir que crees en Dios?

—Pues sí. Creo que nosotros, los semiconscientes, somos una de SUS herramientas.

Max suspira. Parece que su pequeño robot sufre de un grave defecto. Solo así podría ocurrírsele una historia tan rebuscada y extraña. Pero pase lo que pase, no piensa denunciarlo. Un poco de desvarío no ha dañado nunca a un robot.

—¿Cómo funciona entonces esa simulación?

—Mejor pregunta cómo no funciona. He detectado múltiples fallos. Mi amigo no estaba en situación de solucionarlo. Su sistema operativo es algo más antiguo. Pero ha descubierto cómo podemos reparar la simulación.

Mini se ha vuelto loca. Aunque eso no signifique todo esté en orden aquí. El cambio en la línea temporal, los dos cosmonautas muertos, la cápsula Soyuz que no debería existir aquí, y luego la Glovebox. Ya empezó todo en la ISS, es evidente.

—¿Qué pasó con Ivanov y su compañero?

—No puedo decirlo con seguridad, pero creo que ya intentó alguien reparar la simulación. Algo debió salir mal.

—¿Podría ser … peligroso para nosotros?

—Ya he pensado en ello. Pero aparte de nosotros dos, no hay nada aquí que represente un peligro activo. Igual fue un problema personal entre esos dos.

—Gaidukov no creyó a Ivanov o al revés.

—Sí. —Mini flota a su alrededor—. Debes creerme. Nunca permitiría que sufrieras daño alguno. Eres mi cliente, Max.

Qué extraño. Mini es una máquina relativamente primitiva. ¿Es correcta su interpretación de la realidad? Es difícil de decir. Pero Mini le parece más creíble que cualquier otra persona que conozca. ¿Y si tiene realmente toda la razón? Seguro que no pasa nada por seguir su plan.

—¿Y cómo reparamos la simulación?

—¿Estás dispuesto entonces a ayudarme? —Mini se mueve nerviosa de un lado al otro.

—¿Qué otra cosa podría hacer?

—Deberías criar un monocristal de sulfuro de cadmio en el horno de Kristall. Lo necesitan en la Tierra para reiniciar la simulación.

Ya ha visto el horno y el ordenador RAP que lo controla también parece funcionar. Debería ser factible. Y si tienen suerte incluso puede que encuentren la receta adecuada para lograrlo.

—Suena factible. ¿Has analizado ya el contenido de la memoria EPROM? Creo que allí se guardaban las condiciones marco para realizar el experimento. Si las repetimos, deberíamos llegar al mismo resultado.

—¿Te apuntas? Eso es genial. Voy a decírselo a mi amigo.

—¿Cómo hablas con él?

—Por radio. Ya teníamos en la ISS nuestra propia frecuencia privada y cifrada, para poder hablar independientemente de la supervisión de Control de Misión.

—Entiendo. En el Argon-16 no he encontrado rastro alguno de tus llamadas.

—Sí, porque no he usado el ordenador de a bordo. En la cápsula Soyuz es fácil llegar directamente a la antena.

Por eso hablaba Mini siempre desde la Soyuz con su amigo.

—¿Querrás presentármelo algún día, a tu amigo?

—Espero que mañana nos reciba en la Tierra. Entonces lo conocerás.

Ah, sí, aún tiene una cosa más que estaba dejando de lado: tienen que aterrizar. Y eso a pesar de que en la cápsula Soyuz no hay suficiente combustible. ¿Cómo funcionará eso?

—¿En la Tierra? ¿Y cómo piensas que vamos a llegar ahí? ¿De dónde sacamos el combustible?

—Ya me pensaré una solución mientras pones en marcha el horno.



PbSeTe. PbSeTe. Plomo, selenio, telurio. Todas las ampollas de cuarzo que encuentra están rotuladas con eso. Pero necesita CdSSE,

seleniuro de cadmio sulfado. No lo encuentra a bordo a pesar de que se menciona en algunas memorias EPROM. Los resultados de producción con este material parecían incluso claramente buenos.

Pero ya no existe esa materia prima a bordo. ¿La utilizó Ivanov en sus experimentos?

Max no sabe que más hacer, aparte de preguntar a Mini.

—El horno fue traído por la Kosmos 1686 —dice Mini—. Probablemente incluye eso las ampollas de cuarzo con las muestras.

—¿Quieres decir que ahí habrá más existencias de eso?

—Puede ser.

Max se estruja el cerebro, pero no puede recordar haber visto ampollas allí. Mierda. La Kosmos 1686 se aleja más con cada minuto que pasa. Si lo hubiera sabido ayer … Aún hablaban de ello y Mini mencionó el SAfER de la NASA.

—Tengo una idea —dice.

—Max, eso es … peligroso. Pero no voy a intentar quitártelo de la cabeza. Desgraciadamente mi propia propulsión solo funciona en la atmósfera.

El «Simplified Aid for EVA Rescue» no es en el fondo más que una mochila con pequeños propulsores. Utiliza aire comprimido para maniobrar. ¿Sería esa una solución? Max mira por la estación. Antes ha visto bombonas de gas cerca del horno Kristall. Probablemente para crear una atmósfera inerte dentro de la cámara de combustión.

Coge dos bombonas de nitrógeno y va a por el traje espacial. Colgarlo de un gancho es igualmente una buena idea, pues sigue emitiendo vapores de sudor. Max lo fija a la pared con dos ganchos y coloca las bombonas sobre las mangas de forma que pueda abrir los cierres de rosca con los guantes. El grifo para ello está inclinado en noventa grados. Eso dificulta el plan, pues si diera gas ahora, en sentido literal, el chorro lo propulsaría en una dirección vertical. Tendría que estar todo el rato pensando en cómo sujetar el brazo para llegar a su destino. Cuando el maldito vacío del exterior se empeña en acabar con él, no se dan las mejores circunstancias para concentrarse en el control de dirección.

¡Pero tampoco tiene por qué salir el gas por el mismo grifo! Si algo hay aquí arriba, son mangueras. Casi podría decirse que los

rusos son fetichistas de las mangueras, aunque en la ISS tampoco era la cosa muy diferente. Las mangueras simplemente son útiles en una estación espacial, aunque a la vez muy sensibles al frío y se desgastan, por lo que siempre se necesitan recambios.

En efecto, encuentra dos mangueras que puede fijar a los extremos de los grifos. Las fija con cinta americana a la manga de la parte superior del traje. La manguera derecha la lleva alrededor de la parte superior hasta la espalda. Ese será su propulsor principal que lo transportará hacia delante. La segunda manguera la fija de tal forma que forme un ángulo recto con la primera. Eso servirá para cambiar de dirección.

Aunque ese diseño tiene una desventaja en comparación con un SAfER: solo considera dos ejes espaciales, mientras que el espacio es tridimensional. Hmmm. Desprende la manguera de la izquierda. Si no la fija a la parte superior del traje, sino solo a la manga, puede controlar la dirección de desplazamiento con solo mover el brazo.

Mueve con las manos las mangas del traje que cuelgan flácidas en el aire. Sí, debería funcionar. Las dos bombonas molestan por su tamaño, aunque no por su peso. Max controla el contenido, ochocientos gramos de nitrógeno por bombona. Eso es el doble de lo que contiene un SAfER. Pero su construcción primitiva no se dejará manejar con tanta precisión como el dispositivo tan probado de la NASA, así que gastará bastante más gas.

Al menos, el vacío, con toda su mortalidad, tiene una ventaja: Nada frena su movimiento. Con un leve impulso de la boquilla alcanzará la Kosmos 1686 aunque la cápsula esté a kilómetros de distancia. ¡Perfecto! Ya piensa en las latas de comida que se traerá de la otra cápsula. ¡Una mochila! Esta vez no será tan tonto como para traerse las latas enganchadas bajo el sobaco.



Se despiden antes de llegar a la esclusa. El traje abulta tanto con las bombonas que Max no puede acabar de ponérselo dentro de la estación. Solo consigue meterse en la esclusa de salida

desmontando antes la bombona fijada al brazo. La mete por el hueco y luego se mete él.

Volver a fijarla es todo un reto con el traje bajo presión y los gruesos guantes. No puede ni arrancar ni romper la cinta americana, así que se la enrolla entera alrededor del brazo y de la bombona.

Uff. Ya está sudando como tras una maratón. El movimiento por encima del casco de la estación es un tranquilo paseo en comparación con ello. Con el dispositivo de propulsión casera se siente también mucho más seguro.

Esa sensación de seguridad desaparece por completo cuando llega al extremo opuesto de la estación. Ayer solo tuvo que dar un pasito. Hoy está la Kosmos 1686 a unos cincuenta metros de distancia. Ese es un tramo jodidamente largo de espacio vacío que debe cruzar.

Pero ¿qué no haría uno por salvar el mundo? Max se encoge de hombros. El cuento de la supuesta simulación le parece tan abstracto que por ahora es superado con creces por la perspectiva de las latas de conserva que hay allí. Cuando tenga la panza llena igual ve las cosas algo distintas. ¿Quién decía eso de que lo primero es satisfacer las necesidades más básicas?

Sería mejor no seguir esperando; si no, el camino será más largo. Max salta al negro espacio y tiene de inmediato la sensación de caer.

Lo cual es en el fondo cierto.

Está en caída libre. Su miedo instintivo a morir, que se dispara sin control alguno, le impide concentrarse en la Kosmos 1686. Agarra el grifo del propulsor principal. Un minúsculo impulso y acelera. Pero lo ha hecho mal. Max comienza a ascender. la Kosmos tiene una órbita más baja. Cuando más rápido es el objeto, más alta es la órbita.

Así que debe girar para poder frenar. Max se retuerce y mueve el cuerpo, pero eso no funciona aquí. Gira 180 grados con ayuda de la otra botella y acciona de nuevo la válvula principal. Esta vez el gas que sale de la manguera lo frena. Ahora va a la misma velocidad que la Kosmos, pero no es suficiente. Va hacia una órbita inferior. ¿Y si luego no puede regresar? Se quemará en la atmósfera. Alguien lo verá en el cielo como una estrella fugaz. ¡Qué romántico!

Pero no hoy. Observa cómo la Kosmos 1686 se le acerca lentamente. Gira entonces ciento ochenta grados y acelera, lo que hace que suba un poco. Un par de minutos después, sus guantes se agarran al metal del módulo.

¡Lo consiguió!



Dentro de la cápsula comprueba Max primero sus reservas de aire y gas. Ambas bombonas cuentan con un noventa por ciento de gas. ¿No llegaría con eso incluso a la estación espacial MIR? Allí hay al menos una cápsula Soyuz con combustible suficiente para aterrizar. Pero no tienen posibilidad de hacerse con la cápsula esa. Si los cosmonautas a bordo de la estación temieran perder su transporte de regreso, harían cualquier cosa para evitarlo.

La cuestión es si el oxígeno será suficiente para eso. Da igual. Lo que necesita ahora son las ampollas de cuarzo correctas. Max repasa los estantes. Al final las encuentra en una caja cerrada. Se mete seis recipientes en su mochila y añade unas cuantas latas de comida. Buah... Una comida caliente podría ser el momento estelar de ese día.

Pero primero hay que volver. Sobre el casco de la Kosmos 1686 se lleva una desagradable sorpresa: La Salyut-7 ha desaparecido. El Sol se acaba de poner detrás de la Tierra. En la oscuridad del espacio no puede ver la estación apagada.

Lo mejor será esperar. Dentro de máximo cuarenta y cinco minutos saldrá de nuevo el Sol. Max se pone cómodo sobre el casco del módulo.



La salida del Sol es maravillosa. Es de los pocos momentos en el espacio donde a luz de su estrella es realmente cálida. La delgada capa de atmósfera que atraviesa separa la luz en sus distintos espectros cromáticos y se traga una parte. ¡Qué delgada es esa capa

que da vida al planeta en comparación con el tamaño de la Tierra! Es como si los humanos vivieran sobre una manzana, pero ni dentro del fruto ni fuera de él, sino dentro de la misma piel.

Al cabo de dos minutos, el Sol ya es de nuevo una estrella fría. La más brillante en cuatro años luz a su alrededor, pero no distinta a los miles de millones de estrellas del cosmos, solo un reactor de fusión que transforma hidrógeno en helio y emite la energía así obtenida en todas las frecuencias posibles.

Max se levanta y revisa el contenido de la mochila. Las ampollas de cuarzo están allí, envueltas en una manta para protegerlas de las latas de conserva. Comprueba el estado de las bombonas de nitrógeno. Todo perfecto, así que abre el grifo principal.

No pasa nada.

Mierda. Se habrá congelado la bombona. No está pensada para el uso en el espacio. El nitrógeno se congela a doscientos diez grados bajo cero. La bombona de la espalda tiene poco contacto con su traje, que podría haberla calentado.

Pero aún le queda la otra en el brazo. Esa la lleva fijada con muchas vueltas de cinta americana a la manga blanda del traje. Justo bajo la fina tela circula agua fresca en su ropa interior refrigerante.

En comparación con el nitrógeno de la bombona, el agua está caliente y posee gran capacidad de transportar calor. Por ello se utiliza tanto para refrigeración como para calefacción. Esa es la esperanza de Max. Ojalá la bombona fijada al brazo haya soportado bien esa obligada pausa sobre el casco.

Sujeta la manguera con su grifo con la otra mano. Así puede controlar la dirección del chorro. Max se pone de espaldas a la Salyut-7, sujeta la manguera con la boquilla delante de él apuntando hacia afuera y abre el grifo. Sale vapor blanco de la manguera. Eso es. El nitrógeno ruso no parece estar muy limpio. Sea lo que sea que lleva añadido, aumenta la temperatura a la que se congela.

Pero no en la bombona aislada con cinta americana. Max tiembla cuando se da cuenta de lo flojo que es el plan que se ha montado. Si no hubiera tenido que quitar y volver a poner la bombona, ahora

tampoco habría estado tan bien aislada; y probablemente no hubiera tenido forma de regresar a la estación Salyut.

Pero aún no lo ha conseguido. Maniobrar con una sola manguera no es nada fácil. Se da un impulso transversal al eje corporal y comienza a girar. Ahora puede ver al menos la Salyut-7. Acelera un poco sujetando la manguera por encima del hombro. ¡Suerte que ahora ya cuenta con un poco de experiencia! La órbita de la Salyut está por encima de la de la Kosmos 1686, por lo que debe soltar un poco más de gas. Pero el impulso no sale del centro de su cuerpo. Al hacerlo, se ha añadido un giro adicional. Comienza a dar vueltas, y rápido. Siente en la cabeza el efecto de girar como una peonza, así que estira brazos y piernas para ralentizar el giro.

Max necesita un momento para pensar en cómo detener la rotación. Sería mala idea acelerar más ahora sin querer. Se fija la manguera bajo el brazo izquierdo. Un mínimo impulso y … ¡funciona! Ya gira con más lentitud. Ahora ya tarda unos dos minutos en dar una vuelta entera. Tampoco está tan mal, porque así puede ver su objetivo y al mismo tiempo disparar gas en cualquier ángulo, para frenar antes de alcanzar la estación.

El momento llega sorprendentemente rápido. Max calcula la distancia en unos diez metros. Comienza una cuenta atrás desde diez. Al llegar a cinco, abre brevemente el grifo y apunta con la manguera hacia la Salyut. Lo que no ha tenido en cuenta ahora: Lo ha hecho desde más o menos el centro del cuerpo. Debido al traje y las bombonas, su centro de gravedad está más bien a la altura del pecho. Con eso no solo frena, sino que se da un impulso alrededor del eje que atraviesa su cuerpo transversalmente. La cabeza cae ahora hacia delante y las piernas se ven propulsadas hacia atrás.

Está dando volteretas hacia delante. La estación se acerca. Ahora mismo tiene la cabeza con el delicado casco apuntando hacia abajo. Levanta los brazos de inmediato sobre la cabeza para protegerse del golpe. La manguera se queda enganchada en la estación, se arranca y sale volando hacia el infinito. El metal liso se le escapa bajo los dedos. El cuerpo entero se aleja ahora de la estación. Una bombona se ha quedado sin manguera y la otra está congelada. ¡A la mierda

todo! Se arranca la bombona de la espalda y la lanza con todas sus fuerzas como si fuera una granada a punto de explotar.

Newton lo salva. El impulso lo devuelve hacia la estación. Esta vez logra agarrarse a una riostra metálica que protege una apertura. Max se acerca todo lo que puede a ella. Nunca se ha alegrado tanto de poder abrazar una base metálica. Cerca encuentra una argolla donde fijar el cabo de seguridad. Desde allí se desplaza poco a poco hasta la esclusa.



Detrás le espera Mini. Coge al robot en sus brazos y lo acuna como si fuera un bebé.

Mini abre mucho los ojos dibujados en su pequeño display.

—Ya me estaba preocupando.

—Tuve que esperar a la salida del Sol.

—¿Y has encontrado lo que buscamos?

Max saca la mochila de la esclusa. Primero salen las latas de conserva, seguidas de las ampollas de cuarzo.

—Aquí están, CdSSe.

—Pero necesitamos óxido de titanio.

—¿¡Qué!? —Max sujeta al robot frente a él—. ¡Dijiste CdSSe!

—¡Era broma, hombre! Lo has hecho muy bien. He estado pensando ya en una estrategia para conseguir el combustible necesario.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

—Ya te lo contaré cuando llegue el momento.

Max suelta a Mini.

—Ni hablar. Quiero saber ya cómo es ese plan.

Mini suspira.

—Está bien, sacaremos el combustible de la MIR.

Max asiente. Eso mismo estuvo pensando él antes.

—Quieres decir, que lo robaremos.

—Bueno, si te empeñas en llamarlo así ...

—Pero eso no les gustará nada los cosmonautas que hay allí.

—Da lo mismo. Si acoplamos allí nuestra Soyuz habrá conexión directa con los tanques de la estación. No necesitamos para nada su permiso. Solo tenemos que evitar que se den cuenta de nuestras intenciones reales. Así que nos quedamos muy tranquilos y en silencio hasta que se den cuenta y entonces les soltamos una mentira.

Suena factible.

—¿Como tienes tu ruso, Maksim?

—Otschen choroscho.

—Muy bien —dice Mini.

—¿Por qué?

—Porque serás tú quien deba mentirles por radio. A partir de ahora te llamaré Leonid.

—¿Quieres que me dé a conocer como Ivanov?

—Sí, te pondrás su ropa. Deberían conocerlo, aunque supuestamente haya muerto en un accidente. Ya me ocupo yo de tu disfraz, mientras tú fabricas los cristales.



UN PAR DE MINUTOS MÁS. MAX PRESIONA LA MANO SOBRE SU ESTÓMAGO quejica. Quiere iniciar primero el experimento con el horno antes de volcarse sobre las latas de conserva. La receta para su fabricación no tiene nada de sencillo. El ordenador RAP puede leer el estado del horno, pero no lo controla. Debe hacerlo Max mediante distintas teclas, cuya función no es fácil de adivinar por su descripción en alfabeto cirílico.

Así que debe ir probando, probando y probando mientras le ruge el estómago. Pulsa una tecla tras otra y espera no cargarse el horno; en las lucecitas LED del ordenador RAP comprueba entonces lo que va pasando. Ya ha descubierto casi todas las funciones que necesita para aplicar la receta.

Solo falta la tecla de expulsión. Tiene que poder extraer la ampolla de cuarzo cuando acabe. Max aprieta la oreja sobre el horno y pulsa una tras otra las teclas que aún no conoce. ¡Allí, ha hecho

clac! Tira de la ampolla de prueba, una muestra ya utilizada, y puede asirla fácilmente entre sus dedos.

Pues ya está, llegó el momento de empezar su nueva carrera de alquimista. Saca de la mochila la ampolla rotulada con CdSSe. El recipiente tiene una pequeña mirilla. Observa el interior. Dentro del tubo hay un polvillo gris suelto. Se muerde el labio inferior.

—¿Mini? Una pregunta.

—¿Sí?

—¿Qué color debería tener esta mezcla de sulfuro de cadmio y selenio?

—Según mi base de datos de sustancias químicas, amarillo.

—Pues es gris.

—Pues entonces es que el sulfuro de cadmio se ha descompuesto en sulfato de cadmio. Ese es incoloro.

Mierda. Las materias primas están estropeadas. ¿Por qué no lo miró antes? Pues porque solo tenía en mente la estúpida colección de latas de conserva y dio por hecho de que las sustancias en las ampollas estaban bien conservadas.

Mira dentro de la mochila. Por suerte ha traído más ampollas de cuarzo consigo. Aunque la siguiente que saca es también gris, la tercera sí que es amarilla. Uff. Sigue buscando, pero todas las demás muestras están estropeadas. ¿Será por ello que Ivanov y su colega se pelearon?

Max ignora su estómago. El experimento no puede fracasar. Lo mejor será repetir el ensayo entero con una de las muestras estropeadas. Max controla el protocolo.

Primero: Insertar muestra. La ampolla se queda encallada. Aprieta con más fuerza. El cristal de cuarzo se parte. Limpia el horno con los dedos y se hace un corte con una esquirla. ¡Empezamos bien! Max se pone una tirita sobre el corte y lo intenta de nuevo. La siguiente ampolla tampoco entra. La compara con las que utilizaba Ivanov. Y mira por dónde, delante hay una especie de seguro que tiene que quitar.

Ahora sí que la ampolla entra con facilidad. Arranca el horno y sigue a través de la línea de datos del ordenador RAP el régimen de medición. Asciende a ochocientos grados y luego desciende y luego

un minuto a ochocientos cincuenta. Esperar, dejar enfriar. No hay mensajes de error; el ordenador pide la inserción de una memoria EPROM para guardar los valores. Max pulsa el botón de cancelar. No necesitan los datos, sino el cristal. Saca la ampolla y controla de nuevo la curva de medición entera. Se cumplen todos los requisitos preestablecidos. Nunca sabrá si el cristal ha crecido como deseaban. Pero los valores de medición coinciden con la receta. No puede hacerlo mejor.

La cosa se pone seria. Extrae el seguro de la única ampolla con contenido amarillo. La mete en el horno y comienza el programa. ¡Concentración! Fija la temperatura en ochocientos, eso ya lo domina. La luz en la estación parpadea un poco. ¡No, por favor, ahora no! El ordenador RAP se apaga y enciende de nuevo. Max cuenta con la cabeza. El indicador de temperatura vuelve a funcionar. Ciento catorce, ciento quince. Breve pausa. Ahora ya puede fiarse del tiempo que mide el RAP. Y ahora arriba a ochocientos cincuenta. Por favor, sin más oscilaciones de corriente. Max aguanta la respiración. Al fin acaba la cuenta atrás. Ahora solo falta dejar enfriar la muestra de forma controlada. Es la ocasión perfecta para abrirse una lata y reponer fuerzas.



—Ya he acabado —dice Max y muestra a Mini la muestra envuelta en varias capas de papel y precintada con cinta americana.

—¿Ha salido bien?

Se encoge de hombros.

—He seguido la receta de la EPROM, pero dentro del tubito no se ve nada.

Max se había imaginado ese cristal, que supuestamente tiene que salvar el universo, como algo un poco más impresionante. Pero las cosas como son. Los amigos de Mini en la Tierra sabrán qué hacer con eso.

—¿Sabes algo de tu amigo ahí abajo?

—Todo va según el plan. Mañana a las 19 horas, hora local, aterrizaremos en Arizona. Las coordenadas ya están fijadas.

Arizona, qué bien. A Max le gusta el lugar. El desierto está, literalmente, desierto y recuerda un poco al espacio. Solo que allí se puede respirar sin máscaras. Desde que cada año hacía más calor, la gente se fue marchando a Estados más cercanos al mar, aunque aún quedan algunos aguantando el tipo allí. Max los admira; hace falta mucha experiencia y capacidad de aguante para eso.

No le preocupa que puedan fallar con las coordenadas. Las cápsulas de descenso Soyuz son famosas por su gran precisión. No pueden competir con las modernas naves controladas por IA, pero la técnica que emplean es muy robusta.

—Pues voy a prepararme para un pequeño festín. Hay que celebrar la última noche en el espacio. Estás invitada, por cierto.

—Si todo va bien, no será tu última noche, Max.

Y si algo sale mal, será literalmente su última noche en general.

Capítulo Diecinueve



JOHN QUITA EL AGUA QUE SE HA CONDENSADO SOBRE EL CRISTAL. EL TIEMPO afuera es gris y brumoso. Mira el reloj de la consola central. Son poco más de las cinco de la madrugada. Bosteza. Le habría gustado dormir un poco más, pero los ronquidos de Ishiguro lo han despertado.

Bosteza de nuevo, pero se esfuerza en hacerlo en silencio. La camioneta está en país de nadie, un buen trozo lejos de la carretera, fuera de la vista de cualquiera.

Ayer buscaron en el mapa la localidad que mencionó Optimus. Está en Arizona. El plan es conducir por la interestatal 40 hasta Kingman y luego girar allí hacia la US 93. Entonces serán más o menos hora y media de conducción en un semidesierto apenas poblado al oeste de las Black Mountains hasta llegar a su punto de encuentro: una nave espacial soviética que aterrizará. John no quiere ni imaginarse ahora la cantidad de gente que estará siguiéndoles los talones.

De las quince horas de viaje llevan ya siete hechas. Así que John deja dormir un poco más a Ishiguro. Abre la puerta de la camioneta con cuidado y la deja entornada. Se coloca en la parte posterior, tras la plataforma de carga, se abre el pantalón y vacía la vejiga.

Se asusta al ver una sombra que se le acerca. Es Ishiguro que hace lo mismo que él y se alivia.

—Apestamos que da gusto —dice su futuro jefe.

—En el futuro tiene su propio despacho inmenso en la planta superior de un rascacielos de Manhattan.

—Qué aburrimiento.

John se lo guarda todo, se abrocha el pantalón y sube de nuevo a la camioneta. Poco después se le suma Ishiguro.

—¿Por qué aburrimiento? —Pregunta John— Conozco a algunos que darían cualquier cosa por cambiarse por usted.

—¿Usted incluido, John?

Sacude la cabeza.

—No sería nada para mí, pero es que tampoco hay que tomarme mucho en serio.

—¿Sabe por qué programé la simulación? Para librarme de esas funciones aburridas. Pensé en hacer una vez el trabajo y luego ya no preocuparme jamás de algo así, porque mi trabajo en el futuro se haría solo.

—¿Y qué quiere hacer en lugar de eso?

—Viajar por el mundo, como ahora. Despertarme en el desierto. Mear dibujos en la arena.

—Eso, a la larga, tampoco sería lo mío.

—¿Qué sería lo suyo, John? Seguro que podría hacerlo.

—Hmmm. El trabajo en el archivo era bastante entretenido. Tenía que solucionar problemas nuevos cada día y soy bueno en eso. Las máquinas con las que trabajo tienen carácter. Tengo que aprender todas sus peculiaridades y descubrir sus puntos débiles para lograr el objetivo. Con los ordenadores modernos no hay más que meter suficiente potencia de cálculo hasta que soluciona todos los problemas. Con los ordenadores viejos no funciona así, aún no.

—*Ordenadores viejos*, eso me hace pensar que necesitamos un poco de equipamiento.

—Igual podemos comprarlo todo en Kingman —propone John—. Según el mapa, es la ciudad más grande en nuestra ruta.

—¿Y si no? ¿Y si los lectores de disco 1541 se han agotado? ¿Cuántos habitantes tiene Kingman? ¿Veinte mil o así?

—Si no lo sabe usted … Yo ni siquiera soy de este tiempo. En 2040, Kingman seguramente sea una ciudad fantasma, abandonada.

—John mira el mapa—. En el mapa consta esta ciudad con veinte a cincuenta mil habitantes.

—Entonces será mejor que saquemos todo lo que necesitamos de la empresa. Allí hay hardware más que de sobra.

—Pero eso nos cuesta tiempo que no tenemos. Nuestros perseguidores seguramente estén acercándose. Y una vez que aterrice la cápsula espacial, tampoco tendremos mucho tiempo.

Ishiguro suspira.

—En eso tiene razón. Pero sin hardware no tenemos ninguna posibilidad de éxito. Podría intentar alquilar una avioneta. En Barstow y Kingman hay pequeños aeródromos. No tendríamos que esperar demasiado a tener el equipo necesario.

—Pero estamos dando pistas a nuestros perseguidores sobre dónde encontrarnos.

—No sirve de nada, John. De algo hay que morir. Sigamos conduciendo. Nos haremos con un teléfono en la siguiente población e intentaré organizar algo.



Vuelven a la carretera. Ishiguro va al volante. El vehículo ahuyenta a un buitre o algo parecido, que vuela hacia el amanecer. De repente, las alas se le mueven como locas y cae al suelo. ¿Hay ya cazadores por aquí, tan de buena mañana?

—¿Ha visto eso? —pregunta John.

—¿El buitre? Sí, el pobre habrá tocado una gridline.

—¿Una qué?

—No se preocupe, no es peligroso para nosotros. Sobre zonas inhabitadas pueden llegar a tener dimensiones notables a cierta altura. La resolución de los modelos aún no es perfecta. En su época debe ser ya diferente ¿no?

—No sé de qué está hablando.

—Pero si está claro; no hay ordenador en el mundo capaz de calcularlo todo. Así que la realidad se divide en un entramado de

sectores. A veces hay problemas al pasar de uno a otro, sobre todo cuando el observador no está muy bien sincronizado.

—¿Sincronizado? —John arruga la frente. ¿Necesita saber todo eso con tanto detalle?

—¿Ha oído hablar de los movimientos sacádicos? Son micromovimientos de los ojos. Saltan un poco por los alrededores para poder registrar todo el campo visual con nitidez.

John sacude la cabeza.

—Es sabido que la imagen visual a través de la lente en su ojo no puede ser nítida con un ángulo de visión de ciento ochenta grados, como su ojo le comunica. —En eso tiene Ishiguro razón, como sabe John por su experiencia con cámaras antiguas—. Para no marearse con ello, el cerebro desconecta del todo la percepción visual durante un instante. En total somos alrededor de unas dos horas al día efectivamente ciegos. Solo que no se nota, porque el cerebro cambia durante ese tiempo casi a imagen fija. Una buena simulación aprovecha este efecto y coloca actualizaciones de pantalla o correcciones de la representación en los tiempos ciegos. Con el tiempo, el ser humano se acostumbra al ritmo local. No parece ser así en su caso.

John le cuenta a Ishiguro lo del perro que vieron en su viaje.

—Parece que Optimus no lo vio. ¿Es que me mintió?

—No, los robots no perciben las actualizaciones; viene programado así de fábrica.



—¿Diana?

—Ken, gracias a Dios, ¿has logrado escapar?

Ishiguro sujeta el pesado auricular de forma que John pueda seguir la conversación. Sujeta entre los dedos un par de monedas que les ha cambiado el de la gasolinera. ¡Qué primitivo! Hay que alimentar el teléfono con monedas para mantener la línea abierta.

—Por ahora, sí. Necesito tu ayuda. Se trata de un envío. ¿Tienes algo para tomar notas?

—Un momento. —Ruido de papeles— Sí.

Ishiguro deja el auricular en la mano de John y saca él mismo un pequeño bloc del bolsillo de la chaqueta.

—¿Lista, Diana?

—Lista.

—XQGZ —dicta.

—XQGZ —repite ella.

—RNZ EJP FCVL —Ishiguro va insertando pausas entre las abreviaturas. Estará codificando el mensaje que lleva en la cabeza, con ayuda del cuadernillo.

—RNZ EJP FCVL.

El teléfono pita. John mete otra moneda.

—Correcto. Gracias. Necesito todo mi equipamiento principal.

—Claro, Ken. Puedes confiar en mí.

—¿Estás sola?

Diana ríe.

—Estoy siendo claramente observada, pero sé qué es lo que tengo que hacer.

—Eres un tesoro.

Ishiguro presiona el botón en la horquilla y corta la comunicación. Arranca la hoja del bloc y la rompe en mil pedacitos para metérselos luego en la boca.

—¿Quiere también un poco? Aún no hemos desayunado.

John sacude la cabeza. Ishiguro se lo traga todo.

—Utilizamos los así llamados One-Time-Pads. Sin los códigos, ni siquiera el FBI sería capaz de descifrar el mensaje. —Ishiguro mira el reloj—. El avión con el equipo aterrizará en Kingman a las dieciséis horas. Deberíamos ponernos en camino.



Ishiguro pisa a fondo. La aguja del tacómetro señala muy por encima del límite de sesenta y cinco millas por hora. Es el riesgo de llegar tarde frente al riesgo de ser pillados. Aunque tienen bastante tiempo, en el mapa no puede verse qué sorpresas les esperan.

¿Cómo estará Optimus? John espera que la amenaza de la autodestrucción no fuera en serio. Podría conseguir un nuevo robot en el futuro, pero le habría gustado conservar a Optimus. Traga al notar lo mucho que le echa de menos.

—Espero que el pronóstico de su amigo sea acertado —Ishiguro gira la vista hacia John.

—Al parecer lleva tiempo trabajando en este plan.

—Y eso es lo que me preocupa un poco. Cuanto más detallado es un plan, más difícil es ponerlo en práctica.

—Bah, solo necesitamos un cristal fabricado en el espacio que nos tiene que traer una cápsula rusa. ¿Qué hay de complicado en eso?

Ambos coinciden en soltar unas carcajadas.

Y al instante siguiente, ambos se quedan callados al ver que la carretera se disuelve frente a ellos.



La nada se transforma. La camioneta circula en un marco marrón con bordes verdes intermitentes. El volante y el retrovisor parecen estar compuestos por bloques bastos. John se mira la mano. Ha perdido todo el color. Parece que el mundo entero está afectado por este efecto. El asfalto es gris, el desierto a su lado marrón, el cielo azul. Ya no hay matices. Un bache es negro. Ishiguro lo evita. Se cruzan con otra camioneta que toca la bocina. Se oye como si estuviera silbando.

—¿Qué ha pasado? —John se asusta por su propia voz, que le resulta robótica.

—La simulación ha pasado a modo de ahorro en datos. Es bastante … sorprendente. —La voz de Ishiguro es dos octavas más alta de lo normal. Su barbilla es aún más angulosa.

John enciende la radio. Suenan tonos de sintetizador.

—¿Podemos finalizar esto de alguna forma?

—No. Parece que su amigo Optimus tenía razón en todo.

—Tiene.

—¿Cómo dice?

—Que tiene razón.

Ishiguro mueve la cabeza hacia los lados.

—Se ha sacrificado por nosotros, deberíamos honrarlo por eso.

John traga. Pero no. Ishiguro se equivoca en eso.

—Quizás. Pero hay algo que no comprendo. Primero tenemos que poner en marcha la simulación mediante su disquete, ¿no es así? ¿Cómo es que nos está afectando ya?

Ishiguro clava la mirada en él.

—¿Es que aún no lo ha entendido?

—¿El qué? —La pregunta asusta mucho a John. Nota como se le encoge el estómago.

—Tras todo lo que ha pasado, ¿no creerá en serio que todo esto es la realidad?

—Pero ...

—John, la realidad no existe. El nivel de simulación en el que nos encontramos ahora genera otro, que es aquél del cual usted y su amigo han venido. Y al mismo tiempo, un Ishiguro en su nivel inició un día un programa que generó este nivel de aquí.

—Eso es imposible.

Ishiguro ríe.

—Solo difícil de imaginar, pero es lo que hay. En la física hay para ello una teoría. Toda realidad –y a los físicos les gusta llamarlo universo, porque suena mejor– se mueve sobre un nivel propio, una brana. A veces, esas branas se tocan entre sí y se influyen recíprocamente, como en nuestro caso. Un universo no puede existir sin el otro. Si el nivel del que proceden colapsa, el nuestro también colapsará.

—Pero universo y simulación son cosas totalmente distintas. Es como … —No se le ocurre ninguna comparación adecuada.

—No, son conceptos intercambiables. ¿No ha oído hablar del concepto del universo como ordenador? ¿Le dice algo el universo holográfico? Desconocemos el funcionamiento exacto; pero a fin de cuentas, tras cada decisión hay procesos computerizados a nivel cuántico. Basta con calcular la función de onda de las partículas y ya tenemos todo lo que necesita la simulación.

—Yo ... —Se presiona los dedos contra las sienes. Es absolutamente inasimilable.

—Y ahora, el cálculo exacto ha sido sustituido al parecer por una aproximación —dice Ishiguro—. Y hasta ahora no sabía siquiera que eso fuera posible.



El rótulo de entrada en la localidad de Kingman parece dibujado a mano. Letras blancas sobre fondo azul. Kingman, AZ. Debajo, una señal de la antigua ruta 66. Las casas son planas y angulosas. Tras el desierto marrón, los jardines verdes alegran la vista. Pasan de largo un letrero que señala el camino hacia el aeródromo.

Ishiguro lo pasa de largo.

—Nos queda una hora y media —dice—. Deberíamos aprovechar ese tiempo para comer algo.

Excelente idea.

La camioneta se detiene frente a un bar. John se baja. Es inusual caminar sobre un paisaje de bloques. No llega a ver pequeños huecos en el suelo y hay sorprendentemente muchos bordes y cantos. Allí donde el terreno asciende o desciende un poco, ya solo hay escalones.

Lo más divertido es cuando el camarero del bar les sirve el refresco. Parece estar hecho de dados marrones, mezclados con dados blancos que deben ser el hielo. John pide una cheeseburger, Ishiguro un sándwich vegetal. Las patatas fritas que acompañan la hamburguesa parecen trazadas con una regla. John se las lleva a la boca. Al morderlas se convierten en daditos, pero no puede triturarlas más. Sin embargo, puede tragarlas sin problemas. El sabor no es distinto al de siempre, muy salado, así que bebe del refresco.

John acaba de limpiarse la boca cuando su mirada recae en el reloj de pared sobre el mostrador. La aguja grande señala a las tres y la pequeña acaba de cruzar las cinco.

Un momento. ¡Mierda!

—¡Ishiguro, que ya son las cinco y cuarto! ¡Debemos salir pitando!

Ishiguro se pone en pie de un salto.

—Es verdad, mierda … Arizona tiene una hora más que California. ¿Cómo es que no he pensado en eso antes?



Dentro de la ciudad, Ishiguro cumple las normas de tráfico. Kingman tendrá solo veinte mil habitantes, pero con tantos edificios planos y grandes terrenos, ocupa una gran extensión. Tienen que parar una vez para preguntar a un lugareño el camino.

—Cuando lleguemos, debemos movernos sin llamar nada la atención —dice Ishiguro—. El FBI sabe que espero una entrega, así que estarán vigilando todos aeródromos y estaciones de tren.

Eso teme también John. Tendrán que despistar a esa gente antes de poder ir al punto de aterrizaje de la Soyuz. El FBI habrá situado como máximo un coche con agentes en cada lugar. La superficie de carga de la camioneta está ahora casi vacía y no tienen tiempo para comprar nuevos rollos de alambre.

En el aeródromo no hay mucho movimiento. Ishiguro aparca la camioneta justo al lado de un edificio plano con tejado de chapa ondulada y con un rótulo que reza «Terminal Building». Entran a través de una puerta con grandes cristales. A la derecha hay un pasillo hacia la «Pilot's Lounge» que recuerda la sala de espera de un hospital. hay un par de sillas plegables y tres máquinas de vending con refrescos, café y snacks.

La puerta izquierda va rotulada con «Manager». Debajo pone «Técnicos». Y al lado hay rotulitos más pequeños. Bajo el del manager pone «On Duty» y en el del técnico «Off Duty». La letra está tan pixelada que John apenas puede leerla.

Ishiguro llama a la puerta.

«Adelante» —dice una voz de tono metálico.

Entran en el despacho. Hay un hombre sentado tras su escritorio. Cuando se levanta para saludarlos nota John su voluminosa panza,

que parece una burbuja tensamente hinchada. Si esto fuera un juego de ordenador, protestaría por la mala calidad de los gráficos. Ya solo falta una lista de órdenes bajo el escritorio sobre las que pudiera hacer clic: HABLAR CON Manager. UTILIZAR interruptor de luz. COGER abrecartas.

—Soy John. ¿Qué puedo hacer por ustedes? —pregunta el manager

—Estamos esperando una entrega —dice Ishiguro sin mencionar su nombre.

—Hay una Cessna programada para las cinco, ¿puede ser esa?

John mira el reloj que muestra las cinco menos cuarto. Más una hora por el cambio de huso a hora estándar de montaña ...

—Llega tarde, ¿no? —Ishiguro debe haber calculado lo mismo.

El manager sacude la cabeza.

—No, faltan quince minutos.

Ishiguro entrecierra los ojos.

—Pero si ahora deberían ser las … —Entonces se golpea la frente —. Arizona no participa en el cambio a horario de verano, ¿verdad?

El manager señala al reloj que cuelga tras él de la pared.

—Exacto. Llegan algo pronto. Si lo desean, pueden esperar en el Pilot's Lounge. En cuanto finalicen las formalidades les enviaré al piloto.



A JOHN SE LE ACELERA EL CORAZÓN MIENTRAS ESPERAN EN LA SALA DE pilotos. A las cinco menos ocho minutos se sienta con ellos otro hombre. Lleva un sombrero de piel, un pantalón sucio, botas de cowboy y una chaqueta afelpada. No tiene aspecto de agente del FBI, pero igual es que va camuflado. John e Ishiguro no han hablado entre sí todo este tiempo. Su futuro jefe parece estar inmerso en sus propios pensamientos. Al cabo de un rato se levanta y estudia el plano del aeródromo, pegado a la pared con cinta adhesiva.

Cuando se oye un lejano ronroneo, Ishiguro le hace un gesto y caminan los dos hacia la salida. El supuesto ranchero está ocupado

con la máquina de snacks, pero lo deja de inmediato y los sigue al exterior. Ha aparcado la camioneta justo al lado de la suya. Un joven parece aburrido sobre la plataforma de carga, pero adopta posición de firmes en cuanto ve al ranchero. Ishiguro sonríe. El hombre del sombrero de cowboy pone los ojos en blanco. Su joven acólito levanta las manos pidiendo perdón.

—Son nuestros perseguidores —dice Ishiguro, cuando se han sentado en la camioneta. John mira hacia ellos. El joven habla en su mano, donde seguramente haya un micrófono oculto. Ishiguro pone la marcha atrás y la otra camioneta hace lo mismo. Conducen en dirección a la pista de aterrizaje.

Se acercan al campo de vuelo. Ishiguro mira la manga de viento.

—La avioneta aterrizará probablemente en la pista Norte/Sur desde el Sur —dice—. Así tiene un ligero contraviento y nada de viento lateral —Ishiguro acelera. El ruido en el aire aumenta de volumen. John asoma la cabeza por la ventanilla. Una avioneta acaba de salir de entre las nubes bajas.

—Tenía razón —dictamina Ishiguro y acelera aún más. El avión tiene algo de ventaja. Ya está en la maniobra de aproximación a pista. Se acercan lateralmente. Ishiguro pisa a fondo. La camioneta ruge. Sus perseguidores se quedan momentáneamente atrás, pero luego recuperan terreno. La avioneta está ya parándose. Es un modelo bastante pequeño. Biplaza seguramente, estima John. Pero solo hay una persona a los mandos, según puede ver. Les hace un gesto. La camioneta llega a toda velocidad. Ishiguro frena clavando las ruedas en el asfalto Y se detiene justo delante de la Cessna. John abre la puerta y salta al suelo. Ishiguro core tras él.

Se oye un disparo. ¡El ranchero está disparándoles!

—¡Date la vuelta! —grita Ishiguro.

John se gira a medio correr. Algo vuela hacia él. Una línea corta y negra está a punto de alcanzarle. Se tira hacia un lado. Otra más. John la esquiva de nuevo. Ishiguro también es objeto de disparos. John no tiene tiempo de ocuparse de esos extraños proyectiles. Se abre la puerta de la avioneta. Sale una mujer. Diana.

—¡Échate a un lado!

Diana salta la escalerilla hasta el suelo. Los perseguidores dejan de disparar.

—¡Deténganse! ¡FBI!

Mierda. Ya no pueden quitárselos de encima. Ishiguro salta al interior de la cabina. ¿Qué pretende hacer?

—¡Ven!

¿Qué? ¿No pretenderá ...? John sacude la cabeza, pero le hace caso. Salta al segundo asiento y se abrocha. La hélice del avión ya está girando. Un disparo toca el techo y desaparece en el aislamiento. Al avanzar de golpe se cierra la puerta sola. John mira por la ventanilla cómo se queda Diana con los brazos en alto. El joven del FBI se ocupa de ella mientras el otro corre hacia su camioneta.

Ishiguro aprieta la palanca de aceleración hasta el fondo. La máquina da un saltito. La velocidad aumenta y de repente Ishiguro tira de la panca entre las piernas y despegan. El vehículo del FBI se queda atrás.

—¿Dónde aprendió a pilotar?

—Fligh Simulator II de Sublogic.

Eso no tranquiliza precisamente mucho a John. Pero al menos Ishiguro no está pilotando un caza militar.

—¿Tenemos suficiente combustible?

—No lo sé. En el FS I, el indicador está en otro sitio. Pero no se preocupe, se puede aterrizar incluso sin motor. En el FS II lo lograba siempre una de cada tres veces.

—¿Y qué hay de aterrizajes en el desierto?

—Ni idea. Cuando en el juego abandonas la pista se considera accidente y en pantalla sale el mensaje de Game Over.

Genial. John se sujeta a los apoyabrazos de su asiento. Puede que esta sea su primer y último vuelo en avión.



Desde arriba, el paisaje es fantástico, incluso con los gráficos pixelados. A lo lejos, más allá del desierto, se elevan majestuosas

cadenas montañosas. Parece como si la Tierra estuviera entrenando para lucir buenos abdominales. Ishiguro vuela lo suficientemente bajo para poder orientarse con el mapa que le ha dejado Diana.

—¿Cómo es que no hay receptores de GPS en el avión? —pregunta John.

—¿GPS? Ni idea. Algo he oído de eso y creo que acaban de dar luz verde para que sea utilizado con fines civiles. Pero, a mi parecer, nadie necesita esas cosas. Los mapas son mucho más precisos.

¡Si Ishiguro supiera lo mucho que se equivoca! Pero no tiene ganas de contarle cosas del futuro, donde incluso los relojes de muñeca tiene acceso a los satélites GPS.

—¿Sería tan amable de comprobar el estado del equipo que me han traído?

—Sí, claro. —John se desabrocha. No hay mucho sitio tras los asientos—. Tenemos un C64-II nuevo de trinca y un 1541-II, así como un televisor de 10 pulgadas.

—Genial. ¿Y la tarjeta de ampliación?

John aparta las cajas a un lado. Detrás hay una bolsa de la que saca una cajita. «Universal C64 Expansion Module», pone encima. Lee el rótulo en voz alta.

—Esa es. Vamos a insertar allí el cristal y luego lo conectamos todo.

—¿No necesitaremos un enchufe con corriente eléctrica? —John recuerda la aventura de conseguir electricidad para recargar a Optimus. Pobrecito. Cuánto le gustaría volver a verlo.

—El motor de la Cessna dará la corriente. —Ishiguro da golpecitos sobre el salpicadero.

—Pero solo si nos queda combustible.

—No se preocupe. Acabo de encontrar el indicador y puedo confirmar que llevamos suficiente.

Uff. Un problema menos, algo es algo. John guarda las dos cajas de nuevo correctamente fijadas y regresa a su asiento. Le llama entonces la atención una mancha negra en el suelo.

—¿Podría ser que estuviéramos perdiendo aceite por algún sitio? —pregunta, mientras se agacha para probar el líquido con el dedo. Es caliente, pero claramente más fluido que el aceite de máquina.

Huele algo ácido y a hierro. Una gota en forma de dado cae en el charco. John mira de dónde habrá salido. Parece proceder de la chaqueta de Ishiguro.

—¿No llevará por casualidad una botella de aceite de la que … —Se da cuenta entonces. Lo que ve negro debe ser, en realidad, rojo oscuro. Solo que el color no está correctamente renderizado—. Emm … ¿podría ser es estuviese sangrando, Ishiguro?

—Sí, el cabronazo del FBI me ha dado. Pero la bala me ha atravesado limpiamente el vientre. No se preocupe.

—¿Que no me preocupe? Eso es fácil decirlo. Su pérdida de sangre parece enorme. ¡Hay que vendarle la herida!

—Pues en este mismo momento estoy ocupado volando este trasto. ¿O quiere ponerse usted a los mandos, John?

—No puedo hacerlo. Pero intentaré vendarle mientras vuela, ¿de acuerdo?



No es nada fácil limpiar y vendar un disparo con orificio de entrada y salida; y si el paciente está sentado, es casi imposible. John se esfuerza al máximo en parar la hemorragia, pero no lo logra.

—¿Cuánto falta? —pregunta.

—Treinta minutos.

El charco de sangre se ha convertido en un mar de pequeños daditos negros. La chaqueta de Ishiguro está totalmente empapada. John ha cerrado por todos los lados el vientre de Ishiguro, pero no es suficiente.

—No sé si lograré llegar hasta el final, amigo mío.

—Tiene que aguantar.

—Para serle franco, ya me siento bastante … mareado. —Y como muestra de ello, la avioneta se inclina hacia la izquierda para regresar de inmediato a su posición anterior—. Deje ya lo de los vendajes; debo explicarle los instrumentos del avión.

John pega otro trozo de vendaje más, pero por debajo salen bloquecitos de sangre a chorro. No, más bien solo como un chorrito.

La imagen es dantesca. ¿Cuánta sangre tiene una persona adulta? Calcula que Ishiguro habrá perdido ya unos dos litros.

—Venga, John.

—De acuerdo. —Se inclina hacia Ishiguro.

—Mire, con esto se levanta y baja el morro. La palanca hace girar el avión en su eje longitudinal y con esta palanca se controla el empuje. A la derecha están los flaps para aterrizar. Este modelo lleva el tren de aterrizaje fijo, así que una cosa menos en la que tendrá que pensar. La velocidad de aterrizaje debe ser de ...

Ishiguro se desmaya. Joder, joder, joder. John se desabrocha. Ahora debe actuar con rapidez. Lo saca del asiento del piloto, pero le queda una pierna enganchada en una palanca. La avioneta se inclina hacia delante y comienza a caer el picado. Suenan advertencias por toda la cabina. John libera la pierna y tira de la palanca hacia atrás. El aparato levanta de nuevo el morro. Las advertencias se callan.

John deja a Ishiguro tras el asiento. Apenas hay sitio, pero puede colocarlo de forma que torso y cabeza estén más bajos. Así logrará el corazón, quizás, alimentar el cerebro con la poca sangre que le quede. No tiene ni idea de medicina, peo le parece algo lógico. Realmente sale menos sangre de debajo de los vendajes. John espera que no sea porque ya no le queda sangre que expulsar.

Los avisos vuelven a sonar. John ocupa el lugar del piloto. Esta vez los sonidos son distintos y descubre rápido la causa. La avioneta se acerca a una montaña. John gira un poco a la derecha, o al menos lo intenta, pero el mando es tan sensible que se siente ya casi en vertical. Regresa a la posición anterior y logra lentamente una inclinación de quince grados que se notan bastante mejor. ¿Dónde está la carretera que seguía Ishiguro? Busca el mapa que había caído al suelo y encuentra dos pedales. Ishiguro no le habló de ellos. Hmmm. Uno es seguro para frenar. ¿Le hará falta si aterriza en la arena del desierto en lugar de en una pista alfaltada?

Abre el mapa. La cadena de montañas está a la izquierda. La carretera debería aparecer en seguida si gira a la derecha. ¡Sí, allí está! Debe ser la Highway 93. No hay apenas coches circulando por ella. No puede ver vehículos de la policía. Mira el reloj. Son las seis y poco. Con la avioneta llegarán demasiado pronto al punto de

encuentro. Pero si aterriza ahora, igual no logra despegar de nuevo jamás. Seguro que la Soyuz tampoco llegará con extrema puntualidad. ¿Cuánta ventaja llegarán a tener? Una hora como máximo, en la que tendrán que montar el hardware, conectar el cristal y arrancar el programa. Sin el inventor. Mierda. Ojalá el hombre en la cápsula Soyuz tenga algo más de idea.

—John, lo está haciendo muy bien.

Mira por encima del respaldo hacia Ishiguro, Que está pálido como una sábana, pero tiene los ojos abiertos. Sus pupilas son píxeles cuadrados.

—Gracias, usted también.

—Si sobrevivo a esto ...

—Cállese ya. Usted no puede morir. A fin de cuentas, ha sido usted quien me ha enviado aquí con su disquete.

—Tengo que decirle algo más al respecto, John. Antes de nuestro precipitado viaje pude hablar un momento con Optimus. Al parecer no he sido yo quien le envió ese disquete; o no seré yo, al menos. Su amigo se permitió encontrar el disquete y hacérselo llegar de forma que pareciera la vía oficial. Así que, si muero ahora, no se creará ninguna paradoja.

Muy tranquilizador. Tiene que hablar urgentemente con Optimus sobre lo que significa decir toda la verdad. El lado bueno es que el robot, al menos, tendrá que sobrevivir; si no, no podría tirar de los hilos como ha estado haciendo en el futuro.

—Está bien saber que no será usted necesario, Ishiguro. Pero no por ello necesita morir.

Ishiguro asiente.

—Tampoco me empeño en ello. Lo que me pregunto es por qué el sistema ha reducido el rendimiento de los gráficos precisamente ahora.

—¿Por la inestabilidad?

—Podría ser. Aunque ha resultado también de lo más práctico. ¿Tiene claro que solo gracias a eso ha podido esquivar dos balas de ese agente?

Es algo realmente notorio. ¿Quién tiene acceso a estos parámetros? Con el disquete de administrador debería haber podido

ajustarlo. Pero precisamente ese disco no está en su poder.

Solucionarían también otro problema; pues en ese momento se oye un ruido extraño. El motor ruge y el avión entero se sacude. ¿Se ha acabado el combustible? John mira por la cabina. Hm. El motor se recupera un sigue ronroneando como antes. Habrá sido fallo de algún carburador.

—¿Dónde está el indicador de combustible que encontró antes? —pregunta John.

No recibe respuesta. Se gira hacia el paciente. Ishiguro ha cerrado los ojos. No puede ver si respira o no. Mira el reloj. Quince minutos. Debe descender. Debe quedar suficiente gasolina para poder generar luego electricidad con el motor y arrancar el Commodore C64.

¿Cómo se aterriza una avioneta? Seguramente lo más despacio posible. Tampoco puede ser tan difícil. Solo debe evitar ir demasiado despacio, pues si las alas pierden sustentación caerán al suelo como un coco maduro de la palmera. ¿Por qué no le preguntó a Ishiguro lo de la velocidad de aterrizaje? Tampoco puede ir demasiado deprisa; para no estrellarse, vaya.

Un paso tras otro. La avioneta reacciona directamente a sus movimientos, lo cual es agradable. Debe procurar no hacer gestos exagerados. John compara el mapa con la realidad. Aquí está la carretera. Siente el deseo de aterrizar en ella. Ese asfalto parece un lugar de confianza visto desde aquí arriba. Pero la X que ha pintado Ishiguro en el semidesierto está a unos treinta kilómetros de distancia. Seguro que es intencionado, para no ver la aproximación final de la cápsula desde la carretera. Si calcula que el horizonte está a unos cinco kilómetros de distancia, eso le da una circunferencia de diez kilómetros de diámetro donde deberá aterrizar. En el peor de los casos, debería caminar diez kilómetros hasta la cápsula. O los pasajeros de la cápsula hasta él, pues en la cápsula no hay electricidad.

Lo mejor será aterrizar en el centro de la circunferencia. El mapa muestra allí solo desierto sin grandes elevaciones. John sobrevuela el lugar una vez. El suelo es realmente liso aquí, aunque hay varias rocas gruesas por ahí dispersadas. Con lo mala que es la resolución,

podrían medir diez o cien metros. John se encoge de hombros. Unas rocas de cien metros seguramente constarían en el mapa, ¿o no? Aunque la zona parece estar cruzada por una delgada línea. Al final resultan ser un par de vallas. Precisamente en el desierto, ¿quién monta vallas aquí?

John da la vuelta. Ha oído que siempre es mejor aterrizar con viento de cara. Y aquí parece soplar con fuerza, pues ve un par de columnas de polvo desplazarse por la planicie.

¿Qué más tiene? Descubre el equipo de radio. En una línea LED hay dos frecuencias indicadas. 122,80 y 121,50. En la primera pone USE, en la otra STBY. Pulsa el botón que hay debajo y los LED cambian de lugar. John coge el micrófono en la mano y pulsa el botón para hablar.

—Hola, ¿me recibe alguien?

No hay respuesta. Pues entonces nada. Incluso puede que sea mejor así. Un momento. Esta es una avioneta muy bien mantenida, que seguramente haya alquilado Diana. ¡Debe haber un manual! John busca por la cabina. Allí, la bolsa tras el asiento cuelga justo encima de Ishiguro. Dentro hay un libro de unas trescientas páginas que se llama *Pilot's Operating Handbook*.

John no intenta comenzar a leer el libro entero. Vuelve a ser el archivero del sótano que analiza un documento antiguo. Busca los apartados que le interesan y los encuentra rápido: Emergencias y aterrizaje. Primero compara los diagramas de los instrumentos y palancas en el manual con los de su propio salpicadero. Acaba justo a tiempo para orientar el aparato sobre la pista que se imagina. Reduce la potencia del motor con la palanca de gas y despliega paso a paso los flaps de aterrizaje. John tiembla. Acelera un poco cada vez que va más despacio. Las indicaciones del manual son estrictas. ¿Cómo se puede llegar a aprender todo esto? Y aun así, el indicador de altitud indica que se está acercando a la superficie.

Comienza la aproximación final. Ahora o nunca. John suda a mares. Desde cerca, el suelo parece más abrupto que antes. El tren de aterrizaje se romperá tan pronto toque el suelo. ¿Por qué no ha atado a Ishiguro? Le pasará volando por encima del asiento y a través de la cabina. Pero ahora es demasiado tarde. El altímetro

sigue bajando. John centra los ojos en el extremo de la pista provisional, con lo que su visión periférica le da una sensación de altitud. Justo antes de tomar tierra levanta un poco el morro del avión. Mierda, demasiado. Otro intento. ¿Cómo es que la valla está ahora tan cerca? Diez, nueve, ocho, … ¡una roca! ¡Arriba! Mierda. Ya no hay sitio suficiente. Baja el morro. Las ruedas impactan contra el suelo. La avioneta rebota y salta como una pelota de goma. John se ve empujado a derecha e izquierda aunque intenta mantener el avión recto con los pedales. Cuanto más lento va, de menos sirve el timón lateral. En los últimos metros, el desierto lo sacude a gusto, como si estuviera enfadado por esa irrupción brutal en su territorio.

Al final, la avioneta se detiene.

Uff. Ha llegado. John se inclina hacia atrás y cierra los ojos. Necesita un momento para recuperar los nervios. Luego se desabrochará el cinturón y atenderá a Ishiguro.

Capítulo Veinte



Lo lamentará más tarde, cuando lleve puesto el pañal. Pero Max se vuelca el agua de la botella directamente al gaznate. Tiene la boca demasiado seca. No debería haber vaciado la botella de vodka. Pero le pareció un despilfarro. Todo lo que no se coma o beba en la estación Salyut-7 acabará quemándose en la atmósfera o cayendo al océano.

—Ven, debemos marcharnos —dice Mini.

Max asiente y cierra la compuerta. Tiene suerte. Ivanov tenía más o menos la misma estatura que él, por lo que puede utilizar cómodamente el traje de aterrizaje Sokol del cosmonauta. Max cierra también el visor. Las cámaras con la resolución ahora tan reducida no mostrarán detalles de su cara, lo que facilitará la charla con los tripulantes de la MIR.

Han guardado su valiosa carga dentro del casco del segundo traje Sokol, que habría llevado puesto Gaidukov. Mini ha modificado la cámara de forma que solo se vea a Max y la zona a su izquierda. El robot se esconde bajo sus rodillas.

Max verifica de nuevo los cinturones.

—Estoy listo —dice entonces.

—Muy bien. Deséanos un buen vuelo.

—Cruzo los dedos por nosotros.

Los largos brazos de Mini asoman entre sus muslos. Max no podría jamás volar la Soyuz, pero parece que Mini ha logrado leerse a tiempo todos los manuales de la vieja tecnología rusa.

—Pues vamos allá.

Se oye un clac metálico. Max nota una ligera presión hacia un lado. La cápsula se ha desprendido de la estación. Están de camino. Deja salir un estruendoso pedo, consecuencia de la sopa de lentejas de la última lata.

—Mido un peligroso incremento de metano en el aire de la cabina —dice Mini—. Espero que no tengamos que suspender la maniobra.

—¿Puedes controlar el estado del aire?

—Solo era un chiste, Max; lo que tengo son buenos oídos.



Ahora iría muy bien un poco de música de fondo. La Soyuz 7K-ST2 se está apartando lentamente de la estación Salyut. Unos ligeros toques de los propulsores de corrección la apartan poco a poco. Entran rayos de Sol por un ojo de buey. ¡La salida del Sol! Perfecto para una pieza de Richard Strauss, ¿cómo se llamaba?

—Mini, ¿puedes poner esa pieza de Strauss? Esa que empieza con Taaa-taaa-taaaaa, luego vienen los tambores y luego de clave menor a mayor ...

—Te refieres a *Así habló Zarathustra*, aunque la secuencia no es exactamente esa.

Un tono grave llena de repente la cabina. ¿Lo está oyendo o solo lo nota en el estómago? Órgano, contrafagot y contrabajos tocan juntos la pieza. El corazón de Max se acelera, pues sabe lo que viene ahora. Del profundo silencio suenan cuatro trompetas con un potente clarín de Do, Sol y do menor. ¡Un toque de diana! Los tambores responden con fuerza, Do, Sol, Do, Sol y luego entra la orquesta entera, con instrumentos de cuerda y de viento en un brutal acorde en Do mayor que recorre toda su columna vertebral.

—Fantástico. Gracias, Mini.

La música baja un poco de volumen. Se oyen algunos avisos de advertencia.

—No te preocupes. El sistema protesta por haberlo puesto todo en mando manual. Parece que preferiría que todo fuera controlado desde el TsUP. Pero se lo he prohibido. Voy a corregir ahora nuestra órbita para poder acercarnos a la MIR. Te quedan unos cuarenta y cinco minutos hasta que nos detecten. Entonces te tocará a ti. ¿Dejo la música?

—Sí, por favor.

La pieza dura media hora. Max necesita desconectar un poco antes de actuar como si fuera Ivanov.



—Okean-1. Nave desconocida, identifíquese.

Llegó el momento. Ahora tiene que entretener todo lo posible a la tripulación del otro lado. Puede haber entre cinco y seis cosmonautas en la MIR; Mini solo ha conseguido informaciones contradictoras al respecto.

—Hola Okean-1. Saludos, Vowa. Aquí Wosduch-1 en vuelo planificado de investigación. Pido permiso para acoplamiento.

—¿Cómo dices? ¿Quién puñetas es Wosduch-1?

—Camarada Titov, Vowa, ¿es que no me reconoces? ¡Leonid Ivanov!

—¿Ivanov? ¿Leo? Pero ¿no habías ...? ¡Si estuve en tu entierro!

—Lo siento pero es que … me necesitaban en otro sitio. No puedo contarte nada al respecto, pero si te miras mi princesa aquí, verás que se trata de una Soyuz 7K-ST2. Eso no lo vuela cualquiera ...

—Estás ...

—Como dije, sin comentarios, pero no puedo impedir que te hagas una idea.

—¡Okean-2, ven aquí, rápido!

Titov llama a su colega. Mejor no. Cuanta más gente lo sepa, antes podrán sacar conclusiones acertadas.

—Déjalo, Vowa. Es mejor que solo un número muy reducido de personas sepan que aún existo. Deja que acabe mi encargo y habré desaparecido en un plis plas.

—¿Y cuál es tu encargo, si no es estrictamente confidencial?

—Tenemos que comprobar si podemos acoplarnos a la MIR. Venimos de la Salyut-7. La princesa es aún muy nueva. Tiene que poder acoplarse a cualquier sitio, incluso a objetos espaciales de otras naciones, ¿me entiendes? Ups. No debería ...

—Nadie sabrá nada de esto, lo prometo.

—Gracias.

—Trece minutos —susurra Mini.

—Llegamos en trece minutos. Nuestro sistema de acoplamiento Igla lo hará todo.



Ha ido sorprendentemente bien. Max se reclina satisfecho en su asiento. Se acoplarán, conectaran las líneas de combustible, tomarán lo que necesiten y un par de horas más tarde estarán con suelo firme bajo los pies, al fin.

—Ha ido bastante mal, qué pena —dice Mini.

Mierda.

—¿Y eso a qué viene ahora?

—Titov está hablando es estos momentos con el TsUP. No saben absolutamente nada, claro, pero sí quieren confirmarlo con el ejército o el servicio secreto.

Titov no insinuó nada en ese sentido. No debe subestimar a los cosmonautas. Es evidente que Okean-1 quiera obtener algún tipo de confirmación.

—¿Max? Si me permites que te diga algo ...

—Lo sé ... No debería haberle pedido que lo guardara en secreto. Eso lo ha puesto sobre aviso.

—Correcto. Ha sido un poco demasiada información.

Mierda. Ojalá la burocracia soviética frene un poco a estos cosmonautas.

—Wosduch-1 llamando a Okean-1, responde por favor.

—¡Ahí estáis de nuevo! Muy bien. Ya me alegro de poder darte un fuerte abrazo. ¡Será una tarde divertida! Pero no he dicho aún nada a los otros.

Te has chivado al TsUP, pero aún no tienes respuesta. Max hace como si nada.

—Excelente, yo también me alegraré mucho, aunque tenemos una agenda bastante apretada. Procuremos sincronizar el Igla para no tener luego retrasos.

Mini da la orden de iniciar el protocolo de acoplamiento. La estación MIR lo confirma.

La lucecita en el micrófono se apaga. Mini debe haberlo desconectado.

—Cuidado, el TsUP vuelve a estar en línea —dice—. No tienen aún una confirmación definitiva, pero recomiendan precaución. Parece que no han encontrado a nadie que nos conozca oficialmente. —Mini ríe—. Intentan un truco. Okean-1 tiene que preguntarte por tu mujer Valya y tu hijo Sascha.

—Y resulta que soy soltero y sin hijo, ¿no?

—No, tu esposa se llama Lidia y tu hija Alina. Acaba de cumplir los catorce.

—Gracias.

Se conecta el micrófono de nuevo. Suena una señal de advertencia. ¿Qué pasa? La línea con la MIR está abierta, así que no puede preguntar a Mini.

—¿Estás ahí, Okean-1? ¿Algún problema con el Igla?

—Exacto, nuestro Igla parece estar desajustado. He pedido a Mussa que se ocupe de ello.

Ahora querrán retenerlos un tiempo. Max sonríe para sus adentros, pues eso les irá bien.

—Ah, y ¿qué tal están …? —comienza Titov—. Joder, menuda mierda es todo esto. El TsUP quiere recurrir a trucos psicológicos, pero no pienso seguirles el juego. Sé que no eres Leonid. Dios tenga

su alma en gloria. Leonid era de Smolensk por lo que su ruso siempre sonaba un poco biolerruso. El tuyo es moscovita. Seas quien seas, vienes de la capital y no de la provincia. Así que, cuéntame; o no libero el Igla.

Se desconecta el micrófono.

Mini le habla entonces.

—Ahora tendrás que salir. No nos dejarán acoplar la nave. Voy a autorizar la línea, pero tú tendrás que conectarla.

—Entendido. ¿Puedes intentar convencer a Titov?

—Diré que soy Gaudikov. Podrás seguir la conversación en tus auriculares.

—Gracias.

Esa será la parte crítica de la maniobra. El traje Sokol no es un auténtico traje espacial, está pensado solo para emergencias en el interior de la cápsula. Le mantendrá con vida en el vacío pero dos horas como máximo y con unas mínimas funciones de calefacción y refrigeración. Además, debe arrastrar la bombona de oxígeno consigo bajo el brazo.

—¡Oye, desconocido!

—Okean-1 aquí Wosduch-2. ¿Qué hay?

—¿A dónde ha ido el otro?

—Eso no te importa. Pero pronto lo oiréis.

—¿A qué te refieres? ¿Es eso una amenaza?

—Wosduch-1 está hablando ahora con la central en Lubyanka por nuestra conexión especial. Ya verás lo que sacarás de tus infundadas sospechas.

Max ha girado ya la palanca de la compuerta. Le bastará con empujarla. Engancha un cabo de seguridad y coge aire. La atmósfera de la cápsula sale silbando, ya que no posee esclusa. No espera mucho y sale al exterior.

La estación espacial flota directamente delante de ellos en el espacio. Resulta impresionante, pero solo cuando has olvidado el tamaño de la ISS. El sistema Igla está a solo unos diez centímetros de la boquilla de acoplamiento. ¿Dónde está la manguera? ¡Allí! Mini ya la ha desbloqueado. Tiene la toma envuelta en lámina de aluminio. La extrae. La construcción es flexible, para poder acoplarse

a distintas boquillas de conexión. Max tira de la manguera y la mete por el otro lado en un agujero redondo que trabaja como un casquillo.

—Conexión establecida —dice Mini—. Regresa cuanto antes.

Es más fácil decirlo que hacerlo. En el Sokol tiene tanta movilidad como dentro de una salchicha prensada y comienza a entrarle el frío del espacio. Empieza a estar harto de tanta técnica vetusta. ¿Tan lejos le queda ahora la compuerta? Trepa por la superficie como una hormiga y se mete finalmente en la cápsula como un gusano. Una vez cerrada la compuerta espera tiritando de frío que el aire en la cápsula se normalice.

—Cargando combustible —dice Mini.

—¡Yupi!

No le quedan fuerzas para decir más.

—Cuidado, el TsUP acaba de llamar —avisa Mini.

—Aquí Okean-1.

Ha ido rápido. ¿Qué quiere Titov de ellos ahora?

—¿Sí?

—Tenemos confirmación de que aún vives, camarada.

Ya iba siendo hora. Pero, ¿es eso una buena noticia?

—Me alegra oír eso.

—El TsUP quiere que hables con ellos. Si no, pasaremos a vuestra cápsula y os apresaremos.

—El Igla funciona de nuevo —dice Mini—. Pero creo que es una trampa. Si nos acoplamos ya no dejarán que nos desacoplemos. Atención, te paso a control de misión en Tierra.



—Wosduch-1 en misión planificada. ¿Qué hay?

—¿Camarada Ivanov?

—Al habla.

—Debemos pedirte perdón por haber dudado de tu existencia.

—¿Pero?

—Las secciones responsables de vuestra misión nos dicen que esta finalizó bajo circunstancias no esclarecidas.

—Claro que no. Comprobamos las nuevas ...

—Camarada Ivanov, se nos dijo claramente que se os considerara como pedidos junto con la nave desde hace meses. Tus superiores exigen que paséis a bordo de la MIR para seguir con la investigación.

—Ese no es nuestro encargo.

—Ahora sí.

—Lo siento, pero debemos seguir nuestras órdenes, y son distintas a las vuestras.

—Tomo nota de la objeción. Nuestra orden es de reteneros como prisioneros en caso de falta de colaboración.

La comunicación se interrumpe. Parece que han descubierto toda la maniobra.

—He cortado yo la comunicación —dice Mini—. Eso causará un poco de confusión y retrasará la reacción.

—¿Qué van a hacer?

—Titov y Manarov intentarán acceder a bordo de nuestra cápsula para detenernos.

—¿Cuánto falta con lo del combustible?

—Fluye más lento de lo que pensaba. Una hora estaría bien.

Así que tendrán que encerrarse dentro de la cápsula.

—¿Cuánto tardarán en llegar a nosotros?

—Para salir de la esclusa y con todos los preparativos, más o menos una media hora. Cuento con que dejarán de lado los ejercicios preparatorios para una EVA.

—¿Podemos impedir de alguna forma que lleguen a nosotros?

—No, si queremos seguir llenando los depósitos.

—¿Qué hay de la esclusa?

—La cápsula puede abrirse también desde fuera. Y así debe ser; si no, no podrían sacarnos tras el aterrizaje si no estamos en situación de abrir nosotros desde dentro.

—¡Ya vienen!

Mini ha flotado todo el tiempo frente al ojo de buey desde el que se ve la MIR.

—¿Combustible?

—Quedan quince minutos y entonces tendremos suficiente.

Max se acerca a Mini. No les quedan quince minutos. Los dos cosmonautas se acercan con gran habilidad. Ya sujeta uno en la mano la herramienta para abrir la cápsula.

—Deberías ponerte el casco y atarte el cinturón —dice Mini.

Tiene razón. Desciende. Si se abre la esclusa desde fuera, la cápsula pierde toda su atmósfera. Echa un vistazo al traje de aterrizaje vacío a su lado. Casi parece una persona. *Tú no te preocupas por nada, ¿verdad?*

—Tengo una idea —dice Mini—. Aunque no sé si funcionará.

—Sea lo que sea, pruébalo.

—De acuerdo.

La cápsula da un salto hacia delante. El sistema de acoplamiento Igla emite un tono de aviso. La cápsula retrocede. Otro tono más, distinto esta vez. Y de nuevo hacia delante. Y otra vez atrás. Y lo repite sin parar. ¿Pretende Mini expulsar a los cosmonautas de la MIR sacudiéndoselos de encima? Adelante - atrás. Adelante - atrás. El sistema Igla lo critica todo con sus pitidos. Pero Max ya oye pisadas de botas sobre el metal. Adelante - atrás. Adelante - atrás. Mini no se rinde. La rueda en la parte interior de la esclusa gira. Adelante - atrás. Adelante - atrás. Max no puede hacer nada, está con el cinturón abrochado en su asiento. Adelante - atrás. Adelante - atrás. Se levanta la compuerta. El aire sale como vapor blanco Adelante - atrás. Adelante - atrás. El pitido de advertencia del Igla es cada vez menos audible. Max está ahora envuelto de vacío. Adelante - atrás. Adelante - atrás. El traje Sokol lo mantiene con vida. Entra una mano por la compuerta. Están a punto de agarrarlo. Adelante - atrás. Adelante - atrás. Mini aguanta. Le sorprende su paciencia, aunque no sirva de nada. Adelante - atrás. Adelante - atrás. ¿Cuánto tiempo aguantarán eso las boquillas de corrección?

—Tanques llenos —dice Mini.

Pero es demasiado tarde. Están a punto de entrar en la cápsula. Adelante - atrás. Adelante - atrás. Entonces pasa. El mundo a su alrededor se vuelve incoloro y plano. El ojo de buey es cuadrado en lugar de redondo. Todos los botones redondos son ahora cuadrados, todos los ovalados, rectángulos. En la compuerta hay movimiento. Entra un brazo, pero el cuerpo que le sigue no cable. ¡Su perseguidor no tiene posibilidad alguna! ¿Cómo ha conseguido eso Mini? Ahora se rinden. Max se suelta del asiento, flota a la compuerta y la cierra.

—Ya podemos zarpar —dice Max—. Un momento, ¿qué pasa con la manguera?

La cápsula ya está acelerando. Max mira por el ojo de buey y ve una manguera cuadrada que rocía algo brevemente para luego detener el flujo. Vuelve a abrocharse. Es extraño que el asiento ahora no tenga ningún acolchado. Y sus manos parecen hechas con piezas de Lego.

—¿Qué has hecho, Mini? ¿Cómo ha pasado eso?

—He sobrecargado la simulación. Siempre está calculando un poco en el futuro, porque el ser humano también vive en el futuro por su mente, que siempre anticipa los sucesos. Parece que hay muchas cosas que dependen del éxito de nuestra misión. Si nos hubiéramos acoplado con la MIR, seguramente llegaríamos tarde a nuestro aterrizaje. Sin el acoplamiento igual conseguimos estabilizar la simulación. Esperaba que este esfuerzo de cálculo produjera una sobrecarga.

—Y ha funcionado. Pero ¿parará también?

—No lo sé, Max. No tenemos ni idea de cuál es el hardware en el que funciona esta simulación. Podrían ser ordenadores electrónicos, cuánticos o el mismo universo en sí. Igual la sobrecarga ha destruido recursos de forma irrecuperable. O solo necesitan un par de minutos, días o años para recuperarse ...



—Corrección de órbita finalizada —comunica Mini.

Como quieren caer en Arizona, necesitan al menos dos vueltas completas a la Tierra para ajustar los parámetros de su trayectoria. Pero ahora parece que ya están en el rumbo correcto. La Soyuz parece funcionar a la perfección, a pesar de sus ojos de buey e interruptores cuadrados. Al parecer, la sobrecarga solo afecta la presentación visual. Los olores a sudor, aceite, pipí y caca, … todo parece seguir igual. Así que las moléculas seguirán teniendo su forma original. Max lleva ya un buen rato procurando no respirar demasiado hondo. Así se aguanta mejor el pestazo que los invade.

Resulta interesante que el sentido del tacto se oriente por el sentido visual. El respaldo ya no es redondeado. El acolchado sobre el que se sienta es duro. Será bastante desagradable cuando la atmósfera los frene.

Una fuerte explosión. Max se lleva un susto de muerte.

—Ups, perdona —dice Mini—. Debería haberte avisado. Acabo de desprenderme del módulo orbital y de servicio.

Ahora ya solo queda la cápsula de aterrizaje. Max mira a su alrededor. Las piernas de su vecino tiemblan. Debe ser el rozamiento con la atmósfera. Se agarra con todas sus fuerzas a los apoyabrazos.

—Ciento veinte kilómetros —dice Mini.

El ojo de buey se tiñe primero de azul, luego de amarillo y al final de rojo. Debe apartar la mirada porque comienza a hacer mucho calor. El aire en la cabina se calienta rápido. Se cierra el casco. La ventilación del Sokol funciona a toda pastilla y va secando su sudor. Parece que las paredes irradian el calor directamente hacia él.

—Temperatura del casco 1900 grados —dice Mini.

Max gime. Cuanto más descienden, mayor es la fuerza que lo presiona contra el asiento. Tres g, calcula; pero la presión sigue aumentando. Respira hondo para contrarrestarlo. Cuatro g, quizás cuatro y medio.

—Dos coma cinco g —dice Mini.

¿Qué? No puede ser. Entonces aún empeorará … y efectivamente, empeora. Sus granitos se estrujan por sí solos. La vejiga se vacía y no puede hacer nada para impedirlo. Siente el pecho como si tuviera un pesado yunque encima.

—Fuerzas g en 4,2; Pulso a 130. Todo dentro de lo normal, Max.

¿Cómo lo hace? Mini parece seguir flotando siempre frente al ojo de buey. Solo si se fija mucho llega a ver sus finas piernecitas que se agarran a algo. Con esa baja resolución, parecen las patas de una araña.

—¿Has oído ya algo … —debe hacer una breve pausa— de nuestros amigos? —Apenas puede superar el estruendo dentro de la cabina. Es como si un martillo cósmico utilizara la cápsula como un tambor. Max recuerda la pieza de Strauss.

—No, silencio de radio, por ahora. La capa de aire caliente e ionizado que rodea la cápsula bloquea cualquier comunicación por radio.

Pero oye un ruidito que le resulta molesto. Es como si alguien estuviera sacando el aire a presión rápidamente de un cojín de plástico. Es un crujido penetrante que también le recuerda el chasquido de troncos gruesos en una hoguera.

—Ese ruido ...

—El escudo térmico está bajo una carga extrema —dice Mini—. El material se está dilatando.

—¿Debo preocuparme?

—Si te hace sentir mejor … Tampoco podemos hacer nada para evitarlo.



El tiempo transcurre igualmente de alguna forma y Max incluso logra quedarse medio dormido.

—Ojo, no te asustes ahora —lo despierta Mini—. Solo quedan diez kilómetros.

Se oye una pequeña explosión. Tras un par de segundos, una mano gigantesca presiona a Max en sus cinturones. Mini cae de su puesto y aterriza en el asiento a su lado. Ha pasado rozando el casco en el que guardan el valioso cristal. La cápsula vibra y el viento los sacude de un lado al otro. Max se marea cuando, además, comienzan a girar como una peonza.

—Atención, despliegue de paracaídas en tres, dos, uno —la voz de Mini suena lejana. Sale fuera del traje vacío en el que se ha visto propulsada antes. Pues todo esto no han sido más que un aperitivo. Otra explosión. Ese debe ser el paracaídas principal. La cápsula se queda inmediatamente recta. Es como si se esforzaran al máximo en hacerle vomitar. Max choca de nuevo con el respaldo y sale disparado en sus cinturones hacia arriba y hacia los lados. La cápsula oscila a lo bestia; un puntito bajo un gigantesco paracaídas, que cae directo al desierto.

Otra explosión. Ese habrá sido el escudo térmico. La ventilación comienza con la introducción de aire del exterior. Es seco, caliente, pero huele de forma paradisíaca. Max lo inspira con fuerza de la manguera hacia sus pulmones. ¿Así es como huele el desierto?

—Diez, nueve, ocho, … —Max se sujeta con fuerza. Esa debe ser la cuenta atrás final—. Cuatro, tres, dos. —El uno se lo traga el tremendo impacto final y una sacudida bestial bajo su asiento. Eso habrán sido los cuatro cohetes de frenado de combustible sólido. Poco después, la cápsula toca suelo, ya más frenada.

El golpe es fuerte. A pesar de los asientos acolchados parece más un accidente de coche. La cápsula se inclina hacia un lado. El paracaídas los arrastra algunos metros sobre el suelo del desierto antes de caer del todo. Para Max, esos ruidos de arrastre suenan a paraíso terrenal, pues es la Tierra la que les está dando la bienvenida.

Silencio.

—Aterrizaje confirmado. Bienvenido a casa, Max.

—Dame un minuto.

—Integridad del casco confirmada. No hay fugas. Atmósfera exterior respirable, Max. Estamos en lugar seguro.

Max cuelga de lado en sus cinturones, con un exceso de adrenalina corriéndole por el cuerpo. Oye los chasquidos de cómo el casco exterior se va enfriando y el suave susurro de los sistemas internos de Mini.

—Un minuto, por favor.

—Lo siento, pero no tenemos tiempo. Nuestros amigos ya están allí y los perseguidores no mucho más lejos. Debes levantarte ya.

Levantarse. Sí, eso estaría muy bien. ¿Cuánto tiempo se ha pasado en caída libre? Ha hecho gimnasia, pero sus músculos se han adaptado. Se libera de los cinturones y se orienta. La cápsula está tumbada de lado. Se deja caer al suelo que antes era pared y levanta la mano. Ahora sabe por qué los ingenieros llenaron esto de asas resistentes, aunque normalmente se ahorre hasta el último gramo. Sin la ayuda de sus brazos no podría haberse levantado jamás.

—Propongo que te quites antes aquí el Sokol.

Mini tiene razón, como siempre. Abre primero la válvula de ajuste de presión en su traje. Aspira aire y el traje cede un poco, lo cual le permite moverse mejor. Con un giro se quita el aro de cierre del cuello y se quita el casco. Luego desbloquea los guantes por las muñecas y se los quita.

Ya puede coger con sus propios dedos el cierre de la cremallera en forma de V de su pecho. Tira de él hasta que aparece el «apéndice», una especie de manguera de goma que protege la cabeza del cuerpo. Lo desenrolla. Ya puede bajarse el traje hasta la cadera. Ahora saca las piernas sudando a mares.

—Muy bien —comenta Mini—. Ahora viene la parte más complicada.

Mini puede decir lo que quiera, pero necesita una pausa. Parece que el planeta entero tira de él hacia abajo. Es todo un milagro que la cápsula entera no se hunda en el desierto. No recordaba que su planeta natal fuera tan brutal. *Jolines, chaval, no te vengas abajo, que sobreviviste bien los anteriores aterrizajes.*

Está bien.

—¿Ahora qué?

—Gira la palanca izquierda 90 grados y luego la derecha.

Max se incorpora hasta que llega a la compuerta. En microgravedad era ya difícil de manejar; ahora tiene que abrirla incluso bajo la fuerza de gravedad de un planeta entero. Abre las dos palancas y hace fuerza desde las rodillas contra la puerta metálica.

Una luz intensa recae sobre él. Max entrecierra los ojos. Es solo el Sol. Sigue empujando hasta que la compuerta cae hacia un lado.

El aire caliente sopla contra su frente, pero no le molesta. Hay polvo y restos de humo de los cohetes de frenado todavía flotando en el aire.

Asciende agarrándose a las asas interiores y se asoma al exterior. Está a metro y medio del suelo. El metal quemado a su alrededor sigue emitiendo un calor intenso. Sería mejor no tocar la cápsula. Max sale del todo, se da un empujón y aterriza con una voltereta hacia delante en el pedregoso suelo.

Reina la tranquilidad. Mira hacia una columna de polvo que se convierte en cubitos por los bordes. La resolución gráfica realmente no ha mejorado mucho. Dos personas corren hacia él. Sus brazos y piernas son palitos que giran en sus articulaciones. Hacen gestos. Deben ser los amigos de los que hablaba Mini.

¡Mini! ¿Dónde está? Ya que se ha quitado el casco, no puede hablar con ella por radio. Se acerca una piedra de origen volcánico y sorprendentemente ligera y se sube a ella para mirar por la compuerta al interior de la cápsula. El casco del Sokol vacío está abierto. Mini está encima. Cuando le ve, intenta llegar a la salida. Pero parece tener más problemas con la gravedad que él. Así que se inclina hacia el interior, agarra una de sus patas y la saca afuera.

Cuando se da media vuelta hay dos extraños frente a él.

—Max Mustermann[1]—se presenta instintivamente y extiende la mano hacia el de mayor edad.

El hombre se la estrecha.

—John Doe.

—Y yo soy Ken Ishiguro, CEO de Rochus Games —confiesa su más joven acompañante. El nombre de esa empresa le suena a algo. Max se rasca la sien con la mano derecha. En la izquierda sujeta a Mini. Es uno de esos vergonzosos momentos en los que nadie quiere decir nada incorrecto. Entonces se acuerda de dónde conoce el nombre de la empresa. El rompehielos perfecto.

—Ah, sí, usted desarrolló ese juego tan divertido de un típico perdedor que aún vive con su madre y luego se va a Las Vegas para liarse con todas las mujeres que puede.

Ishiguro asiente.

—Uno de los de mayor éxito.

—Pido perdón por mi cliente —dice Mini—. Yo le enseñé una vez Leisure Suit Harry, cuando era el juego de ordenador con menos humor de todos los tiempos. Max, ese pecado lo cometió una empresa muy distinta.

—Solo quería comentar que precisamente por esa razón nunca fue concebido para el C64 … —continúa Ishiguro.

—Da lo mismo —dice su amigo John—. Nos han dicho que traen un cristal muy valioso.

—Así es. Está en … —explota Mini.

—¡Mini, calla! ¿Estás segura de que estas son las personas correctas? Pensé que tu amigo era un robot como tú.

—Sí, mi amigo parece estar … impedido. Llevo mucho tiempo sin contactar con él.

—¿Hablas de Optimus? —pregunta John—. Es mi robot. Bueno, lo era —el extraño traga con dificultad.

—¿Era? —pregunta Mini, se incorpora en la mano de Max e intenta trepar por su brazo.

—Perdimos el contacto. —John les cuenta cómo escaparon del servicio secreto en la sede de Rochus Games.

—Seguro que logró escapar —dice Mini.

—¿No puedes hablar con él desde aquí? Tengo entendido de que tenéis una conexión propia.

—Solo funciona desde el espacio. Aquí abajo, el alcance es menor.

—Deberíamos de todas formas centrarnos en reiniciar la simulación —dice John. Se gira y señala hacia atrás. A poca distancia hay una avioneta en el desierto.

—En el casco del asiento del copiloto hay una ampolla de cuarzo. Dentro hemos criado el cristal. —Max señala a sus piernas—. No soy muy rápido tras tanto tiempo en el espacio.

John se sube a la roca y mira el interior de la cabina.

—¡La tengo!

Los dos hombres salen corriendo hacia su avioneta. Ojalá no haya sido un error darles el cristal.



Ha sido un error, pero ya es demasiado tarde. Junto a la rueda del avión hay dos hombres sentados en el polvo. Están maniatados. El más joven parece herido. Su chaqueta muestra una gran mancha negra y tiene la cara muy pálida.

—Ahora ya solo nos puede ayudar tu amigo —dice Max.

El más joven de los dos que le cogieron la ampolla se les acerca.

—¿Ayudar? A vosotros no os puede ayudar ya nadie. Mirad a vuestro alrededor.

Más allá, detrás de la avioneta, hay tres todoterreno negros aparcados con hombres pululando por allí, con chaquetas negras. Sobre uno de los vehículos hay una metralleta que apunta hacia ellos.

—¿De qué va todo esto? —pregunta Max—¿Qué queréis de nosotros?

—En el fondo lo mismo que vosotros, solo que de forma distinta. Queremos darle al presente una dirección algo nueva con ayuda del disco de administrador.

La puerta de la avioneta se abre. Una mujer delgada y de melena oscura sale al exterior. Sus zapatos de tacón alto no parecen ser lo más adecuado en esta región.

—Perdonad que no os haya ido a recibir en persona, queridos amigos.

Desciende la escalerilla y se acerca por el polvoriento suelo del desierto a Max.

—Me cae usted bien, Max Mustermann.

—Déjale en paz, Nathalie —grita el mayor de los hombres maniatados—. Él no tiene nada que ver con este asunto.

—Yo no diría lo mismo. Max nos ha traído el cristal. ¡Muchas gracias! —Le levanta la barbilla con la mano, como si fuera un caballo de cría. ¿Y si le estampara un bofetón? Pero se siente incapaz de hacerlo, por mucho que se lo pudiera merecer.

—Estaba tan entusiasmada cuando oí hablar del disco de administrador, que me decepcioné muchísimo cuando vi que faltaba

ese cristal para el resonador cuántico. Y luego nuevas esperanzas cuando conocí a la hija de Ivanov. Ha sido un auténtico tiovivo emocional. ¡El maldito Gaidukov impidió que Ivanov pudiera hacerse con la ampolla!

Por eso los dos muertos en la Kosmos. Gaudikov no quiso que lo manipularan como a Ivanov.

—Y claro, os ayudé en todo lo que pude cuando oí que intentabais un nuevo ensayo. Dos robots con ciertos fallos que se juntan para salvar a la humanidad, ¡qué dulzura! Al menos, la humanidad como ellos la conocen. Y eso que hay tantísimas otras posibilidades, ¡y con el disco de administrador lo tengo ahora todo bajo control! ¡En lugar de reiniciar la simulación podríais haber dominado el mundo entero! Y vais y malgastáis la oportunidad así como así.

—Pero en el menú no hay opción para determinar el soberado del mundo —dice el mayor de los prisioneros, probablemente el auténtico John.

—Tampoco hace falta. Cambio un par de constantes de forma que el aluminio sea el metal más valioso. Las toneladas de ese metal que he comprado me harán de inmediato inmensamente rica.

—Un cambio así modificaría mucho el universo entero. Igual entonces ni siquiera es apto para la vida —dice Mini.

—Lo he calculado todo. Solo hay un mínimo riesgo. Pero ¿por qué estoy malgastando saliva hablando de esto? Ya que habéis preparado todo para el experimento ..., Volodya, ¿serías tan amable de insertar el cristal?

El hombre que se presentó como Ishiguro saca la ampolla de su bolsillo y la introduce en una especie de manguera en cuyo extremo cuelga un cable. Esta conectada a un viejo ordenador sobre una mesilla, junto con lector de discos, joystick y pantalla. Nathalie hace un gesto. El motor de la avioneta se enciende. El ordenador se enciende. La pantalla se tiñe de azul. La mujer escribe algo en el teclado. Está demasiado lejos para ver qué es. La disquetera traquetea. En pantalla aparecen un par de retratos. Encima pone en grandes letras MANIAC WORLD. Nathalie mueve el joystick de un lado al otro, pero no parece encontrar lo que está buscando.

—¿Dónde coño están los *Ajustes Avanzados*?

Volodya se coloca a su lado y mueve también el joystick. Sacude la cabeza. Entonces abre la manguera, saca la ampolla y la observa. Sacude de nuevo la cabeza. Susurra algo.

—¿Sois tan idiotas como para no ser capaces de leeros las instrucciones? Esto es sulfato de cadmio. ¡La materia prima está estropeada! ¡Con eso no se pueden hacer cristales!

—Vaya, pues lo siento mucho —dice Max—, ¿no pone ahí CdSSe?

—¡Eso lleva mucho tiempo ya almacenado en la estación! Joder, solo tenías una cosa que hacer, y vais y la cagáis del todo.

Natalie tira la ampolla al suelo. Se rompe. Salen proyectados pequeños trozos con forma de dado. Nathalie regresa a la avioneta y entra en ella.



Ahora están todos atados al tren de aterrizaje. El John y el Ishiguro auténticos se han presentado y excusado por las circunstancias.

—Eran demasiados —dice John—. Y estaba solo. Al menos han vendado bien a Ishiguro.

Max observa a su alrededor. El equipo negro está discutiendo junto a los coches cómo seguirá el tema. Seguramente se estarán repartiendo quién le pega un tiro a quién. Se pudrirán en este desierto.

—Debes empujarme con cuidado hasta la mesa con el ordenador —dice Mini.

—¿Qué?

—Pssst. Empújame y ya está. Pero suave.

Deja a Mini en el suelo. Ya no es tan redonda como era antes, pero igualmente rueda por el suelo. Se detiene bajo la mesa. Entonces utiliza sus dos piernecitas para subirse a la silla donde antes se sentaba Nathalie. Desde allí se sube a la mesa. ¿Qué pretenderá? Corta el cable de alimentación eléctrica de la disquetera, saca los dos hilos del interior del cable y se los inserta en un

pequeño orificio en su cuerpo. Luego hace lo mismo con el cable de datos.

—Es genial —susurra John—. Se utiliza a sí misma como emulador de un Commodore C64. No necesita ni pantalla ni un C64. Y la poca corriente que necesita la disquetera la puede sacar de su batería interna.

Como la pantalla está apagada, nadie se da cuenta de lo que está pasando. Se abre una puertecilla en el cuerpo de Mini. Mete las manitas dentro y saca una ampolla de cuarzo. ¡Por eso estaba antes el casco del traje abierto! Mini ha logrado confundirlos a todos. Sus brazos meten la ampolla ahora en la manguera vacía.

La luz de lectura de la disquetera parpadea. Se está cargando el contenido del disco administrador. Ciento setenta kilobytes; Mini tiene memoria de trabajo suficiente para eso. El LED se apaga. Seguramente arranque ahora el programa. Max ve las letras delante de él: MANIAC WORLD. Menuda estupidez. Leisure Suit Larry es mucho mejor. Pero no se trata de eso.

Espera. Todos esperan a ver qué pasa. Incluso Nathalie y sus delincuentes están esperando, aunque no se hayan enterado de nada. El mundo entero espera. Pero para empezar desaparece todo en un gigantesco torbellino.

---

1 Max Mustermann es la versión alemana de John Doe, es decir el nombre comodín equivalente a Fulanito de tal en español para personas sin nombre conocido (véase nota al pie 1).

Capítulo Veintiuno



Max sale por la compuerta del nuevo módulo Life-Science. El aire huele aquí a tierra húmeda y clorofila. Bajo el brillo violeta de espirales de luces LED, crecen por las paredes plantas de pepinillos y tomateras. Una bola plateada pasa volando junto a él y frena delante de su nariz.

—¿Dónde está el nuevo plan de menú? —pregunta.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de que siga habiendo solo risotto? —pregunta Mini.

Mac no entiende la pregunta y pone cara de extrañeza. Solo se calma cuando en la pantalla del robot aparece un smiley giñándole un ojo.

—Era broma. Y no te preocupes. Hoy hay tomates frescos de aquí arriba. Y pescado de verdad. Lo ha traído una cápsula de abastecimiento esta mañana.

Max asiente. Cápsula de abastecimiento. Científicos que vienen a pasar un par de semanas. Un aseo que funciona. Desde que aceptó este trabajo de volver a poner la ISS a pleno rendimiento, ha logrado convertir la estación espacial en otro mundo. Flota hasta alcanzar la *Cupola*, su lugar preferido.

La Tierra bajo él es una peonza azul perfecta. Recuerda un experimento de los primeros días, cuando en una vieja Glovebox la pelotita lanzada tenía una trayectoria extraña. Eso no ha vuelto a

pasar desde entonces; la Glovebox misma está ahora en un museo de la Tierra.

Mini flota en silencio a su lado.

—Parece feliz —dice. En su pantalla aparece un robot brillante, que sujeta orgulloso un gran girasol en la mano—. Optimus ha conseguido al fin su permiso para salir a la calle —explica Mini.

—Y ahora dime que no tiene nada que ver con tus recientes vacaciones ahí abajo —sonríe Max.

—Yo no digo nada.

Max mira la imagen. Ahora se acerca un hombre. ¿Cómo ha conseguido Mini estas tomas? ¿Es eso legal? Las caras del robot y del hombre le resultan desconocidas, pero es como si estuviera viendo a viejos amigos. Su estómago gruñe como si llevara varios días sin comer. Mira hacia Mini, que en ese momento desaparece en la cocina. *Pronto tendrán que apañárselas sin ella. ¿Qué comandante idiota de la ISS le habrá autorizado la ausencia?*

Ahora hay muy pocos días risotto en lata y no sabe si considerar eso como algo bueno o aburrido.

Capítulo Veintidós



Comes the morning and the headlights fade away ... John se incorpora de golpe. A-ha, su banda más favorita de todas. Ha deseado conocer a ese grupo desde que era niño, pero hace tiempo ya que desaparecieron del mapa.

—¡Buenos días, queridos oyentes! Estáis escuchando Radio Nostalgia, con los mejores clásicos de los ochenta y ...

Y allí está, el presentador que siempre interrumpe en medio de las canciones. John aparta la sábana. Optimus le llamará pronto para desayunar. Se pone en pie. Echa un vistazo a la mesilla de noche, donde hay una copia aún precintada del juego MANIAC WORLD. ¿De dónde ha salido esto? ¿Un regalo de cumpleaños por adelantado de Optimus? Sale del dormitorio.

—¡Ya estoy levantado! —grita en dirección a la cocina mientras se mete en el baño. Primero vaciar vejiga. Bajo la ducha se quita de encima las legañas de los ojos y se despierta del todo. Una vez seco, se peina. Ah, no, hoy tocaba afeitarse. Si tiene … John se sonroja. Le echa la culpa al agua caliente de la ducha.



—¿Ya has ...? —pregunta Optimus cuando entra ya vestido en la cocina.

En su plato hay tortitas deliciosamente doradas, como las que Opti le prepara a diario. Hay cosas que ojalá no cambien nunca.

—¿Que si has ...? —insiste Optimus.

John sacude la cabeza.

—También podríamos ir los tres a ...

—Ni hablar. Entonces lo cancelaré con Mini.

Hace una semana que la amiga de su robot regresó de su estancia en la ISS para pasar unas largas vacaciones en la Tierra. La estación espacial está bajo las órdenes de un tal Max, al que Mini también quiere tanto como a Optimus, renovado y actualizado.

—No, no tienes que hacerlo. Lo haré, lo prometo.

Salen juntos del apartamento. Hace un par de días que Optimus ha recuperado su permiso para salir. Aunque lo niega, está seguro de que Mini ha tenido también sus dedos metidos en ello. Optimus brilla hoy de forma especial. Su laca metalizada contrasta muy bien con el embaldosado azul que cubre el suelo hasta el pasillo.



Se separan ante la estación. El tren sale exactamente a las 7:56 del andén D. Como siempre, va bastante lleno. A John no le gusta tocar a otras personas durante el viaje, así que prefiere quedarse de pie.

Escucha. La mayoría de la gente habla entre sí, al menos cuando viajan juntos en metro. Eso es interesante. ¿Por qué algunos viajeros se ponen entonces auriculares en los oídos? La de historias que ha llegado a oír aquí … Durante diez a quince minutos será parte de un mundo distinto, que se alejará de él a la velocidad del metro cuando se baje.

John se baja a las ocho y doce en el nuevo centro de la ciudad. Una escalera mecánica lo lleva a la luz del día, donde unos tilos inmensos ofrecen sombra al paseo peatonal. Cantan pájaros exóticos. Por las ramas se descuelgan monos de cola larga. Esperan la primera lluvia del día, planificada para las nueve.



Entra en su empresa media hora antes. Hace unos diez años que el propietario Ken Ishiguro ha regalado todas sus acciones entre empleados elegidos al azar. John ha pensado mucho en si debe aceptar o no el regalo. Le parece una gran responsabilidad. Pero Ishiguro le ha convencido de que la empresa se dirige a sí misma y por sí sola. Aquel día le enseñó a John su agenda, donde no constaba ninguna cita.

Desde entonces, nadie ha vuelto a ver a Ishiguro. A las ocho treinta cruza el control de entrada.

—Bienvenido, John —dice una voz grave—. Hoy tienes —hace una breve pausa— exactamente cero citas.

Desde que John forma parte de la cúpula directiva, es ahora política oficial. Cada empleado debe comenzar el día como lo hacía entonces Ishiguro, sin la presión de citas pendientes. Claro que, a lo largo del día, hay que reunirse con alguien; pero tras siete horas de trabajo neto, la agenda queda cerrada.



A John le late hoy el corazón a toda velocidad cuando entra en el ascensor. Ha prometido algo a Optimus. Si incumple la promesa, Optimus cancelará su cita con la robot Mini. Optimus es muy consecuente con eso. John sube a la tercera planta. Se baja y no puede recordar quién ha subido con él en el ascensor. Se acerca a la cocina con la frente perlada de sudor.

Allí está. Sonia le espera ya junto al termomat. Parece estar pensado qué número apretar hoy. Aunque da totalmente igual. La primera vez que se dieron cuenta se quedaron estupefactos. Ahora han transcurrido ya meses. Pero sigue siendo divertido. ¿Se romperá algún día esa racha de suerte?

—¡Buenos días, John! Qué bien que ya estés aquí.

Le sonríe. John no puede evitar devolverle la sonrisa.

—Pienso lo mismo. Es decir, que ya estés aquí. Ya me entiendes.

—¿Vamos allá?

John levanta un pulgar. Sonia se da la vuelta y pulsa un número entre el uno y el noventa y nueve, sin que él pueda verlo. Ahora le toca a él. Sonia se gira y John selecciona el cuarenta y siete. Siempre elige el cuarenta y siete. Claro que él tampoco se lo confiesa. Sonia no puede saberlo.

Ahora tienen que esperar un momento. El termomat prepara las bebidas. Los líquidos calientes caen en las tazas de cada uno. John coge la suya y Sonia la que le corresponde.

—¿Y? ¿Qué tienes hoy?

—Té de menta.

—Mira. —Sonia le acerca su taza. John huele.

—Menta —dice—. Menuda casualidad —John sonríe. *Ojalá no sonría demasiado, como un payaso.* No quiere asustar a Sonia.

—Pues sí, menuda casualidad.

John nota cómo Óptimus le propina una buena patada virtual en el culo.

—Quería preguntarte si te apetecería que fuéramos a comer juntos un día de estos.

Ya está, lo ha soltado. Ajora preferiría que se lo tragase la Tierra.

—Pues claro, ¡encantada! ¿Cuándo?

—¿Hoy va bien?

—Fantástico, no tengo ningún plan para hoy.

¡Ha funcionado! Ahora le gustaría a John bailar una danza de alegría, pero seguramente sorprendería demasiado a Sonia.

—¿No te espera tu novio en casa?

—¿Novio? Qué va, a ese me lo he inventado solo para mis tarados compañeros de planta que no paran de insinuarse.



Al calor de la hoguera

Queridos lectores, queridas lectoras:

¿Vivimos en una simulación? No lo creo, pero la idea es, sin duda, fascinante. La desarrollé porque quise echar un vistazo a la época de los ordenadores domésticos de los años ochenta. En seguida pensé en aquellos típicos disquetes flexibles, los «Floppy Discs».

Yo mismo me compré en 1985 mi primer ordenador doméstico en un «Intershop» de la por entonces República Democrática de Alemania. Me costó quinientos marcos occidentales (regalo de familiares en la Alemania occidental). Era un Sinclair ZX-81, podía guardar programas en una casete de audio, para lo que utilizaba mi radiocasete portátil (el término de «Datasette» inventado por Commodore es correcto y se refiere a lo mismo). Durante la comunicación con el ordenador se podían oír los típicos crujidos y pitidos que hoy la gente asocia con la era de los acopladores acústicos y módems antiguos. ¡Pero esos ruidos ya existían antes!

Poco después de la reunificación de las dos Alemanias me compré también un Commodore C64. Y ese ya utilizaba los Floppy Discs, para lo que había que añadir un lector 1541. Para el C64 había una gran colección de software gratuito y de libre disposición («Public Domain», PD), por lo que creé una empresa dedicada a grabar software PD en disquetes y a enviarlos. Así pude financiar en parte mis estudios. La empresa se llamaba «MasterMMSoft» e incluso la publicité en la revista «64».

Paralelamente creé una pequeña publicación llamada «PD-Box». Escribí artículos en ella, con los que al final entré en contacto con la redacción de «64». Cuando se creó finalmente una revista dedicada a los PC acababa de finalizar mis estudios. Presenté mi candidatura para trabajar allí. No necesitaban a físicos, precisamente, por lo que me convertí en periodista y pude ganarme el sustento escribiendo. De allí a convertirme en novelista faltaba aún mucho, pero sin el C64 y los Floppy Discs igual no habría llegado a serlo nunca.

Y hasta aquí este breve relato de mis andares. ¿Qué habéis vivido vosotros con vuestros ordenadores domésticos? ¿Habíais sido fans de Commodore o Atari? ¿O incluso fieles devotos de los Sinclair? ¿Por qué? Junto a esta hoguera es el momento perfecto para contarnos historias así. Yo fui, por ejemplo, durante un tiempo miembro de un grupo de demo («Blaze») y programé más tarde aplicaciones para el sistema operativo GEOS del C64 y algo más tarde un visor de imágenes para formatos de fotos C64 («ConGo»). En Google aún se encuentran rastros de ello. Durante un par de años incluso coleccioné viejos ordenadores, por lo que puedo entender muy bien a John. Entre mis piezas de la colección había incluso un Commodore-65 (no, no lo he escrito mal), el casi sucesor del C64. Hay muy pocos ejemplares de este modelo en todo el mundo.

Pero ya basta de perder el tiempo con el pasado. Así llegué a idear el título de «Cinco y cuarto» que inspiró primero la cubierta del libro y luego la aventura en sí. John ha desenterrado algunos datos de su archivo sobre el tema «¿Vivimos en una simulación?». Él es experto en esto. En hardsf.space/514 podéis solicitar una versión ilustrada. Por lo demás me alegraré también mucho sobre comentarios. Para facilitaros las cosas os paso el enlace: hardsf.space/links/5106043

Para quien tenga ganas de volver a jugar con un C64 sin tener que comprarse el equipo: En https://c64online.com/c64-online-emulator/ hay una versión que puede utilizarse online. También permite enviar copias de archivos D64 (copias de antiguos disquetes 1541 como, por ejemplo, el clásico «Maniac Mansion», para jugar. ¡Recuerdo lo mucho que me hacía pensar ese juego en aquella época! El episodio en el capítulo 15, en el que John llega al interior de una vieja mansión se corresponde con el principio de la solución final del juego. ¿Os han llamado la atención otras referencias a viejos clásicos? Hay más de una en el libro.

No soy el primero con la idea de utilizar pájaros como almacén de datos. Hay neurólogos que llevan ya tiempo estudiando la memoria de trabajo de distintas especies de aves (que no es inferior a la humana) y un youtuber listillo ha «almacenado» incluso una foto dentro de un pájaro, enseñando al animal, como John y el Dr. Ishiguro, a reproducir determinados tonos. ¡Un sorprendente vídeo sobre las excepcionales capacidades de los pájaros!

https://www.youtube.com/watch?v=hCQCP-5g5bo

¿Y qué nos espera más adelante? Pues «La nave arquimédica». Se desarrolla en la República de Roma … y en el espacio; donde los valientes romanos deben apañárselas contra una invasión extraterrestre. ¿Podrá Arquímedes, a quien han secuestrado de su hogar en Siracusa, crear algo capaz de oponerse a unos alienígenas muy superiores? Yo mismo me pregunto aún cómo acabará la historia.

Ya sabéis que nunca conozco los desenlaces de las aventuras antes de comenzar a escribir. Por ahora todavía estoy en plena investigación. La antigua Roma debe ser tan creíble como el futuro próximo y lejano en todos mis otros libros. Sorprende descubrir lo avanzados que estaban en algunos aspectos de aquella época, y lo arcaicos que estaban en otros. Un crisol de naciones y lleno de contradicciones …

Hasta pronto

Brandon Q. Morris



¿Vivimos en una simulación?

La cuestión de si la realidad que percibimos, es decir el universo con todas sus estrellas, sus planetas, seres vivos y leyes físicas, igual no es más que un constructo artificial, una simulación de ordenador altamente desarrollada, suena inicialmente como la sustancia de la que constan las historias de ciencia ficción. Popularizada con obras como *Matrix* y con elocuentes declaraciones de grandes personalidades como el monstruo de la tecnología Elon Musk, la idea llegó a dar el salto desde el nicho filosófico al discurso social. Una idea cautivadora y preocupante a la vez, que sacude los cimientos de nuestro entendimiento de la existencia, conciencia y de todo aquello que damos por «cierto».

Como archivador me encuentro constantemente con referencias a esto. Así que les voy a invitar a un viaje. Entremos juntos en la madriguera subterránea de esta hipótesis. Seguiremos las huellas del conejo hasta los experimentos filosófico-mentales más antiguos, diseccionaremos la lógica y coherencia del filósofo Nick Bostrom, iluminaremos las pistas físicas que se pueden interpretar como indicios de un mundo simulado y presentaremos los argumentos más sólidos en contra de la física y la filosofía. Finalmente, debatiremos sobre las profundas consecuencias que se derivarían para nuestra comprensión de nosotros mismos, nuestro libre albedrío y la

búsqueda del sentido de la vida si en realidad fuéramos solo puntos de datos en una computadora cósmica. Si han leído mi historia, comprenderán por qué estoy totalmente convencido de ello; pero no es mi intención influirles, solo pretendo informarles.

A lo largo de este recorrido se ve pronto cómo la forma de dudar de la realidad ha ido cambiando de manera fundamental a lo largo de la historia. La hipótesis moderna de la simulación ya no se basa solo en la potencial falta de fiabilidad de nuestros sentidos, como proponían los antiguos filósofos, sino en el avance de nuestro propio desarrollo tecnológico: el rápido aumento de la capacidad de cálculo, los avances en inteligencia artificial y la probabilidad estadística. La duda fundamental sobre la realidad sigue siendo la misma, pero el armazón con el que la formulamos ha cambiado al mismo ritmo que la evolución tecnológica de la humanidad. Ya no nos preguntamos «¿Me confunde un Dios?», sino «¿Soy un cálculo de ordenador?». Nuestra propia tecnología influye así en la forma de plantearnos las grandes preguntas metafísicas.

LA HISTORIA DE LA HIPÓTESIS DE LA SIMULACIÓN

La idea de que nuestra realidad pueda ser una ilusión no es producto de la era digital. Tiene unas profundas raíces en la historia y solo resucitó el siglo pasado con la cultura pop. Los predecesores históricos crearon el fundamento intelectual sobre el que se establece la hipótesis moderna de la simulación.

La metáfora occidental quizás más antigua e influyente para una realidad ilusoria y subestimada es originaria de Platón, el filósofo de la antigua Grecia, unos 380 años antes de Cristo. En su alegoría de la caverna describe a un grupo de personas atadas desde su nacimiento en una cueva. Solo pueden ver una pared donde se proyectan las sombras de objetos que pasan entre sus espaldas y una hoguera. Para estos prisioneros, las sombras son la única realidad que conocen.

La alegoría de Platón no llega a ser una teoría de la simulación en el sentido moderno; pero establece las condiciones para una separación entre un mundo aparentemente visual y una realidad invisible que se oculta detrás. ¿Vemos solo la pared de la cueva, o lo que vemos es la realidad? ¿Debemos liberarnos primero mediante un doloroso esfuerzo de reconocimiento, como un prisionero que sale de la cueva y ve la cegadora luz del Sol? Este tema de la liberación de una realidad ficticia fue miles de años después el elemento central de películas como *Matrix.*

Más o menos al mismo tiempo que Platón, el filósofo daoísta Zhuangzi (también conocido como Chuang Tzu, unos 300 años antes de Cristo) cuestionaba en la antigua China la realidad de una forma más sutil. En un famoso texto cuenta sobre un sueño en el que era una mariposa que revoloteaba feliz. Cuando se despertó se sintió inseguro: «¿Era Chuang Tzu el que soñaba ser una mariposa, o soy una mariposa que ahora está soñando ser Chuang Tzu?»

Al contrario que la clara jerarquía de Platón de apariencia y realidad, el sueño de Zhuangzi pone en tela de juicio la diferencia entre el sueño y la vigilia. Insinúa que los límites entre distintos estados de existencia podrían ser fluidos. La alegoría señala hacia una incertidumbre fundamental de la realidad misma, que define como «transformación de las cosas». Nos ofrece con ella un temprano ejemplo de la idea de que nuestra realidad actual podría no ser más que uno de múltiples estados posibles. La idea es hoy popular en la teoría de los múltiples mundos.

El filósofo francés René Descartes desarrolló en el siglo XVII un precursor directo de la actual hipótesis moderna de la simulación. En sus *Meditaciones* describe un experimento mental, que dice mostrar el camino hacia una base indiscutible del conocimiento. Se imaginaba a un demonio todopoderoso y malvado que se esforzaba al máximo en confundirle. Ese demonio sería capaz de hacerle vivir en un mundo distinto, totalmente falso, incluyendo su cuerpo, sus sentidos e incluso las leyes de la naturaleza.

Esa idea llevó a Descartas a desarrollar su famosa deducción de «Soy, luego existo». Incluso cuando todo lo demás no es más que ilusión, el acto de la duda debe ser, al menos, real. Ese «cerebro en

el tanque» que conocemos de Matrix y de otras historias, donde un cerebro es estimulado artificialmente para experimentar la realidad es, fundamentalmente, una nueva versión tecnológica del demonio de Descartes.

La filosofía establece, por lo tanto, las cuestiones fundamentales. La ciencia ficción le dio una forma concreta a esta idea de una realidad artificialmente generada. Mucho antes de que existieran las mínimas condiciones tecnológicas, los autores y cineastas ya recurrían a este escenario. Destacó aquí la novela *Simulacron-3* de Daniel F. Galouyes en 1964, que trata de una ciudad virtual con habitantes conscientes, creada con fines de investigación de mercado. Fue la base de la película para televisión *El Mundo Conectado* de Werner Fassbinder (1973), y de la posterior producción de Hollywood *Nivel 13* (1999).

Pero fue *Matrix* (1999) la que logró la consagración cultural decisiva. La película describe una simulación controlada por máquinas (?) donde la humanidad está prisionera sin ser consciente de ello. Con ello llegó a fascinar al público en todo el mundo. Hizo tangible una cuestión filosófica abstracta, catapultándola fuera de los círculos académicos. El escepticismo filosófico de hace miles de años obtiene en el siglo veinte una base nueva en la naciente tecnología informática. La cuestión de la realidad pasó de la esfera metafísica a una física hipotética. La hipótesis de la simulación marca hoy el punto en el que la duda filosófica se encuentra con el avance tecnológico.

LO QUE LA SIMULACIÓN DICE DE NOSOTROS

El filósofo sueco Nick Bostrom de la Universidad de Oxford confirió en 2003 nuevas fuerzas a la hipótesis de la simulación con su trabajo «Are We Living in a Computer Simulation?» (¿Vivimos en una simulación de ordenador?). Bostrom no espera lograr un simple «Sí» o «No». Su argumento de la simulación, como lo llama, plantea tres

escenarios posibles, donde la hipótesis de la simulación (la que dice que vivimos en una simulación) solo es una de las tres posibilidades.

Bostrom dice que al menos una de las siguientes tres posibilidades debe ser cierta con una muy alta probabilidad:

Primera: el gran filtro: *La especie humana probablemente se extinga pronto (por guerras atómicas, IA, pandemias o catástrofes ecológicas) antes de alcanzar un estadio posthumano.* Con esto último se refiere a un estado de madurez tecnológica en el que la civilización dispone de suficiente capacidad computacional para crear un gran número de simulaciones de sus propios ancestros.

Segunda: el gran desinterés: *Cada civilización posthumana muy probablemente no tenga interés alguno en realizar un número importante de simulaciones de su historia evolutiva («simulación de ancestros»).* Incluso cuando una civilización alcance la capacidad técnica para ello, seguramente se decidirá por hacer lo contrario por distintos motivos. Los argumentos podrían ser de tipo ético, del tipo ¿podemos crear seres conscientes que estén presos en un mundo potencialmente lleno de sufrimiento? O igual la civilización tiene intereses distintos y considera la simulación de su pasado como algo aburrido o innecesario.

Tercero: la consecuencia estadística: *Vivimos en una simulación de ordenador con una probabilidad que roza prácticamente la seguridad.*

Esta tercera opción es una consecuencia lógica si las dos primeras son **incorrectas**. Es decir, si una civilización sí llegara a alcanzar el estadio posthumano (punto 1 es incorrecto) **y** tienen un interés en simulaciones de ancestros (punto 2 es incorrecto), entonces seguramente lo hagan en gran medida. Con la potencia de cálculo que dispondrían, iniciarían miles de millones de simulaciones de ancestros. La cantidad de existencias conscientes simuladas superaría en varias magnitudes la cantidad de existencias reales y la realidad en la que se basan. Por lo tanto, la posibilidad de que precisamente yo, o usted, viva en la realidad, es prácticamente de cero.

Para no vivir en una simulación, nuestra civilización deberá algún día (y cuanto antes mejor, pues nuestros ordenadores comienzan a

calcular muy rápido) o destruirse a sí misma, o no tener interés alguno en simular ancestros. Y no solo esta civilización, sino también todas las demás civilizaciones existentes, deberán perder el interés en ello.

¿Demostrado? Bueno, no todos los científicos le dan a Bostrom la razón. Todo su concepto mental se basa en una suposición central, aunque muy debatida: la independencia de la conciencia de un determinado sustrato. Según ello, nuestra conciencia no está vinculada a un sustrato biológico como nuestro cerebro. En su lugar, se trata más bien de un proceso de tratamiento de la información capaz de ser reproducido en cualquier ordenador lo suficientemente complejo, basado en neuronas o en chips de silicio. Esta independencia del sustrato permitiría, entre otras cosas, el traspaso de nuestra conciencia a una máquina, aunque el proceso de traspaso sea aquí secundario.

Sin esta suposición, el argumento entero perdería su sentido, pues una simulación de seres que se comportan como humanos pero sin una vivencia interna, subjetiva (conciencia), no demostraría precisamente que somos seres conscientes simulados.

Resulta interesante oír lo que la reacción al trilema de Bostrom dice sobre los seres humanos. ¿A qué grupo pertenece usted? Bostrim mismo indica que distintas personas consideran instintivamente una de las tres opciones como la más evidente. Los pesimistas, que subrayan los riesgos de la tecnología y la naturaleza humana, consideran la opción uno como la más probable. Los sociólogos o éticos favorecen la opción dos, el desinterés, porque esperan que sociedades maduras desarrollen escrúpulos morales. Los futuristas y entusiastas de la tecnología, por el contrario, que creen firmemente en el constante avance tecnológico, tienden a decantarse por la tercera opción. Así que piénsenlo bien; la elección que tomen reflejará su suposición sobre el destino de nuestra civilización.

ARGUMENTOS A FAVOR DE UNA REALIDAD SIMULADA

Demos por sentado que actualmente no hay prueba concluyente alguna de que nuestro mundo sea una simulación. Todo lo que tenemos son analogías entre los fenómenos observados del universo y las características que conocemos de nuestros sistemas informáticos.

La idea de que el universo consta básicamente de información es el tema de la así llamada física digital. Es un argumento más antiguo que el de Bostrom. El constructor de ordenadores Konrad Zuse, con su idea de que «el universo es una retícula de computadoras», y el físico John Archibald Wheeler con su «It from Bit», creían que la realidad física (el It) surge básicamente de decisiones Sí/No, es decir de unidades de información (los bits). Cita de Wheeler: «Cada objeto del mundo físico tiene, en esencia, y en un nivel muy profundo, una fuente y explicación inmaterial; lo que llamamos realidad surge, en última instancia, de la formulación de preguntas de sí o no y el registro de respuestas ofrecidas por dispositivos». Si el universo es, en esencia, un sistema de procesamiento de la información, el salto mental hacia una simulación *programada* es mucho más corto. Las leyes de la naturaleza serían, entonces, algoritmos según los cuales funciona este programa cósmico.

El extraño mundo de la física cuántica ofrece las analogías más claras cuando se interpretan sus fenómenos como glitches (en el ámbito de la informática o los videojuegos, un glitch es un error que, al no afectar negativamente al rendimiento, jugabilidad o estabilidad del programa o videojuego en cuestión, no puede considerarse un fallo, sino más bien una característica no prevista). Uno de los misterios centrales es la superposición: una partícula como un electrón existe en un estado de superposición de muchos posibles estados hasta que es medido u observado. Los defensores de la teoría de la simulación interpretan esto como estrategia de orientación: para ahorrar potencia de cálculo, el universo renderiza los detalles de la realidad solo cuando una conciencia la consulta. Es

como en un videojuego, donde la escena completa solo se calcula entera cuando el jugador la observa.

También pueden considerarse otros límites físicos como posibles artefactos de una simulación. La longitud de Planck ($1{,}616 * 10^{-35}$ metros), la unidad de longitud más pequeña con sentido físico sería entonces el tamaño de píxel de nuestra realidad. La velocidad de la luz como límite superior sería, así, la limitada velocidad de trabajo del procesador que gestiona nuestra realidad.

Otro argumento de bastante peso lo da la cosmología: el problema del ajuste fino. Las constantes fundamentales de la naturaleza, como la fuerza de la gravedad, la masa del electrón o la constante cosmológica, están *casualmente* en un equilibrio que permite que en el universo pueda haber vida. Si la interacción nuclear fuerte solo fuera unos pocos puntos porcentuales menor, no se formarían átomos estables excepto el hidrógeno. Si fuera solo un poco mayor, las estrellas se consumirían con demasiada rapidez. En ambos casos no habría vida como la conocemos.

Para pensadores como Max Tegmark y Paul Davies, esta improbable precisión permite suponer una de tres posibilidades: o se trata de simple casualidad (cuya probabilidad es realmente mínima), o existe un multiverso de universos con distintas constantes, donde forzosamente vivimos en uno que permite la vida, o todo es fruto de un diseño. La hipótesis de la simulación proporciona una explicación secular para ello; no son dioses, sino programadores los que han ajustado los parámetros conscientemente de tal forma que permitan el desarrollo de estructuras complejas. ¿Reconocen aquí el disco de administrador de Ishiguro?

En épocas más recientes, el físico Melvin Vopson presentó una nueva y controvertida teoría, que interpreta como indicio físico directo a una simulación. Postula una «segunda ley de la infodinámica», que al contrario que la segunda ley de la termodinámica (que predice un aumento de la entropía) establece que la entropía de la información tiende a lo largo del tiempo a decrecer o mantenerse constante. Vopson ve allí un proceso de optimización y compresión de datos que sería típico de un sistema

informático eficiente. Argumenta que este principio puede observarse en sistemas biológicos (como en mutaciones), en la física nuclear e incluso en la cosmología (por ejemplo, al explicar las simetrías). Aunque sus tesis son muy controvertidas en el seno de la comunidad científica, representan uno de los primeros intentos de situar la hipótesis de la simulación sobre una base física potencialmente verificable.

Aunque a fin de cuentas, todos estos argumentos se basan en la intensidad de la analogía. Su capacidad de convencimiento depende de si se consideran o no importantes los paralelismos entre las leyes del universo y los principios de la informática. Pero ¿no podría ser también, que solo estamos viendo el universo a través de los ojos de nuestra propia tecnología? En la antigüedad, el universo estaba bajo el control de dioses o de cuatro elementos míticos. Durante la revolución industrial, los físicos vieron el cosmos como una máquina gigantesca. Hoy interpretamos el universo con la tecnología de la información. ¿No estaremos repitiendo una y otra vez el error del pasado, solo que con medios cada vez más nuevos?

ARGUMENTOS EN CONTRA DE UNA REALIDAD SIMULADA

Hay toda una serie de argumentos de peso que contradicen la hipótesis de la simulación. Uno de los más importantes es el inconmensurable esfuerzo de cálculo que requeriría una simulación convincente. Los críticos, como Sabine Hossenfelder, argumentan que la simulación del universo a nivel cuántico, con todas sus partículas e interacciones, requiere una potencia de cálculo que superaría incluso los límites físicos del universo básico. Para poder simular con precisión solo una pequeña parte de la realidad, el ordenador simulador debería procesar más información que la que contiene esa parte de la realidad. Sobre todo la simulación de fenómenos cuánticos, que no pueden reducirse a simples bits clásicos, representa de por sí un obstáculo inmenso. Los defensores alegan que la simulación tampoco tiene que renderizar el universo

entero hasta el más mínimo detalle. El esfuerzo podría reducirse mucho si el cálculo de determinadas áreas se realiza solo cuando son observadas. Aun así queda en el aire la cuestión de si una simulación «economizadora» sería capaz de reproducir las leyes conocidas de la naturaleza.

También hay reparos de peso desde el lado de la filosofía. Regresamos aquí a la antes mencionada independencia del sustrato. Incluso si un ordenador fuera capaz de simular los procesos de tratamiento de la información en un cerebro, ¿generaría también vivencias subjetivas, auténticas, lo que los filósofos llaman qualias? Los críticos opinan que una simulación de la conciencia no es lo mismo que la conciencia en sí. Una cascada simulada no está *mojada*, ni un sol simulado está *caliente*. ¿Puede entonces un espíritu simulado realmente pensar o sentir? Si la conciencia estuviera inseparablemente ligada a su encarnación biológica y física, la idea de un software puro que adquiere conciencia sería un error. Hasta ahora no existen indicios de que los cálculos por sí solos puedan generar conciencia.

Un importante reparo teórico-científico es que la hipótesis de la simulación no es falsificable, por lo que, en el sentido del método científico, no es una hipótesis en absoluto. Toda teoría científica debe poder ser básicamente rebatida. Debe haber, por lo tanto, algún experimento que demuestre que es incorrecta. Por ello, todo buen científico siempre indica, para una teoría de nueva creación, con qué puede ser rebatida. Muchos críticos argumentan que la hipótesis de la simulación no cumple esta condición. Cada «glitch» que queramos utilizar como prueba de la simulación podría ser subsanado fácilmente por sus programadores. Si los simuladores no quieren ser descubiertos, no necesitan más que modificar posteriormente cualquier estado cerebral de un observador que haya detectado algo sospechoso. Una hipótesis que no puede ser rebatida por ninguna observación, abandona el campo de la ciencia y se convierte en una creencia metafísica, comparable con la existencia de un Dios.

El principio de la economía, conocido por la navaja de Ockham, dice que en caso de haber varias explicaciones para algo, se deberá

dar preferencia a aquella que resulte más sencilla de explicar, es decir con el menor número de suposiciones. A los críticos les gusta mucho aplicar este principio en contra de la hipótesis de la simulación. Pues en lugar simplemente de explicar nuestro universo, la hipótesis postula además la existencia de una realidad básica más compleja, poblada por seres tecnológicamente muy superiores a nosotros, con superordenadores cuyo origen y naturaleza quedan totalmente inexplicados. Explica así lo conocido mediante algo totalmente desconocido y multiplica así lo que se desea demostrar, en lugar de reducirlo. Los defensores también recurren a la navaja de Ockham para explicar que la hipótesis explica fenómenos como el ajuste fino de forma más simple que mediante la pura casualidad. Pero la navaja de Ockham no es una ley de la naturaleza, sino más un consejo de posible solución, que también puede equivocarse.

Estrechamente ligado a esto está el problema del *recurso infinito.* Si nuestro mundo es una simulación, ¿qué impide a nuestros simuladores vivir también ellos dentro de una simulación? Y para sus simuladores se aplica lo mismo y etcétera, etcétera, etcétera. Este escenario, esta cascada de simulaciones dentro de simulaciones, olvida la cuestión de la «realidad básica» y traslada en su lugar el problema original a un nivel cada vez más inferior, sin solucionarlo nunca. Si cada capa de simulación más profunda fuera algo menos compleja, podría llegar a ser físicamente posible. Pero allí podría verse un cierre del círculo que lleva la hipótesis entera al absurdo.

El debate es sin duda también una batalla sustitutiva entre dos formas elementales de ver el mundo: la materialista y la idealista.

En una visión del mundo físico-materialista, materia y energía son fundamentales, y la conciencia no es más que un producto complejo de ella. Una simulación parece entonces una reproducción que no puede alcanzar la plenitud del mundo auténtico.

En la visión idealista, la información es más importante que la materia.

Pero la cuestión aquí no es si vivimos en una simulación, sino lo que representa la realidad: ¿Es ante todo materia que contiene información, o es principalmente información que se manifiesta como materia?

LAS CONSECUENCIAS

Supongamos que la hipótesis fuera cierta; ¿qué supondría eso para nosotros? Las implicaciones son profundas y alcanzan desde la cuestión del libre albedrío hasta el sentido de la vida y la naturaleza de Dios.

Si nuestro mundo es un programa de ordenador que se desarrolla según determinados algoritmos, ¿están entonces preestablecidas todas nuestras acciones y decisiones? El antiguo debate del libre albedrío obtiene un nuevo sentido tecnológico con la hipótesis de la simulación. Algunos pensadores, entre ellos el mismo Bostrom, argumentan que no cambia nada importante en la valoración del libre albedrío. A fin de cuentas, que nuestro comportamiento esté determinado por las leyes de la física o por el código de una simulación es algo que no tiene importancia. Otros lo ven de forma distinta: La ilusión del libre albedrío podría ser un componente integral de la programación, una función necesaria para que los seres simulados actúen con autenticidad. Como formulaba Schopenhauer, puede que estemos en situación de hacer lo que queremos, pero no estamos en situación de querer lo que queremos hacer.

Y el tema con mayor peso aquí es la cuestión del sentido de nuestra existencia. Si solo somos personajes de un videojuego ¿cuál es entonces el sentido de nuestras vidas? ¿Somos parte de un gigantesco experimento científico, quizás para solucionar un problema que preocupa a nuestros creadores en su propia realidad, como crisis medioambientales o guerras? ¿Servimos solo como entretenimiento de una civilización más avanzada, comparable con los personajes del juego de ordenador *Los Sims*? ¿O es que nuestra vida no tiene ningún sentido externo, y solo somos un subproducto casual de un programa más complejo? Pero si nada es auténtico, ¿por qué debería tener algo importancia?

El físico Max Tegmark propuso que «hiciéramos cosas interesantes, para que los simuladores no nos desconecten». En este sentido, nuestra función sería crear nuestras vidas de la manera más

significativa y fascinante posible para conservar el interés de nuestros creadores y evitar un «Game Over» anticipado, como pasa en Maniac Mansion, si nos dejamos pillar por Ed o Edna, o fracasamos en la conquista de hembras.

La hipótesis de la simulación ofrece, además, una alternativa secular a los mitos religiosos de la creación. Los programadores asumen aquí el papel del dios creador: nos han creado este universo, han establecido las leyes de la naturaleza y son omnipotentes y omniscientes dentro de nuestra realidad. Eso plantea nuevas cuestiones teológicas: ¿Debemos agradecer algo a estos seres, incluso adorarlos? ¿Se puede responder a la pregunta de por qué un Dios benévolo permite el sufrimiento con el hecho de que nuestros simuladores son moralmente imperfectos o solo están interesados en los resultados de su experimento?

Es importante separar la hipótesis de la simulación de dos posturas filosóficas cercanas, pero también distintas: el solipsismo y el idealismo. El solipsismo es la opinión radical de que solo existe el propio espíritu con seguridad, mientras que todo el mundo exterior no es más que una proyección de este espíritu. La hipótesis de la simulación, por el contrario, prevé explícitamente una realidad externa, objetiva; la realidad básica en la que se desarrolla la simulación y de la que no formamos parte. El idealismo filosófico dice que la realidad es fundamentalmente espiritual. La teoría de la simulación puede considerarse como una forma específica, tecnológica, del idealismo, donde el espíritu fundamental se especifica como un sistema que procesa la información.

¿Cambiaría nuestra vida si la viviéramos en una simulación? El filósofo David Chalmers defiende la opinión de que una realidad virtual no es menos real, sino simplemente otro tipo de realidad. Si notamos nuestro dolor como algo real, si nuestro amor es auténtico y nuestras decisiones tienen consecuencias reales dentro de la simulación, entonces la simulación *es* nuestra realidad. La pregunta de si existe o no un nivel más profundo de la realidad sería irrelevante para nuestra actividad cotidiana y nuestras obligaciones éticas. La conclusión quizás más importante es, paradójicamente, que no existen conclusiones directas. La búsqueda de la salida de

Matrix no tiene sentido, porque es el único lugar en el que lo seres que somos podemos existir. En ese caso, lo único imprescindible sería configurar esa realidad lo mejor y más vivible posible. La elección a la que se enfrenta Neo en *Matrix* entre la pastilla azul de la ignorancia feliz o la roja de la dolorosa verdad perdería entonces toda su importancia.

Un sincero saludo,

John Doe

En hardsf.space/514 podéis solicitar una versión ilustrada de esta disertación.



Otros títulos de Brandon Q. Morris

Las nubes de Venus

Donde la vida tal como la conocemos es imposible, comienza la verdadera aventura.

Venus es un planeta hostil para la vida, cubierto de innumerables volcanes activos. Aun así, la NASA inicia una expedición en busca de vida, pues en las espesas nubes de esta tórrida hermana de la Tierra podrían darse las condiciones necesarias para su existencia. Una nave aérea especialmente diseñada para ello sirve de plataforma de investigación para sus cuatro astronautas que, al poco de llegar, descubren actividades peligrosas en la candente superficie de Venus. No cabe más que una explicación: allí debe existir una forma de vida muy avanzada.

3.99 € – hardsf.space/links/1727403

La Misión Encélado (Luna Helada 1)

En el año 2031, un robot sonda detecta rastros de actividad biológica en Encélado, una de las lunas de Saturno. Este sensacional descubrimiento demuestra que, en realidad, hay pruebas de vida extraterrestre. Quince años más tarde, una nave espacial construida

a toda prisa emprende el largo viaje hacia el planeta anillado y su luna.

La tripulación internacional no solo se enfrenta a unos difíciles veintisiete meses; si la nave espacial consigue llegar a Encélado sin incidentes, debe usar una nave tuneladora para penetrar en la capa de hielo de kilómetros de espesor que sepulta a la luna. Si existe vida en realidad en Encélado, solo podría estar en el fondo del salado océano cubierto de hielo que fue formado hace billones de años.

Sin embargo, poco después del despegue, el desastre golpea la misión y las oportunidades de que la tripulación llegue a Encélado, y mucho menos que vuelva a casa, no parecen muy optimistas.

2.99 € – hardsf.space/links/709463

The Hole - El Agujero

Un objeto misterioso amenaza con destruir nuestro sistema solar. La supervivencia de la humanidad está en peligro, pero nadie se toma en serio las advertencias de la joven astrofísica Maribel Pedreira. Al mismo tiempo, una tripulación exiliada de parias extraen minerales raros en un solitario asteroide.

Cuando otros científicos finalmente reconocen el alarmante descubrimiento de Pedreira, queda claro que estos marginados sociales son los únicos que podrían ser capaces de salvar nuestro mundo, sabiendo que *The Hole* va inexorable y a toda velocidad hacia el sol.

3.09 € – hardsf.space/links/1306601

Silent Sun

Cuando un astrónomo amateur descubre algo extraño en imágenes telescópicas solares, debe encontrarse una explicación ¿Es solamente un artefacto? ¿O ha encontrado algo totalmente inesperado?

Una tripulación internacional de expertos es formada apresuradamente, una nave espacial es reacondicionada rápidamente y el cuarteto es enviado al viaje de sus vidas ¿Qué desafíos enfrentarán en esta misión improvisada a nuestra estrella central?

3.09 € – hardsf.space/links/1725247

Desastre en Tritón

Nick Abrahams todavía ostenta el récord mundial oficial de lanzamientos espaciales, pero está aburrido de su trabajo como anfitrión de giras turísticas en órbita. Sin embargo, sólo cuando su esposa lo deja, intenta cambiar su vida.

Nick acepta una tentadora oferta de un multimillonario ruso. A cambio de hacer una simple reparación en la luna Tritón de Neptuno, regresará a la Tierra como multimillonario, lo que le permitirá alcanzar su "sueño imposible" de comprar su propio viñedo en California.

El hecho de que Nick deba viajar solo durante los cuatro años que dura el viaje de ida y vuelta no le molesta en absoluto, ya que de todas formas no le gusta especialmente la gente. Una vez en el camino, se entera de que su nuevo jefe ha omitido algunos detalles críticos en la descripción de su trabajo, detalles que podrían costarle la vida y la existencia de la humanidad …

3.99 € – hardsf.space/links/1449023

El ascenso de Próxima

A finales del siglo XXI, la Tierra recibe lo que parece ser una petición urgente de ayuda del planeta Próxima Centauri b en el sistema estelar más cercano al sol. Los astrofísicos sospechan que una enorme erupción solar está a punto de destruir esta civilización desconocida hasta ese momento. Los programas espaciales de la Tierra no están equipados para ayudar, pero un millonario ruso sin

escrúpulos lanza una nave espacial secreta y altamente especializada hacia Próxima b, situada a más de cuatro años luz de distancia. La inusual tripulación se enfrenta a una tarea hercúlea… si es que sobreviven al viaje. Nadie sabe qué esperar de este planeta alienígena.

2.99 € – hardsf.space/links/1453754

Nación de Marte

La NASA finalmente lo hizo. El primer humano acaba de poner un pie en la superficie de nuestro planeta vecino. Este es el comienzo de una larga expedición de investigación que envió a cuatro científicos al espacio.

Pero los cuatro astronautas de la tripulación de la NASA no son los únicos con este destino. La iniciativa financiada privadamente "Marte para todos" también se ha dirigido al Planeta Rojo. Veinte hombres y mujeres han sido seleccionados para vivir allí y establecer el primer asentamiento extraterrestre.

Los desafíos surgen incluso antes de que lleguen a la órbita de Marte. La nave espacial Santa María de MPT se daña en el camino. Solo los cuatro astronautas de la NASA pueden intervenir e intentar salvar sus vidas.

Nadie se anticipa a la catástrofe inminente que amenaza su propia existencia, por no hablar de los obstáculos diarios que una estancia prolongada en un planeta alienígena les plantea. En Marte, comienza una lucha por los recursos limitados, la cooperación humana y la simple supervivencia.

3.99 € – hardsf.space/links/1316050



Extracto: Taquión – El Arma

Gliese 163 c

Un remolino gris claro se abría paso hacia una franja amarilla, que asomaba a través de una llanura azul oscuro. Parecía inofensivo, pero solo porque Mark Decker lo observaba desde una altitud de más de 320 kilómetros. El remolino era una tormenta tropical en toda regla que había elegido la nueva base de investigación como objetivo. «¡Joder!». ¿Por qué el tiempo tenía que conspirar contra ellos precisamente ahora?

A su espalda sonó una alarma, cuyo melodioso timbre no resultaba del todo grave a pesar del peligro. Se apartó del ojo de buey de la estación y flotó hasta los instrumentos, que se hallaban montados en un estante a medio camino de la cabina. Giró su cuerpo con habilidad, pataleando contra la repisa y agarrándose a ella, para buscar el origen de la señal. No había ninguno porque, sin excepción, todos los instrumentos conectados a la estación espacial por radio advertían del peligro inminente. La presión había caído a mínimos sin precedentes, el aire contenía demasiada humedad y demasiado dióxido de azufre: la temperatura había subido por encima de los 50 grados y el viento había cesado.

Aquello le asustó. La estación de investigación se encontraba justo en el ojo del huracán. Si se desarrollaba como temía, el trabajo de las últimas semanas no serviría para nada. Y, sobre todo, Tailin y

Roger, que habían montado y calibrado antes los instrumentos, estaban en peligro. Deberían haber ascendido a la órbita en el Hopper hacía horas.

Se acercó flotando a la radio.

—Roger, aquí Albatros-1. La tormenta no tiene buena pinta.

—Lo sé por la presión atmosférica, Mark.

—Entonces ¿por qué no estás en el Hopper?

El Hopper era un transbordador propulsado por metano que utilizaban para viajar entre la superficie y la estación espacial.

Roger suspiró.

—No depende de mí.

Ya se lo imaginaba. Tailin no podía evitarlo. Algún instrumento seguía sin funcionar bien y ella no pensaba dejarlo así.

—Tailin, ¿me has oído? Soy tu marido.

—No quiero oírlo —respondió ella.

Al menos le había contestado. Era una buena señal. A veces estaba tan concentrada en su trabajo que no se comunicaba con nadie.

—Soy el comandante del Albatros-1, Mark Decker. Abordad el Hopper ya. Es una orden.

—Sí, señor. Solo necesito conectar este último circuito conductor.

La imaginó jugueteando con un ordenador abierto para leer un dispositivo de medición. Se suponía que la nueva base que habían instalado funcionaría de forma autónoma, como las que tenían distribuidas por el planeta.

—¿Puedes darte prisa? Tenemos la tormenta sobre vosotros.

—Voy lo más rápido posible. Hay muchos arbustos con espinas.

¿¡Qué!? ¡En la estación no había plantas!

—¿Qué coño estás haciendo, Tailin?

—Mover el circuito conductor. Ya te lo expliqué. ¿No lo recuerdas?

Lo del circuito conductor, por supuesto. Habían hablado de un proyecto con el que Tailin quería medir el campo magnético de Gliese 163 con mayor precisión. Para ello, necesitaba espiras conductoras dispuestas alrededor de las estaciones autónomas. Pero aún no habían tomado una decisión sobre el mismo.

—¿Te refieres a las espiras de medición del campo magnético?

—Sí, claro. Los neutralizadores no limpiaron bien la zona en torno a la estación.

No se hallaba arrodillada en el suelo de la estación, sino avanzando por medio de la jungla. Y todo mientras se acercaba una enorme tormenta. Al menos en esas circunstancias, los cerantes no estarían activos; esos insectos pequeños, molestos y depredadores se abalanzaban sobre criaturas de sangre caliente. Sin embargo, si la presión atmosférica descendía hasta cierto nivel, se retiraban bajo tierra. Eran unos parásitos muy listos. Mark se rascó el codo donde Roger le había cortado uno de los insectos bestiales hacía unos días. Si no se trataba, se multiplicarían bajo la piel hasta que no quedara nada. Volvió a flotar hacia el ojo de buey, aunque dejó activada la radio para que Tailin pudiera oírle. El remolino gris era ahora casi negro.

—Tailin, tienes que salir de ahí. La tormenta está a punto de alcanzaros. Todavía no hemos terminado el proyecto.

—Dijiste que podía empezar con el nuevo si disponía de tiempo —respondió Tailin—. Y este parecía el mejor momento porque no tengo que vigilar a los cerantes debido a la baja presión. Bueno... no esperaba que las cerezas con espinas soltaran ya sus frutos, pero puedes quitarme las espinas más tarde.

—Si no te reúnes pronto con Roger en el Hopper, nadie podrá sacártelas.

—Antes terminaré esto. Tú siempre has dicho que hay que terminar lo que se empieza.

—Tailin, me refería a la cerveza del sintetizador. Se habría puesto rancia si la hubieras dejado.

—Aun así, es una afirmación cierta.

—¡No cuando está a punto de descargar una gran tormenta!

—Si no insistieras en distraerme, ya habría terminado, Mark.

—Ve al Hopper *ahora*. Es una orden.

Tailin no respondió. ¿Qué se suponía que tenía que hacer? Iba a matarlos a los dos: a sí misma y a Roger. No podía permitirlo. Él era el comandante de la misión. ¡Si Claire y Karima hubieran vuelto!

Tailin les haría caso. Pero iban en el TransVec hacia el Planeta d. No regresarían hasta dentro de unas dos semanas.

—Roger, ¿me recibes?

—Alto y... bueno, hay un poco de estática.

—Tailin ha ignorado mis órdenes.

—Vaya, es muy testaruda. Espera, saldré a buscarla.

—No, Roger, al contrario. Despega con el Hopper. Puede que aún lo consigas.

—¿¡Quieres que deje a tu mujer sola en la selva!?

—No, por supuesto que no. Sin embargo, como comandante, soy el responsable de la seguridad de todos. No puedo dejar que te ponga en peligro solo porque es mi mujer.

—Eso te honra, Mark. Pero no abandonaré a una colega, aunque esté haciendo una estupidez.

Mark respiró aliviado, pero no quiso admitirlo. Por supuesto, lo único que deseaba era que Roger pusiera a salvo a Tailin. Le frustraba que su mujer le obligara a tomar semejantes decisiones. Eso daría lugar a una conversación seria, y a una advertencia.

—¿Mark? Saldré a buscarla.

—Gracias, Roger.

Mark volvió a intentarlo en la frecuencia personal de Tailin. Ella no contestó, ni tampoco en la otra. Captó varios estruendos a través del canal de Roger. Ya estaba tronando. Con suerte, Tailin se habría refugiado en la estación. El núcleo informático se hallaba allí, en una caseta del tamaño de un auto caravana, y contaba con suministros de emergencia.

—Roger, ¿me recibes?

No obtuvo respuesta. Debía de haber abandonado la zona donde el Hopper servía de repetidor de radio. La nave siempre se encontraba un poco apartada de la estación para no atraer la atención de la fauna local. Los instrumentos estaban asegurados incluso contra los gigantes cosmultípedos, pero bastaba con que un megafauces hiciera sus necesidades en una antena parabólica transmisora para desalinearlos.

—Roger, por favor, responde.

Se captaba los ruidos producidos por la estática y luego el crepitar repetido de descargas eléctricas. Las grandes tormentas y trombas estaban a la orden del día en Gliese 163 c. El planeta orbitaba cerca del límite interior de la zona habitable alrededor de su estrella, que bombeaba su considerable atmósfera llena de energía. Roger, quien tenía debilidad por la historia antigua, había propuesto llamarlo Adad, en honor al dios mesopotámico de la tormenta. Mark chasqueó los nudillos. Habían transmitido su sugerencia al Ministerio de Ciencia de Neomarte pero no esperaban una respuesta hasta dentro de unos años. Para entonces, probablemente ya habrían vuelto.

—Roger, Tailin, ¿me oís?

El remolino gris produjo una rápida sucesión de patrones azules y blancos. Por el crepitar del canal de radio, Mark supo que se trataba de relámpagos. Adad nunca se lo ponía fácil. La electricidad de la atmósfera había inutilizado varios aparatos electrónicos modernos. Por eso ahora utilizaban tecnología analógica, y todas las estaciones de investigación de la superficie tenían una jaula de Faraday para mantenerlas a salvo.

¿Debería preparar el segundo Hopper? Era solo para emergencias y, desde luego, esa parecía serlo. La cuestión era si ayudaría a Tailin y Roger el que él también se pusiera en peligro. Si la tormenta no había avanzado, el aterrizar no resultaría fácil.

Mark apagó el micrófono.

—Venga, Roger, dame alguna señal —rogó para sí y suspiró—. Y tú también, Tailin.

Se apartó del ojo de buey y el impulso le llevó hasta la esclusa. Al menos podría preparar el Hopper de emergencia. Abrió la trampilla transparente del interior de la esclusa que ocultaba el desbloqueo de la puerta de emergencia, se agarró a un puntal con los pies y giró el pestillo 90 grados. Repitió la operación con una segunda trampilla a la altura de las rodillas. Ahora podía abrir la salida de emergencia.

—Salida de emergencia abierta —informó la estación según lo programado.

El segundo Hopper tenía cinco asientos, para que toda la tripulación de la estación pudiera ponerse a salvo. Sin embargo, no se trataba de asientos ordinarios. Más bien, Mark vio frente a él cinco compartimentos ovalados distribuidos circularmente, acolchados. Tenía que entrar primero con las piernas. Cada pasajero viajaba separado de los demás y contaba con su propio sistema de soporte vital y controles. Si el Hopper era golpeado por un objeto en uno de los lados, los demás pasajeros sobrevivirían igual y podrían ponerse a salvo.

La luz se activó en uno de los compartimentos. Por supuesto, la estación sabía que solo había una persona a bordo. Mark vaciló. La tormenta arreciaba. Era demasiado pronto para despegar. Volvió a salir de la esclusa.

—Salida de emergencia abierta —se quejó la estación espacial.

Mark se acercó al ojo de buey. La tormenta ya no estaba sobre la base, pero los relámpagos aún no habían amainado. Activó el micrófono.

—Tailin, Roger, aquí Mark. Adelante, por favor. Díganme que estáis bien.

Se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano. «Por favor, decid algo». Con suerte, la estática de la tormenta enmascaraba la radio. Volvió a tocar el micrófono. El altavoz respondió con silbidos y crujidos. «¡Joder!». Mark golpeó la pared interior de la estación con tanta fuerza que se lastimó.

—Salida de emergencia abierta.

—Sí, lo sé.

La estación no respondió. El sistema de control solo estaba programado para informarle.

—Estación, crea una entrada en el registro —ordenó.

Un símbolo confirmó que la estación le escuchaba.

—Aquí el comandante de la estación de investigación exobiológica que orbita Gliese 163 c, Mark Decker. Dos miembros de mi tripulación están en peligro en la superficie del planeta. Usaré el Hopper de emergencia para rescatarlos. Corto.

Otro símbolo le indicó que la estación lo había registrado todo. Al menos, no se lo notificaba con alguna frasecilla típica de las suyas.

—Salida de emergencia abierta.

Excepto para lo más evidente. Mark resopló en un intento de aliviar los nervios. Tenía que hacer algo. Se sentía tan impotente. Volvió flotando a la esclusa. Allí, entró en el compartimento aún iluminado, con las piernas por delante. Lo que hacía era egoísta: si Claire y Karima regresaban, no podrían llegar a la superficie. No habría más investigación. Tendrían que llevar el TransVec a la estrella habitada más cercana, Gliese 167. Si Mark fallaba, perderían el Hopper principal y el de emergencia. ¿Cuántas probabilidades había de que eso ocurriera? No muchas, si esperaba hasta que la tormenta pasara. Pero eso no era una opción.

—Salida de emergencia abierta.

«Coño, no me metas prisa». Mark se orientó en el estrecho compartimento. Sobre él, a la altura de la cabeza, había una pantalla, tan cerca que tenía que entrecerrar los ojos para ver algo. El prolongado periodo de ingravidez le había afectado la vista. Sin embargo, la pantalla era deliberadamente sencilla. Lo único que tenía que hacer era tocar el gran símbolo del salvavidas para iniciar el lanzamiento. A continuación, el Hopper de emergencia se dirigiría al siguiente lugar óptimo de aterrizaje de la superficie.

Sin embargo, ese no era el objetivo de Mark. Pulsó el icono de la rueda dentada, que le llevó a la configuración del sistema. Allí cambió a la introducción manual del destino. Recordaba las coordenadas de la nueva base. Las habían necesitado a menudo durante la construcción. Las introdujo enseguida.

—Salida de emergencia abierta.

La estación era muy insistente. Mark cambió al menú de vuelo. No había ninguna disposición para el control manual del Hopper de emergencia, aunque podía seleccionar algunos parámetros para la trayectoria de vuelo, como si el Hopper debía evitar zonas peligrosas. Mark eligió la ruta más corta. Lo último que vio fue que la tormenta seguía azotando la base de investigación.

—Salida de emergencia abierta.

Mark respiró hondo. Una vez que pulsara el botón de lanzamiento, la salida de emergencia ya no podría detenerse. El Hopper no planearía con suavidad alejándose de la estación orbital,

sino que frenaría mediante un potente empuje, para salir lo antes posible del alcance de una posible explosión. Los diseñadores lo habían previsto todo.

—Salida de emergencia abierta.

«Vale, vale». ¿Olvidaba algo? El Hopper de emergencia llevaba comida y agua a bordo. Cada uno de los cinco compartimentos podía convertirse en una pequeña clínica que trataría la mayoría de las heridas. Tenía su radio móvil en el bolsillo. La presión atmosférica era superior a la normal. Necesitaría una máscara respiratoria, tal vez una capa a prueba de ácidos contra la precipitación.

«Hm...». Mark volvió a tocar la rueda dentada. Tenía que haber una lista de inventario en alguna parte. «Aquí». Estaba en orden alfabético. Había cinco máscaras respiratorias a bordo, pero las capas no figuraban etiquetadas como resistentes al ácido. Los diseñadores no habían previsto que los humanos podrían aterrizar en un planeta donde llovía ácido sulfúrico.

—Salida de emergencia abierta.

«Bien». Habría algo abajo. Y si se ponía las cinco capas disponibles, quizás estaría a salvo durante una hora. La versión a prueba de ácido probablemente estaba almacenada en la base de investigación.

Algo vibró en su bolsillo. Su radio. Buscó a tientas con la mano derecha, pero el compartimento era demasiado estrecho. Mark tiró y se levantó hasta que volvió a flotar en la esclusa.

—Salida de emergencia abierta.

«No me jodas». Ni siquiera se había dado cuenta de que había encendido la radio. Tal vez lo hizo cuando entró en el Hopper de emergencia. Pero ¿quién intentaba contactar con él en su frecuencia personal? Pulsó el botón de escucha.

—*Mayday*, *mayday*, aquí... Base de investigación... cortada. Necesitamos ayuda.

¡Era Tailin! Había entrado en la base.

—¿Tailin? Aquí Mark. ¡Te recibo! ¡Cuánto me alegro! Pero ¿y Roger? No logro localizarlo. ¿Está a salvo?

—Mark. ¡Oh, Dios mío...! —De pronto, se produjo un fuerte silbido—... Esperaba llegar hasta Roger... no aquí. Pensé... en el

Hopper...

La conexión era horrible; era un milagro que pudiera oír a Tailin. La tormenta debía haber afectado también a la ionosfera de Adad, interfiriendo con las ondas de radio.

—Roger fue a buscarte —dijo—. Dejó el Hopper. ¿Dónde estás?

—... en la estación. La tormenta... desaceleración. Ha... destruido... no visto.

—Te recibo muy mal, Tailin. Bajaré en el Hopper de emergencia. Llegaré en treinta minutos. No salgas de la base. Programaré las coordenadas.

—... aquí. Entendido. Por favor, avisa a Roger de que...

¿Cómo? Roger había ido a buscarla y no había vuelto.

—Nos vemos dentro de media hora.

Mark guardó la radio en el bolsillo del pecho de su uniforme y volvió a meterse al compartimento. El destino seguía programado, así que cambió al menú principal y pulsó el salvavidas.



Un puño le aprisionó y le costó respirar. Mark empleó todas sus fuerzas para levantar el pecho. El Hopper de emergencia salió disparado a tal velocidad que la inercia se extendió por todo su cuerpo. El Hopper rotaba lentamente alrededor de su eje longitudinal, tal vez para que todos los compartimentos estuvieran cargados por igual. La pantalla mostraba lo que veía la cámara exterior; la cápsula se acercaba a la capa de nubes.

Mark acababa de acostumbrarse a la carga cuando el Hopper giró. Ahora Mark volaba con los pies por delante. Una fuerte vibración en la parte trasera indicó que entraban ya en la atmósfera, la imagen de la cámara cambiaba más deprisa. El Hopper siguió rotando para que su casco se calentara con uniformidad. Mark cerró los ojos pero notaba la rotación en el estómago. ¿Seguía siendo normal? Pulsó la pantalla. El aparato mantenía la curva de descenso programada, que se asemejaba a una parábola. La única diferencia

era que el lanzamiento no se producía desde tierra, sino desde órbita.

Cuando Mark volvió a la imagen de la cámara, estaba oscuro. Aunque eso no se debía a la cámara, sino a que se encontraban en una densa capa de nubes, que se separaban para revelar el océano que había por debajo. Mark se imaginó que distinguía crestas de rocío en las olas, pero era imposible. El Hopper se estabilizó. La cámara enfocaba ahora hacia abajo mientras pasaba por delante de un grupo de islas, derivando lentamente hacia el continente. La cuenca oceánica, que se creía que era un enorme cráter de impacto, tenía hasta 200 kilómetros de profundidad en algunas zonas. Las islas flotaban en su superficie. Aún no habían conseguido aterrizar en ninguna.

El vuelo llegaba a su fin y Mark volvía a sentirse incómodo. La tormenta tiraba de la cápsula, que iba más despacio y ofrecía menos resistencia. Mark no podía intervenir, aunque los controles le harían descender sano y salvo. Se había comprobado en todas las circunstancias posibles. El Hopper de emergencia tenía un motor dos veces más potente que su homólogo estándar.

La cápsula se inclinó. De repente, volvió a estar vertical. Mark se sobresaltó, pero el Hopper se estaba preparando para aterrizar. Se balanceó y descendió hasta el suelo. La cámara mostró la parte superior verde azulada de la capa de vegetación. Era deslumbrante. Los diminutos cristales de silicio de las hojas de los árboles de salmuera reflejaban la energía no utilizada del sol. Sus copas formaban un denso dosel que casi no permitía ver la superficie, pero al mismo tiempo los protegía de la lluvia ácida. Para instalar la base de investigación, había sido necesario hacer un gran agujero en las copas.

El agujero apareció a la vista. Estaba humeante. En la capa bajo el dosel, la energía se generaba sobre todo de forma térmica. Allí siempre había humedad tropical. Incluso el aire estaba vivo, como habían experimentado de primera mano los exploradores del planeta. Desde entonces, nadie había vuelto a internarse por debajo de la cubierta sin máscara.

El Hopper se balanceó mientras se hundía hacia el suelo sobre un chorro de fuego del motor. La tormenta trató de arrastrarlo hasta el último segundo, y solo amainó poco antes del aterrizaje. Mark apretó los puños instintivamente. El motor rugió una vez más y luego enmudeció. El Hopper flotó como si aún no se hubiera dado cuenta de que el motor ya no lo sostenía; entonces Adad tiró de él con todas sus fuerzas mientras aterrizaban. Una sacudida golpeó a Mark en la cadera.

Sin perder un segundo, sacó la radio del bolsillo del pecho. Tailin tenía que estar cerca.

—Aquí Mark. He aterrizado. ¿Estás bien?

No hubo respuesta. ¿Dónde estaría? Le había pedido que le esperara en la base. Mark tocó la pantalla, que mostraba un símbolo de salida. Estaba tachado en rojo. «Equipar máscara respiratoria», ponía debajo. Abrió un compartimento a la altura del estómago, que tenía impreso el dibujo de una máscara, y la sacó. Al principio le pareció demasiado grande, pero luego la tela se contrajo hasta envolverle perfectamente la cara. Se ató la botella que la acompañaba al cinturón. La cruz roja sobre el símbolo de salida desapareció, y él lo pulsó.

De repente, la pared que tenía delante también desapareció. Se dobló hacia un lado con un impulso considerable, sin duda accionado por un potente resorte. Mark se tambaleó y estuvo a punto de caer hacia delante, aunque consiguió agarrarse con la mano derecha al borde de lo que ahora era una puerta. Debajo de él, una escalera descendía del Hopper. El aire, caliente y húmedo, provocaba que las zonas de su piel que no estaban cubiertas por tela le ardieran. Sin embargo, siguió de pie al abrigo del vehículo. A medio metro delante de él, el agua ácida caía del cielo en hileras. Estaba tan oscuro como el crepúsculo. Inspiró hondo. El olor resultaba desagradable, a pesar de que llevaba la mascarilla. Probablemente, los gases de escape del motor habían quemado parte de la vegetación. La máscara filtraba los componentes biológicos y las toxinas del aire y añadía otro cinco por ciento de oxígeno. Evidentemente, no consideraba tóxico el olor a quemado.

Mark pulsó su reloj de pulsera hasta que, en la pantalla, se mostró un mapa. Algo parpadeaba a la izquierda de su posición. Debía de ser la base de investigación. Desplegó la pantalla adicional para ver más. Todo parecía muy sencillo en el mapa; se hallaba a cincuenta metros como mucho. El Hopper en el que Roger y Tailin habían llegado se encontraba a unos trescientos metros, al otro lado.

—Tailin, Roger, ¿me oís?

Otra vez sin respuesta. ¡Joder! ¿Había atacado la base un ejemplar de la megafauna de Adad? Mark se asomó con cautela. Los charcos circulares que se veían más adelante podían ser rastros de un multípedo que se habían llenado con la lluvia. Tendría que estar atento a los agujeros.

Mark buscó en los compartimentos de la pared que se había plegado. Dos capas deberían bastar para llegar a la base. La lluvia parecía caer directamente, como debía ser. Mark bajó un peldaño, pero se dio cuenta de que un arnés de seguridad se había abrochado automáticamente alrededor de su estómago. Se lo desabrochó, se echó la capa por la cabeza y bajó los diez peldaños.

Ya no estaba acostumbrado a caminar por el suelo blando, así que se sobresaltó un instante al bajar de la escalera. Comprobó la dirección en su reloj y se puso en marcha.

La lluvia resultó ser su primer descuido. Solo caía junto al Hopper. En cuanto Mark salió de la estela de la nave, las gotas se convirtieron en un juguete del viento, que se deslizaba en la calva artificial de la vegetación como una enorme lengua en un gran hueco entre los dientes.

Adad tenía mayor gravedad que la Tierra. Como consecuencia, las gotas de lluvia eran más pequeñas, y la tormenta lo tenía muy fácil con ellas. Mark se alegró de haberse protegido el rostro con la máscara. Lo sentía por sus manos, que tenían que sujetar la capa ya que, de lo contrario, el viento se la arrebataría. Las gotas le salpicaban la piel, le arrancaban el vello y le hacían pequeños agujeros. Tendría que autotratarse en la base.

Pero primero debía llegar a ella, y ahí era donde entraba en juego su segundo error: un seto de cerezas espinosas se interponía

entre él y el punto parpadeante. Mark estaba casi seguro de no haberlo visto en su última visita. Debía de haber surgido en las dos últimas semanas. Tailin había despotricado por radio sobre la agresividad de la maleza. Las cerezas espinosas, que sabían como una mezcla entre frambuesas y cerezas, causaban diarrea a los humanos, aunque eso no les había importado porque rara vez conseguían comida fresca. Además, sus ramas tenían espinas, que disparaban a todo lo que se les acercaba. Podría haber utilizado un lanzallamas para abrirse paso pero estaba en la base.

Mark se alejó del seto. Bajaba hasta la playa y giraba a la derecha donde empezaba la arena negra. No parecía haber forma de pasar, hasta que Mark descubrió un agujero. Alguien había excavado arena suficiente para crear un túnel aparentemente estable. Por la dirección en que habían sido arrojados los restos, dedujo que la zanja empezaba en el interior. Tailin. Si el túnel era obra suya y ahora se encontraba a ese lado del seto, ¡debía de haber visto llegar el Hopper de emergencia! Entonces, ¿por qué no había ido a su encuentro?

Se arrodilló en la arena blanda, que no tenía nada que envidiar a la de la Tierra. Era extraño. Viajaron años luz para explorar algo lo más exótico posible, lo que se les concedió con creces, y luego no querían más que reconocer un trozo de Tierra.

Mark se puso a cuatro patas y se arrastró hasta el agujero. Por un instante, le resguardó de la lluvia. Aunque en la zona más profunda del túnel, el suelo cambió. De las paredes surgieron raíces pálidas. Un gusano, quizá tan largo como su brazo, se acercaba arrastrándose a Mark, pero de repente se enroscó y se hizo el muerto. Debió de percibir algún tipo de vibración. Por lo demás, la cueva estaba sorprendentemente libre de bichos. Tal vez aquel gusano se los había comido a todos. Pero parecía hambriento hasta que cayó en un pseudo *rigor mortis*.

En el otro extremo del túnel, la lluvia continuaba arreciando. Allí, justo detrás del seto, caía directamente. Algo afilado le pinchó en la espalda. Seguro que se había acercado demasiado a las cerezas espinosas. Se levantó, se alejó unos pasos y comprobó su posición. Tenía que ir hacia el norte. Según su mapa, aún quedaban unos

cincuenta metros hasta la base. Aquel estúpido seto le había obligado a dar un buen rodeo.

Justo entonces, divisó la estructura que salía de detrás de unos arbustos de media altura, o lo que quedaba de ellos. Volvió a llamar por radio, aunque en esa ocasión tampoco obtuvo respuesta. Tal vez ambos estuvieran durmiendo, agotados, en el interior de la base. Ojalá, aunque no lo creía. Otra posibilidad era más probable es que Tailin hubiera recibido una llamada de auxilio de Roger, le hubiera seguido y perecido debido al mismo peligro que su colega.

Llegó a la base. La puerta se hallaba cerrada, pero Mark logró abrirla con facilidad. Dentro estaba oscuro y tuvo que agachar la cabeza para no chocar con nada. Cuando se irguió se encendió la luz. La habitación se encontraba vacía. Había muy poco espacio, aproximadamente un metro y medio por tres, así que se apreciaba de inmediato.

En una esquina, alguien había hecho una cama con mantas. «Una cama. Un ser humano». Las mantas estaban perfectamente colocadas. Sería cosa de Tailin, aunque Roger también era muy ordenado. Mark comprobó las provisiones. Había suficiente de todo, incluso de capas resistentes al ácido. El botiquín estaba roto. Sacó dos rollos de vendas, roció sus heridas con esparadrapo líquido y las envolvió con varias capas de tela. El esparadrapo hizo maravillas, calmando por completo el dolor. La piel solo se le calentó un poco.

En un extremo había un terminal de ordenador que activó de inmediato. El monitor de radio estaba encendido, aunque solo mostraba una línea vertical. Mark probó la radio. La antena de la base debía de estar estropeada porque la línea se mantenía recta. Por eso Tailin le había llamado por la portátil. ¿Por qué no contestaba ahora? Revisó a fondo la estancia y encontró dos pilas gastadas. Estupendo. ¿Era esa la explicación? ¿Y Roger?

Tendría que buscarlos a ambos. Mark cogió una de las capas resistentes al ácido, se guardó otra en el bolsillo del pantalón y volvió a salir de la base.

Fuera estaba más claro, aunque el sol ya se hallaba cerca del horizonte. La tormenta había pasado y la lluvia amainaba lentamente. Razón de más para darse prisa: después de la

tormenta, y sobre todo por la noche, la vida en Adad volvería a su actividad habitual. Buscó a tientas la pistola eléctrica que siempre llevaba en el bolsillo izquierdo del uniforme. No serviría contra los multípedos, pero esos podían evitarse. Más peligrosas eran las hojas ventosa, que eran capaces de imitar casi a la perfección la bonita flor de una orquídea.

No importaba. No volvería sin Tailin. Mark recorrió la base en busca de rastros, pero la lluvia no había dejado nada. Al menos, el ácido tenía una ventaja: la vegetación de alrededor se había fundido en una masa marrón que cubría el suelo. Al sur y al este, tenía una buena vista hasta el seto, que al parecer era inmune al ácido. Al menos era una nueva percepción. Desde el oeste, el bosque de salmuera proyectaba largas sombras, y hacia el norte se erguía como un muro.

Mark optó por el oeste. Allí había aterrizado el Hopper, y Roger había partido en busca de Tailin. Tal vez podría matar dos pájaros de un tiro. Sin embargo, atravesar el bosque de salmuera no resultaría fácil. Las coronas reforzadas con silicio apenas habían dejado pasar la lluvia ácida. Ahora se acumulaba hasta cien metros por encima de él y ayudaba a los árboles a utilizar el silicio de la tierra. Goteaba de vez en cuando, pero la nueva capa protegía a Mark. La capa tenía bolsillos en el interior para las manos y varias cuerdas para ajustársela al cuerpo. Mark pensó que probablemente le hacía parecer una bolsa de basura andante.

Avanzaba despacio porque la vegetación era muy densa. Las plantas utilizaban todas las partes del ecosistema. Las raíces de las estalactitas sobresalían del dosel del bosque y las plántulas de las estalagmitas se extendían desde el suelo. Semejaban las formaciones calcáreas de las cuevas terrestres porque crecían unas hacia otras. Donde se encontraban, se formaban marañas de ramas y ramitas en las que anidaban los deslizadores, una especie que podía subir y bajar por las lianas a la velocidad del rayo y volar distancias limitadas. Era divertido verlos revolotear por el aire con las ocho patas hasta que se agarraban a una rama.

—Tailin, Roger, ¡responded, por favor!

Ya no tenía muchas esperanzas de que Tailin contestara después de ver las baterías vacías de la base. Pero ¿qué le pasaba a Roger? Era un explorador experimentado y siempre lo había hecho mejor que el propio Mark durante los entrenamientos en las selvas de Terra Nova.

Ninguno de los dos respondía. Mark comprobó el camino. En los arbustos de la izquierda y la derecha seguían apareciendo flores extrañas. Inmediatamente pensó en hojas ventosa, aunque la forma de las flores no le resultaba familiar. O tal vez por eso. Las hojas ventosa habían desarrollado una estrategia consistente en cambiar constantemente de aspecto para que sus víctimas no lograran identificarlas. Por regla general, se alimentaban de babosas anilladas.

Esos bichos tenían conchas brillantes, doradas, similares a las de los caracoles, y les gustaba chupar el néctar de las flores enrollándose alrededor de los cálices. De ese modo, parecía que las flores llevaban anillos bellamente decorados. Si las babosas anilladas eran atacadas, se replegaban en sus caparazones. Pero las hojas ventosa tenían una solución para eso: la presión negativa, que sacaba la carne blanda de las babosas de anillo de su bonita envoltura. Roger tenía una increíble colección de caparazones, que decía regalaría a su hija cuando la tuviera. Probablemente los coleccionaba para sí mismo, aunque no quería admitirlo.

—Roger, ¿me recibes?

De pronto, Mark vio que algo volaba hacia él. Venía directo hacia su cara. Sin perder un instante, se tiró al suelo. «Demasiado tarde», pensó. Pero al palparse la cara, no encontró la temida hoja ventosa que, implacable, le habría succionado la carne de los huesos. Al darse cuenta de que estaba ileso, se levantó. A un metro delante de él, un deslizador se inclinaba sobre una hoja ventosa, agarrando a su víctima con seis de sus patas. Con las dos restantes, la desmembraba y se metía los trozos en la boca. «Una locura». Nadie había visto nunca a un deslizador alimentándose.

Un claro apareció entre el espeso follaje cuando Mark llegó a la playa. Estaba a salvo en la fina arena. Tenía ganas de correr, pero al

mismo tiempo temía entrar en el Hopper. Debía de estar vacío; de lo contrario, Tailin o Roger ya le habrían respondido.

Por fin llegó a la nave. Por fuera parecía estar en bien. Se encontraba en posición vertical, como debía ser en tierra. ¿Qué le pasaba a la antena? Estaba tan oscuro que Mark podía distinguirla, pero no examinarla. La salida ubicada en el fondo se hallaba cerrada, aunque con la escalera bajada. Mark subió y abrió la escotilla. La esclusa estaba vacía. Esperó a que la presión se igualara, ya que en el cohete era ligeramente inferior a la del exterior, y salió por la esclusa.

Enseguida percibió el olor. Tailin estaba aquí, o lo había estado. La esclusa se abrió al taller. Al subir a la siguiente planta, se topó también con la cocina vacía. El aroma de Tailin se intensificó. Subió la escalera, abrió la escotilla del centro de control y la encontró.

Tailin estaba sentada en la silla de mando, que había echado hacia atrás. Tenía los ojos cerrados pero respiraba. Él se introdujo por la abertura del suelo. Entonces, ella se sobresaltó.

—¿Roger? —preguntó—. Ah, eres tú.

Parecía decepcionada.

—Sí, soy yo. Me alegro de haberte encontrado.

—Yo también, Mark. —De repente, Tailin rompió a llorar—. Ha ocurrido algo horrible. Roger ha desaparecido.

—Tranquila, lo localizaremos. Seguro que Roger está bien. Solo tenemos que encontrarle.

Tailin se levantó y se abrazaron con fuerza.

—¿Por qué no has contestado cuando te he llamado? —le preguntó.

Ella señaló su radio, que yacía en el respaldo del sillón, con la pantalla gris.

—Me lo imaginaba —confirmó Mark—. Pero ¿y la radio del Hopper?

—Lo intenté, pero supongo que la antena no aguantó la tormenta.

—¡Joder!

—¿Tu radio sigue funcionando? —inquirió Tailin.

—¿La mía? Sí, genial. ¿Por qué?

—Qué pena. Esperaba que se hubiera estropeado. Así Roger todavía tendría alguna oportunidad.

—¿Qué quieres decir?

—Roger no comete estupideces como quedarse sin pilas. Siempre tiene una solución, aunque sea construir una manivela para recargarla. Si tu radio estuviera estropeada, quizá la suya siguiera funcionando, y él se encontraría bien.

Tailin pensaba demasiado.

—Seguro de que está bien, Tailin —la tranquilizó.

En realidad, Mark no estaba tan seguro, pero decirlo le hacía sentirse mejor.

—Pues no por mucho tiempo —discrepó Tailin, con su pesimismo habitual—. El sol está a punto de ponerse. Ya sabes las escasas posibilidades que tenemos de sobrevivir por la noche. Debe estar por ahí, solo.

—Lo buscaremos. Recogeremos unas armas y saldremos. Juntos podemos examinar en la zona sistemáticamente. Ya verás, lo encontraremos.

—Sinceramente, me estás asustando, Mark. Si necesitamos armamento pesado y registrar cada centímetro cuadrado en su procura, es que a Roger no le va nada bien.

En lugar de contestar, subió dos pisos hasta el taller, donde se hallaba el armero y lo abrió. Faltaba una de las armas largas. Al menos Roger iba preparado, lo que resultaba tranquilizador y preocupante al mismo tiempo. Quedaban dos carabinas láser y dos armas automáticas. Los láseres disparaban silenciosamente y con poco retroceso, con lo que eran perfectos para defender una nave o una base con su propia fuente de energía. Pero no servirían para buscar a Roger, porque la pesada batería que necesitaban quedaría atrapada en la maleza. Mark ya se había enfrentado a esa desagradable experiencia.

Sacó una de las armas automáticas del armario, junto con cuatro cargadores. Cuatro con treinta balas, suficientes para derribar a un multípedo de sus dieciocho gruesas patas. Parte de la fauna local que se extendía más allá de los bosques de salmuera había desarrollado una armadura pesada a causa de la lluvia ácida. Por

desgracia, eso incluía a los multípedos, que le recordaban un poco a los elefantes terrestres.

Tailin apareció detrás de él y le respiró en la nuca. Se le pusieron los pelos de punta. Aquel no era el momento apropiado, pero incluso después de tres años, seguía resultándole increíblemente atractiva.

—¿Quieres un arma? —le preguntó.

A Tailin no le gustaban. Ni tampoco que matara y diseccionara animales pero ese era su trabajo.

—Dame lo que tengas —respondió ella.

Aquello le pilló por sorpresa, aunque le puso la otra automática en la mano. El cañón estaba un poco aceitoso así que se limpió en los pantalones y se ganó una mirada de reproche. ¡Como si un poco de aceite importara ahora! Mark sacó cuatro cargadores más de un compartimento lateral y se los entregó a Tailin. Ella introdujo uno en el arma y comprobó el seguro. Antes de viajar a Gliese 163, habían recibido formación sobre todas las armas disponibles.

—¿Preparada?

—Lista.

—¿Tienes una capa a prueba de ácido, por si acaso?

Tailin asintió y señaló el abultado bolsillo de la chaqueta de su uniforme. Los uniformes militares de camuflaje habían resultado sorprendentemente prácticos para las operaciones de superficie. Protegían bien de la flora agresiva cuando no intentabas arrastrarte por un seto de cerezos espinosos. Sin embargo, el sudor constante no ayudaba.

Cuando entraron en la esclusa, Mark comprobó su radio. No había actividad en las bandas que empleaban con frecuencia. Tailin también encendió la suya, que había cargado con baterías nuevas.

—Permaneceremos juntos —instruyó Mark—. Nada de separarnos, ¿de acuerdo?

Se puso la máscara respiratoria.

—No nos separaremos —confirmó Tailin.

Luego se puso la máscara. Mark abrió la puerta exterior y contempló una preciosa puesta de sol. El azul oscuro del cenit se desvanecía gradualmente en tonos anaranjados y rojos hacia el horizonte, donde brillaba un sol rubí.

—Casi parece la Tierra.

Lo normal es que el cielo diurno fuera púrpura y la puesta de sol, pardusca.

—Eso se debe a la intensa lluvia ácida —explicó Tailin, con la voz amortiguada por la máscara—. Debe de haber lavado el dióxido de azufre. Tiene un centro de absorción en la gama del verde, por lo que distorsiona la impresión visual. Tampoco es exactamente el cielo de la Tierra: el azul está menos saturado.

Tailin lucía tan seria como de costumbre. Mark no hizo más comentarios mientras bajaba por la escalera. Probablemente el cielo no era tan azul porque había menos oxígeno en la atmósfera. Dentro de media hora estaría negro. Se hallaban en el trópico, así que el crepúsculo no duraba mucho.

El suelo alrededor del Hopper seguía húmedo, y la vegetación carcomida por el ácido se había derruido aún más. Mark ya no podía distinguir los tallos de las hojas.

—He encontrado un pequeño túnel que conduce bajo un seto de cerezos espinosos.

—Lo cavé yo —respondió Tailin.

—Bien, entonces deberíamos mirar hacia el norte —dijo—. Yo vine del sur, al oeste está el mar, y al este los cerezos espinosos bloquean el camino.

—¿Y si Roger viniera por mi túnel?

—Entonces me habría topado con él. Dejé el Hopper de emergencia al otro lado del seto.

—Pero ¿por qué correría hacia el bosque de salmuera del norte? —preguntó Tailin—. Allí no hay nada.

—¿Por la lluvia ácida? Los árboles proporcionan una protección bastante buena. Debió de sospechar que estabas allí; Roger no tenía forma de saber si llevabas una capa protectora. No se me ocurre otra explicación.

—De acuerdo. Hacia el norte.

Las sombras de los árboles de salmuera se fundían con la noche. Estaba oscureciendo tanto que Mark tuvo que encender su linterna. Su haz era desagradablemente cegador y, al mismo tiempo, los convertía en un atractivo blanco para las formas de vida locales. Pero sin la luz, caerían en una de las trampas tendidas por la flora y la fauna.

Caminaban uno detrás del otro, con Tailin asegurando la retaguardia. En cuanto dejaba de oír su respiración, se detenía. Llamaron a Roger una y otra vez. Era tal la negrura que podía estar tumbado a tres metros del camino sin que se dieran cuenta. Sus llamadas, en cambio, no pasaban desapercibidas en aquel bosque, como tampoco lo hacía el crujido de las ramas cuando se abrían paso entre la maleza.

De repente, un fuerte golpe en el hombro le hizo dar un respingo.

—Tienes un animal encima —le susurró Tailin.

Se detuvo y se palpó el hombro. Sus dedos encontraron restos pegajosos, junto con algo sedoso y suave. ¡Un zepelín! Eran muy ligeros y su tacto recordaba a la seda, llenaban su cuerpo de aire y flotaban utilizando reacciones químicas para calentar el aire. Obtenían el ácido sulfúrico necesario cuando aún estaban en estado larvario en las copas de los árboles de salmuera. Después de pupar, realizaban su danza de apareamiento en las copas de los árboles y luego descendían suavemente hasta el suelo para poner sus huevos. Tras eclosionar, las larvas volvían a trepar por los árboles.

Hacía solo dos meses que Mark había podido comprobar ese ciclo vital. Dejó caer la fina cáscara y se limpió unas salpicaduras del cuello. Menos mal que Tailin había matado al zepelín enseguida ya que les solían poner sus huevos en la piel de animales de la misma temperatura, lo que esparciría las larvas por todo el bosque. A Mark no le gustaría convertirse en huésped.

—Era un zepelín —dijo él.

—Ah, no sabía que los había en esta época.

Y era cierto. La temporada de zepelines normalmente terminaba antes de la de huracanes, ya que planear con cuidado resultaba

imposible con vientos fuertes. Ese zepelín debía haberse desarrollado tarde.

Un ligero siseo procedente de la jungla hizo que Mark se detuviera. Al que respondió otro, y un tercero. Todos parecían un poco diferentes. Al menos eran tres.

—¿Has oído eso? —preguntó en voz baja, desenfundando su arma y quitando el seguro.

—Ajá.

Por detrás, oyó el clic de la palanca de seguridad de Tailin. Se colocaron espalda con espalda sin intercambiar palabra. El siseo revelaba un lenguaje claro: una manada de dientes de león estaba de caza. Habían dado ese nombre a la especie porque, en reposo, semejaban dientes de león muy grandes. Durante el día, extendían sus hojas dentadas de color verde azulado, normalmente al borde de los bosques de salmuera, y absorbían energía de la luz solar. Por la noche, complementaban su dieta con vida animal. El siseo se producía al frotar las hojas entre sí.

Mark había desarrollado una teoría al respecto: En los bordes de los bosques de salmuera, la lluvia ácida debía de haber eliminado todos los minerales del suelo, de modo que las plantas que crecían allí habían aprendido en algún momento a utilizar sus raíces como patas. En general, la flora de Adad era inusualmente móvil, lo que indicaba un alto nivel de actividad geológica. Probablemente también se debía a la proximidad del planeta a su estrella, cuya enorme gravedad debía de estar afectando a su superficie.

Otro siseo, aunque en esta ocasión provenía del otro lado. Ahora había dos posibilidades: o los dientes de león habían decidido no atacar y pasar de largo, quizás en favor de una víctima más fácil, ya que también les gustaba darse un festín de carroña, o los habían rodeado. Eso encajaría con su estrategia de caza. El siguiente silbido debería proceder de la dirección original. Probablemente los individuos empleaban los sonidos para señalarse unos a otros que habían llegado a su posición.

Mark escuchó atento. Ahí estaba. Venía de la misma dirección que la última vez. Los dientes de león les habían adelantado; puede

que dos adversarios fueran demasiados para ellos. La vida en Adad no solo era inusualmente móvil, sino también defensiva.

—Se han ido, por suerte.

—Tenemos que ir tras ellos —dijo Tailin.

—¿Estás loca? Nos libramos por los pelos.

—Porque percibieron una presa más fácil.

—Sí, ¿y qué? Mejor para nosotros.

—Mark, buscamos a alguien, ¿recuerdas? ¿Y si Roger está a punto de convertirse en su cena?

Mark pensó en ello. Entonces, ¿por qué Roger no les había contestado? Aún no sabían si los dientes de león eran capaces de rastrear. De ser así, podrían estar persiguiendo a Roger. Tailin tenía razón. Tenían que ir a lo seguro, aunque eso significara ponerse en peligro para, tal vez, solo salvar la vida de un flamígero. Incluso podría recompensarles haciendo honor a su nombre y estallar en llamas. Así es como el animal, una criatura bípeda del tamaño de un zorro, liberaba sus semillas. También podía utilizar ese comportamiento para defenderse de los atacantes. Mark había visto incluso a un ejemplar separarse de su grupo y sacrificarse ante una manada de perseguidores.

Se abrieron paso entre los arbustos de la izquierda. Por desgracia, allí la maleza era aún más densa. Mark seguía recibiendo golpes en la cara. La mayoría, sobre su máscara, pero uno le alcanzó en el cuello. Una rama de espinas le había dejado varios pinchos clavados, que aún se retorcían para penetrar en su piel. Sus investigaciones habían revelado que en los alrededores de la nueva base solo crecían especímenes de las ramas de espina blanda. La piel humana era demasiado dura para sus espinas, así que a Mark le preocupaba. Bueno, no mucho. Esperaba que no hubieran pasado ya al territorio de las ramas de espina dura.

El siseo se acercó y luego se alejó de nuevo.

—Vamos por buen camino —exclamó Tailin.

Estaba delante de él. Ni siquiera se había dado cuenta de que ella iba en cabeza. Tailin parecía tener más prisa por momentos aunque los siseos seguían alejándose.

—Creo que piensan que les perseguimos —dijo Mark.

Se detuvo porque se había quedado sin aliento, pero Tailin no le hizo caso y siguió corriendo.

—¡Tailin, espera! Nada de echar a correr sola, me lo prometiste.

Se detuvo con brusquedad. Su linterna mostró que se había dado la vuelta y le hacía señas enfadada.

—¡Eres demasiado lento!

Un silbido, tan lejano que Mark ni siquiera logró distinguir de qué dirección procedía.

—Se han ido —dijo—. Debemos haberlos asustado.

—Tal vez se corrió la voz acerca de la masacre que cometiste con ellos —se burló Tailin.

«Masacre, claro». Había atrapado a uno en una trampa de acero para examinarlo. De alguna manera este había convocado a su manada, que a su vez había atacado la base. Sin embargo, Mark no tardó en acabar con todos con la carabina láser. Gracias a una conexión directa con su fuente de energía, el arma podía disparar a toda potencia y a cualquier velocidad. Fuera, y en la oscuridad, les habría resultado más difícil defenderse.

Por suerte, aquellos bastardos no lo sabían. Su inteligencia era limitada y parecía derivar principalmente del grupo. La disección no había revelado nada que pudiera interpretar como un centro nervioso. Ni siquiera tenían un gran nodo donde confluyeran todas las vías de señales. La red era caótica, pero muy eficaz. El organismo que había estudiado había resuelto el complejo «problema del vendedor viajero» sin haber oído hablar de la teoría de grafos. La evolución era impresionante.

—Si eso es cierto, me pregunto cómo me reconocieron —apostilló Mark.

—Por el olor —aseveró Tailin—. No te enfades pero, con lo que sudamos, dejamos un auténtico rastro de feromonas.

No había encontrado un centro olfativo, aunque lo más probable es que Tailin llevara razón. Las plantas, tanto en Adad como en la Tierra, dependían, entre otras cosas, de las sustancias presentes en el sudor humano. Ser capaces de detectar diferencias en la concentración de estos compuestos les daría una ventaja evolutiva.

—Si tuviéramos tan buen olfato —dijo Mark—, ya habríamos encontrado a Roger.

Emprendieron de nuevo la marcha hacia el norte. Roger no podía haber ido muy lejos a pie. El área de búsqueda seguía siendo enorme, pero limitada.

—¿No podemos usar uno de los drones? —preguntó Tailin.

—Quizá mañana. En la oscuridad, no lograrían evitar las redes de los tejedores.

Las copas de los árboles de salmuera eran tan densas que los drones tenían que volar por debajo de ellas para divisar algo en el suelo. Debajo, sin embargo, las redes estaban al acecho de una captura que mereciera la pena. Parecían telas de araña gigantes. Sus hilos eran ligeramente más gruesos que los de las telarañas terrestres, adaptados a la mayor gravedad. Aunque allí no había arañas. Mark había calculado, por el grosor de los hilos y el tamaño de las telarañas, que los tejedores debían medir unos diez por veinte centímetros. Los habían buscado por todas partes, no solo criaturas de ocho patas, por supuesto, sino de cualquier forma posible.

Sin éxito. Entonces había indagado durante semanas hasta que vio algo atrapado en una telaraña, ¡y aguardó a que la araña saliera! Pero se equivocaba. La tela simplemente se envolvía alrededor de la presa y comenzaba a digerirla. La propia tela era el organismo. Una vez digerida la víctima, la red se disolvía. Estaba formada por gusanos muy delgados que se retiraban a tierra, donde engendraban su descendencia. No obstante, Mark aún no había podido comprobarlo.

Por supuesto, las redes de los tejedores no podían digerir un dron. Pero sacarlos del pegajoso material ya era bastante difícil, como Mark sabía por experiencia. En algún momento, los gusanos filamentosos morían si su presa no era comestible aunque eso tardaba una semana en ocurrir.

—¡Mira! —susurró Tailin.

Su linterna barrió un claro. Debía de tener veinte metros de ancho. Mark iluminó hacia arriba. Seguían bajo las copas de los árboles de salmuera. Entró en el claro y se dio cuenta de que no se

había creado de forma natural. Algo había pisoteado aquella vegetación.

—Solo pueden haber sido multípedos —dijo.

Por instinto, Mark se agachó cuando un rostro le miró fijamente. Era una flor del arbusto gara, que debía su nombre a su parecido con un semblante humano. Sin embargo, no se trataba de un rostro cualquiera, sino de una cabeza encogida. La forma no semejaba tener una función específica. Las aberturas que sugerían una boca y una nariz eran utilizadas por los aguadores para recoger néctar, metiendo en ellas sus largas patas. También había un arbusto pseudo gara que aprovechaba ese comportamiento para depredar a los aguadores. A su vez, los aguadores se reproducían porque las «patas» eran en realidad órganos sexuales que contenían sus huevos. Estos se convertían en larvas en el interior del arbusto.

Mark cogió la flor y se la tendió a Tailin.

—Incluso las aplastaron —advirtió.

Los arbustos gara tenían ramas extremadamente elásticas que se extendían hacia arriba a pesar de la elevada gravedad. Había que presionarlas con un mínimo de 700 kilogramos para aplastarlas. Mark lo había investigado porque la dureza del material podría tener aplicaciones industriales. Sus jefes estarían encantados con cualquier descubrimiento que prometiera beneficios económicos.

—¡Oh, no! —exclamó Tailin.

Mark iluminó con su linterna el tronco del árbol de salmuera junto al que se encontraba su mujer, palpando su corteza. Unas vetas brillantes que salían de unos agujeros del grosor de un dedo revelaron lo que debía de haber ocurrido. Era la resina silícea del árbol, que manaba de sus heridas y las sellaba al mismo tiempo. Tailin corrió hacia el siguiente árbol.

—¡Aquí también! —gritó—, ¡y aquí!

—Roger debió usar el arma para defenderse de los multípedos —dedujo Mark.

—Pero ¿por qué? Son herbívoros.

Cierto. Esa no podía ser la única explicación. Apuntó la linterna al suelo y estudió el claro. Divisó unas hojas dentadas trituradas, debían de ser dientes de león. Otro más. Continuó con su búsqueda

y encontró un segundo ejemplar. Roger no había luchado contra multípedos, sino contra un grupo de dientes de león. Quizás había herido a uno de los multípedos y se habían vuelto todos contra él, ya que eran criaturas muy sociables que defendían con determinación a los de su especie.

Ambos inspeccionaron la zona y Tailin encontró el arma perdida. Aún funcionaba, pero el cargador había desaparecido. Mark localizó tres cargadores vacíos entre los restos vegetales esparcidos por el claro. Roger no se lo había puesto fácil a sus atacantes. Pero ¿qué había sido de él? Desde luego, no encontraron su cuerpo, ni siquiera el esqueleto que habrían dejado los dientes de león si hubieran salido victoriosos.

Roger debió provocar la huida de los dientes de león. O el multípedo los había espantado. ¿Dónde estaba su amigo?

—Tal vez se fue en un multípedo —dijo Mark.

—Típico, Roger ha desaparecido y tú bromeas —lo reprendió Tailin—. Estará en los bosques de los alrededores. Posiblemente malherido.

—Si yace inmóvil entre la maleza, no lo divisaremos en la oscuridad. Tendremos que suspender la búsqueda por hoy.

Podría configurar un dron para que siguiera el olor de Roger. Los sensores de los nuevos modelos eran muy sensibles. Hacía poco, así había rastreado a un grupo de zorros esqueleto.

—Pues hazlo sin mí —dijo Tailin con firmeza—. Se puso en peligro por mi culpa. Necesito encontrarle.

Tenía remordimientos de conciencia. Mark la comprendía. Debería haber prohibido a Roger que fuera tras su mujer pero, en vez de eso, le dio las gracias. Y, por ello, ahora se hallaban en esas circunstancias.

—Sería mejor que durmiéramos un poco para, luego, buscarlo con el dron. Si continuamos, acabaremos desplomándonos en cualquier momento.

—Puede que tú sí —rezongó Tailin—. Ya no estás tan cachas como antes.

—He permanecido sentado en el Albatros, durante dos puñeteras semanas, porque querías *encontrarte* a ti misma —le reprochó—. Y

¿has conseguido algo?

No pretendía ser tan duro. Apenas lograba distinguir su rostro en la oscuridad. El hecho de que no pudiera hallar la respuesta hablaba por sí solo. Pero ¿no era cierto? Ella lo había enviado al espacio porque, después de tres años de noviazgo, habían caído en cierta rutina. Como si para otras parejas fuera diferente. «Pero nosotros no somos otras parejas», habría respondido ella.

—Vale, tienes razón. Ahora no somos nosotros mismos —concedió Tailin—. Deberíamos volver al Hopper.

—Iremos a la base —dijo Mark—. Allí se almacenan nuestros drones. Podría programar uno para rastrear a Roger. ¿Tenemos alguna muestra de su olor?

—Debería haber algo en la lavandería. No era fácil hacer la colada en la base.

3 de agosto de 2802, luna de la Tierra

La Tierra llevaba un anillo. Yini parpadeó, ya que solo podía verlo cuando entrecerraba los ojos. Las luces del anillo procedían de innumerables fuentes. Eran las ventanas de las torres residenciales de la Ciudad Anillo, las cabinas iluminadas de los ascensores que viajaban entre los distintos barrios, los motores incandescentes de los cohetes que llegaban al Anillo desde la Tierra o el sistema solar, o el juego de colores de los carteles publicitarios que anunciaban una vida mejor en el interior de la Tierra o viajes al Refugio de Fauna Norteamericana.

Tal vez sus padres estuvieran mirando por esa ventana en ese preciso instante. El Anillo Celeste era visible desde la Luna cuando la Tierra salía solo una vez cada pocos años, cuando el Anillo, la Luna y la Tierra se encontraban en ángulo. En un Día del Anillo como aquel, los parientes que vivían separados se saludaban tradicionalmente, aunque todos eran conscientes de que aún les separaban unos 386.000 kilómetros.

Kang le dio un golpecito.

—¿Ya?

A veces le parecía tan infantil. Pero no era su madre, sino su hermana gemela.

—No, aún no. Acabo de empezar —respondió Yini.

Se quitó la mochila de los hombros y la dejó sobre la acera, que allí era dura como el cemento. Había elegido una calle sin salida por la que apenas circulaban vehículos, salvo los de recogida de basuras que la utilizaban para acceder al Muladar, el mayor vertedero del sistema solar, supuestamente visible a simple vista desde la superficie de la Tierra en luna llena.

Como era festivo, no esperaba interrupciones. Yini abrió la cremallera de su mochila y plegó la parte delantera. Sacó un trípode del bolsillo derecho y lo montó.

—¿Puedes ponerlo en horizontal, por favor?

—Si es necesario —contestó Kang.

—Por favor. ¿Debo recordarte que este viaje fue tu regalo por mi cumpleaños?

—Ya lo hago.

Kang se agachó y jugueteó con las abrazaderas de las patas del trípode. Mientras, Yini sacó el telescopio de su mochila. Era el Newton más barato que se podía conseguir en la Luna. Tenía 76 milímetros de apertura objetiva con una distancia focal de 70 milímetros, lo que proporcionaba un rendimiento luminoso bastante decente, al menos por ese precio.

—¿Puedo? —preguntó ella.

—Adelante.

Colocó el telescopio en el trípode para que Kang apretara el tornillo de fijación. Luego, pulsó el botón de encendido. El telescopio se movió en círculo, hasta donde podía llegar, y luego desde el horizonte hasta el cenit. Si quería emplearlo para observar las estrellas, utilizaba una aplicación de rastreo instalada en su traje espacial. Pero la Tierra era mucho más fácil de encontrar que cualquier estrella.

Yini se colocó junto al ocular y apuntó el telescopio hacia su planeta natal, aunque no fuera su hogar.

—¿Cómo vas a ver a través de él? —se interesó Kang, señalando su casco.

Triunfal, Yini sacó del bolsillo del pantalón un adaptador para el ocular: básicamente, una pequeña cámara digital para enroscarla en el ocular. Con el teclado del antebrazo, configuró el traje para que mostrara las imágenes transmitidas en el interior del casco. De ese modo, ni siquiera tenía que agacharse para observar por el ocular.

La imagen era impresionante. Primero vio una enorme extensión de agua azul. Cuando giró un poco el telescopio hacia la izquierda, apareció una masa de tierra que reconoció como Europa. Era marrón, con zonas verdes solo visibles en los bordes sur y norte. El telescopio invertía la imagen. El norte estaba abajo y el sur, arriba. Europa volvía a crecer lentamente de abajo arriba. Continuó desplazándose hacia el norte. Ahí estaban las primeras zonas cubiertas de hielo. Desde que los últimos habitantes habían abandonado oficialmente el planeta, este se había vuelto a enfriar lentamente. Eso no significaba que nadie viviera allí. Sus padres habían...

—¿Puedo probar? —suplicó Kang.

—¿Quieres que te lo ponga? —ofreció ella.

—Lo haré yo.

Se dio un golpecito en la muñeca como si se estuviera haciendo cosquillas a sí mismo. Yini aprobó la solicitud de conexión con el telescopio. Entonces, este giró hacia arriba. Luego se movió hacia la derecha, pasó al fondo y volvió a levantar la cabeza. Se detuvo en el punto más alto y retrocedió. De repente, por sus auriculares sonó música y el telescopio empezó a moverse al ritmo de ella. Estaba... bailando.

—¡Joder, Kang! —gritó Yini.

Su hermano era un imbécil. Cortó la conexión y el telescopio volvió a quedarse inmóvil.

—Oye, ¿no estabas escuchando? —preguntó Kang.

—¿Escuchando? No piensas más que tonterías.

—Eso era el *Cumpleaños feliz*, ¿no lo has reconocido? El telescopio quería felicitarte. Quería desearte un feliz cumpleaños.

«Oh». Se ruborizó. Se volvió hacia Kang y le abrazó. Sus cascos transparentes chocaron entre sí.

—Lo siento. Ha sido una idea muy original. Feliz cumpleaños.

—Zahir me dio la idea —confesó su hermano.

—Sin duda fue toda una sorpresa —admitió Yini—. ¿Quieres que echemos un vistazo al espacio juntos?

Activó la conexión con el telescopio. Primero apuntó al Anillo Celeste. La enorme estructura parecía mucho más impresionante cuando se ampliaba. Hacía tiempo que albergaba a casi toda la humanidad.

—¿Nos estarán viendo mamá y papá? —preguntó Kang.

Yini miró el reloj.

—No creo. Siguen trabajando. En el Anillo, el Día del Anillo no es festivo.

—Qué raro —dijo Kang.

En eso tenía razón. La colonia lunar debía haber introducido la fiesta por su cuenta.

—¿Y en Marte? —inquirió Kang.

—Para eso, tendríamos que ser capaces de ver a través de la Luna.

—¿Y Neomarte?

—No, porque Saturno está eclipsado por la Tierra.

—Entonces quiero regresar ya —dijo Kang.

Yini asintió y bostezó. Aumentó el contenido de oxígeno del aire que respiraba, lo que normalmente la despertaba de nuevo. Quitó el adaptador del ocular, aflojó los tornillos de bloqueo y retiró el telescopio del trípode para guardarlo en la mochila. Kang se ocupó del trípode sin que ella tuviera que decir nada. Al parecer, había madurado un poco.

—Aquí Ulita —sonó de repente una voz en su casco—. Siento molestarte en tu día libre.

Sabía que si su jefa empezaba así, algo desagradable ocurriría a continuación.

—¿Qué pasa? —respondió Yini.

—He recibido una transmisión para entregársela a nuestra mejor escucha. Y he pensado en ti.

Ulita solía pensar primero en sí misma, así que debía de ser una tarea agotadora. Sin duda mantendría a Yini ocupada durante una semana, por no hablar del programa de investigación sobre Kepler...

—Otra persona se encargará del programa de investigación mientras tú estás ocupada —añadió Ulita—. Te espero en media hora.

La conexión se cortó sin más. Ulita ni siquiera había esperado su confirmación.

—¿Has oído eso? —preguntó Yini.

—Es culpa tuya —dijo Kang—. ¿Por qué eres tan buena? ¿Por qué no te comportas como yo?

—Solo disfruto de las cosas en las que soy buena.

—Excepto cantar.

—¿Qué? ¡Las notas se me dan bastante bien según el director del coro!

Yini se echó la mochila al hombro. Tenían por delante unos veinte minutos de marcha. Habían caminado hasta que la estación desapareció bajo el horizonte, y eso solo era un kilómetro y medio en la Luna.

—¿Vamos a nadar hoy? —propuso Kang.

Yini intentaba hacer ejercicio todos los días para compensar la baja gravedad lunar.

—Aún no lo sé. Si el nuevo trabajo me lo permite, me encantaría.

En el horizonte, un cangrejo con cien ojos se arrastraba hacia ellos. Al menos, ese era el aspecto del Gran Archivo, con su enorme techo resistente a los impactos, similar al caparazón de un cangrejo, que se extendía hasta el suelo en varios lugares, sus patas. Esa zona de la Luna era tan uniforme que Yini nunca sabía exactamente si se dirigía hacia el horizonte, o si el horizonte venía a ella.

Kang y Yini avanzaban de la forma típica para la Luna. Con los cuerpos muy inclinados hacia delante, se impulsaban firmemente del suelo con los pies y saltaban a grandes zancadas. No era cansaba mucho, pero requería de una suma concentración.

—Debimos coger un vehículo —dijo Kang.

—Eso habría levantado polvo —replicó Yini.

Poco después, el deseo de Kang se cumplió. Un vehículo se acercó a ellos, un sencillo carruaje eléctrico que conducía de forma autónoma. Se detuvo justo delante de ellos.

—Debe de ser de tu jefa —apuntó Kang.

—Probablemente.

Yini se subió al estrecho aunque cómodo asiento.

Su hermano no hizo ademán de ocupar el otro.

—Me quedaré fuera un rato —dijo.

—Como quieras.

Entonces, la calesa se alejó como si les hubiera oído. Yini se planteó durante un instante que podría haber una conciencia escondida en el interior, pero, de ser así, el vehículo llevaría un identificativo. Debido a los diferentes derechos que tenían las personas y las cosas, una máquina consciente tenía que ser claramente reconocible.

Esa no lo era. Conducía a campo traviesa, así que Yini tuvo que agarrarse fuerte. Cuando la sombra del cangrejo gigante acabó por engullirla a ella y al carruaje, se alegró de llegar a su destino.

5 de mayo de 2799, Gliese 411

Un puente de fuego atravesaba el vacío entre el sol y su primer planeta. Un sello negro azabache se imprimía en la piel bronceada por el calor del cuerpo celeste. Era la sombra de su única luna, que se movía como a cámara lenta sobre un planeta mayor que la Tierra. Los bordes del sello brillaban en azul. Los amaneceres y atardeceres simultáneos los coloreaban, revelando que la delgada atmósfera consistía principalmente en dióxido de carbono.

«Así que esto es Gliese 411». Monte nunca había estado allí, a pesar de que el sistema se hallaba a solo ocho años luz de la Tierra. Redujo la velocidad de la Curious hasta que la nave alcanzó una órbita estable alrededor de aquella enana roja, y buscó en el sistema en todas las longitudes de onda. Nada. El único planeta terrestre orbitaba demasiado cerca de su estrella central para ser colonizado a un coste asequible, y los gigantes gaseosos más alejados no ofrecían ningún recurso económicamente viable. Ni siquiera los turistas se interesaban por aquel sistema: era demasiado aburrido. Por eso él nunca había ido.

Pero ¿era necesario renunciar, al menos, a instalar una estación de investigación automática? Unos ojos y unos oídos extras habrían facilitado mucho su tarea... En algún lugar de ese sistema debía de haber una nave flotando como una aguja en un pajar, aunque no había testigos de su llegada ni su posterior destrucción. ¿Existía realmente? Monte aceleró el reloj del sistema. Después de despertarse, siempre le costaba espabilar. Un pulso más rápido resultaba agotador a la larga, pero le ayudaba casi tanto como dos tazas de café cuando estaba en su biobolsa.

«Despacio, despacio». El tiempo no importaba. La señal de socorro había tardado tres años en ser captada por una nave de transporte. Gliese 411 estaba lejos de cualquier ruta importante. Sin embargo, el transportador no era una nave cualquiera sino la nave insignia de los neomarcianos, y solo por eso, estaba equipada con un transmisor de taquiones hambriento de energía. Dado que la señal tenía una identificación terrestre, el capitán la había reenviado a la Tierra a través del Campo-T de acuerdo con el protocolo.

¿Por qué la almirante Gaudlitz le había confiado la investigación a él? No formaba parte del servicio secreto de la Marina, y solía buscar adolescentes que huían de casa o restos de naufragios caramente asegurados. Esa era la siguiente pregunta. Monte había estado dándole vueltas desde que la jefa de la Flota Terrestre se negó a responderla de una forma muy extraña: «Ya verás, Monte, estoy segura de que ya lo verás».

«Estupendo». Lo primero que quería hacer era emborracharse a conciencia. La embriaguez era la mejor manera de empezar una investigación como esa. Lo había constado a menudo. Aunque, para ello, tendría que sacar su biobolsa de la celda de estasis. Sin su cuerpo biológico, beber carecía de sentido. Las simulaciones que tanto gustaban a los chavales no iban con él, o al menos, eso creía. Solo lo original lograba transmitir cómo quemaba el alcohol en la garganta.

No obstante, era demasiado pronto para eso mientras no hubiera encontrado los restos del naufragio. La biobolsa era lo bastante sensible como para que solo pudiera acelerar a un máximo de 10 g en ella. La estrella central de Gliese 411 era una enana roja, por lo

que el sistema era comparativamente diminuto. Pero tres unidades astronómicas hasta el gigante gaseoso más alejado seguían siendo 450 millones de kilómetros y Monte no tenía ganas de pasar los próximos meses en ese sistema estéril.

«Pero bueno». Al parecer, la Curious había calculado que lo más probable era encontrar la nave en la órbita de aquel planeta rocoso y solo podía haber una razón para ello: la nave siniestrada debía llevar algún pasajero a bordo que intentó ponerse a salvo en el planeta. Monte comprobaría si lo habían conseguido en cuanto localizara los restos del naufragio. Era hora de ponerse a trabajar.

¿O de tomar un chupito? Comprobó el estado de la biobolsa. Su cuerpo yacía desnudo en la celda de estasis, con los ojos cerrados y los brazos y las piernas extendidos como el *Hombre de Vitruvio* de Leonardo. Había cables en todos los orificios. Sintió un poco de lástima por su biobolsa. El proceso de descongelación aún no había comenzado. La Curious probablemente supuso que no la necesitaría. O quería evitar que se emborrachara. La IA de a bordo había desarrollado cierto instinto protector en los últimos años del que aún no había podido deshacerse.

Le conocía bastante bien. A Monte le molestaba su paternalismo, aunque no tanto como para plantearse el reiniciarla.

—En realidad sí —le informó en silencio.

—No es verdad —la contradijo.

—Sí, lo has hecho, hace un momento.

—He desarrollado la idea de que no había pensado en ello.

—Pero sí lo pensaste.

—¿Sabes qué? Que te den. Será mejor que busques esa estúpida nave. Gaudlitz espera mi informe lo antes posible.

Eso era cierto, pero no del todo. Quería salir de allí. La almirante le había prometido que podría retirarse después de finalizar esa misión. ¡Ni siquiera trescientos años! Desde que la humanidad había dejado de reproducirse apenas había jubilados. Si una biobolsa dejaba de funcionar, se sustituía y punto. Monte sería el primer jubilado del siglo XXIX.

Monte aceleró para alejarse del planeta. A pesar de su edad bíblica de once mil millones de años, el planeta aún tenía un campo magnético que podía interferir con los sensores de la nave, y Monte necesitaba la mayor sensibilidad posible. Después de casi diez años, la nave que buscada no tendría más temperatura que su entorno. Sobre todo en el cinturón de asteroides, que se extendía entre el primer gigante gaseoso y el planeta rocoso, estaría perfectamente camuflada: uno de los millones de fragmentos que habían estado dando tumbos por el espacio durante siglos.

Seguía sin entender por qué la Curious no le había despertado cuando cruzaron el cinturón. No era muy denso, pero de existir algún peligro en aquel sistema, sería allí. El peligro, por supuesto, era relativo. Ninguna IA de una nave actual permitiría una colisión en semejantes circunstancias. Monte había investigado más de un centenar de accidentes, la mayoría en nombre de compañías de seguros, aunque a veces también a petición de la flota. La causa siempre había sido un error humano o una acción deliberada.

—Tengo algo —informó la Curious.

«Menuda rapidez. ¡Genial!» Después de las misteriosas órdenes de la almirante, había temido que sería mucho más difícil.

—¿Dónde? —preguntó.

La inteligencia artificial deslizó una representación espacial de una sección del cinturón de asteroides ante el ojo de su mente. Tuvo que obligarse a aceptar la imagen. Después de un sueño tan largo, costaba acostumbrarse a esas anulaciones de la conciencia. Pero confiaba en la IA de la Curious. Nunca le había fallado y, sobre todo, nunca le había robado, como ocurría a veces.

Monte se concentró en el centro de la imagen. Allí no había nada.

—¿Qué debería ver?

—Nada —respondió la IA.

—Ah, no veo nada.

—Muy bien.

—¿Puedes explicármelo, por favor? Solo soy una conciencia humana limitada.

—Gracias por el cumplido implícito —dijo la IA—. Calculé este punto en el vacío a partir de los cambios orbitales de algunos asteroides del cinturón.

—¿Cómo sabes que sus órbitas han cambiado? Nunca habías estado aquí.

—Estos asteroides se mueven en órbitas inestables que les llevarán a colisionar con el gigante gaseoso bastante pronto. La fuerza que los puso en estas órbitas debe haber actuado sobre ellos hace relativamente poco.

—¿Como cuando la nave que buscamos entró en el sistema?

—Muy bien, Claudio.

La IA siempre utilizaba su nombre de pila. Le había pedido que le llamara por su apodo, Monte, diminutivo de Pedramonte, sin embargo se negaba.

—Pero ya no está ahí —señaló Monte.

—No, no hay nada. Casi nada —lo corrigió la IA.

—No te hagas la misteriosa.

—La masa que causó la perturbación sigue ahí. Cuando nos acerquemos, probablemente encontraremos masa WZ. La nave debe haberla expulsado de su tanque.

La masa WZ tenía aproximadamente la densidad de una enana blanca. Cuando se comprimía de esa forma, el combustible podía transportarse de forma mucho más eficiente.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué querrían deshacerse del combustible? ¿Tenían una fuga?

—Como medio de distracción. Sospecho que fue para crear un rastro falso.

—Ah, entonces los estaban siguiendo.

—Eso parece, Claudio.

—Entonces estamos como empezamos.

—No, hemos descubierto algo sobre la situación de la nave que buscamos. Tú eres el humano. ¿Qué deduces de esto?

Monte fingió pensar. Odiaba que la IA le hablara como a un niño. Tal vez debería reiniciarla después de todo.

—Pon rumbo al planeta rocoso —ordenó.

—Poniendo rumbo a Gliese 411 b —respondió la IA.

Ese sistema era el rincón más alejado del patio trasero de la humanidad. Al parecer, el planeta ni siquiera tenía un nombre propio. Y por ello, Monte había sido lanzado más de dos décadas hacia el futuro. ¡Cómo lo odiaba! Tener que reintegrarse en la vida cotidiana, después de tanto tiempo, no era divertido. Sus conocidos le habrían olvidado, sus bares favoritos habrían cerrado… La almirante tendría que pagar por ello.

—¿Me despertarás cuando estemos en órbita, por favor? —solicitó.

Leer más:

Luna, Gran Archivo. La cronógrafa Tsai Yini supervisa el sistema de comunicación de taquiones, que transmite datos a una velocidad superior a la de la luz. Cuando se le filtran los resultados clasificados de la investigación de un astrobiólogo, no puede creer lo que lee. El informe revela la existencia de formas de vida inteligente en un planeta tropical del sistema Gliese.

Su civilización aún está en pañales, pero gira en torno a un artefacto de origen desconocido que parece influir en su química corporal. Pero hay más: el astrobiólogo que descubrió este artefacto ha sufrido una desconcertante evolución propia, ¡y ahora está de camino a la Tierra!

Yini sospecha que encierra un peligro mucho mayor de lo que nadie podría imaginar. Para detenerlo, deberá tomar decisiones inimaginables que podrían determinar no sólo su destino, sino el futuro del universo.

Para los fans de Cixin Liu, Andy Weir y Frank Herbert, Taquión: El Arma ofrece una aventura de alto riesgo en la que la línea entre el descubrimiento y la destrucción se difumina.

hardsf.space/links/4654625

"Cinco y Cuarto"
Escrito por Brandon Q. Morris
Copyright © 2025 Brandon Q. Morris, hardsf.space
Todos los derechos reservados
Correo electrónico: brandon@hardsf.space
Facebook: www.facebook.com/BrandonQMorris/
Traducido por Miguel Núñez
Edición: Elena García Varela
Diseño de portada: Jelena Gajic

Brandon Q. Morris y el logotipo asociado son marcas del autor.